Barbara W. Tuchman

El telegrama Zimmermann

El documento secreto que cambió el curso de la Primera Guerra Mundial



En enero de 1917 la Primera Guerra Mundial estaba en un trágico punto muerto. Los ingleses sabían que Europa sólo se salvaría si los Estados Unidos intervenían. Pero el presidente Wilson se aferraba a su neutralidad y a sus esfuerzos por mediar en la negociación de la paz.

Y entonces, de pronto, el instrumento para empujar a los norteamericanos a entrar en la guerra llegó a una tranquila oficina inglesa. Uno de los miles de mensajes interceptados por el equipo de descodificadores británico era un telegrama en clave de Arthur Zimmermann, secretario de Asuntos Exteriores alemán. Un documento de alto secreto en el que se invitaba al presidente de México a unirse a Alemania y Japón en la invasión de los Estados Unidos. La recompensa para México: recuperar los territorios de Texas, Nuevo México y Arizona. El plan estratégico del mando alemán: mantener a Estados Unidos ocupados en una guerra en su propia casa, al otro lado del Atlántico, lejos del escenario europeo.

La ganadora del Premio Pulitzer Barbara Tuchman desvela en esta apasionante historia de espías, la verdadera historia de cómo los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial y cómo un telegrama cambió el curso de la historia.

Lectulandia

Barbara W. Tuchman

El telegrama Zimmermann

El documento secreto que cambió el curso de la Primera Guerra Mundial

ePub r1.0
Titivillus 05.08.2019

Título original: *The Zimmermann Telegram*
Barbara W. Tuchman, 1966
Traducción: Enrique Tremps, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

NOTA DE LA AUTORA

Nada de lo que aparece en este libro ha sido inventado. Todas las personas que se mencionan son reales y existen pruebas —debidamente reseñadas en las notas de la edición original de este libro— que demuestran la veracidad de cuanto se les atribuye en la presente obra.

Agradezco profundamente la ayuda que me han prestado numerosas personas y en particular deseo expresar mi gratitud y mi agradecimiento a la señora Julia B. Carroll, de la sección diplomática de los archivos y ficheros nacionales en Washington, cuya orientación fue indispensable para la utilización de los intrincados archivos y gracias a cuya afectuosa cooperación logré resolver numerosos enigmas. Agradezco también la enorme atención personal que me prestó el almirante *sir* William James, de Churt, Surrey, en mis investigaciones relacionadas con la Sala 40, así como la imprescindible información que me facilitó su libro *The Eyes of the Navy*. Doy las gracias, asimismo, al teniente de navío P. K. Kemp, archivero del almirantazgo, Whitehall, que me facilitó la información relacionada con la interrupción de los cables telegráficos por parte del buque *Telconia*; a la señora Ruth Hotblack, de Londres, secretaria del almirante Hall, por sus reminiscencias personales; a Wilson Lloyd (R. I. P.) de Washington D. C., que me facilitó el resultado de sus investigaciones en el caso Szek; a los señores David C. Mearns —jefe de la sección de manuscritos de la biblioteca del Congreso— y Howard B. Gotlieb —jefe de la sección de manuscritos históricos de la biblioteca de la Universidad de Yale— por la localización de documentos referentes a Wilson, Lansing y al Parlamento, respectivamente; a los señores Boyd C. Shafer —de la asociación histórica norteamericana— y Agnes F. Peterson —del Instituto y Biblioteca Hoover de la Universidad Stanford— por sus valiosas sugerencias con relación a fuentes de información; al honorable Amos J. Peaslee, por la información procedente de sus propios archivos; al doctor Paul Sweet, jefe de la sección de documentos alemanes del

departamento de Estado; a la señorita Anne Orde, de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres; al señor Walter Fried, de Nueva York, que esclareció algunas confusiones; y a los señores Alfred Romney y Henry Sachs, de Nueva York, que lograron suplir mi deficiente conocimiento del idioma alemán.

Las citas de diversos manuscritos aparecen gracias a la gentileza de la señora Chandler P. Anderson, con relación a la agenda de Chandler P. Anderson; la señorita Mabel Choate que facilitó la carta del embajador Choate; el señor Arthur W. Page que autorizó la publicación de los documentos y agenda del embajador Walter Hines Page; el honorable William C. Phillips que facilitó sus propios documentos; las autoridades de la Universidad de Harvard, que conservan en su Biblioteca Houghton los documentos de Grew, Page y Phillips; y las autoridades de la biblioteca de la universidad de Yale, en cuyos archivos se encuentran los documentos de Polk y del Parlamento.

A la New York Society Library agradezco profundamente todos los libros, documentos, periódicos microfilmados que estuvieron a mi disposición y muy especialmente que dispusiese de un lugar tranquilo para escribir.

Finalmente, un saludo cordial al autor de la crítica anónima del libro de George F. Kennan, *Russia Leaves the War*, que el 4 de enero de 1957, escribió la siguiente frase en *The Times Literary Supplement* de Londres: «Todavía no sabemos, con la precisión que sería de desear, por qué Wilson tomó la decisión de que Estados Unidos entrase en la Primera Guerra Mundial».

Marzo de 1958

PRÓLOGO

Desde el momento en que se publicó por primera vez esta obra, ha aparecido cierta información que altera el aspecto criptográfico del telegrama, pero que no afecta en absoluto a las circunstancias históricas y políticas que se describen.

En 1965, se autorizó la publicación de un boletín del cuerpo de comunicaciones titulado «El telegrama de Zimmermann del 16 de enero de 1917 y su perspectiva criptográfica», de William F. Friedman y Charles J. Mendelsohn (jefatura de comunicaciones del departamento de guerra, Washington, central de correos, 1938). Su autor principal fue jefe del departamento de criptografía del departamento de guerra desde 1921 hasta 1947. En 1941, logró descifrar la clave japonesa y hoy en día todavía se le reconoce como el mejor criptoanalista de Norteamérica. Cuando escribí la presente obra conocía la existencia de dicho boletín, pero el señor Friedman, que fue en todo momento muy amable y reservado conmigo, no me permitió que examinase el documento ni me dio indicación alguna con relación a su contenido. La publicación de dicho documento parece modificar mi versión al revelar la existencia de una segunda clave alemana, la número 0075, utilizada también en el telegrama en cuestión, cuyas implicaciones con relación a su desciframiento son objeto de análisis por parte de David Kahn, expresidente de la sociedad criptográfica de Nueva York, en su libro *The Codebreakers*. La conclusión primordial que se deduce de las nuevas pruebas es la de que la deducción e inducción jugaron un papel mucho más importante en el desciframiento del mensaje que el del libro de claves alemán que se encontraba en posesión de la Sala 40.

Sin ánimo de iniciar polémicas, he decidido no modificar las partes del libro en las que se sugiere que la clave se obtuvo gracias a la copia realizada por Szek o al libro capturado de Wassmuss, ya que cabe la posibilidad de que una u otra versión reflejen parte de la realidad. Cabe puntualizar que la

segunda versión procede de una declaración jurada del almirante Hall que dice así: «El libro de claves alemán que incluye la presente clave, se halla en nuestra posesión, gracias a que fue capturado por las autoridades británicas en el equipaje de un cónsul alemán llamado Wassmuss, que estaba destinado en Shiraz, cuando dicho cónsul intentaba destruir un tubo británico de conducción petrolífera». Friedman y Mendelsohn, sin embargo, ponen en duda, comprensiblemente, que le hubiesen permitido a un agente como Wassmuss tener en su posesión un libro de claves diplomático cuando se proponía llevar a cabo una misión sumamente arriesgada. No obstante, si bien dicha duda parece digna de crédito, han aparecido nuevas pruebas que sugieren la captura de un libro de claves en el golfo Pérsico.

El señor C. J. Edmonds, que en 1915 ocupaba el puesto de vicecónsul británico en Bushire, en el golfo Pérsico, inspirado por la primera aparición de la presente obra, decidió publicar su propio relato de los hechos en un artículo titulado «El preludio del telegrama de Zimmermann en el golfo Pérsico», que apareció en el *Journal of the Royal Central Asian Society* en enero de 1960. En dicho artículo, Edmonds relata que las autoridades británicas, inspiradas por la fuga de Wassmuss, decidieron llevar a cabo la detención —totalmente ilegal— del cónsul alemán, doctor Helmuth Listemann, entre cuyos efectos personales encontraron, «entre varios pares de calzoncillos de lana, dos diccionarios de claves». En el mismo artículo, el exvicecónsul afirma que la interceptación de Wassmuss y la detención de Listemann «formaban parte de una sola operación, llevada a cabo en dos etapas» y añade que, si bien la primera recibió publicidad, la segunda —«por razones obvias»— se mantuvo secreta, lo que explicaría la versión del almirante Hall en su declaración jurada: dado que la detención de Listemann era ilegal, prefirió atribuir el hallazgo del libro —o libros— de claves a Wassmuss. Como lo han demostrado claramente los numerosos relatos de espionaje durante la Segunda Guerra Mundial, en muchas ocasiones no se conserva la versión real de los hechos en los archivos, sino la «tapadera».

Desde la aparición de esta obra se han realizado numerosos estudios minuciosos de clasificación y grabación de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, que fueron incautados tras la Segunda Guerra Mundial. Dichos estudios analizan las negociaciones entre Alemania y Japón —en 1915 y 1916—, así como la declaración de la guerra submarina sin reservas en enero de 1917. Entre los mencionados trabajos cabe destacar los siguientes: el de Gerhard Ritter, *Die Tragödie der Staatskunts: Bethmann Hollweg als Kriegskanzler 1914-17* (Munich, 1964); un estudio sobre los

documentos intervenidos, realizado en francés por Andre Scherer y Jacques Grunewald, titulado *L’Allemagne et les problemes de la paix*; 1.er tomo, *Des Origines à la declaration de la guerre sous-marine à outrance, Aout 1914-31 - Janvier 1917* (París, 1962); y un artículo del catedrático Frank W. Iklè titulado «Negociaciones de paz entre Japón y Alemania durante la primera guerra mundial», publicado en la *American Historical Review* en octubre de 1965. Estos artículos aportan información, pero no alteran la esencia de la versión que aparece en la presente obra.

El papel de un subalterno del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, consejero Von Kemnitz (cuyo nombre de pila se desconoce), en calidad de creador de la idea que dio origen al telegrama, ha sido confirmado recientemente por un investigador alemán, el doctor Friedrich Katz, en su *Deutschland, Díaz und die mexikanische Revolution; die Deutsche Politik in Mexiko, 1870-1920* (Berlín, 1964). Estas investigaciones han sido dadas a conocer al público norteamericano por el catedrático Arthur S. Link en el quinto tomo de la biografía de Wilson publicada en 1965. A pesar de que el doctor Katz no lo mencione, el catedrático Moritz J. Bonn fue el primero en dar a conocer la participación de Von Kemnitz, en un artículo publicado por la prensa alemana en octubre de 1918, y más adelante fue el propio Von Kemnitz quien confirmó su participación, cuando se presentó como candidato en las elecciones parlamentarias de 1920, en representación del partido popular alemán. No incluí este dudoso personaje en mi versión de los hechos, ya que, en todo caso, la responsabilidad recaía enteramente sobre Zimmermann y la poca información que existía sobre Von Kemnitz parecía incierta. En diferentes versiones se le calificó como experto en asuntos del Extremo Oriente o como especialista en Latinoamérica; confusión que persiste actualmente, ya que el doctor Katz y el catedrático Link le describen como uno y otro, respectivamente.

Es digno de mención que el doctor Katz afirma que la propuesta de Zimmermann contó con el apoyo entusiasta del alto mando alemán de la época, como lo demuestra el hecho de que la segunda propuesta que recibió Carranza, después del escándalo del telegrama, la llevó personalmente a México un representante del alto mando.

BARBARA W. TUCHMAN,

mayo de 1966

1

UN TELEGRAMA INSIDIOSO

El primer mensaje de la guardia matinal salió del tubo neumático y se depositó en el cesto metálico, sin causar mayor ruido que de costumbre. El oficial de guardia del servicio de inteligencia naval británico desenroscó la cápsula y examinó el mensaje de radio alemán interceptado, sin atribuirle ningún significado fuera de lo corriente. Cuando se dio cuenta, al ojear el mensaje, de que no estaba en clave naval, lo remitió a la Sección política, en la sala interior, y se despreocupó totalmente del asunto. Era el 17 de enero de 1917 y había transcurrido ya más de la mitad de aquella guerra que, a lo largo de sus treinta meses de duración, había ocasionado innumerables estragos sin aportar beneficio alguno.

Dos funcionarios civiles, dedicados al trabajo criptográfico, se encontraban de guardia aquella mañana en la sala interior —la más secreta de Whitehall— enmascarada bajo el inocente nombre de Sala 40. Uno de ellos era el reverendo William Montgomery, un intelectual alto, canoso, de cuarenta y seis años; el otro era Nigel de Grey, un joven editor de treinta y un años, cedido por la empresa William Heinemann[1]. Ninguno de ellos percibió que estaban a punto de asistir a un acontecimiento histórico. De Grey abrió el mensaje interceptado y observó varias columnas numéricas, organizadas en grupos de cuatro y cinco cifras, y algunos grupos desperdigados de tres cifras. Al observar aquel documento con pasividad y en silencio, no sospecharon que la clave de aquella guerra en punto muerto se hallase camuflada en aquel irregular revoltillo. De Grey tan sólo percibió que el mensaje era de una extensión poco usual, ya que según sus cálculos constaba de más de mil grupos.

La mañana gris compartía la frialdad de la suerte inglesa, opaca como sus esperanzas durante este tercer invierno bélico. Las desastrosas pérdidas del Somme (sesenta mil bajas sufridas por el ejército británico en un solo día de

locura y más de un millón de muertos aliados y enemigos a lo largo de cinco meses) no habían conducido a nada. No se había logrado todavía atravesar la línea Hindenburg. Ésta había sido la pauta de la guerra hasta entonces: regimientos enteros de vidas desperdiciadas como el agua, medio millón en Verdón solamente, sin que ninguno de los dos bandos lograse ventaja estratégica alguna, consiguiendo únicamente afianzar sus posiciones como dos alces con los cuernos entrelazados. Los franceses habían agotado sus posibilidades, los rusos perecían y Rumania, que hacía poco se había unido a los aliados, estaba ya arruinada y ocupada.

El enemigo no se hallaba en mejor situación. Los alemanes subsistían con un régimen alimenticio basado en patatas, reclutaban muchachos de quince años para su ejército y rellenaban las grietas que empezaban a aparecer en la estructura autoritaria del káiser, incrementando los castigos disciplinarios. La oferta hecha por los alemanes unas semanas antes, no había sido más que una estratagema, ideada para ser rechazada, con el fin de que el mando general pudiese extraer, tanto en su propio país como en la depauperada Austria, todavía una mayor abnegación y más profundos sacrificios. En la Sala 40 se sospechaba que debían de haber intenciones ulteriores, ya que no había indicación alguna de que los dirigentes alemanes, al igual que los aliados, hubiesen desistido de su obsesiva determinación de conseguir una victoria total.

A Inglaterra le quedaba la fuerza de espíritu, pero le faltaba dinero y, lo que es peor, ideas. Los nuevos comandantes se ajustaban a las viejas rutinas, sin plantearse si era o no necesario atacar nuevamente el frente occidental y se limitaban a darse cabezazos contra aquel muro. No se vislumbraba la posibilidad del fin.

Montgomery y De Grey examinaban los abigarrados grupos de cifras que debían intentar convertir en algo verbalmente inteligible, en la creencia de que sólo se trataría de otro ejemplar de la prolija correspondencia interceptada últimamente entre Berlín y Washington, que versaba sobre las negociaciones de paz. Éste era el fin anhelado por el presidente Wilson. Decidido a terminar con la guerra, perseguía una paz por vía del compromiso, con una ceguera mental que le impedía darse cuenta de que ninguno de los bandos combatientes estaba dispuesto a comprometerse. Berlín le incitaba a parlamentar con el fin de que mantuviera su neutralidad, aquellas conversaciones exasperaban a los aliados. No era mediación lo que ellos esperaban de los norteamericanos, sino su enorme fuerza virgen. Era lo único que podía sustraer la guerra de la parálisis en la que se hallaba. Armas, dinero,

barcos y soldados, que era todo cuanto los aliados necesitaban, se encontraba en Norteamérica, pero Wilson no estaba dispuesto a ceder. Permanecía impasible detrás de sus gafas, dando lecciones a ambos bandos sobre la forma en que debían comportarse. Parecía que no había nada que pudiese obligar a Estados Unidos a incorporarse a la guerra antes de que los recursos se hubiesen agotado por completo en Europa, sin posibilidad de rehacerse.

De Grey observó que el grupo de cifras superior del mensaje, 13042, era una variante de 13040, que era el número titular de la clave diplomática alemana[2]. Se lo comunicó a Montgomery y éste abrió una caja fuerte de la que extrajo un libro, que manejó como si se tratase de una botella que contuviese veneno. Si bien no había ninguna calavera visible sobre la cubierta del libro, figuraban varias en su historia, ya que con el fin de compaginarlo, había sido necesario rastrear el fondo del mar y se habían derramado sangre, vida y honor. Se trataba de una reconstrucción del código alemán correspondiente al Código número 13040. Junto con éste, Montgomery trajo otro libro que contenía todo cuanto la Sala 40 había acumulado sobre las variantes de dicho código. A través del registro y cotejo minucioso de cientos de mensajes interceptados, se habían ido acercando a la solución de las variantes y habían logrado reconstruir parcialmente la clave que debían usar en casos similares al que les ocupaba.

En primer lugar, los investigadores intentaron descifrar la firma, lo que posiblemente les daría una pista con relación a la naturaleza del mensaje. El grupo 97556, comprendido en la gama de los 90000, aparecía en la posición antepenúltima de la última línea. Los codificadores normalmente reservaban las cifras de tal cuantía para nombres o palabras de uso infrecuente, que se añadían en calidad suplementaria después de haber construido el núcleo de la clave. En base a reconstrucciones anteriores del libro de claves, Montgomery y De Grey fijaron su atención en el número 97556. Obedientemente y como por arte de magia, se transformó en un nombre muy conocido de ambos: «Zimmermann», ministro alemán de Asuntos Exteriores.

Examinaron nuevamente el comienzo en busca del destinatario, pero en lugar de un nombre, las primeras palabras que aparecieron fueron «estrictamente secreto» y a continuación «para la información personal de Su Excelencia». Dado que el telegrama se dirigía a Washington, la excelencia en cuestión debía ser el embajador alemán en aquella ciudad, conde Von Bernstorff.

Todo parecía rutinario hasta que inesperadamente apareció la palabra «México». Interesados en lo que podrían decir los alemanes sobre México,

continuaron en su tarea con mayor interés, descifrando la palabra «alianza» y más adelante les pasmó descubrir «Japón», palabra que se repetía en una frase que aparecía en la forma siguiente: «nosotros y Japón». Los investigadores intercambiaron miradas cargadas de conjeturas desenfrenadas. ¿Sería posible que Japón, una de las potencias aliadas, cambiase de bando? Reanudaron su tarea con toda urgencia y cesó la charla para convertirse en concentrado silencio, mientras aumentaba la velocidad de sus garabateos. Pasaban velozmente las páginas del libro de claves, mientras llenaban hojas de palabras probadas y desechadas, aumentando paulatinamente el texto hasta que, dos horas más tarde y a pesar de los muchos vacíos, obtuvieron una versión inteligible.

Se dividía en dos partes, ya que el mensaje interceptado contenía dos telegramas. El primero de ellos, dirigido a Bernstorff, le informaba de la intención de los alemanes de reanudar los ataques submarinos sin reservas a partir del primero de febrero, decisión esperada y temida por los aliados desde hacía varios meses. «Sin reservas» significaba que se les permitía a los submarinos atacar sin previo aviso a todos los barcos mercantes, tanto enemigos como neutrales, que se hallasen en zona bélica. Se le ordenaba a Bernstorff que no comunicase la noticia al gobierno de Estados Unidos hasta el primero de febrero, el mismo día en que se daría campo libre a los torpedos. Los alemanes, anticipándose a la beligerancia con la que creían que los americanos responderían a los ataques de los submarinos, habían añadido otro telegrama que consistía en 155 grupos clave, encabezado de la siguiente forma: «Berlín a Washington. W 158. 16 enero 1917. Estrictamente secreto. Para la información personal de Su Excelencia y para ser entregado al embajador imperial en México por canal seguro».

El mensaje dirigido al embajador imperial alemán en México, Von Eckhardt, estaba encabezado por el «N.º 1» y en su versión incompleta descifrada hasta entonces decía así[3][4]:

> EL 1 FEBRERO NOS PROPONEMOS COMENZAR ATAQUES SUBMARINOS SIN RESERVAS. SIN EMBARGO, AL HACERLO, PROCURAREMOS QUE NORTEAMÉRICA PERMANEZCA NEUTRAL… (?) SI NO LOGRAMOS (QUE ASÍ SEA) PROPONEMOS (¿A MÉXICO?) UNA ALIANZA SOBRE LAS SIGUIENTES BASES: (COALICIÓN) DURANTE LA GUERRA, (COALICIÓN) AL CONCLUIR LA PAZ… SU EXCELENCIA DEBERÍA POR EL MOMENTO INFORMAR AL PRESIDENTE[*] EN SECRETO (QUE ESPERAMOS) ENTRAR EN GUERRA CON EE. UU. (POSIBLEMENTE)… (JAPÓN) Y AL MISMO TIEMPO NEGOCIAR ENTRE NOSOTROS Y JAPÓN… ROGAMOS COMUNIQUE AL PRESIDENTE QUE… NUESTROS SUBMARINOS… FORZARÁN A INGLATERRA A FIRMAR LA PAZ EN UNOS MESES. ACUSE RECIBO. ZIMMERMANN.

A los decodificadores les costaba creer la importancia del mensaje. Zimmermann acababa de proporcionar a la Sala 40 la palanca para mover a Estados Unidos. México era al mismo tiempo la mayor zona extranjera de inversión norteamericana y el lugar que mayores problemas les causaba. En dos ocasiones, durante los últimos tres años, las tropas norteamericanas se habían visto obligadas a intervenir y en aquellos momentos, doce mil soldados bajo el mando del general Pershing servían activamente en la zona. Estados Unidos, a su vez, se sentía sumamente intranquilo con respecto a Japón. Dadas las circunstancias, las espectaculares propuestas de Zimmermann, recogidas de los múltiples rumores que circulaban, lograrían con toda seguridad arrancar a los norteamericanos de su neutralidad.

En el telegrama había un espacio en blanco comprendido por treinta grupos que los investigadores no habían logrado descifrar. Ni siquiera imaginaban que aquella parte contenía precisamente el texto más explosivo del telegrama. Sólo después de varias semanas de trabajo tenaz y minucioso lograron reconstruir dicho fragmento de la clave, revelando la siguiente promesa que Alemania le hacía a México: «Recuperar sus territorios en Texas, Arizona y Nuevo México».

Se sabía lo suficiente para requerir acción inmediata. El asunto debía ponerse en manos de la DIN, es decir, del almirante Hall, director de inteligencia naval. Montgomery salió apresuradamente de su oficina para ir a buscarle. Cuando regresó, le precedía un hombre bajo y recio que caminaba con aire de autoridad y lucía los galones de almirante sobre las mangas. La presencia física del almirante *sir* William Reginald Hall alentaba frecuentemente en otros el impulso de realizar algún acto heroico. Por primera vez, De Grey, al levantarse en silencio y entregarle las hojas escritas al almirante, se sintió a la altura de la ocasión.

—¿Zimmermann, eh? —dijo el almirante Hall mientras ojeaba aquellas páginas. Al leer el texto, el parpadeo intermitente gracias al cual se le había otorgado el apodo de «guiñador Hall[5]», se aceleraba; aquel pequeño cuerpo compacto parecía, si es que eso era posible, enderezarse, sus brillantes ojos azules casi flameaban literalmente y los penachos de cabello blanco se erizaban alrededor de su sonrosada calvicie, hasta adquirir el aspecto de una marioneta endemoniada vestida de uniforme.

Hall se dio cuenta inmediatamente de que lo que tenía entre las manos anunciaba, por una parte, un peligro fatal y, por la otra, la posibilidad de un milagro. Sólo si se realizaba el milagro de la entrada de Norteamérica en la guerra, se contrarrestaría el peligro de la actividad submarina sin reservas, la

cual, una vez desencadenada, era muy posible que lograse lo que los alemanes se proponían, es decir, cortar las vías de abastecimiento de los aliados antes de que los norteamericanos tuviesen la oportunidad de movilizar, entrenar y transportar un ejército para que les ayudase. Esto era lo que los alemanes intentaban conseguir.

Hall sabía, desde hacía varios meses, que tenía que acabar de esta forma, ya que los submarinos no estaban destinados a desempeñar el papel caballeresco que al presidente Wilson le parecía correcto. Exigir que emergiesen a la superficie con el fin de avisar antes de hundir otro buque, convirtiéndose de esta forma en un blanco fácil en el caso de que el otro buque disparase antes, convertía su función en un sinsentido. Sabía que los alemanes habían aceptado las restricciones impuestas por Wilson, no debido a la fuerza moral de las notas del presidente escritas a máquina, sino porque no disponían de suficientes submarinos para forzar la contienda[6]. También sabía, desde hacía algún tiempo, que las fábricas metalúrgicas de Kiel habían estado funcionando día y noche, construyendo submarinos a la máxima velocidad que les era posible, con el fin de alcanzar su meta de doscientas unidades que Alemania necesitaba antes de desencadenar la versión naval de Verdún, con lo que esperaban acabar con Inglaterra. El telegrama de ese día indicaba que las doscientas unidades debían estar ya casi listas.

—Dos semanas —dijo Hall en voz alta. En dos semanas sería el primero de febrero, la fecha indicada en el telegrama de Zimmermann y el momento en que el esfuerzo bélico británico, que se hallaba ya en una situación muy delicada desde Persia hasta el canal de la Mancha debido a que dependía de suministros por vía marítima, se enfrentaría con la más difícil de todas las pruebas. «Obligar a Inglaterra a firmar la paz en pocos meses» eran las palabras con las que, con orgullo, concluía Zimmermann su telegrama. Hall sabía que la amenaza no era en vano.

Hall proyectó su mente hacia el futuro en un intento por pensar como un alemán. Habían tomado una decisión muy arriesgada, pues sabían que la guerra sin reservas podía incitar al vacilante dragón de la Casa Blanca a salir de su cueva. Obviamente debían de haber llegado a la conclusión de que sus submarinos eran capaces de hundir buques con mayor velocidad que aquélla con que los norteamericanos eran capaces de movilizarse, e incluso cabía la posibilidad de que no se movilizasen en absoluto, en cuyo caso su plan habría triunfado. Pero en las manos de Hall se hallaba un elemento persuasivo, ofrecido amablemente por el propio Zimmermann, que probablemente conduciría a los norteamericanos a tomar una decisión.

Hall comprendía perfectamente la razón por la cual Zimmermann había mandado aquel telegrama. En el caso de que Norteamérica respondiese a la amenaza de los submarinos declarando la guerra a Alemania, quería crearles suficientes problemas como para mantenerles ocupados en su propia vertiente del Atlántico. Era la decisión más astuta e inteligente que se podía tomar, especialmente dirigiéndola a México y Japón, cuya conocida hostilidad hacia Estados Unidos, abría la probabilidad de que se decidiesen a atacarles. ¡Qué justo y cabal!

«En efecto, los alemanes son inteligentes —pensaba Hall con cierta sonrisa interna—, pero por desgracia no lo bastante como para sospechar que sus enemigos también lo son». Con la confianza sublime de que su clave era casi tan perfecta como las mentes humanas fuesen capaces de ingeniar —¿no era científica?, ¿no era alemana?—, la habían utilizado sin cambios a partir del día en que estalló la guerra, suponiendo que era indescifrable. «Nunca deben hacerse suposiciones durante una guerra», reflexionaba Hall, deleitándose con el conocimiento de que todos los mensajes radiados alemanes eran interceptados y descifrados en la Sala 40.

Cuando Hall regresaba a su oficina, recordó que tenía una obligación: debía informar al Ministerio de Asuntos Exteriores y la idea hacía que su satisfacción disminuyese. Le desagradaba profundamente compartir los secretos de la Sala 40, ante la posibilidad de que la información escapase al extranjero y pusiese a los alemanes sobre aviso. Se encontraba ante el agonizante dilema que siempre persigue a los criptógrafos: cómo utilizar la información obtenida sin revelar que conocen la clave.

Ante tal dilema, se había dado el caso de ejércitos que no habían comunicado a sus propios hombres los movimientos de tropas enemigas, cuando tal información solamente podía haberse obtenido conociendo la clave enemiga. Hall se preguntaba cómo sería posible informar a los norteamericanos del contenido del telegrama de Zimmermann, sin dar a conocer la forma a través de la cual se había conseguido. Se harían preguntas indiscretas. Si los alemanes descubrían que la Sala 40 había descifrado su clave, nunca la utilizarían de nuevo, y el delicado aparato de escucha, construido cuidadosamente, hilo por hilo, a lo largo de dos años y medio, quedaría inutilizado. Se tardaría años en descifrar una nueva clave, al igual que se había tardado años, unidos al ingenio de algunos hombres, las vidas de otros y un largo y concienzudo estudio, para llegar a descifrar la presente. Hall no podía permitirse revelarlo.

La Sala 40 fue fundada a raíz de una operación que se realizó durante las primeras horas de la guerra. Inglaterra declaró la guerra la medianoche del 4 de agosto y antes de la salida del sol del día siguiente, un buque avanzó lentamente a través de la niebla en el mar del Norte, hasta situarse a pocas millas de Emden, donde termina la costa holandesa y empieza la alemana. En la semioscuridad comenzó a pescar de una forma extraordinariamente torpe, aunque fructuosa. Pesados ganchos de acero se dejaban caer sobre el fondo del océano, rastreando las profundidades e izándolos, con lo que atrapaban unos objetos cenagosos y limosos de aspecto anguiloide, que golpeaban el casco del buque produciendo un sonido metálico. Se repitió varias veces la operación y, en cada ocasión, los objetos anguiloides eran cortados y echados nuevamente al mar.

Se trataba de los cables transatlánticos alemanes[7]. Los cinco que existían atravesaban el canal de la Mancha, uno de ellos enlazaba con Brest, en Francia, otro con Vigo, otro con Tenerife, ambos en España, y dos con Nueva York pasando por las Azores. El cablero inglés *Telconia* los interrumpió todos[8]. No tuvo necesidad de desplazarse al Mediterráneo, ya que los cables de aquella zona eran de propiedad inglesa; sin embargo, unos días más tarde, regresó al mar del Norte donde, con el fin de evitar toda posibilidad de reparación, se apoderó de los terminales de los cables y los arrolló a bordo, llevándoselos hacia Inglaterra. Ésta fue la primera acción ofensiva de la guerra por parte de Inglaterra y sus repercusiones serían mucho más mortíferas de lo que se hubiese podido imaginar cuando el comité imperial de defensa[9] planeó su ofensiva en 1912. Durante dos años, la orden que autorizaba la interrupción de los cables permaneció oculta en los ficheros del almirantazgo, hasta la mañana del día 4 de agosto de 1914, cuando el ejército alemán, con sus relucientes cascos puntiagudos y botas lustradas, invadió Bélgica. Alguien, aquel día que representó el fin de un mundo, recordó aquella orden, la extrajo del fichero y la remitió a la central de correos. A medianoche, cuando el ultimátum inglés con relación a la neutralidad belga caducó oficialmente, el *Telconia* se hallaba ya en camino.

Después de que el *Telconia* hubiese cumplido su misión, a Alemania le quedaba tan sólo un cable en funcionamiento, situado entre África occidental y Brasil, y en gran parte propiedad de Estados Unidos. Durante un breve período, Alemania enviaba sus mensajes por radio a África, desde donde se transmitían con toda seguridad a Sudamérica y desde allí a Estados Unidos. Cuando el gobierno británico, que no estaba dispuesto a indisponerse con los norteamericanos, se negó a interferir con dicho cable, el predecesor de Hall,

almirante H. F. Oliver, le planteó el problema directamente a *Eastern Telegraph*, que era la compañía propietaria de los cables del Mediterráneo. Dicha compañía se apoderó discretamente de cables colindantes con los suyos y unas semanas más tarde le comunicaron con satisfacción al almirante Oliver que el asunto había llegado a una conclusión satisfactoria: cincuenta kilómetros del cable que mediaba entre Libia y Brasil habían pasado a sus manos[10].

A partir de aquel momento y hasta el fin de la guerra, Alemania no dispuso de comunicación telegráfica con el resto del mundo, utilizando para todas sus comunicaciones la potente estación de radio situada en Nauen, a pocos kilómetros de Berlín. No hay nada que pueda impedir a un enemigo apoderarse de mensajes transmitidos por el aire y así se hizo. En Inglaterra, la Sala 40 acababa de nacer.

Cuando los mensajes en clave interceptados empezaron a llover sobre la mesa del despacho del director de inteligencia naval, en aquella época el almirante Oliver, se descubrió que lamentablemente no se disponía de personal con la preparación necesaria para descifrarlos. Durante dos años se había presentido la proximidad de la guerra y, sin embargo, los altos mandos, sin dudar ni un momento de su superioridad en los mares, se habían preparado con el mismo espíritu con que se ensaya una obra de teatro: «Todo saldrá bien cuando llegue el momento». Preocupado y sin poder dormir durante las primeras horas de la guerra, el almirante Oliver pensó en un escocés de pocas palabras, llamado Alfred Ewing, exprofesor de ingeniería mecánica, que era director de educación naval. Recordaba que el pasatiempo de Ewing consistía en compaginar monogramas. Oliver le mandó llamar y le entregó un montón de mensajes interceptados[11]. Los ojos azules de aquel pequeño escocés se iluminaron bajo sus afelpadas cejas, interesándose por el asunto y con la promesa de hacer cuanto pudiese. Aliviado, el almirante Oliver ordenó que todos los mensajes interceptados a partir de aquel momento fuesen entregados al señor Ewing y pasó a concentrarse en otros asuntos.

Ewing se encontró rodeado de cifras y claves, hallándose pronto absorbido felizmente por aquella ocupación que le había encantado desde que de niño había ganado un premio por resolver el monograma acróstico de un periódico. Al aumentar el número de mensajes interceptados, Ewing se vio obligado a solicitar la ayuda de uno o dos de sus amigos de reconocida discreción, aficionados como él a la criptografía o con conocimientos de alemán. Así es como Montgomery fue reclutado en la iglesia presbiteriana, ya que, además de ser una autoridad en san Agustín, había mostrado gran talento

traduciendo obras teológicas del alemán. Se decía que ninguna obra había sido adaptada con mayor fluidez y lealtad que la traducción que Montgomery había realizado de la obra de Schweitzer, *Investigación sobre la vida de Jesús*, publicada en 1914[12]. Montgomery, junto con otros reclutas de Ewing, estudió libros de claves en el Museo Británico, coleccionó claves comerciales de Lloyds y de correos, se sumergió en las intrincaciones de los cuadrados de Playfair y Vigenere, las frecuencias alfabéticas, sustituciones simples y dobles, entrecruzados y círculos de palabras.

Mientras tanto, los submarinos alemanes y otras unidades navales se comunicaban constantemente entre sí y con Berlín, y la estación de radio de Nauen, transmitiendo decisiones políticas, emitía un sinfín de instrucciones a todos los confines del globo. Con el fin de recibir dicho flujo verbal, se instalaron cuatro nuevas estaciones receptoras a lo largo de la costa inglesa, que comunicaban directamente con el sótano del almirantazgo. Radioaficionados que captaban mensajes ininteligibles en sus receptores, aumentaban a su vez la cantidad de material interceptado. En poco tiempo se recibían unos doscientos mensajes diarios, abrumando al equipo de Ewing que había sido incrementado a cinco individuos. Ewing reclutó más ayudantes: profesores de universidad, abogados, lingüistas, contables dotados en el campo de las combinaciones matemáticas; individuos que se entregaban a la lucha contra las claves y a quienes deleitaba el reto intelectual.

Cifrar un mensaje no es lo mismo que codificarlo en clave: para cifrar se sigue un método sistemático, en el cual una letra o un grupo de letras (o un número o grupo de números) representa otra letra o grupo, de acuerdo con una pauta preestablecida. Las claves, por el contrario, se basan en una sustitución arbitraria ideada por el codificador y registrada en un libro. En algunas ocasiones, una palabra es sustituida por otro vocablo o idea, como por ejemplo, en el caso sumamente simple de «Overlord», que en 1944 era la palabra clave que significaba «invasión de Normandía». En el caso del telegrama de Zimmermann, un grupo arbitrario de números sustituía una palabra, como por ejemplo el número 67893 que representaba «México». Generalmente, aunque no en todas las ocasiones, cuando los alemanes utilizaban una clave, la envolvían en una capa adicional de cifras, es decir, cifraban la clave, llegando a cambiar el sistema de cifrado cada veinticuatro horas. Los cambios, sin embargo, dado que los alemanes son ordenados, se realizaban de acuerdo con un orden sistemático que, una vez comprendido por los criptoanalistas de la Sala 40, podía ser resuelto con regularidad,

ateniéndose a una pauta progresiva constante. Debido a alguna razón misteriosa, el telegrama de Zimmermann no fue transmitido en clave cifrada.

Desde el principio, los alemanes, que llenaban el aire con sus mensajes radiados, ignoraban la posibilidad de que sus claves y cifras pudiesen ser descifradas, ya que no creían que los enemigos tuviesen la suficiente capacidad intelectual para ello[13]. La gran cantidad de mensajes que se transmitían, frecuentemente por duplicado e incluso triplicado y a través de diferentes canales, facilitaba enormemente la labor de Ewing proporcionándole varias versiones del mismo mensaje. En un período relativamente breve, el equipo de aficionados que rodeaba a Ewing, con la ayuda de métodos técnicos y aparatos improvisados, lograban interpretar los mensajes de Berlín con mayor rapidez y perfección que los alemanes a quienes iban destinados[14]. Un brillante miembro del equipo, analizando una serie de cifras captadas sobre el cielo macedonio, logró transformarlas en palabras a las que él no supo dar ninguna interpretación, pero que resultaron ser instrucciones para el alto mando en Bulgaria.

Para una mente común, parece imposible que una clave basada en sustituciones arbitrarias elegidas por el codificador pueda ser descifrada —o, según dicen los criptógrafos, reconstruida— por alguien que no se halle en posesión del correspondiente libro de claves. Sin embargo, con la ayuda del tiempo, de una cantidad considerable de mensajes para ser comparados, ingenio, paciencia inagotable e inspiración, se logra desentrañar sus misterios. Ante tantas dificultades, es fácil comprender lo mucho que se facilita la tarea si se logra capturar un libro de claves del enemigo.

El 13 de octubre de 1914, tuvo lugar uno de esos extraordinarios acontecimientos. A raíz de una llamada de la embajada rusa, el almirante Oliver y Ewing se trasladaron apresuradamente a dicha embajada, donde se les condujo a una oficina privada y se les hizo entrega de un pesado paquete, de reducido volumen, por parte de un oficial del almirantazgo ruso. Al abrirlo, a Oliver y Ewing les resultó difícil creer en la buena fortuna de aquel hallazgo. Ante sus ojos se encontraba un libro que contenía la clave de la marina de guerra alemana, envuelto en láminas de plomo, con el fin de poder deshacerse de él arrojándolo por la borda, en caso de necesidad.

Magdeburg fue la única explicación que les ofreció el oficial ruso. Oliver recordaba que ése era el nombre de un crucero ligero alemán, hundido en el mar Báltico en agosto. El oficial ruso les contó entonces que el crucero en cuestión escoltaba a unos dragaminas en el golfo finlandés, cuando, debido a la niebla, encalló cerca de la isla de Odensholm. A través de algunos claros en

la niebla, su capitán había vislumbrado dos cruceros rusos que se le acercaban y ordenó inmediatamente a su oficial de comunicaciones que se apoderase del libro de claves y, después de trasladarse a aguas más profundas en un bote de remos, lo arrojase al agua. En el momento en que arriaban el bote, un cañonazo ruso lo destruyó y, en aquel instante fatal, el oficial de comunicaciones abrazó el libro contra su cuerpo moribundo. Los cruceros rusos, que seguían acercándose, destruyeron el *Magdeburg* y procedieron a una operación metódica de rescate de los marinos alemanes. Alguien oteó un cadáver que flotaba y lo izaron a bordo junto con los supervivientes; se trataba del cuerpo del oficial de comunicaciones, con el libro de claves todavía entre sus brazos.

El almirantazgo ruso en San Petersburgo, en un alarde poco usual de sentido común, decidió que el almirantazgo británico podía utilizar con mayor provecho la clave y, haciendo gala de una generosidad casi insólita hacia un aliado, la remitió a Londres por medio de un veloz crucero. En aquella reliquia del *Magdeburg*, saturada de sal, Ewing encontró, no sólo las columnas de vocablos sobre los que se basaba la clave naval, sino también la clave del sistema de cifrado sobre el que se basaban las variaciones periódicas[15]. Esta ventana abierta a la criptografía alemana constituyó el fundamento de todo cuanto ocurrió a partir de entonces.

En noviembre, cuando el almirante Oliver fue nombrado jefe de Estado Mayor, soplaron aires de innovación por los pasillos del almirantazgo con la llegada del capitán William Reginald Hall —que había ostentado el mando de un crucero— en calidad de director de inteligencia naval[16]. El nuevo director tenía la reputación de ser un reformador. En 1913, presintiendo la proximidad de la guerra y con el fin de incrementar la vigilancia, Hall ordenó a su tripulación que hiciese guardias de ocho horas, en lugar de las tradicionales de doce horas, e instruyó a sus artilleros para que hiciesen prácticas de tiro, en lugar de dejar que los cañones permaneciesen tapados, como era costumbre. Sus innovaciones molestaban a los mandarines (nombre con el que se designaba a los altos mandos navales), pero Hall, basándose en la creencia de que se podía requerir a la marina para que entrara en combate, y convencido de que cualquier medida que contribuyese a aumentar su eficacia justificaba cualquier cambio, continuó quebrantando la ortodoxia.

Su primer acto en calidad de director siguió esta pauta. Al descubrir que el espacio ocupado por el personal del servicio de inteligencia estaba abarrotado, ordenó que se mudasen las oficinas de dicho servicio del edificio principal del almirantazgo y pasaron a instalarse en un lugar cercano, conocido con el

nombre de la Casa Vieja. El lugar en cuestión, que tenía la ventaja de estar aislado de ruidos e interrupciones, ostentaba el número 40 y a pesar de que, más adelante, se trasladaron nuevamente las oficinas, conservaron la denominación de Sala 40, que no despertaba excesiva curiosidad. Éste fue el nombre con el que dicho departamento funcionó durante el resto de la guerra y con el que ha pasado a los anales de la historia criptográfica. En el momento en que fue interceptado el telegrama Zimmermann, la Sala 40 contaba con ochocientos operadores de radio y unos setenta u ochenta criptógrafos y administrativos.

Hall no tenía conocimientos criptográficos, pero comprendió inmediatamente las posibilidades que Ewing y su equipo ofrecían para desbaratar las operaciones alemanas. La guerra se había extendido por el mundo entero, afectando también a Oriente Próximo, a partir del momento en que el Imperio turco se había unido a los alemanes, pocos días antes de que Hall ocupase su puesto en Whitehall. Hall sobrepasó inmediatamente las limitaciones originales del servicio de inteligencia naval, otorgándose la misión de conspirar contra los alemanes en cualquier lugar del mundo. Comenzó a introducirse en todas las rendijas del espionaje, hasta que nada ni nadie se escapaba de su ambiciosa mirada. Hall cooperó con Scotland Yard en la búsqueda de espías alemanes. Interfirió con la censura. La oficina de bloqueo, el departamento de guerra y el servicio secreto tuvieron que contar con él. Cuando se recogía información secreta para utilizarla contra el enemigo, allí aparecía Hall. Cuando había algún lugar en el que pudiesen surgir problemas, el almirante mandaba a un agente o establecía contacto con algún simpatizante aliado. Atribuyéndose un papel similar al de Dios en el himno nacional inglés, Hall estaba dispuesto a perturbar la política con el fin de frustrar los trucos maliciosos de los enemigos de Gran Bretaña. Era despiadado, incluso cruel, pero nunca le faltaban recursos. Su perspicacia, su enorme fuerza de voluntad y su carisma le permitían salirse siempre con la suya. Cuando los alemanes planeaban algo, Hall les escuchaba. Al igual que los perros capaces de oír sonidos de alta frecuencia imperceptibles al oído humano, Hall se enteraba de las intrigas de los alemanes en cualquier confín de la guerra. Cuanto más material se descifraba en la Sala 40, mayor cantidad de información llegaba a sus manos: revolucionarios indios, rebeliones en Irlanda, *sir* Roger Casement, Mata Hari, huelgas y sabotajes instigados por los alemanes. Todas estas actividades, sin embargo, eran encubiertas cuidadosamente procurando que al servicio de inteligencia naval no se le atribuyese otra función que la de interceptar mensajes de la flota alemana,

localizar submarinos enemigos y obtener información sobre zonas minadas. Dado que éstas eran efectivamente las actividades aparentes del personal de la Sala 40, encubrían perfectamente las misiones más secretas.

Hall dejó la criptografía en manos de Ewing y encaminó sus esfuerzos a la obtención de los libros de claves alemanes. Cualquier rumor o insinuación de que el ejército, la marina, los canales diplomáticos o cualquier otro agente hubiesen logrado capturar alguna clave, llegaba, tarde o temprano, a sus oídos. En diciembre de 1914, un baúl con un forro metálico llegó a la Sala 40 y se dijo que procedía de uno de los cuatro destructores alemanes que habían sido localizados, perseguidos y hundidos por los ingleses el 13 de octubre. Durante dos meses, aquel baúl había permanecido en el fondo del mar, hasta que un día quedó atrapado en las redes de un pesquero inglés[17]. Además de planos y documentos confidenciales, la Sala 40 descubrió, en el interior del cofre, un libro de claves que fue ininteligible durante algún tiempo. Después de varios meses de confusión, al compararlo con ciertos mensajes interceptados, resultó contener la clave utilizada por Berlín para comunicarse con sus agregados navales en el extranjero.

Mientras tanto, dos episodios dramáticos tenían lugar simultáneamente: uno de ellos trágico y el otro una aventura fronteriza; uno en Bruselas y otro en Persia; ambos fueron desenmascarados en la Sala 40.

Cuando los alemanes ocuparon Bruselas el 20 de agosto de 1914, se encontraron con una potente emisora de radio averiada y un estudiante universitario de veinte años de edad que, según se decía, era capaz de repararla. El joven en cuestión se llamaba Alexander Szek y tenía doble nacionalidad debido a que había nacido en Inglaterra pero era hijo de padres austrohúngaros[18]. Había vivido en Inglaterra hasta dos meses antes de que estallase la guerra, cuando se trasladó a Bruselas con su padre, donde prosiguió sus estudios y su progenitor regresó a Viena. Algún miembro de la familia de Szek, su madre o su hermana, permaneció en Inglaterra. (Esta parte de la historia de Szek se halla sumida en cierta confusión y no se sabe con certeza quién permaneció en Gran Bretaña). Los alemanes, naturalmente, consideraron que el joven Szek era ciudadano austríaco y en lugar de mandarlo a Viena para cumplir su servicio militar, le ordenaron prestar servicio en la estación de Bruselas. Debido al trabajo que realizaba, tenía acceso a la clave.

Una vez reparada la estación de radio de Bruselas, gran cantidad de mensajes interceptados comenzaron a llegar a la Sala 40 en una clave que nadie lograba comprender. Tal fracaso les hacía suponer que la estación de

Bruselas utilizaba la clave alemana consular o diplomática, y Ewing decidió pedir ayuda exterior. El servicio de inteligencia aliado se puso en contacto con un agente en Bruselas a través de Holanda, que era neutral. Concluidas ciertas cuidadosas investigaciones en la rue de la Loi, donde se hallaba situada la estación transmisora en cuestión, el agente informó que uno de los empleados de confianza de los alemanes, con conocimiento de la clave, podía ser considerado súbdito británico, ya que había nacido en Croydon, en las afueras de Londres. Con esta información, se localizó en Inglaterra a la hermana —o madre— de Szek, que trabajaba como ama de llaves. Sus orígenes eran, en parte, austríacos y, al igual que muchos de sus compatriotas, sentía antipatía por los alemanes, gracias a lo cual no fue muy difícil persuadirla de que escribiese una carta a su hermano —o hijo— en la que se le incitaba a que sirviese a su país natal.

Incluso con la mencionada carta, le fue muy difícil al agente conseguir que Szek superase su miedo y sus dudas, pero finalmente, a principios de 1915, éste accedió a robar la clave. Su propuesta inicial, sin embargo, que consistía en fugarse con la clave y trasladarse a Inglaterra, hubiese sido totalmente fútil, ya que los alemanes habrían sabido que la clave había desaparecido. Muchas más dosis de persuasión fueron necesarias para convencer al temeroso empleado de que era preciso que copiase la clave poco a poco. Pero así lo hizo, penosamente, en fragmentos de una o media columna. Tardó tres meses en completar su labor. Al principio, entregaba al agente las hojas que había ido llenando, pero con el transcurso del tiempo aumentó su temor y se negó a entregar el resto de la clave. Sin separarse nunca del fragmento restante de la clave, para garantizar que no se le abandonase, insistía en que él y el agente debían escapar juntos.

Corría abril de 1915. Nadie sabe con certeza lo que ocurrió entonces, pero a Szek no se le vio nunca más. El resto de la clave, sin embargo, llegó a la Sala 40 a través del servicio de inteligencia inglés en Holanda. En cuanto a la suerte de Szek, hay quien asegura que fue capturado y ejecutado por los alemanes, pero su padre, después de la guerra, acusó a los ingleses de haberse deshecho de él con el fin de evitar que los alemanes descubriesen que les habían robado la clave. Lo que podemos asegurar es que aquella vida fue el coste que hubo que pagar para que la clave llegase a la Sala 40 y que los alemanes siguieran utilizándola.

Entretanto, en la lejana Mesopotamia, en febrero de 1915, otro individuo que no se parecía en nada a Szek navegaba en una pequeña embarcación por el río Tigris, con la gigantesca misión de conseguir, nada más ni nada menos,

que Persia entrase en la guerra, uniéndose a los alemanes y a los turcos. Desde hacía muchos años, el káiser soñaba con la unión de Berlín y Bagdad, y ahora, los creadores del imperio creían contemplar la posibilidad de acabar con la dominación anglorrusa de Persia, unir el mundo islámico a las potencias centrales, apoderarse de Afganistán y, finalmente, ocupar triunfalmente la India. Su estrategia inmediata requería, sin embargo, la interrupción del canal de abastecimiento anglopersa.

El individuo del bote, el que intentaba llevar a cabo esa misión, era Wilhelm Wassmuss[19], que había sido durante muchos años vicecónsul alemán en Bushire, en el golfo Pérsico. Al igual que Lawrence en Arabia, Wassmuss era en parte un místico, en parte un fanático, y en parte un charlatán con impulsos de héroe. De la misma forma que Lawrence intentaba persuadir a los súbditos árabes del Imperio turco para que se uniesen a los ingleses, Wassmuss creía ser el liberador de las tribus del desierto y tanto a él como a Lawrence les gustaba usar y lucir sus vestimentas. En Constantinopla se le habían dado las instrucciones pertinentes a su misión (propuesta probablemente por él mismo), que le llevaba de nuevo a Persia, con un arsenal de folletos propagandísticos y un profundo conocimiento del país y de sus habitantes.

Wassmuss dejó el Tigris sesenta kilómetros al sur de Kut-al-Imara y entró en Persia secretamente. Su primer objetivo eran las tribus de Bakhtiari, dado que el canal de abastecimiento anglopersa atravesaba su territorio[20]. A pesar de que el 5 de febrero se cortó dicho canal, parece dudoso que la interrupción hubiese sido instigada por Wassmuss, puesto que apenas había tenido tiempo de llegar a dicha zona. Poco tiempo después, cruzó las ciudades de Dizful y Shushtar, donde mantuvo conversaciones con los jefes de las tribus y les distribuyó folletos incitándolos a la yihad, es decir, la guerra santa contra Inglaterra, en calidad de enemigos del califa islámico, el sultán de Turquía.

«¡Yihad! ¡Yihad!», se decía de boca en boca por los mercados y, a partir de entonces, el progreso de Wassmuss fue tan secreto como el de un zorro en un corral. En Shushtar, los gendarmes hicieron una redada de la que logró escapar ya que, al parecer, se hallaba sobre aviso. Después apareció en Behbehan, ciento cincuenta kilómetros más hacia el sur, donde el kan, con el fin de congraciarse con los ingleses, decidió entregarlo a las autoridades. En primer lugar le invitó a que se hospedase en su casa; entonces —y no haciendo gala precisamente de la hospitalidad tradicional musulmana— le encerró bajo llave, colocó un centinela armado en la puerta y mandó un emisario para que avisase a los ingleses en Bushire. El mensajero, al

encontrarse con un destacamento británico por el camino, les rogó que se trasladasen a casa de su amo con el fin de hacerse cargo del prisionero. Los oficiales de caballería del destacamento se trasladaron sin pérdida de tiempo a Behbehan. A su llegada, fueron recibidos por el kan, con quien pasaron un cierto tiempo, como lo exige el protocolo oriental y hablaron de la recompensa; cuando intentaron hacerse cargo del prisionero, descubrieron que se había fugado. Subieron al tejado desde donde observaron, en la lejanía, una nube polvorienta, testigo de la evasión; en el patio encontraron algunos paquetes y equipaje abandonados por el fugitivo.

Los enseres fueron trasladados a Bushire, donde los ingleses, después de leer los folletos propagandísticos, se enfurecieron y organizaron inmediatamente su captura. Dada la neutralidad persa, era imposible organizar una expedición a gran escala y Wassmuss escapó nuevamente de las manos de un pequeño grupo que había logrado acorralarlo en un pueblecito. Llegó a Shiraz, la capital de la provincia, donde desencadenó numerosos disturbios, uno de los cuales costó la vida al vicecónsul británico, así como la detención y traslado del cónsul, junto con toda la colonia británica, a la costa.

Una de las facetas que regía el progreso de las actividades de Wassmuss era la ira desproporcionada que había parecido causarle la pérdida de su equipaje. Según testigos presenciales, descargaba su cólera con los nativos[21] y presentó una protesta oficial ante el gobernador de Shiraz, en la que exigía que se le devolviese el equipaje. Dado que a esas alturas sus planes eran sobradamente conocidos, tanto en Persia como en Inglaterra, ya que los ingleses habían saqueado el consulado alemán en Bushire donde encontraron información detallada de su misión, la indignación de Wassmuss parecía ser injustificada, a no ser que en su equipaje hubiese algo de extraordinario valor y que sólo él conociese. En todo caso, su equipaje estaba totalmente fuera de su alcance, ya que del consulado británico en Bushire había sido remitido a Londres.

A finales de aquel verano, en Londres, el almirante Hall escuchaba los relatos de un oficial naval que había prestado servicio en Persia y se hallaba convaleciente en Inglaterra. En sus descripciones, hablaba, naturalmente, de las prodigiosas aventuras de Wassmuss y a Hall, al escucharlas, se le encendió una luz en el cerebro. Cuando el oficial naval le dejó solo, el almirante ordenó inmediatamente a sus asistentes que se trasladasen a Whitehall y realizasen indagaciones discretas con relación al equipaje de Wassmuss. Al atardecer de aquel mismo día, Hall recibió una llamada en la que se le comunicaba que el equipaje en cuestión había sido localizado en un

sótano de la oficina de la India, a unos tres minutos de donde se encontraba. Nadie lo había tocado desde que llegó de Persia. Hall ordenó que lo trajesen a su oficina y, parpadeando como un faro, comenzó a desatar aquellos bultos y separar cuidadosamente todos los papeles entre los que encontró, tal como le había indicado su sexto sentido, la clave diplomática alemana: el código 13040[22].

Debido a que los archivos de la Sala 40 no han sido nunca abiertos al público y que al almirante Hall no se le permitió que publicase su autobiografía —que había comenzado a escribir en 1932—, algunas fechas son, inevitablemente, poco precisas. Entre junio y septiembre de 1915, llegaron a la Sala 40 las claves de Szek y de Wassmuss. Nunca se ha sabido si la clave de Szek era también la diplomática, pero lo que sí es cierto es que, a partir de aquel momento, el equipo de Ewing pudo comenzar a analizar una serie de mensajes interceptados para los que no se había utilizado la clave naval. El código 13040 resultó ser una de las dos claves utilizadas por Berlín para comunicarse con Washington y desde la capital norteamericana[23], con todas las legaciones alemanas en el hemisferio occidental.

La posesión de la clave 13040 le permitió al almirante Hall enterarse de la información sumamente importante que el embajador alemán en Washington, Bernstorff, transmitía a su gobierno en Berlín. Desde noviembre de 1916, dicha información hacía referencia a los esfuerzos del presidente Wilson para que los combatientes llegasen a un acuerdo, de lo que se desprendía que no estaba dispuesto a permitir que Estados Unidos entrase en guerra, sino que actuase como país intermediario. Hall sabía perfectamente que los aliados no podían ganar la guerra sin ayuda norteamericana y que se verían obligados, a pesar de que la opinión pública se opusiese a ello, a entablar negociaciones.

Con el telegrama de Zimmermann en sus manos, Hall creía poseer el instrumento que arrancaría a los norteamericanos de su neutralidad, en el supuesto de que pudiese ser utilizado. El problema que se planteaba consistía en la forma de usarlo.

El almirante Hall miró a través de la ventana de su oficina, por encima del desfile de la guardia montada, al edificio renacentista que ocupaba el Ministerio de Asuntos Exteriores. Su mirada se fijó en una ventana del segundo piso que correspondía a la oficina del ministro Arthur Balfour, a quien imaginaba repantigado en su sillón, con sus largas piernas estiradas bajo la mesa, en la ilusoria pose en la que lo habían representado los

caricaturistas a lo largo de tres gobiernos. Nunca se le había dibujado jugando un partido de tenis. Durante el año anterior, cuando Balfour ocupaba el puesto de Primer Lord en el almirantazgo, Hall comprendió que casi nada lograba alterar a aquel caballero alto, escéptico e impasible, que en una ocasión había sido primer ministro; aceptó gustoso todos los cargos que se le otorgaron, sin preocuparse demasiado por ninguno de ellos, y cuando visitó el frente de batalla, observó las explosiones de las bombas, a través de sus quevedos, sin inmutarse ni un instante. Hall sabía, sin embargo, la enorme importancia que el hallazgo de la Sala 40 tenía para Balfour. Tras su apariencia serena, el ministro debía de estar, sin duda, sumamente intranquilo debido a la incertidumbre del juego que se veía obligado a llevar a cabo con Estados Unidos, intentando discreta e imperceptiblemente arrancarles de su neutralidad y, sin embargo, con la apariencia de no interferir.

La necesidad, por parte de Balfour, había llegado a ser urgente. La guerra le costaba a Inglaterra cinco millones y medio de libras esterlinas diarias[24] y tanto las reservas como los préstamos habían alcanzado un nivel ínfimo. Hacía seis semanas que el banco de reserva federal norteamericano había ordenado a los bancos de su grupo que se abstuviesen de conceder préstamos a largo plazo, o a corto plazo renovables, a los gobiernos de los países que estaban en guerra. Ésta era la forma en que Wilson intentaba presionar a los combatientes para obligarles a entrar en negociaciones. Inglaterra, por su parte, no estaba dispuesta a negociar bajo las condiciones que los alemanes propiciarían, pero sin préstamos los aliados se verían obligados a claudicar en pocos meses[25].

El almirante seguía con la mirada fija en la ventana de Balfour. Si le entregaba el telegrama, era muy probable que los norteamericanos entrasen en guerra, pero también era posible que no lo hiciesen, en cuyo caso habría dado a conocer su conocimiento de la clave sin obtener ventaja alguna. Hall opinaba que la amenaza de México y Japón forzaría la mano de Estados Unidos, pero cabía la posibilidad de que Wilson, guiado por su orgullo, se negase a entrar en guerra. El almirante sabía —como lo afirmaría más adelante el Primer Lord del almirantazgo, Winston Churchill[26]— que el destino de Estados Unidos estaba en las manos de un solo hombre, pero ¿quién, en Inglaterra, sabía cómo funcionaba la mente de aquel presidente?

Hall hubiese querido tener un conocimiento del funcionamiento de la sede del gobierno norteamericano parecido al que poseía del alemán. Dar a conocer el telegrama significaba poner en riesgo su conocimiento de la clave, y ocultarlo representaba desperdiciar el mayor triunfo alcanzado gracias a la

posesión de dicha clave. Se hallaba ante un dilema desesperante, que estaba plenamente dispuesto a resolver. Algunos planes merodeaban ya por su mente, pero todos requerían tiempo y el tiempo era escaso. Faltaban todavía dos semanas para el primero de febrero, fecha en que los alemanes comenzarían su campaña submarina y cabía la posibilidad de que Estados Unidos decidiese entrar en guerra durante dicho plazo, en cuyo caso no habría necesidad de utilizar el telegrama de Zimmermann. La alternativa consistía en hacer público el documento, pero mientras no lo hiciese seguiría protegiendo los secretos de la Sala 40.

Con la mirada todavía fija en la ventana del ministro, Hall dudaba si tenía realmente derecho a ocultarle aquella información a su gobierno. Los años pasados en el puente de mando le habían acostumbrado a tomar decisiones por sí solo y a deleitarse en ello. Le encantaba la responsabilidad del mando solitario. Dio la espalda a la ventana y guardó el telegrama en su caja fuerte, con lo que postergaba dos semanas de la vida de su país. Después, comenzó a pensar en la elaboración de algún plan y a esperar.

El gobierno de Berlín se hallaba también a la espera de la respuesta de México y Japón. La posibilidad de una alianza entre esas tres naciones no era una especulación de última hora, sino la culminación de un plan elaborado a lo largo de muchos años por uno de los soberanos más maquiavélicos que ha conocido la historia.

2

EL ASTUTO KAISER Y EL PELIGRO AMARILLO

A finales de 1895, el káiser Wilhelm tuvo una visión que decidió plasmar sobre un papel en forma de dibujo y que una vez terminado, le hizo sentirse muy orgulloso de su capacidad artística; el elemento dominante del cuadro era un siniestro personaje oriental realmente admirable. Su fértil mente le sugirió, de repente, un título sucinto y llamativo: «¡Die gelbe Gefahr!» (el peligro amarillo[1]).

Europa se había llevado ya una gran sorpresa, durante aquel año, debido a la rápida y fulminante victoria de Japón contra aquel gigantesco y antiquísimo país que era China. El káiser creía ser el único en comprender el verdadero significado de dicho suceso[2]. Alemania, Francia y Rusia se habían unido con el fin de evitar que Japón se apoderase de un territorio tan vasto y, a guisa de compensación por la ayuda prestada a China, fueron dichos países los que se apoderaron de la mayoría de los terrenos conquistados. Tsingtao y la base naval de la bahía de Kiaochow formaban parte del sector que había correspondido al káiser, pero Wilhelm, que se preocupaba por la dinámica mundial, hacía tiempo que contemplaba la posibilidad de que emergiese una nueva potencia en Asia. Imaginaba que sus fronteras se dilatarían hasta adueñarse de Europa. Dibujó su visión —«bajo el resplandor de las velas de un árbol de Navidad[3]», tal como lo describió a su primo Nicky, el zar de Rusia— y ordenó al pintor de la corte, Knackfuss, que inmortalizase su borrador convirtiéndolo en un cuadro[4]. El cuadro mostraba la figura de Buda, montado sobre un dragón que se desplazaba por un cielo tormentoso y que dejaba, a su paso, ciudades destruidas por el fuego y sumidas en ruinas, mientras avanzaba por Europa. Aparecían también siete damas con largas cabelleras, cascos y pecheras metálicas, en calidad de representantes de los siete países europeos, que observaban la aparición con aprensión. La que más se destacaba era la que representaba a Alemania, con largos tirabuzones

rubios, bajo una toca en forma de águila, que había desenfundado su espada y se inclinaba hacia delante con ademán agresivo. Desde las alturas, un ángel amonestaba a las damas: «¡Gentes de Europa, guardad vuestras más preciadas posesiones!»[5].

Entusiasmado por la excelencia de su creación, el káiser ordenó que se imprimiesen copias de su obra, ofreció un ejemplar a cada una de las embajadas de Berlín, a sus parientes de las diversas familias reales y a otras personas distinguidas. Las irrupciones personales de Wilhelm en la diplomacia sorprendían frecuentemente a los embajadores europeos, entre quienes se le conocía con el sobrenombre de Guillermo *el Repentino*. Debido a sus disparatados cambios, que oscilaban entre el complejo de persecución y el optimismo delirante, nadie sabía lo que se podía esperar del emperador alemán. Según Bismarck, el emperador hubiese querido que siempre fuese domingo[6]. La corte bizantina de Berlín contribuía a la fantasía de Wilhelm, imprimiendo un periódico matutino, del que se publicaba un solo ejemplar, impreso en oro, con artículos seleccionados cuidadosamente de la prensa mundial[7].

A Wilhelm sólo le interesaban las noticias grabadas en oro y le molestaban especialmente las visitas de ministros, con sus informes repletos de molesta información que no encajaba en sus planes. Con el fin de no tener que escucharles, cuando les recibía, el káiser hablaba incesantemente, se paseaba y les despedía en veinte minutos. El emperador creía que su labor consistía en preservar el equilibrio europeo. ¿Quién, sino él, estaba capacitado para lograrlo? Todos los miembros del gobierno, a partir del canciller, no eran más que meros empleados. Europa necesitaba la dirección de una mente privilegiada para evitar que se desintegrase con las chapuzas de aquellos empleadillos. Los monarcas eran los únicos capaces de dirigir los asuntos internacionales[8], pero tampoco era justo que el peso de tal tarea recayese exclusivamente sobre él. El káiser, cuyo temperamento era sumamente fluctuante, sintió pena de sí mismo. Nadie comprendía el terrible peso que llevaba sobre sus espaldas. Pero aunque no se comprendiesen ni agradeciesen sus esfuerzos, el deber le imponía que, armado de valor, su labor continuase.

Su obeso tío Edward, rey de Inglaterra, le odiaba, como le había odiado su propia madre que era hermana de Edward. El emperador Franz Josef pertenecía a otra generación; era como una reliquia de otra época que no comprendía los tiempos modernos. En Francia no había ningún dirigente con quien valiese la pena hablar. Además, todos conspiraban en secreto contra él e intentaban aislarlo. Sólo podía contar con la amistad del zar, que si bien no le

igualaba en fuerza e inteligencia, por lo menos era maleable. Debía proteger la amistad que le unía a Nicky, encaminarlo, mimarlo, incluso asustarlo de vez en cuando para evitar que sucumbiese a las presiones que ejercían sobre él con el fin de que se uniese al terrible bloqueo.

El káiser se acostumbró a escribirle cartas confidenciales a Nicky en las que le contaba rumores, le aconsejaba, le mandaba avisos y conminaciones, y se despedía de él con las palabras: «Afectuosamente tuyo, Willy». Estas cartas escritas por Wilhelm, que aparecieron en los archivos bolcheviques después de la guerra, fueron escritas en inglés[9], lo que explica que tanto la morfología como la sintaxis de las mismas fuesen un tanto curiosas[10]. Las respuestas del zar no han sobrevivido, pero es evidente que existieron y que sirvieron de fuente de considerable placer para el káiser. La habilidad de moldear al zar de todas las Rusias para que se ajustase a sus planes, satisfacía el egocentrismo del káiser.

Lleno de orgullo por la posesión de una base naval en el Pacífico, Wilhelm decidió lanzar un programa que convertiría a Alemania en una primera potencia naval. Bismarck, que se habría contentado con la dominación de la masa continental europea, indicó al káiser el peligro que representaría enfrentarse a los ingleses en los mares, pero Wilhelm quería un imperio y eligió la peor alternativa. El káiser decidió también que Alemania debía disponer de una base en el continente americano y, compartiendo la opinión del conde de Montecristo, concluyó que la forma más directa de conseguirla consistiría en comprarla. En 1901, fijó su atención en las islas de Santa Margarita[11], cerca de la costa venezolana, pero cuando el secretario de Estado británico, John Hay, se enteró de la existencia de barcos de guerra alemanes en las cercanías de aquellas islas, mandó un despacho a Berlín y nunca más se oyó hablar de aquel proyecto.

Si el coronel Hay creía que su protesta había hecho cambiar los planes del emperador alemán, se equivocaba. Al káiser se le había ocurrido una idea mejor que la de Venezuela: ¿por qué no instalarse en México? Junto a la desértica costa de la península californiana —apéndice de unos mil seiscientos kilómetros de longitud, que se extiende a lo largo de la costa pacífica mexicana— había otra isla denominada Santa Margarita con un magnífico puerto natural, la bahía de Magdalena. En 1902, un abogado norteamericano que ejercía en Londres, comunicó a su embajador, Joseph H. Choate, una noticia realmente sorprendente que el embajador transmitió, sin pérdida de tiempo, al coronel Hay. Según el informe de Choate, el abogado le había dicho que había recibido instrucciones de un caballero alemán, que

realizaba negocios en Londres, para que hiciese las gestiones necesarias con el fin de obtener permiso para la adquisición de la parte principal de la península californiana, sin revelar a quién representaba. Después de algunas semanas de negociaciones, el abogado norteamericano descubrió que sería imprescindible trasladarse a México para conseguir las concesiones necesarias e insistió en conocer la fuente que financiaría una operación de tal magnitud.

El auténtico comprador, según se le dijo, era el emperador de Alemania en su capacidad personal e individual, y sería el propio káiser quien financiaría la operación. El abogado norteamericano, lleno de estupefacción, quiso saber lo que el emperador alemán intentaba hacer con una propiedad de tal índole. Su cliente alemán le mostró sobre el mapa las bahías de Magdalena y de la Ballena, y le indicó que ambas reunían condiciones inmejorables para usos navales. El abogado norteamericano, que no quería ayudar al emperador alemán a penetrar en el continente americano, decidió abandonar el caso.

«Definitivamente hemos descubierto un punto débil —concluía el embajador Choate en su carta a Hay— y parece perfectamente claro que la propiedad está en venta y que los alemanes desean adquirirla». Más adelante añadía, tal vez innecesariamente: «Nos preocupa el hecho de que pudiese caer en manos de una potencia extranjera, fuere cual fuese la forma en que se disimulase[12]».

Tal vez caducó la oferta cuando el abogado norteamericano abandonó el caso, o puede ser que Hay tomase alguna medida de la que no ha quedado constancia, pero en todo caso, la bahía de Magdalena no pasó a manos del káiser, frustrándose así, una vez más, su sueño de poseer una base naval en el hemisferio americano.

Durante aquel mismo año, el orgullo del káiser sufrió un golpe todavía más duro: los ingleses, en un alarde de perfidia e ignorando el peligro reflejado en el cuadro de Wilhelm, formaron, en secreto, una alianza con Japón, es decir, establecieron lazos de amistad con el peligro amarillo.

Unos meses más tarde, cuando, haciendo gala de su generosidad, intentó ayudar a Inglaterra con relación a las deudas venezolanas y ordenó que sus barcos de guerra bloqueasen aquel país sudamericano, lo único que logró fue desencadenar una crisis. El presidente Theodore Roosevelt se enfureció con el káiser y le amenazó con la posibilidad de mandarle la flota, bajo la comandancia del almirante Dewey, en nombre de la doctrina de Monroe. Al káiser, aquella forma de actuar le parecía repugnante. Los norteamericanos apelaban constantemente a la doctrina de Monroe, como si se tratase de un

contrato que hubiesen establecido directamente con Dios y que les autorizaba a entrometerse con todo el mundo. Wilhelm creía que si Dios tenía que elegir un pueblo, escogería Alemania[13]. (Ha quedado constancia de que un domingo, después de que el káiser hubiese ido a la iglesia, el periódico de la corte informó: «Esta mañana el Sumo Altísimo ha visitado al Altísimo[14]»).

Ni siquiera el periódico matutino, impreso en oro, lograba ahuyentar de la mente del káiser la sospecha de que existía una confabulación general contra él. En una ocasión, cuando sospechaba que Francia había convocado un congreso europeo sin contar con Alemania, el eco de su ira cruzó el Atlántico y provocó el siguiente comentario del presidente Roosevelt: «Una vez más ha estallado el furor del káiser. ¡Qué persona más inconstante!»[15].

Wilhelm se sentía perseguido especialmente por los ingleses, a quienes en apariencia odiaba y secretamente admiraba. En un largo mensaje dirigido a Roosevelt en el que criticaba a Inglaterra, aparecía inesperadamente la frase: «Me encantan los ingleses[16]». Sin embargo, no podía dejar de sospechar que los compatriotas de su madre le creían vulgar. Al igual que el capitán Hook en la historia de Peter Pan, no lograba deshacerse de la duda de que él «no era como se debe ser». También al igual que el mítico capitán, que si bien era temido por todo el mundo, temblaba ante la perspectiva de que se le acercase un cocodrilo, Wilhelm se estremecía ante el aislamiento. Lo que más le preocupaba, en la práctica, era una posible alianza entre Rusia, que estaba a sus espaldas, y Francia e Inglaterra que estaban delante.

En un intento de dirigir la energía rusa hacia el este y por tanto en dirección opuesta a Europa, procuró convencer a Nicky para que declarase la guerra a Japón. En una carta dirigida al zar, le incitaba con las siguientes palabras: «La gran tarea futura de Rusia consiste en defender Europa de la infiltración de la imponente raza amarilla» y le aseguraba al mismo tiempo que él se encargaría de mantener la paz en Europa, protegería su retaguardia y «le ayudaría en todo lo que pudiese[17]».

Desgraciadamente, la guerra entre Rusia y Japón de 1904 a 1905 resultó desastrosa para los rusos; no obstante, Willy no se cansó de repetirle a Nicky que la culpa no había sido, en forma alguna, de los alemanes. De hecho, el káiser no lograba decidir, después de que los rusos perdiesen todas las batallas, si los japoneses se habían convertido en un peligro amarillo todavía mayor, o si, por otra parte, eran una versión oriental de los prusianos, con quienes debía formar una alianza por razones de naturaleza.

En 1906, ante tal coyuntura, Estados Unidos adquirió el territorio necesario para el canal de Panamá. Los japoneses, a partir de su reducida isla,

se expandían por el Pacífico cual genio que emerge de su lámpara maravillosa y todos los países europeos consideraban inevitable una confrontación entre Estados Unidos y Japón. Al káiser le encantaba tal perspectiva. Un día de 1907, la satisfacción de Wilhelm fue inmensa cuando descubrió personalmente que los japoneses habían elaborado un plan para apoderarse del canal de Panamá, con un ejército secreto de diez mil hombres que se hallaba ya en México[18]. Un espía que acababa de regresar de unas plantaciones del sur de México, comunicó al emperador que había visto a los diez mil japoneses, que vestían chaquetas militares y botones dorados, entrenándose después de la puesta del sol, bajo el mando de oficiales y suboficiales disfrazados de obreros.

El káiser escribió a Nicky y le relató que su informador había contado personalmente los diez mil japoneses. Se trataba, según Wilhelm, de un regimiento del ejército de reserva, cuya misión era la de apoderarse del canal de Panamá e interrumpir, de esa manera, las vías de comunicación con Norteamérica. Dado que entre México y Panamá existen unos mil seiscientos kilómetros de jungla, es difícil imaginar dónde creía el káiser que se encontraba el canal. Sin embargo, a un monarca cuya mente esté invadida por vastos problemas, tal vez deba disculpársele un conocimiento tan precario de la geografía. También le aseguraba que aquella información secreta era tan fidedigna como todo lo que le había contado en ocasiones anteriores y que se la brindaba con carácter exclusivo.

El káiser proseguía su mensaje con instrucciones para Nicky, relacionadas con las implicaciones mundiales que se desprendían de aquella inquietante noticia. Londres, según Wilhelm, temía que se desencadenase una guerra entre Estados Unidos y Japón, ya que se verían obligados a tomar partido y dado que se trataría de una cuestión de raza más que de política, se convertiría en un enfrentamiento entre blancos y amarillos. «Por primera vez —decía lleno de orgullo— los ingleses han utilizado las palabras “peligro amarillo” inspiradas en mi dibujo, que se está convirtiendo en realidad».

La fértil mente del káiser imaginaba ya que los japoneses se apoderaban de aquel canal, todavía inacabado, del que el presidente Roosevelt se sentía tan orgulloso. La perspectiva de una guerra inminente le deleitaba.

En una ocasión le había dicho a Arthur Balfour[19] que cuando se desencadenaba alguna guerra en el mundo, en Alemania formulaban inmediatamente un plan. En aquellos momentos, el káiser había descubierto un nuevo punto de presión en México y elaboraba ya el suyo. La noticia había desencadenado en la mente de aquel «zigzag autocrático[20]», como Roosevelt

gustaba de llamarle, un encadenamiento de ideas que dominarían la política alemana durante la década siguiente y que culminaría con el telegrama de Zimmermann.

El káiser esperaba dichoso el efecto que el descubrimiento de japoneses en México le causaría al presidente de Estados Unidos, que seguía enviando miles de hombres y dinero destinados a la excavación del canal de Panamá. El señor Roosevelt se vería obligado a admitir la realidad del peligro amarillo, tal como lo había pronosticado justamente el káiser en su mensaje al mundo occidental. La extraordinaria imaginación de Wilhelm le hacía creer que Estados Unidos y Japón se enfrentarían en el campo de batalla mexicano y auguraba que, de tal conflicto, Alemania se beneficiaría enormemente. En el momento en que Estados Unidos invadiese México, el antiyanquismo latente en América Latina pondría al continente entero en pie de guerra. La dominación estadounidense del continente cesaría, y Alemania, que aspiraba a ampliar su área de influencia y su comercio, dispondría finalmente del campo libre que le correspondía y que tanto anhelaba.

Si la amenaza japonesa se explotaba correctamente, los norteamericanos se verían obligados a invadir México. También se le ocurrió al káiser otra consecuencia que le deleitaba: en una guerra entre Estados Unidos y Japón, Inglaterra tendría que apoyar a los norteamericanos y perdería su alianza con los japoneses. La tortuosa mente del káiser, en su constante ajetreo, había encontrado un nuevo candidato, es decir, Norteamérica, que defendería a la raza blanca de la amarilla y el campo de batalla sería México. Todo era muy simple y muy natural, sólo había que lograr que los norteamericanos comprendiesen cuál era su misión.

El káiser estaba seguro de que el vigoroso presidente de Estados Unidos agradecería la oportunidad que se le brindaba de acceder a la fama. El príncipe Von Bülow le había dicho que el señor Roosevelt «era un gran admirador de Su Majestad[21] y le encantaría gobernar el mundo mano a mano con Su Majestad, ya que se considera a sí mismo una versión norteamericana de Su Majestad». Roosevelt debía de ser, sin duda, la persona adecuada para combatir el peligro amarillo.

En enero de 1908, el káiser mandó llamar al embajador norteamericano, Charlemagne Tower, y le informó con relación a los diez mil japoneses con botones dorados que, según Wilhelm, habían sido distribuidos por todo México. También le ordenó a Tower que comunicase a su presidente que, sin duda, aquellos soldados atacarían Panamá en el momento en que estallase la guerra en Europa[22].

Cuando Roosevelt recibió la información de su embajador, decidió que no estaba dispuesto a aceptar aquel desafío. El káiser, sin embargo, se había convencido a sí mismo de que era su deber, así como muestra de su amistad, el haber avisado al presidente norteamericano de tal oportunidad y estaba resuelto a presionarle, de la misma forma en que había empujado a Nicky a la guerra con Japón, prometiendo ayuda alemana.

Entonces apareció la idea extraordinaria de sugerir una alianza entre Alemania, Estados Unidos y China. El destino quiso que en aquellos momentos se le presentase a Wilhelm una gran oportunidad. Un periodista norteamericano del *The New York Times*, William Bayard Hale, llegó a Berlín con la intención de entrevistar al káiser. Ésta fue la primera aparición de un individuo que, como por arte de magia, estaría presente en muchos momentos decisivos de los acontecimientos venideros. En agosto de 1908, se le concedió permiso a Hale, que no se había convertido todavía en agente alemán, para que entrevistase al káiser[23]. La entrevista resultó ser tan sumamente indiscreta que la dirección del *Times* creyó conveniente consultar al presidente Roosevelt antes de publicarla.

El káiser le había dicho a Hale que en el plazo de uno a dos años, Estados Unidos se vería obligado a luchar contra los japoneses, motivo por el cual estaba organizando una alianza entre China, Alemania y Estados Unidos que se daría a conocer en breve. Acusaba también a Inglaterra de traicionar a la raza blanca al aliarse con los japoneses, debido a lo cual no le quedaba otra alternativa a Alemania que entrar en guerra contra los ingleses en un futuro muy próximo. En uno de sus característicos momentos de inconsistencia, el káiser dijo que estaba suministrando armas a los musulmanes para utilizarlos como fuerza de choque contra el peligro amarillo. También dijo que Rusia había luchado contra Japón en nombre de la raza blanca y que si Alemania hubiese participado en la lucha, los japoneses habrían sido derrotados. Durante dos largas horas, el káiser siguió dando información similar al señor Hale.

El señor Hale, que era germanófilo, presentía que los comentarios del emperador no correspondían a los intereses de Alemania y tuvo la precaución de mostrarlos en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, donde causaron una verdadera convulsión, y al embajador norteamericano —que quedó horrorizado— antes de transmitir la entrevista al *Times*. La dirección del *Times* mostró la información a Roosevelt y el presidente dio órdenes estrictas[24] de que no se publicase. El *Times* renunció a lo que hubiese sido una primera plana sensacional y obedeció al presidente. Algunos meses más

adelante, Roosevelt escribió refiriéndose al káiser: «Me gusta y en cierto modo le admiro, pero ¡ojalá no tuviese un cerebro tan maquiavélico!»[25].

El káiser, que no estaba dispuesto a dejarse intimidar por la táctica del silencio, ofreció otra entrevista similar en esencia, aunque diferente en sustancia, al *The Daily Telegraph* de Londres, que se publicó el 28 de octubre de 1908 y causó un estrépito tal que conmovió a toda Europa; el propio Wilhelm estuvo a punto de perder el trono. Apenado, atónito y confuso, Wilhelm abandonó Berlín, donde la prensa especulaba sobre su posible locura y se refugió en Pless, donde se intentó, sin conseguirlo, recrear una atmósfera que apaciguase el espíritu de Su Alteza. «Soy muy desgraciado y muy incomprendido», le decía a la hermosa Daisy, princesa inglesa de Pless, durante la cena, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla[26].

Por otra parte, ¿qué pasaba con los japoneses? El caso es que la información del káiser no era totalmente infundada: algo ocurría entre Japón y México, aunque nadie sabía exactamente de qué se trataba. En 1908, algunos meses antes de que el káiser otorgase su famosa entrevista, el ministro estadounidense en Guatemala[27] comunicó a Washington que circulaban rumores según los cuales Japón había adquirido, por medio de un pacto secreto, una base naval en la bahía de Magdalena —la zona más extensa y más segura de la costa pacífica mexicana— y que se trataba del mismo lugar que el káiser había intentado conseguir. La preocupación imperaba en Washington. Los canales oficiales se negaban a responder a todas las preguntas de los norteamericanos y, sin embargo, a lo largo de varios años, se recibió información que hacía referencia a soldados japoneses disfrazados —que recordaba a los diez mil hombres del káiser— que se preparaban para cruzar Río Grande o para tomar el canal de Panamá.

Quizá existiese un pacto secreto, pero no ha quedado constancia de ello en los archivos. Lo que sí es cierto es que los japoneses y los mexicanos, que no habían olvidado la pérdida de Texas, tramaban algo en común. Los japoneses, por su parte, estaban molestos con Estados Unidos debido a las recientes restricciones impuestas por este último, con relación a la entrada de obreros japoneses en su país. Se comenzó a hablar de lazos raciales entre México y Japón[28]. Se suponía que los mexicanos eran descendientes de pescadores japoneses que habían sido arrastrados por los vientos a través del Pacífico. Buques escuela japoneses navegaban por aguas mexicanas. En 1911, el almirante Yashiro, comandante supremo de la armada japonesa, visitó México oficialmente. El ministro mexicano de Defensa le ofreció un banquete en Chapultepec, durante el transcurso del cual, después de siete platos y siete

vinos diferentes, el almirante se levantó, un tanto tambaleante, para brindar por la «fraternidad» de sus respectivos ejércitos y armadas; a continuación pronunció un discurso en el que habló de una acción bélica combinada contra un enemigo común[29]. Hizo hincapié en las similitudes existentes entre los pueblos mexicano y japonés: «La misma sangre circula por nuestra venas» (aplausos clamorosos); «ambos poseen volcanes temibles e indomables que, a pesar de que actualmente estén inactivos, pueden hacer erupción y conmover al mundo con su furia» (gritos de aprobación); «ambos refuerzan sus ejércitos y armadas respectivos para presentar resistencia a quienes insulten el honor nacional», (¡Viva Japón! ¡Abajo los gringos!). Indudablemente, no se mencionó al enemigo común.

Si bien los norteamericanos no comprendían, o no querían comprender, el significado de aquellas amenazas, Berlín quería obligarles a que las tuviesen en cuenta. En febrero de 1911, un espía alemán, con el nombre casi excesivamente teutónico de Horst von der Goltz, llegó a París con la misión de apoderarse del texto de un pacto secreto que el ministro de Hacienda mexicano, José Yves Limantour, se suponía que tramaba con agentes japoneses en Francia[30]. Limantour, que tenía la reputación de ser el hombre más inteligente de México y el sucesor probable del presidente Porfirio Díaz, se encontraba en París para tramitar un préstamo, mientras esperaba el resultado de una insurrección que podía costarle finalmente el puesto a Díaz. Von der Goltz, según una versión adornada que ofreció más adelante, se unió a Limantour y, con la ayuda de un Rolls-Royce, una pandilla de apaches parisinos, una fiesta exuberante y narcóticos, logró apoderarse del documento en cuestión después de dejar al ministro mexicano sin sentido; Von der Goltz había utilizado los más ortodoxos métodos de capa y espada. Inmediatamente surgieron dos agentes alemanes vestidos de negro, se llevaron el botín y unas semanas más tarde, apareció una copia fotografiada del pacto secreto sobre la mesa del despacho del sorprendido embajador norteamericano en México, Henry Lane Wilson.

El embajador Wilson negó que esto hubiese tenido lugar y parece correcto considerar que la palabra de un embajador norteamericano sea más fidedigna que la de un espía alemán[31]. Sin embargo, a principios de marzo, el embajador Wilson hizo una escapada a Washington[32] para consultar personalmente al presidente Taft, sucesor de Roosevelt. Al día siguiente de la llegada de Wilson, el 6 de marzo, el país entero se llenó de asombro ante la noticia de que el presidente había movilizado veinte mil soldados, que representaban dos tercios del ejército regular, hacia la frontera mexicana y

había ordenado que la armada se dirigiese inmediatamente hacia el golfo[33]. Taft aseguró que se trataba de maniobras, pero todo el mundo creyó que aquello significaba la guerra con Japón. Numerosos corresponsales se dieron cita en El Paso, centro de reclutamiento, desde donde mandaban información referente a toques de corneta, fuegos de campamento, rancho militar y confusión general. Entre los que se encontraban en El Paso, se destacaba un personaje uniformado que resultó ser el comandante Herwarth von Bittenfeld, agregado militar de la embajada alemana en Washington[34]. ¿Por qué se encontraba aquel caballero en Texas? Fuere cual fuese la razón, decidieron vigilarle, ya que estaban convencidos de que no había ido simplemente a observar las maniobras.

Había gran excitación en Texas y en los otros estados fronterizos[35]. En Fort Sam Houston se decía que la armada japonesa había aparecido cerca de la costa del Pacífico; en San Antonio se rumoreaba que el ejército habría ocupado la ciudad de México antes de Pascua. Se suponía también que todos los barcos japoneses que llegaban a Seattle y a San Francisco eran portadores de colonos que eran transferidos rápidamente a México. Algunos patriotas que vigilaban el lado mexicano de la frontera decían haber visto orientales sospechosos que vestían de civil pero llevaban consigo equipo militar y no buscaban empleo. Se aseguraba, asimismo, que se habían descubierto cincuenta mil rifles escondidos en lugares estratégicos de la costa mexicana del Pacífico.

En las capitales extranjeras aparecían informes[36], supuestamente oficiales (de una unanimidad extraordinaria), que hacían referencia al pacto secreto. Se creía que los japoneses habían conseguido, no sólo la autorización para instalar una base naval en la bahía de Magdalena, sino también los derechos para el uso de la línea férrea transmexicana de Tehuantepec, que unía las costas del Pacífico y del Atlántico. A pesar de las repetidas negativas, tanto por parte de los embajadores japoneses en todas las capitales, como de las autoridades mexicanas, los rumores persistían y se incrementaban, sobre todo por parte de Alemania. La prensa alemana[37], reflejando sus deseos, pronosticó con toda firmeza que los norteamericanos atravesarían la frontera en el plazo de tres días, derrocarían al presidente Díaz y anexionarían México a Estados Unidos con el fin de proteger el canal de Panamá.

La persistencia de los rumores había alcanzado tal ímpetu que el presidente Taft se vio obligado a declarar en público que la movilización de tropas no estaba en ningún modo relacionada con Japón. A pesar de que el presidente decía la verdad, nadie le creía, debido, en gran parte, a que

Alemania instigaba para que así fuese. El 9 de abril, una información sensacionalista, con el título de ¡fotografía del pacto secreto!, apareció en primera plana del respetable vespertino *The New York Evening Sun*. Su contenido era aproximadamente el mismo que el de la versión que aparecería más adelante cuando se publicaron las confesiones de Von der Goltz, pero sin mencionar su participación en el asunto. Según la información del *Sun* dirigida al mundo entero, el pacto secreto con Japón era un hecho que había sido ratificado por el gobierno de Díaz. El embajador Wilson había tenido el original en sus manos, sólo el tiempo necesario para fotografiarlo, antes de guardarlo nuevamente en los archivos secretos del Ministerio de Asuntos Exteriores mexicano. El embajador, proseguía el *Sun*, se puso en contacto inmediatamente con Washington y, después de anunciar su llegada por telegrama, se presentó ante el presidente y el gabinete, a quienes mostró el documento en cuestión. El comandante en jefe de las fuerzas armadas, general Leonard Wood, que almorzaba en aquellos momentos en su club, recibió un mensaje de la Casa Blanca, abandonó inmediatamente la mesa y se presentó ante su presidente. La orden de movilización se dio aquel mismo día. El embajador Wilson se trasladó entonces a Nueva York donde se reunió con Limantour, que acababa de llegar de París y le dijo, según declaración del *Sun*, que le comunicase al presidente Díaz que si no se revocaba el pacto en el plazo de seis días, Estados Unidos se vería obligado a entrar en acción.

Esta información circunstancial, dramática y avalada por el prestigio del *Sun*, logró convencer al público de que México serviría de plataforma para la invasión japonesa. El peligro amarillo se convirtió en algo tan popular como el té para los ingleses, y los norteamericanos estaban especialmente sensibles respecto a cualquier información procedente de la frontera mexicana. Esta situación duraría muchos años.

¿Cómo reaccionaba, ante tal situación, el embajador Wilson? En público, guardaba silencio absoluto y en privado comunicó al departamento de Estado que no había tenido en sus manos ningún pacto secreto**[38]**. Lo que relató el embajador fue que el señor Ritchie, enviado especial del *Sun*, había confesado ante él que la información sobre la que escribió su famoso artículo provenía única y exclusivamente (como lo habrá adivinado ya el lector inteligente) del comandante Herwart von Bittenfeld. Se trataba, naturalmente, de una invención alemana.

El caso es que el presidente Taft movilizó al ejército norteamericano, no con el fin de evitar el peligro de una invasión japonesa del territorio estadounidense, sino ante la amenaza que representaban las insurrecciones

internas para las compañías norteamericanas en México[39]. El apresurado viaje del embajador Wilson y la reacción del presidente Taft correspondían a un intento, por parte de Estados Unidos, de intimidar a los rebeldes, así como de apoyar al presidente Díaz; no de derrocarlo. No tenían intención alguna de invadir México y, para decepción del káiser, no cruzaron la frontera.

Nunca se ha sabido si hubo un pacto secreto entre México y Japón, o si Von der Goltz se apoderó del mismo, pero en todo caso no tiene ninguna importancia. Desde el punto de vista histórico, lo que ocurrió realmente desempeñó un papel menos preponderante que aquello que se creyó que había ocurrido. Alemania no sólo logró convencer a los norteamericanos de que era posible que existiese un pacto entre México y Japón para atacar a Estados Unidos, sino que también logró convencerse a sí misma. El campo estaba listo para el telegrama de Zimmermann.

Por otra parte, el káiser todavía ansiaba lanzarse en pos de alguna aventura en Latinoamérica y lo intentaría nuevamente en un futuro próximo. La insurrección en México, que avanzaba a pasos agigantados, le brindó una nueva oportunidad.

3

¡APODERÉMONOS INMEDIATAMENTE DE LA ADUANA!

Cuando Francisco Madero —jefe de la revolución que en 1911 logró derrocar el régimen autoritario de Porfirio Díaz— entró en la capital, montado sobre un caballo blanco[1], el pueblo le recibió como si se tratase del apóstol redentor de México[2], mientras los partidarios de Díaz preparaban sus armas para un contraataque. Apenas transcurridos dos años, tuvo lugar el golpe. Éste fue el tiempo del que dispuso Madero para intentar transformar el feudalismo en democracia. Después de diez días de terror, bombardeos y más de diez mil muertos[3], se instauró en México una nueva dictadura encabezada por el general Victoriano Huerta, indio de pura raza, con nariz achatada[4], la cabeza puntiaguda, ojos de esfinge tras incongruentes gafas y una botella de *brandy* siempre al alcance de la mano. Raramente sobrio, había escalado los peldaños del escalafón militar con astucia, paciencia y concisión hasta convertirse en el jefe supremo. Sirvió a las órdenes de Díaz y de Madero hasta que los traicionó y encarceló a ambos. Las clases pudientes y los inversores extranjeros le consideraron su redentor y le recibieron con los brazos abiertos.

Dos semanas después del golpe militar, durante la noche del 22 de febrero de 1913, Madero y su vicepresidente Pino Suárez fueron asesinados cuando eran trasladados desde el palacio nacional, donde estaban detenidos, a la prisión nacional. Todo el mundo quedó convencido de que aquel asesinato se llevó a cabo por orden de Huerta, si bien nunca se encontraron pruebas de su complicidad en el asunto.

Por un capricho de la historia, fue precisamente en este momento cuando Woodrow Wilson fue nombrado presidente de Estados Unidos. A su manera, Wilson era también un apóstol, no del estilo mesiánico de Madero, sino más bien luterano, partidario de la reforma, culto, incorruptible, seguro de su misión y, con el poder que le había encomendado el electorado, dispuesto a corregir las injusticias del pasado, las envidias del presente y a dignificar la

política norteamericana. Había llegado el momento de que hubiese una reforma y esto era exactamente lo que Wilson se proponía hacer. El presidente introdujo en el gobierno a otros partidarios de la Nueva Libertad, tales como William Jennings Bryan, el secretario de Estado más inverosímil en la historia norteamericana y Josephus Daniels, pacifista, en calidad de secretario de la marina de guerra. Tanto para ellos como para Wilson, el general Huerta representaba todo aquello que se debe aborrecer en esta vida. Sin embargo, Wilson, a lo largo del prolongado duelo que mantendría con Huerta, no logró evitar una cierta admiración por su sangre fría[5].

Enemigo de la publicidad, Wilson confesó en privado que, en su opinión, Huerta era «una bestia que le divertía[5a]… tan falso, tan engañoso, tan repleto de bravatas y sin embargo tan valeroso… raramente sobrio y siempre imposible en su trato, no obstante, un luchador indómito por su patria». Huerta, hombre de pocas palabras, opinaba que Wilson era un puritano norteño[6].

El asesinato de Madero, presidente reformista como el propio Wilson, que había ocurrido pocos días antes de su nombramiento, le afectó profundamente. No tenía por qué haber sido así, ya que casi todos los dirigentes mexicanos de los últimos cien años habían sido víctimas de la violencia; sin embargo, Wilson sintió la muerte de Madero como si se tratase de la de su propio hermano. Tal vez la creencia de que algo semejante podía haberle ocurrido a él hacía que su indignación aumentase. Desde el 4 de marzo de 1913, fecha de su nombramiento, Wilson, en su capacidad de caballero de la Nueva Libertad y enemigo de los «intereses», estuvo obsesionado con la idea de liberar al pueblo mexicano de su opresor[7], el general Huerta, a quien consideraba un usurpador. Decidió que el gobierno mexicano debía contar con el consenso de su pueblo y que le correspondía a él lograr que así fuese.

Fue en estos momentos cuando en Japón se desencadenó la ira, provocada por una nueva ley promulgada en California que prohibía a los japoneses adquirir o alquilar terrenos en aquel estado norteamericano. Japón, que no podía creer que el gobierno federal no tuviese poder para revocar una ley estatal y convencido de que aquella acción representaba un insulto deliberado, presentó una enérgica protesta en Washington. La tensión en el Pacífico se hizo electrizante. La guerra, que hacía tiempo que se pronosticaba, parecía estar a punto de estallar.

Wilson, con sus ambiciosos proyectos para disolver los *trusts*, desarticular las empresas interrelacionadas y «expulsar del templo» a los embajadores del

dólar, apenas había pisado la Casa Blanca cuando se enfrentó con la perspectiva de una guerra con Japón y de una grave crisis en México. «Sería realmente una ironía del destino[8] —dijo el presidente con ansiedad— si mi administración tuviese que preocuparse principalmente de asuntos extranjeros». El sino determinó, haciendo gala de su ironía, que aquellos comentarios se convirtiesen en la realidad histórica de la época.

En aquellos momentos, cuando todavía circulaban rumores de que Japón le ofrecía una alianza secreta a México, un presidente con unos principios menos arraigados que los de Wilson no se hubiese expuesto a que México se entregase a Japón, debilitando y enajenando simultáneamente al gobierno mexicano. Pero tanto la fuerza como la debilidad intrínseca de Wilson radicaban en que, consciente de la pureza de sus motivos, se lanzaba en pos de lo que él creía correcto, fuese o no práctico y desencadenó una campaña contra «aquel canalla de Huerta[9]», destinada a derrocarle, basada en no reconocer su gobierno. El hecho de no reconocer a Huerta alentó, como era de esperar, el levantamiento de sus rivales bajo el mando del general Carranza, que disponía ya de un grupo de insurrectos en el norte de México, junto a la frontera estadounidense. Las fuerzas rebeldes aumentaban numéricamente de día en día y avanzaban hacia el sur del país; formaron su propio gobierno y convirtieron a México en los Balcanes de Latinoamérica al solicitar colaboración extranjera. El hecho de que ambos bandos solicitasen armas, dinero y cualquier otra ayuda del extranjero dejaba el campo abierto para cualquiera que estuviese interesado en abrir una brecha en la doctrina de Monroe.

Varios países se hallaban a la expectativa. Durante el verano de 1913, los japoneses se deleitaron en vender a Huerta una remesa considerable de armas[10]. Además, para mayor enojo de Wilson, Japón invitó a una comisión especial mexicana, encabezada por el ministro de Asuntos Exteriores, señor Barra[11], para que visitase su país, donde fue recibida por el emperador en persona y fue objeto de numerosas muestras de afecto por parte del pueblo japonés. Alemania se regocijaba ante la perspectiva de que aumentasen los problemas. Parecía que la alianza tan anhelada entre Japón y México comenzaba a configurarse. México contaba con más de tres mil kilómetros de costa, en su vertiente pacífica, totalmente indefensa. Su frontera septentrional con Estados Unidos se extendía a lo largo de dos mil kilómetros, desde Texas hasta California, limitada por territorios que le habían pertenecido. Los mexicanos no se habían olvidado tampoco de El Álamo. En resumen, México había sido una verdadera víctima de Estados Unidos.

Al presidente Wilson, sin embargo, no le preocupaba la estrategia, sino la reforma. Seducido por el elemento mágico de la palabra «constitucionalistas» —que Carranza había elegido como nomenclatura de su partido—, o, tal vez, por la nobleza de la larga barba blanca de Carranza, que recordaba una combinación de John Brown y del profeta Isaías, Wilson creía haber descubierto en él al caudillo de los oprimidos. El presidente norteamericano decidió, en nombre de los mexicanos, que Carranza era el jefe que se merecían. También resolvió que el pueblo mexicano, estuviese o no preparado para ello, era digno de una democracia. «Mi corazón está con el ochenta y cinco por ciento de oprimidos que luchan por liberarse», decía Wilson. Desgraciadamente, aquel gran porcentaje de oprimidos, incapaces de distinguir entre Huerta y Carranza, se escondieron en sus chozas o escaparon a las montañas, con la esperanza de salvaguardar un burro o un saco de maíz de la batalla entre los tiranos rivales.

El embajador Henry Lane Wilson trató en vano de hacer comprender a su presidente que México se sumiría en el caos y la anarquía[12], a no ser que se consolidase con toda prontitud la posición del general Huerta. El presidente, que consideraba a su tocayo como al más insigne embajador del dólar[13] que había heredado de su predecesor —y a quien creía en parte responsable de la muerte de Madero por haberle negado asilo político—, se negó a comunicarse con él[14].

Las naciones europeas estaban también muy desconcertadas por la política de Wilson, ya que después del peligro que el régimen de Madero había representado para sus inversiones en México, habían acogido con los brazos abiertos el golpe militar de Huerta, que les prometía el restablecimiento del antiguo orden. Les disgustaba profundamente que Wilson se negase a reconocerle e intentaban persuadir al presidente norteamericano de la necesidad de apoyar al gobierno seguro y estable de México. Lord Bryce, a quien no se podía acusar de defender intereses creados, a pesar de que era embajador británico en Washington, opinaba que lo mejor que podía ocurrir era que apareciese lo antes posible un dictador que protegiese el orden y facilitase el progreso material y educativo[15]. El káiser lo expresaba en forma todavía más sucinta: «La moralidad está muy bien —decía—, pero ¿qué pasa con los dividendos?»[16].

Pero Wilson no estaba dispuesto a desviarse de la misión que se había encomendado a sí mismo y que consistía en procurar derrocar a «aquel individuo que se autodenominaba presidente de México[17]». A pesar de que unas dieciséis naciones le habían reconocido a Huerta su derecho a la

presidencia, para Wilson no era sino el símbolo de un pecado político; un becerro de oro rodeado de aduladores mexicanos y embajadores del dólar; un ídolo que él, guiado por una inspiración divina, debía destruir.

El petróleo fue el factor que aceleró los acontecimientos. Las armadas mundiales estaban en la última etapa de conversión de sus buques para que consumiesen petróleo en lugar de carbón y una cuarta parte de la producción mundial de petróleo provenía de México. Prácticamente la totalidad del petróleo utilizado por la marina inglesa procedía también de México[18] y se extraía de la propiedad de un solo hombre, lord Cowdray. En aquellos momentos, cuando la guerra parecía inminente, la rivalidad entre las armadas de Inglaterra y Alemania alcanzaba su expresión máxima. La armada británica necesitaba el petróleo mexicano y Gran Bretaña necesitaba su armada. La preocupación de lord Cowdray aumentaba notablemente. Su amigo, *sir* Lionel Carden, embajador británico en México, se sentía progresivamente más frustrado de que no se le permitiese reconocer oficialmente a Huerta, ya que esto era, en su opinión, lo que requerían los intereses de su país. *Sir* Lionel insistía en que Londres autorizase el reconocimiento y Londres, a su vez, presionaba a Washington. Wilson, por su parte, no hacía sino reafirmar su posición; su opinión de *sir* Lionel era tan mala como la que tenía de su propio embajador[19] y, sin embargo, no lograba apartar de su mente la imagen de lord Cowdray, a la sombra del embajador británico, como si se tratase de un monstruo cuyas huellas se impregnaban de petróleo dondequiera que anduviese.

En Inglaterra, por otra parte, se había llegado a considerar que el contrato que lord Cowdray tenía con la armada real acarreaba un peso superior al de la pasión que Wilson sentía por el pueblo oprimido. El 3 de mayo, Inglaterra reconoció oficialmente al general Huerta[20]. El disgusto que este hecho le produjo a Wilson aumentó todavía más con la enérgica protesta de Japón ante la ley que se acababa de promulgar en California con relación a los extranjeros. El presidente no se alteró, pero el consejo de administración del ejército y la marina sí que lo hizo: sin ninguna autorización superior, ordenó que cinco cruceros estacionados en China se trasladasen a Manila, recomendó que la flota del Pacífico se mudase inmediatamente a Hawái y que dos buques de guerra se instalasen en Panamá[21]. Estas enérgicas medidas, de las que se informó cuidadosamente a la prensa, colocaron al país entero en estado de tensión y enojaron de tal manera al presidente[22], que decidió abolir el consejo de administración; dicho consejo no se formó nuevamente hasta finales de 1915.

Las conversaciones sobre el peligro amarillo estaban a la orden del día. El secretario de Estado, Daniels, se quejaba de que sus almirantes pasaban noches enteras pensando en los planes bélicos que Japón fraguaba contra Norteamérica[23]: su intención de apoderarse, en primer lugar, de las islas Filipinas y después de Hawái. Lo que ellos imaginaban era, en efecto, el anteproyecto del episodio de Pearl Harbor, con veintiocho años de antelación. No cabe duda de que aquellos almirantes de una generación anterior tenían una gran visión estratégica. Daniels, sin embargo, consideraba que aquello no era sino una obsesión, mientras que el presidente, por su parte, creía que aquel enfoque era de un gusto pésimo[24], en el momento en que él intentaba apaciguar los ánimos de los japoneses y mantener la paz.

La situación tampoco mejoraba en México. Preocupados por el creciente antiamericanismo que la política de Wilson generaba, los inversores norteamericanos presionaban[25] al presidente para que autorizase el reconocimiento de Huerta, a condición de que Huerta y Carranza garantizasen que se celebrarían elecciones libres. En su opinión, si México superaba su crisis con la ayuda de Inglaterra y Alemania, Estados Unidos perdería totalmente su prestigio en aquel país.

Por primera vez, Wilson les prestó atención. Llegó, incluso, a redactar un mensaje parecido al que le solicitaban los financieros, pero cuando llegó el momento de autorizar el reconocimiento de «aquel bruto desesperado[26]», comenzó a darle vueltas al documento, como si se tratase de un frasco que contuviese veneno. El sangriento episodio de Veracruz se habría evitado si el presidente, en aquellos momentos, hubiese seguido adelante.

Consejos de otra índole y más de su agrado llegaron, entonces, a oídos de Wilson. William Bayard Hale, el periodista a quien el káiser había ofrecido su indiscreta entrevista, apareció nuevamente en el escenario. En su calidad periodística, Hale se había integrado en el movimiento de la Nueva Libertad y en 1912 fue elegido para escribir la biografía electoral de Wilson. El presidente, impresionado por su capacidad, le encomendó una misión informativa confidencial en México, para la cual su preparación consistía en una carencia absoluta de erudición con relación al país mexicano, pero, por otra parte, conocía muy bien a Wilson[27]. Un vistazo global le bastó para enterarse de lo que el presidente deseaba escuchar: Huerta era realmente malévolo; su gobierno no podía durar; el embajador Wilson había cometido la osadía de invitarle a cenar. El presidente descartó inmediatamente la posibilidad del reconocimiento de Huerta y despachó a otro emisario[28] con una carta para el presidente mexicano, en la que le ordenaba que no se

presentase como candidato en las próximas elecciones presidenciales. A Estados Unidos, decía Wilson en su carta, «le concierne el bien del pueblo mexicano[29]».

Al igual que Cromwell en su lucha contra los caballeros, Wilson estaba en lo cierto, y Huerta era un reaccionario. Sin embargo, a pesar de que el presidente norteamericano deseaba sinceramente acabar con la explotación del pueblo mexicano, cometió un error al intentar intimidar al jefe de Estado de su país vecino. Huerta, por muy perverso que fuese, controlaba el poder y, como buen azteca, tenía un alto sentido del honor. Su respuesta al comunicado de Wilson fue clara e inconfundible: detuvo a ciento diez miembros del Congreso mexicano y disolvió las Cortes. Cuando se celebraron las elecciones, unas semanas más tarde, el general Huerta fue quien más se sorprendió al descubrir que había sido elegido presidente de México.

Wilson, que todavía creía que México debía funcionar como una democracia moderna, a pesar de que su desarrollo político era comparable con el de Francia antes de la revolución, se horrorizó ante la detención de los diputados. Consideró aquel acto como un insulto personal y una manifestación de mala fe[30] hacia Estados Unidos. Tampoco le consolaba al presidente el hecho de que, según su embajador en Londres, Walter Hines Page, los ingleses no simpatizaban con su actitud[31] moralista con relación al problema mexicano. La irritación de Wilson era tal que ya no vaciló en declarar públicamente que consideraba que su deber ineludible consistía en derrocar al usurpador utilizando las medidas que fuesen necesarias para conseguir este fin[32].

Al dejarse llevar por la ira, Wilson se había colocado en una situación un tanto delicada, de la que Inglaterra le ayudaría a salir. El ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, el liberal *sir* Edward Grey, a quien le disgustaba la política mexicana de Wilson, mandó a *sir* William Tyrrell a Washington en calidad de emisario[33]. Después de superar la desconfianza del presidente, el embajador británico logró mantener una franca conversación con Wilson. Cuando Tyrrell regresó a su país, dijo que el presidente norteamericano le había comunicado, con relación a su política mexicana, que su intención era la de educar a las repúblicas latinoamericanas para que aprendiesen a elegir «hombres de bien[34]».

Pocas semanas después, la alegría de Wilson fue enorme cuando se enteró de que Inglaterra había decidido transferir a *sir* Lionel Carden —por quien el presidente sentía una profunda antipatía— a otro cargo y de que lord Cowdray, según Page, había perdido su aplomo[35]. Lo que para Wilson era

un alarde de sensatez por parte de Inglaterra, no se debía a ningún cambio de la actitud moral británica, sino a un plan elaborado por *sir* Edward Grey destinado a conseguir el apoyo de Wilson para abolir los peajes en el canal de Panamá[36]. Grey no creía que, en el terreno moral, hubiese gran diferencia entre Huerta y Carranza[37]. Así pues, decidió que no valía la pena arriesgar la amistad de Wilson al ofrecer el apoyo británico a Huerta, en lugar de ofrecérselo a otro individuo similar con otro nombre. A raíz de la retirada de *sir* Lionel, Wilson solicitó al Congreso que aboliese los peajes en el canal de Panamá: un arreglo entre caballeros de los principios más arraigados.

El general Huerta, impenetrable tras sus incongruentes gafas, comprendió perfectamente el significado de la retirada de los ingleses y cuando Wilson, con la satisfacción que le proporcionaba el apoyo moral británico, decidió, en febrero de 1914, suministrar armas a Carranza, Huerta entendió que su posición era sumamente delicada. Alemania supo aprovecharse de aquel momento crítico y le ofreció ayuda militar a Huerta para luchar contra los rebeldes a través de su embajador, almirante Von Hintze, a condición de que México dejase de suministrar petróleo a la marina británica en caso de guerra. A los pocos días, en el puerto de Hamburgo, grandes cantidades de armamento eran colocadas a bordo de los buques *Ypiranga*, *Bavaria y Kronprinzessen Cecilie*, con destino a Veracruz[38].

En aquellos momentos, otro buque entró a formar parte de esta historia. Se trataba del *U. S. S. Dolphin*[39], al mando del almirante Mayo, que se hallaba anclado en aguas territoriales mexicanas, cerca de Tampico y que el 6 de abril mandó una lancha cañonera, con seis marinos a bordo acompañados del tesorero, para que fuesen a buscar provisiones. Cuando desembarcaron en Tampico, donde se había declarado la ley marcial, un oficial de bajo rango del ejército huertista arrestó a los norteamericanos y los condujo a su superior, quien, al darse cuenta de las implicaciones conflictivas que aquel incidente podía ocasionar, ordenó que condujesen inmediatamente a los marinos norteamericanos a su buque. Poco tiempo después, un oficial mexicano se personó en el barco norteamericano donde, en nombre del comandante de Tampico, se disculpó profusamente por la detención de los marinos.

El almirante Mayo consideraba, sin embargo, que, ante tal ultraje, los mexicanos debían brindarle veintiuna salvas y castigar al oficial responsable de la detención, lo que hizo saber a las autoridades mexicanas en forma de ultimátum, de las que esperaba recibir una respuesta en el plazo de veinticuatro horas. A continuación, el almirante comunicó lo ocurrido a Washington. El gobierno norteamericano, sin saber cómo se habían

desarrollado los acontecimientos, se encontró sumergido en una crisis de la que ni Wilson, ni Bryan, ni Daniels sabían cómo salir, en el caso de que Huerta se negase a disculparse. Transcurrieron las veinticuatro horas y las salvas brillaban por su ausencia. Al día siguiente, el asunto de Tampico se había convertido en un incidente internacional: se presentaron protestas por canales diplomáticos, se mandaron telegramas, barcos de guerra norteamericanos aparecieron en el golfo de México y se enviaron nuevos ultimátums, pero Huerta permanecía impasible. El presidente mexicano, haciendo gala de una lógica aplastante, no llegaba a comprender que Estados Unidos exigiese un saludo de veintiuna salvas a un gobierno que no habían reconocido[40]. Huerta, al borde de la derrota y de la ruina, presionado por una nación cuyo poder era diez veces superior al suyo, postergaba el momento decisivo con sucesivos argumentos, mientras que Wilson, horrorizado por la inevitabilidad de los hechos, había sido elevado sobre un pedestal que representaba el honor nacional y cuya única salida era la guerra.

No obstante, Wilson, a pesar de haberse convertido en la víctima de su propia ambivalencia, se alegraba de que se le hubiese presentado la oportunidad de derrocar al dictador Huerta y, según él, de abrir las puertas de la democracia en México. Al presidente norteamericano le disgustaba el uso de la fuerza y, sin embargo, preparaba su armamento. A la postre, Wilson mandó personalmente un ultimátum a Huerta que vencía a las seis de la tarde del 19 de abril, y en el caso de que no se cumpliese, había ordenado a sus fuerzas armadas que bloqueasen y ocupasen la mayor ciudad portuaria de México, es decir, Veracruz. Transcurrió el plazo reglamentario sin reacción alguna por parte de México y Wilson permaneció, a su vez, impasible hasta el día siguiente.

El 20 de abril fue un día de mucho alboroto en Washington: circularon innumerables rumores y aparecieron titulares sensacionalistas en los periódicos. Wilson ordenó una reunión de ministros a las diez y media de la mañana, y les comunicó que aquella misma tarde pediría permiso al Congreso para que autorizase el uso de las armas para la ocupación de Veracruz. A pesar de que en realidad no le atribuía, naturalmente, gran importancia al incidente de Tampico, lo convirtió en el centro exclusivo del problema que les ocupaba, lo que fue del desagrado general de los miembros de su gobierno. El propio presidente reconoció que uno de sus ministros[41] estaba muy alterado y clausuró la reunión aconsejando a los creyentes que rezasen antes de que se tomase una decisión que podía conducir a su país a la guerra[42]. Unos momentos más tarde, haciendo gala de una ambigüedad que dificulta su

comprensión, Wilson declaró ante un grupo de periodistas reunidos junto a la sala del gobierno, que no había ninguna razón previsible[43] que pudiese conducir a Estados Unidos a la guerra contra el pueblo mexicano.

Poco tiempo después de la reunión, Wilson recibió un telegrama de su cónsul en Veracruz, en el que éste le comunicaba que se acercaba el buque *Ypiranga*, con un supuesto cargamento de armas para Huerta. A las dos de la tarde, se reunió con cuatro representantes de ambas cámaras y les leyó la propuesta que deseaba que aprobase el Congreso[44], para justificar el uso de la fuerza, con el fin de conseguir las disculpas que Estados Unidos merecía después de la humillación a la que habían sido sometidos. También les dijo a los representantes que tenía intención de interceptar un barco alemán, pero cuando una hora más tarde se presentó personalmente en el palacio del Capitolio, no hizo mención alguna del *Ypiranga*. El honor ultrajado de Estados Unidos constituyó, por lo tanto, la única base para el debate de los congresistas, algunos de los cuales se sentían francamente avergonzados. El debate empezó con dificultad; se irritaron los ánimos; Wilson apareció nuevamente a las seis de la tarde para mantener una conferencia privada; al anochecer no se había llegado a ninguna conclusión y la situación era sumamente tensa cuando se acostaron los dirigentes de Washington.

Hacía más de veinticuatro horas que había vencido el ultimátum y no se había tomado decisión alguna. Desde el punto de vista legal, Wilson no necesitaba la autorización del Congreso pero, acechado por su indecisión, permanecía inactivo. Si bien por una parte estaba ansioso de acabar con Huerta, sus argumentos eran tan débiles que incluso los embajadores del dólar, acostumbrados a la manipulación en Latinoamérica, hubiesen dudado en utilizarlos y, por lo tanto, no hacía nada. El buque alemán cargado de armamento fue lo que precipitó los acontecimientos que ocurrieron a continuación.

Durante la madrugada del 21 de abril, el sonido estridente del timbre del teléfono interrumpió el sueño del presidente. Cuando descolgó el aparato, todavía semidormido, oyó la voz de Bryan, que le llamaba en pijama desde su residencia de Calumet Place. Apareció también en la línea la voz de Daniels, ministro de Marina, a quien también habían despertado en la mitad de su sueño. En la planta baja de la Casa Blanca, Joseph Tumulty, secretario del presidente, que tampoco había tenido tiempo de vestirse, escuchaba la conversación a través de un teléfono supletorio[45].

—Señor presidente —dijo Bryan mientras se aclaraba la voz para darle la solemnidad requerida por una crisis a medianoche—, lamento comunicarle

que acabo de recibir un telegrama de Veracruz, en el que se informa que el buque *Ypiranga* atracará en ese puerto[46] a las diez de la mañana.

—¿Cómo? Sí, sí. Prosiga, señor Bryan.

—El telegrama es de nuestro cónsul en Veracruz, William Canada y dice: «Vapor *Ypiranga*, propiedad de la compañía Hamburg-Amerika, llegará mañana procedente de Alemania con un cargamento de 200 ametralladoras y 15 millones de unidades de munición; atracará en el muelle número 4 y comenzará su descarga a las 10.30». El cónsul Canada dice también que se encuentran tres trenes en el muelle, listos para la carga, que partirán inmediatamente después de completar la operación y que el comandante militar de Veracruz, general Maas, ha declarado que no piensa presentar batalla, sino abandonar el puesto, con su entera dotación y material, destruyendo la vía férrea después de su paso.

—¿Se da usted cuenta de lo que esto significa, señor Bryan? —dijo el presidente con una voz que reflejaba angustia e incertidumbre—. Daniels, ¿está usted ahí, Daniels? ¿Qué opina usted?

—No debemos permitir que la munición llegue a manos de Huerta —respondió Daniels—. Podría telegrafiar al almirante Fletcher para que lo evite y ocupe el edificio de la aduana. Creo que esto es lo que se debería hacer.

Un silencio invadió la línea, mientras cada uno, en su respectivo aposento, percibía el peso de la decisión que el presidente debía tomar. La voz del presidente puso fin a aquella pausa:

—Daniels —dijo—, mande la siguiente orden al almirante Fletcher[47]: ¡ocupe Veracruz inmediatamente!

Esta charla, que tuvo lugar antes del amanecer y que ha pasado a la historia con el nombre de la conferencia del pijama, inició por parte de Estados Unidos la invasión del país vecino.

Se encendió la luz en el Ministerio de Marina y a los pocos minutos, el mensaje del ministro se desplazaba por el aire de la noche, hasta alcanzar al almirante Fletcher en Veracruz. El telegrama decía así: «OCUPE EL EDIFICIO DE LA ADUANA, NO PERMITA QUE EL MATERIAL BÉLICO LLEGUE A MANOS DEL GOBIERNO DE HUERTA NI DE CUALQUIER OTRO INTERESADO».

Al día siguiente, Wilson paseaba impaciente[48] a la espera de noticias, junto con Bryan, que estaba pálido y nervioso, y Daniels, que había perdido su alegría y su buen humor. También estaban con ellos Garrison, ministro de la Guerra, y Robert Lansing, consejero del departamento de Estado, mientras en Capitol Hill, los perplejos congresistas debatían, con ira e incredulidad, la resolución que aprobaría la acción del presidente de la noche anterior, que

prácticamente colocaba a Estados Unidos en pie de guerra, basándose en lo que aparentemente no era sino un asunto de amor propio, con relación a una discusión trivial[49] sobre un saludo.

A las ocho y media de la mañana, el buque insignia del almirante Fletcher había interceptado ya la ruta del *Ypiranga*, exhibiendo aparatosas señales sobre cubierta y con sus ruidosos motores en sentido de retroceso. Tres horas después, fuerzas de la marina e infantería de la marina norteamericanas desembarcaron en Veracruz y tomaron posesión del edificio de la Aduana, almacenes del ferrocarril, ferrocarriles, telégrafos, central telefónica y oficinas de correos. Entonces ocurrió lo inesperado: los mexicanos opusieron resistencia. Era insólito suponer que la dotación de Veracruz creyese que aquellos marinos con la bayoneta calada hubiesen desembarcado en México con el fin, según Wilson, de prestar un servicio a la humanidad. Las fuerzas mexicanas se encerraron en un castillo de piedra y abrieron fuego contra los invasores. Numerosos ciudadanos mexicanos, estimulados por este acto de resistencia, comenzaron a disparar desde sus azoteas. La respuesta norteamericana no se hizo esperar: el *U. S. S. Prairie* bombardeó la ciudad, cubriendo las paredes de sus edificios con sangre y sus calles con cadáveres[50].

«CUATRO NORTEAMERICANOS MUERTOS[51] Y VEINTE HERIDOS. SUENAN DISPAROS EN TODA LA ZONA QUE RODEA EL CONSULADO». Éste fue el texto del telegrama que el cónsul norteamericano mandó a la Casa Blanca a las cuatro de la tarde. Cuando concluyó la ocupación de Veracruz, el total de muertos fue de 19 norteamericanos y 126 mexicanos, y el de heridos: de 71 norteamericanos y 95 mexicanos.

La pérdida de estas vidas pesaba sobre la conciencia de Wilson y le preocupaba profundamente. Al día siguiente, cuando recibió a un grupo de periodistas, el presidente, según uno de los presentes, presentaba un aspecto sumamente pálido[52] y casi apergaminado. Aquellas muertes, causadas por una orden que él mismo había dictado, le producían verdadero dolor. La humillación siguió a la tragedia. Antes de que el eco de los disparos hubiese llegado a Washington, Alemania presentó una protesta ante el departamento de Estado.

Su Excelencia el conde Von Bernstorff, vestido impecablemente con su sombrero frégoli y su levita y pantalón gris perla, visitó personalmente al secretario de Estado para protestar[53] por la detención del *Ypiranga*, sin previa declaración de guerra o de estado de bloqueo. Después de librarse de él como pudo, el señor Bryan, altamente preocupado, consultó el caso con sus

expertos en jurisprudencia, quienes, después de examinar rápidamente algunos precedentes, le comunicaron que, lamentablemente, el embajador alemán estaba en lo cierto. Bryan, que parecía casi deleitarse con la oportunidad de expresar su humildad cristiana en público, se desplazó inmediatamente a la embajada de Alemania para pedir disculpas personalmente[54]. Mientras que por una parte exponía la turbación de su país, por la otra se redimía a sí mismo de toda culpa, acusando al almirante Fletcher de haber interpretado erróneamente sus instrucciones y de haberse excedido en sus atribuciones. El señor Bryan, plenamente partidario de una confesión pública —su comportamiento diplomático era como el de un penitente en una peregrinación—, anunció que, siguiendo las indicaciones de su presidente, había presentado sus disculpas al embajador alemán y que el almirante Fletcher había recibido instrucciones para que se disculpase, a su vez, ante el capitán del *Ypiranga*. Daniels fue quien se vio obligado a transmitir dicha información al perplejo almirante.

Los alemanes declararon públicamente que la munición sería trasladada nuevamente a Hamburgo, pero mientras la atención de los norteamericanos seguía fija en Veracruz, el *Ypiranga* recibió la orden de desplazarse con rumbo sur hacia Puerta México, donde llegó, después de haberse unido con el buque *Bavaria*, que transportaba 1 800 000 unidades de munición y 8327 rollos de espino artificial; ambos buques hicieron entrega de sus respectivos cargamentos[55] a las fuerzas huertistas y abandonaron México. Tanto si la acción que causó la muerte de los diecinueve norteamericanos estaba destinada a forzar el saludo de Huerta, como a evitar la entrega del armamento alemán, la única conclusión era que había sido en vano.

Los alemanes se sentían sumamente satisfechos de los resultados de su intromisión experimental en América Latina. «México ha sido una bendición del cielo[56]», escribió en privado el conde Bernstorff. México será pronto anexionado a Estados Unidos, publicaba el periódico *Der Tag*, y de este modo, todo el continente latinoamericano se levantará contra la opresión yanqui; éste sería el momento en que los alemanes harían su aparición. *Der Tag* vaticinaba que Estados Unidos no lograría evitar que la guerra en las montañas y junglas mexicanas durase un mínimo de cinco años. También presagiaba la probable intervención de Japón, cuyas fuerzas desembarcarían en la costa mexicana y se dirigirían hacia California.

Veracruz provocó, efectivamente, el resentimiento que Alemania deseaba. Según los norteamericanos que viajaban por Sudamérica, los latinoamericanos mostraban un profundo antagonismo para con Estados

Unidos. Desgraciadamente, Alemania no pudo aprovecharse de la situación debido a las consecuencias del asesinato, en pleno verano, de un archiduque austríaco en Sarajevo.

El intrépido káiser, tan optimista como de costumbre, no se arredraba por el asunto de Sarajevo y quería aprovechar la maravillosa oportunidad que se presentaba finalmente para comenzar la expansión alemana en Latinoamérica. En su inconfundible estilo personal, Wilhelm mandó un emisario a Londres[57] para invitar a Inglaterra a que colaborase con Alemania, con el fin de evitar la conquista de México que evidentemente Estados Unidos pretendía llevar a cabo. «Estoy dispuesto a ofrecerles una garantía oficial absoluta —declaró el emisario ante los perplejos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores— de que su país y el nuestro llegarán, sin dificultad alguna, a un acuerdo con relación a las esferas de influencia en México». Si se tiene en cuenta que esto ocurría en julio de 1914, no es de extrañar que los ingleses desechasen la proposición del káiser con cierto desdén.

El presidente Wilson, acosado ya por muchos problemas, no sabía nada de este asunto en aquellos momentos. Durante el funeral que se celebró por las víctimas de Veracruz, declaró que las fuerzas estadounidenses habían ido a Veracruz[58] con el fin de prestar un servicio a la humanidad, si encontraban el modo de hacerlo. También dijo que, a ser posible, preferían servir a los mexicanos; no deseaban hacerles la guerra. Sin embargo, en una carta personal dirigida a un amigo, Wilson reconoció que deseaba de todo corazón encontrar una salida[59].

Argentina, Brasil y Chile ofrecieron sus servicios, en esta ocasión, para actuar como intermediarios. Tanto Wilson como Huerta aceptaron gustosos la oferta, pero para el dictador mexicano, la oportunidad había llegado demasiado tarde. El golpe de Veracruz había sido demasiado duro para su gobierno, y Carranza, sin pérdida de tiempo, ocupó la capital federal y fue declarado presidente.

Huerta logró evitar la suerte de Madero y, siguiendo el ejemplo de Díaz, consiguió trasladarse en un buque alemán al exilio: el 17 de julio, el capitán Kohler, junto con todos los oficiales a su mando, recibieron al exdictador mexicano a bordo del crucero *Dresden*[60], anclado en Puerta México, desde donde se trasladó a España, si bien más adelante y con la ayuda de los alemanes, volvería nuevamente a México y no moriría en el exilio como Díaz. Huerta llegó a España el 1 de agosto, es decir, tres días antes de que estallase la gran guerra.

4

JAPÓN: EL TERCER ALIADO

Un día de septiembre de 1914, cuando hacía apenas un mes que había estallado la guerra, un norteamericano que paseaba por Nueva York se encontró inesperadamente con un individuo a quien había visto por última vez, luciendo innumerables medallas, en una fiesta diplomática en la ciudad de México. El norteamericano se disponía a saludarle, cuando aquel individuo le indicó con un ademán que no lo hiciese y desapareció entre las calles[1] Wall y Nassau. Al norteamericano, que había reconocido a aquel individuo y sabía que se trataba del embajador alemán en México, almirante Paul von Hintze, le sorprendió una conducta tan extraordinaria por parte de un diplomático de tal rango. La presencia del almirante en Wall Street constituía el principio de una singular aventura, sobre la que se apoyaban las esperanzas de los alemanes para separar la potencia imperial japonesa de los aliados. Seis meses más tarde y después de haber burlado los servicios secretos de tres países, Von Hintze ocupaba el puesto de embajador alemán en China; su elección para tal cargo había sido realizada personalmente por el káiser y su misión consistía en persuadir a los japoneses para que cambiasen de bando.

El programa alemán elaborado para una conquista rápida de Europa había fracasado, en primer lugar debido a la resistencia que, con la ayuda de los taxis parisinos, ofrecieron los franceses en el Marne, y en segundo lugar, debido a la heroica defensa de Ypres que impidió a las fuerzas alemanas alcanzar los puertos franceses del canal de la Mancha.

Ante tales circunstancias y con los innumerables cadáveres que yacían en Flandes, no cabía ya esperar el éxito de la «batalla decisiva» propugnada por Clausewitz, ni del plan bélico alemán de ocupar Francia con rapidez antes de que Rusia lograse abrir un segundo frente. A partir de entonces, el frente occidental quedó estancado a lo largo de una línea de trincheras, desde los Alpes hasta el canal de la Mancha, donde, un bando después del otro,

desperdiciaron cantidades monstruosas de vidas y armamento, en sucesivos intentos por romper el estancamiento.

A partir del momento en que la necesidad de debilitar a los aliados se convirtió en imperiosa, Norteamérica, Japón y México pasaron a jugar un papel preponderante en los planes alemanes. Alemania se proponía alcanzar dos metas: la primera consistía en conseguir que Estados Unidos entrase en guerra con México o Japón (y a ser posible con ambos a la vez) y evitar de esta manera que continuasen suministrando armas a los aliados; la segunda en persuadir a Japón para que abandonase el campo aliado y se uniese a Alemania, con lo que se lograría atemorizar a Rusia y evitar que se uniese a la guerra.

Japón, desde su declaración de guerra a Alemania el 9 de agosto, había conseguido mayores éxitos, en tan breve período de lucha, que cualquiera de los aliados. El 7 de noviembre de 1914, los nipones habían logrado apoderarse de la base naval alemana, con su territorio adjunto, de Tsingtao, así como de las islas alemanas del Pacífico (Yap, Truk y otras cuyos nombres se harían famosos durante la Segunda Gran Guerra). Después de conseguidos estos éxitos, cesó la actividad bélica por parte de los japoneses.

Los alemanes creían que Japón, cuya rapacidad consideraban un hecho natural, había escogido el bando erróneo. Les parecía que los japoneses debían unirse a Alemania[2]. El káiser todavía dudaba entre combatir a los japoneses en su calidad de peligro amarillo, o asociarse a ellos en su calidad de prusianos orientales, pero en casos como éste, la conveniencia debe ser el factor decisivo. Desde ese punto de vista, no cabía duda de que una alianza con Japón permitiría contener a Rusia y desalentar a Estados Unidos. México facilitaría el lugar y la ocasión. El poder disuasivo de los mexicanos aumentaría enormemente si a ellos se uniese la formidable organización del otro gran enemigo natural de Estados Unidos, es decir, Japón.

No fue accidental el hecho de que quien elaboró las mencionadas teorías fuese un diplomático con un conocimiento muy íntimo de México, de reconocida astucia y resolución, amigo íntimo del káiser, amigo de Ludendorff, excolaborador del zar, oficial de alto rango, futuro ministro de Asuntos Exteriores y, finalmente, el hombre cuyo destino le deparó organizar las condiciones necesarias para la abdicación del káiser, pocos meses antes del colapso definitivo. En la ciudad de México, se consideraba a Von Hintze[3] —con sus ojos azules y su barba impecablemente afeitada— como a uno de los miembros más agradables del cuerpo diplomático. A pesar de ser un ardiente panalemán y aristócrata prusiano, en cuya mente no cabía la

menor duda sobre el derecho divino del militarismo alemán, disimulaba su arrogancia natural con la amabilidad e incluso llegó a sugerir que sus compatriotas deberían haber encarcelado a la señorita Edith Cavell en lugar de fusilarla. Era inteligente, culto, sociable, hablaba inglés sin acento alguno y, compartiendo la ambición secreta de todo prusiano de que se le tome por un caballero inglés, vestía impecablemente a la moda británica, con la única excepción, según lo percibió la esposa de un diplomático norteamericano, de que usaba un anillo con una gran amatista.

Von Hintze había tenido ya contacto con los norteamericanos en una ocasión anterior que pasaría a la historia. Cuando era todavía un joven oficial, de discreción y habilidad notables, prestó servicio en el escuadrón del Pacífico a las órdenes del almirante Von Diederich. En la bahía de Manila, durante unos momentos de alta tensión, se le encomendó la misión de transmitir un mensaje de su superior al almirante Dewey[4]. Cuando regresó, se dijo que había transmitido con tal realismo la expresión colérica y las siguientes palabras del almirante norteamericano: «Si su almirante quiere una pelea, la tendrá ahora mismo», que Diederich le sugirió al káiser que las Filipinas probablemente no merecían una guerra.

A continuación, Von Hintze fue destinado, en calidad de agregado naval, a San Petersburgo, donde permaneció siete años y durante una parte de este período el káiser le nombró personalmente ayudante de su primo imperial Nicky. En 1911 regresó a su país y se convirtió en edecán del propio káiser; el año siguiente recibió el nombramiento de embajador en México. Él fue quien, después del ataque de Veracruz, le ofreció ayuda a Huerta a condición de que, en caso de guerra, México interrumpiese el suministro de petróleo a Gran Bretaña. Durante aquella crisis, la asociación natural entre Alemania, México y Japón se configuraba. Huerta solicitó a Japón[5] que le representase en Washington y, a pesar de que los japoneses se negaron a ello, tanto la prensa norteamericana como la europea insistieron en que Japón intervendría en nombre de México y de Estados Unidos.

Von Hintze era portador de estas ideas cuando fue a China para establecer contacto con Japón, pero su primer problema consistía en llegar a su destino. Cuando abandonó México, no lo hizo con la intención de trasladarse al Lejano Oriente, sino de reincorporarse al servicio activo en la marina, dado que había estallado la guerra. Después de declarar sus intenciones en público, perdió su inmunidad diplomática y tuvo que viajar de incógnito, lo que explica su misterioso comportamiento en Wall Street. Atravesó el Atlántico en un vapor noruego, disfrazado de camarero[6], sin permitir que los platos

sucios ni los malos olores, que indudablemente le molestaban, le delatasen. Como prueba de que disfrutaba de su aventura, dedicó un día a pasear por Londres, después de lo cual siguió viaje a Berlín, a través de Rotterdam, sin que nadie le descubriese. Cuando el káiser se enteró de las aventuras de Von Hintze pensó que si lo podía hacer una vez[7], también podría repetirlo y decidió enviarle a China.

Pekín, que en aquellos momentos era neutral, permitía que representantes de países enemigos pudiesen reunirse discretamente si lo deseaban. Von Hintze poseía la experiencia y el refinamiento necesarios, así como un conocimiento directo tanto de Rusia como de México —países en los que Japón tenía gran interés—, para ser el representante idóneo de su país. Además, se suponía que el hecho de que fuese oficial de la marina sería del agrado de los japoneses. Pero ¿cómo conseguiría llegar a China? Por razones obvias no podía atravesar Rusia y, si viajaba a Estados Unidos con la idea de cruzar después el Pacífico, tendría que correr la baqueta de los japoneses que controlaban las aguas cercanas a China.

El almirante Von Hintze se consideraba capaz de superar la prueba. El gobierno alemán solicitó al gobierno norteamericano que intercediese en favor del almirante ante las autoridades japonesas con el fin de garantizar su seguridad[8], pero Von Hintze no se tomó la molestia de esperar la respuesta. Se encontraba ya en San Francisco, después de haber cruzado Estados Unidos e incluso había reservado ya un pasaje en un vapor norteamericano, cuando el embajador japonés hizo saber que el gobierno imperial de Japón lamentaba no poder garantizar la seguridad del almirante Von Hintze[9]. Por alguna razón desconocida, el secretario de Estado Bryan dejó pasar una semana antes de transmitir dicha información que, sin embargo, llegó a oídos de Von Hintze cuando se encontraba en San Francisco y anuló su pasaje[10] en el vapor norteamericano que, en su viaje, tocaría tres puertos japoneses antes de llegar a Shanghai, después de lo cual el almirante desapareció.

Entretanto, no se dejaba de oír la alarma lanzada por los alemanes, a bombo y platillo, con relación al peligro amarillo y cuyo fin era el de atemorizar a los norteamericanos para que no exportasen armamento. A lo largo del invierno de 1914, el embajador de Estados Unidos en Berlín, Gerard, recibía a diario la visita de algún alto funcionario alemán que le comunicaba rumores, según los cuales, Japón representaba un gran peligro[11] para Estados Unidos y le ofrecían también informes confidenciales sobre la presencia de numerosos oficiales japoneses en México, así como la masiva infiltración de espías en Norteamérica. En Washington, el agregado alemán

de prensa, el barón Von Schoen[12], llegado de Tokio en el momento en que Japón se unió a los aliados, declaró públicamente, a su llegada en septiembre, que el intenso odio que los japoneses sentían para con los norteamericanos, unido a su sentimiento de hermandad hacia los mexicanos, hacían que la guerra fuese inevitable. Estos comentarios indujeron al presidente de Estados Unidos a sugerir que no sólo era aconsejable, sino imprescindible[13], que Von Schoen no permaneciese en Estados Unidos. Al poco tiempo, el barón fue sustituido por su colega, doctor Fuehr[14], también recién llegado de Tokio, donde ocupaba el cargo de agregado comercial. El doctor Fuehr no hizo ninguna declaración a la prensa, sin embargo, según el servicio de inteligencia militar norteamericano, su misión consistía en fomentar la discordia entre Estados Unidos y México, con Japón como asunto secundario. Unas semanas más tarde, la costa Oeste se había llenado de rumores, según los cuales, tropas japonesas habían desembarcado en México. Más adelante se descubrió —cuando el diario de un comandante alemán llegó a las manos del servicio de inteligencia naval norteamericano— que dichos rumores se habían iniciado en el crucero alemán *Geier*[15], que, huyendo de la marina inglesa, se había refugiado en Pearl Harbor y había transmitido los rumores en cuestión por radio, al mismo tiempo que emitía conciertos de sobremesa.

Poco tiempo después, a través de la cadena Hearst —que se había especializado en el asunto del «peligro amarillo»—, el profesor Ludwig Stein[16], a quien se presentaba como autoridad en asuntos orientales, lanzó el siguiente aviso: «Actualmente, a causa del canal de Panamá, la posición geográfica y moral del pueblo norteamericano, en su calidad de defensores de la raza blanca por antonomasia frente a la raza amarilla, le impone la enorme tarea de contener el avance oriental». Éstas podían haber sido las palabras de Willy aconsejando a su primo Nicky.

Entre las fobias sintéticas y los rumores había, sin embargo, algunos hechos muy reales. En diciembre de 1914, mientras Von Hintze se trasladaba al Lejano Oriente, el comandante de un buque de guerra japonés visitó la ciudad de México[17], en aquellos momentos ocupada por Pancho Villa, que había logrado desplazar temporalmente a Carranza. Villa estaba entonces en la cumbre de su poder y se hacía fotografiar sentado en el trono presidencial, con una expresión que parecía decir: «¡Mirad quién está sentado aquí ahora!». Esto ocurría en una época en que Wilson, desilusionado con Carranza, inclinaba sus simpatías hacia Pancho Villa y parecía, por tanto, probable que aquel intrépido bandido llegara a controlar el país entero en un futuro próximo. ¿Cuál sería la posición de México —le preguntó el emisario japonés

al general Villa— en el caso de que estallase una guerra entre Japón y Estados Unidos? Según Pancho Villa le contó más adelante a su amigo el general Hugh Scott, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses estacionadas en la frontera —que después se convertiría en jefe de Estado Mayor—, el emisario japonés le dijo que su país había sido objeto de graves injurias por parte de Estados Unidos y que desde hacía tres años habían iniciado los preparativos, que se completarían en un plazo de dos años, para declarar la guerra a Japón. Después de decir esto, el comandante japonés quiso averiguar cuáles serían las posibilidades de una acción conjunta entre su país y México. Pancho Villa, que en aquellos momentos gozaba del beneplácito norteamericano y no preveía que éste cesaría en breve, le comunicó al emisario japonés que en el caso de que estallase una guerra internacional, sus fuerzas estarían a la entera disposición de Estados Unidos.

Tanto la mencionada proposición japonesa, como la situación geográfica de México, constituían hechos concretos. El Estado Mayor norteamericano**[18]** suponía que, en el caso de que Japón decidiese invadir Estados Unidos, lo haría a partir de México y se adentraría por el valle del Misisipi, con el fin de intentar dividir el país. La red de ferrocarriles mexicana, que llegaba hasta diversos puntos de la frontera estadounidense, a partir de varios puertos tanto del Pacífico como del golfo de México, constituiría un sistema de transporte ideal para el movimiento de tropas y suministros si se intentase llevar a cabo una invasión de Estados Unidos. Uno de los ayudantes del general Pershing aseguraba que todos los Estados Mayores, tanto europeos como asiáticos**[19]**, que habían considerado la posibilidad de una guerra entre Estados Unidos y Japón, reconocían que sería sumamente ventajoso para este último país establecer una alianza con México.

Mientras los japoneses seguían los mencionados consejos y se entrevistaban con el general Villa, un pequeño vapor volandero sueco, llamado *Christian Bors*, emprendía, desde San Francisco, su lenta travesía del Pacífico, para llegar a Shanghai el 9 de enero de 1915, donde desembarcó un pasajero que se inscribió en el Astor House con el modesto nombre de señor V. Heintze**[20]**. Pronto corrió la voz por los bares de la zona portuaria de aquella ciudad de que el capitán del *Christian Bors* había recibido mil dólares en oro, de manos de ese humilde caballero, para que hiciese la travesía sin tocar ningún puerto japonés. Cuando se empezaron a hacer algunas averiguaciones, aquel humilde caballero había desaparecido. Una semana más tarde, el almirante Paul von Hintze —utilizando ahora su propio nombre— presentaba sus credenciales en Pekín como embajador imperial de Alemania.

El almirante se sentía optimista con relación a la misión que se le había encomendado, ya que compartía la opinión del káiser y la de otros ideólogos alemanes, según la cual, la alianza entre Japón y los aliados era sumamente frágil; de hecho, estaba en lo cierto. No había ningún tipo de interés común y la alianza no era sino un acuerdo de conveniencia, cuyo interés para los japoneses consistía en que les permitiría ocupar y explotar parte del continente asiático. Esta visión coincidía con la del presidente chino, Yüan Shih-K'ai[21], que aseguraba que Japón se aprovecharía de aquella guerra para apoderarse de China. Durante el transcurso de los primeros meses y mientras los aliados y sus enemigos se hallaban demasiado ocupados luchando entre sí para poder intervenir, los avances japoneses en China habían alcanzado la magnitud suficiente para forzar a este último país a aceptar el tratado de las veintiuna demandas. Japón obtendría el resto de las ventajas[22] al asegurarse un puesto en la mesa de los vencedores cuando llegase el feliz momento, a guisa de compensación por su lealtad.

Dado que la lealtad japonesa era dudosa y su contribución mínima, el único valor de su alianza tenía un carácter negativo: evitar que Japón pactase con los alemanes. Esto, sin embargo, era fundamental. Era preciso evitar a toda costa que Japón se uniese al campo alemán, debido al efecto que tal alianza tendría para Rusia. Los japoneses, conscientes del valor estratégico de su posición, no vacilaban en dar a conocer el hecho de que eran objeto de cierto camelo por parte de los alemanes; cada vez que Alemania les hacía alguna proposición tentadora, la noticia llegaba a los oídos de los aliados con una rapidez sorprendente.

A pesar de su sutileza, éste sería el destino de las proposiciones de Von Hintze[23], que había establecido unos contactos exploratorios con los japoneses desde el momento de su llegada a Pekín. El almirante alemán le aseguró al embajador japonés que sus proposiciones reflejaban la opinión personal del káiser al sugerir una alianza y repitió la misma versión en una conversación privada con el corresponsal del importante periódico japonés *Asahi Shimbun*. Según la propuesta de Von Hintze, Alemania permitiría que la dominación japonesa de Tsingtao, así como la de las islas del Pacífico, continuase después de la conclusión de la guerra y les aseguraría una mayor libertad de acción en China que la que les permitirían los aliados. Les sugirió, incluso, la posibilidad de que Alemania ayudase económicamente a Japón en su campaña de expansión en China. En Estocolmo —otra capital neutral donde los representantes de países enemigos podían relacionarse— el embajador japonés adquirió, de repente, gran popularidad. Durante marzo y

abril de 1915, recibió la visita de los representantes de Alemania, Austria y Turquía, portadores, todos ellos, de las mismas propuestas que Von Hintze[24].

Los japoneses prestaron gran atención a todas las proposiciones que recibieron y las comunicaron discretamente a los rusos[25]. Hasta este momento, nadie sabe si Japón consideró, seriamente, aceptarlas, pero el embajador ruso en Pekín se preocupó[26] lo suficiente para pensar que tal vez pudiesen hacerlo.

En aquel preciso momento, abril de 1915, los norteamericanos se llevaron un susto mayúsculo, cuando el crucero japonés *Asama* apareció misteriosamente maniobrando en la bahía de Tortuga[27], en la costa de Baja California en México. La cadena Hearst lanzaba gritos de alarma, los almirantes y generales visitaban incesantemente el departamento de Estado, el servicio de inteligencia militar informaba que la bahía de Tortuga había sido utilizada desde hacía tres meses por buques de guerra japoneses, se captaban mensajes de radio nipones y el almirante Howard, de la flota del Pacífico, pedía refuerzos.

¿El *Asama* había realmente embarrancado, o sólo lo pretendía? Y en todo caso ¿qué hacía en la bahía de Tortuga? Aparecían informes conflictivos: según unos, el crucero japonés estaba embarrancado entre rocas desde diciembre y, según otros, estaba simplemente apresado por el barro y se lo pondría a flote en una semana. En cuyo caso ¿qué significaba la presencia de otros cruceros y buques de suministro en aquella zona? Agentes gubernamentales se desplazaron apresuradamente desde Los Ángeles y se ordenó al crucero *New Orleans* que investigase el asunto.

Los periódicos recordaban todas las alarmas causadas por México y Japón en los últimos años: el pacto secreto de 1911; el supuesto intento por parte de Japón para la adquisición de la bahía de Magdalena, en 1912; rumores según los cuales Japón había suministrado armas a Huerta y a Carranza; la presunta existencia de oficiales japoneses en los ejércitos de Huerta, Carranza e incluso Villa, etc. Aparecieron de nuevo numerosos informes según los cuales los japoneses instalaban estaciones carboníferas en la bahía de Santiago, colonias de pescadores en la de Manzanillo e introducían en México grandes cantidades de pescadores políglotas que, en lugar de cañas, llevaban consigo aparatos de reconocimiento.

Los portavoces japoneses descartaron cualquier tipo de mala intención por su parte y atribuyeron la historia de la bahía de Tortuga a los agentes alemanes. La prensa alemana[28] afirmó que los japoneses construían una base

naval en México y añadió, sugestivamente, que en el caso de que dicha situación condujese a una guerra, no sería difícil para los alemanes comprender y compadecerse del infortunio norteamericano.

A Japón no le desagradaban las sospechas generales con relación a sus intenciones; cuanto mayores fueran las dudas con respecto a su lealtad, mayor sería el precio que los aliados deberían pagar para mantenerla. No le importaba tampoco que los aliados supiesen que había recibido ofertas de los enemigos. El almirante Hall recibió la noticia en Londres. El departamento de Estado norteamericano la recibió en Washington. En junio de 1915, el neurasténico embajador británico, *sir* Cecil Spring-Rice[29], se desplazó apresuradamente y, en forma altamente excitada, manifestó que las relaciones con Japón ya no podían empeorar más de lo que lo habían hecho y que no le cabía ninguna duda de que después de la guerra, los japoneses formarían una alianza con los alemanes. A pesar de que a *sir* Cecil se le atribuía la reputación de preocuparse innecesariamente, en esta ocasión, se tomaron sus palabras suficientemente en serio como para que algunos altos miembros del cuerpo diplomático reflejasen su ansiedad en sus diarios. Chandler P. Anderson, consejero del departamento de Estado, a quien *sir* Cecil comunicó sus preocupaciones, escribió en su diario: «Había llegado ya a la misma conclusión por mi propia cuenta». El coronel House escribió en el suyo que en el caso de que Alemania y Japón uniesen sus destinos, «crearían una grave situación para Estados Unidos[30]». El nuevo secretario de Estado, Robert Lansing —que acababa de reemplazar a Bryan—, se expresaba en forma todavía más explícita: «Creo —decía en una sus cuidadas memorias— que si el militarismo alemán[31] y el sistema de gobierno autocrático logran sobrevivir a la guerra, lanzarán un nuevo ataque contra la democracia, para cuyos fines intentarán una alianza con Rusia y Japón, ya que ambas potencias comparten su autocracia y sus deseos expansionistas».

Lansing, a quien el secretario Daniels calificaba de «meticuloso, metálico y ratonesco[32]», lograba emplazar los asuntos en su perspectiva correcta. En esta ocasión, sólo se equivocó en un aspecto: los alemanes no esperarían hasta el fin de la guerra; en aquellos momentos hacían ya proposiciones tanto a Rusia como a Japón, en espera de conseguir la gran triple alianza[33] de las tres autocracias, que constituía un sueño para los japoneses y una pesadilla para los aliados. En una entrevista con un corresponsal japonés, Von Hintze declaró[34] que Alemania, Japón y Rusia unidos constituirían una combinación invencible que «dominaría ambos hemisferios y aseguraría la paz mundial». El almirante alemán contaba con simpatizantes entre la alta

oficialidad japonesa, que creían que Alemania ganaría la guerra y lo expresaban frecuentemente. El gobierno japonés, por su parte, no tomaba medida alguna para acallar dichos sentimientos, ya que los consideraba útiles para que tanto los alemanes como los aliados sospechasen que cabía la posibilidad de que Japón sucumbiese a la tentación ofrecida por las propuestas alemanas. Durante toda la guerra se mantuvo la esperanza, por parte de los alemanes, y el temor, por parte de los aliados, con relación a la posibilidad de que Japón cambiase de bando.

Como era de esperar, Japón se unió al Pacto de Londres, con el ruego de que ninguno de los integrantes firmase un acuerdo de paz por separado, lo cual, al parecer, no logró que nadie dejase de preocuparse. Prevalecía el nerviosismo en Washington cuando el embajador Gerard mandó un telegrama desde Berlín, a finales de 1915, en el que decía: «Sospecho que los alemanes y los japoneses se unirán[35]», y una semana más tarde recibió nuevas pruebas de que Von Hintze[36] todavía intentaba llegar a un acuerdo con Japón y con Rusia. En abril de 1916, Alemania mandó al magnate industrial Hugo Stinnes[37] a Estocolmo, en lo que parecía una labor hercúlea, consistente en intentar negociar un tratado de paz por separado con Japón. Después de numerosas entrevistas con el embajador japonés, Stinnes, falible al fin, no logró su propósito.

A pesar de que Japón comunicaba debidamente a los aliados todas las propuestas que recibía, seguía existiendo cierta preocupación, por si se daba el caso de que un buen día las aceptase. Los dirigentes de Washington compartían también dicha ansiedad, ya que eran perfectamente conscientes de que, absorbida la atención europea, el momento era sumamente propicio para una campaña japonesa contra Estados Unidos a través de México. En este campo, es difícil separar lo real de lo imaginado por aquellos que lo miraban todo a través de cristales amarillos y veían el peligro por doquier. Hasta estos momentos no se ha logrado averiguar si Japón planeaba, realmente, un ataque, debido a la dificultad de acceso a los archivos japoneses, pero cabe afirmar, sin lugar a dudas, que mucha gente altamente responsable en Alemania, el resto de Europa, e incluso en Norteamérica, creyó que Japón intentaba realizar alguna acción ofensiva en México dirigida contra Estados Unidos.

Los propagandistas alemanes en Estados Unidos, así como la cadena Hearst[38] y otros grupos de ideología similar, comunicaban incesantemente al público los peligros de un ataque japonés a través de México. La empresa cinematográfica Hearst realizó una película, protagonizada por Irene Castle,

en la cual, la actriz personificaba a todas las mujeres norteamericanas y era sometida a los peligros que traía consigo un intento de invasión de Estados Unidos, llevado a cabo conjuntamente por Japón y México. A lo largo de diez episodios, la protagonista defendía su virtud y lograba escapar de los asedios constantes de numerosos japoneses (encabezados por un vil samurái del servicio secreto nipón) que habían invadido California y cometían todas las atrocidades propias del caso.

Las intenciones de Japón en aquellos momentos en México eran con toda probabilidad meramente oportunistas; los japoneses estaban dispuestos a aprovecharse de cualquier circunstancia favorable, pero no a comportarse de una forma abiertamente agresiva. Fuere cual fuese la misión del *Asama* en México, no es probable que se embarrancase en la bahía de Tortuga accidentalmente ni a causa de navegación negligente y seguía existiendo la posibilidad de que los japoneses apareciesen nuevamente en México. Durante el mes de abril de 1915, mientras el *Asama* se hallaba embarrancado y los numerosos buques de la flota japonesa que lo rodeaban —inexplicablemente— no lograban ponerlo a flote, dos nuevos visitantes llegaron a la costa atlántica del continente americano con una misión secreta en México.

5

«VON RINTELEN ESTUVO AQUÍ, RESPALDADO POR MILLONES…»

Desde 1914, el general Huerta esperaba en Barcelona[1] —al igual que Napoleón lo hizo en Elba— el momento oportuno para su regreso. Los alemanes, que inicialmente le habían facilitado la huida de México, se proponían ahora instalarlo nuevamente en su país. En febrero de 1915, el general mexicano recibió la visita de una comisión alemana, encabezada por el capitán Franz von Rintelen[2], de la marina de guerra, que vestía de paisano, con la propuesta de financiar un golpe militar en México que le permitiría a Huerta hacerse nuevamente con el poder y, de esta forma, vengarse del presidente Wilson. También se esperaba que esto desencadenase una guerra con Estados Unidos, lo que les obligaría a utilizar las armas y municiones —que en aquellos momentos mandaban a los aliados— en su propio continente.

En el caso de que Huerta regresase a su país con el apoyo de los alemanes, se podía contar con que Wilson lanzaría un ataque contra México, que tendría probablemente consecuencias todavía más nefastas que las de Veracruz. La posición de los norteamericanos con relación a México, era ahora más embrollada que nunca, debido a la actividad revolucionaria al sur del Río Grande, desencadenada inicialmente por Madero, interrumpida brevemente por Huerta, reanudada por «el gran jefe» Carranza y entorpecida por sus rivales. En general, la revolución había convertido a México en una verdadera ruina, donde se movían a su antojo las bandas de pistoleros al mando de los generales Villa, Zapata, Obregón y otros cabecillas, mientras que los generales Félix Díaz y Orozco, leales a Huerta, organizaban sus fuerzas en un intento contrarrevolucionario. Wilson estaba totalmente desconcertado ante tal maraña de muertes y asesinatos. Cada uno de los grupos que participaban en la lucha tenía sus partidarios en Estados Unidos, que intentaban persuadir

al presidente para que ayudase a unos u otros. Los norteamericanos que tenían propiedades en México y los residentes de la zona fronteriza, a quienes los bandidos atacaban frecuentemente, exigían que Estados Unidos tomase cartas en el asunto, mientras que los liberales se oponían. No es sorprendente, por tanto, que el alto mando alemán creyese que la reaparición de Huerta en México alteraría suficientemente la situación como para que los norteamericanos se dedicasen plenamente a los problemas de su continente.

Von Rintelen, a quien el alto mando había encomendado la misión[3], era inteligente, audaz y un tanto megalómano —característica compartida también por Wassmuss—, que parece ser el atributo más importante de un agente secreto. Con una confianza en sí mismo tan sublime como la de su colega en Persia, Von Rintelen se proponía crear un conflicto bélico entre los norteamericanos y los mexicanos. Parte de su plan consistía en adquirir la fábrica de municiones Du Pont e interrumpir el suministro de armas por otros canales, con la ayuda de huelgas y sabotajes. Von Rintelen contaba entonces con treinta y ocho años; era alto, bien parecido, de buena familia, vestía impecablemente, hablaba el inglés a la perfección y conocía a fondo Estados Unidos, México y Sudamérica. Después de su servicio militar en la marina de guerra alemana y de algunos años trabajando para el Deutsche Bank, se había trasladado a Estados Unidos, en 1906, en calidad de representante del segundo banco alemán en orden de importancia: el Disconto Gesellschaft. Durante sus tres años de residencia en Nueva York se familiarizó enormemente con los círculos bancarios y comerciales, así como con el Club Náutico neoyorquino, característico por su exclusivismo, del que llegó a ser socio y donde pasó largas horas. Su oficina estaba situada en la organización bancaria Ladenburg, Thalmann & Co., cuya reputación era inmejorable y asistió a numerosas cenas, desde Southampton a Newport, donde se le consideró un invitado sumamente agradable, así como un buen partido; muchos corazones se entristecieron cuando partió hacia México en 1909. Durante un año se dedicó a establecer e incrementar contactos bancarios en América Latina y regresó a Alemania en 1910 para contraer matrimonio con una dama adinerada, con la que tuvo una hija. Cuando estalló la guerra, se incorporó a la marina donde ocupó el cargo de consejero de asuntos económicos en el almirantazgo[4].

Von Rintelen tenía una visión muy concienzuda de su misión, ya que a diferencia de los funcionarios de Berlín, su percepción, basada en un conocimiento personal sobre la fuerza con la que Estados Unidos podía en un momento dado inclinar la balanza, era de suma precisión y creía, además, que

la guerra no se decidiría en los campos de batalla europeos, sino en el continente americano. Durante el transcurso de sus aventuras en América, al parecer alardeaba de que, además de cumplir su misión, se permitiría el lujo de «ponerle los puntos sobre las íes[5]» a Wilson, con relación a su nefando tráfico de munición. En este campo, a los alemanes —que habían suministrado armas durante la guerra hispanoamericana, la de los bóers y la ruso-japonesa— les parecía que la actitud norteamericana era realmente delictiva y habían desarrollado un odio contra los norteamericanos que excedía en mucho la indignación esporádica que los alemanes despertaban en Norteamérica.

Von Rintelen llegó a Nueva York el 3 de abril de 1915 y diez días más tarde, el 13 de abril, apareció el general Huerta. Las posibilidades de que su misión triunfase eran, lamentablemente para México, bastante altas. Porfirio Díaz se lamentaba de que México se hallaba «tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos[6]»; ésta era realmente su tragedia. No sólo los alemanes esperaban beneficiarse de la contrarrevolución en México. El estado de anarquía había llegado al extremo de convertirse en el mayor problema exterior de Estados Unidos, que sentía una mayor preocupación por la lucha que se desarrollaba cerca de su frontera que por la guerra en Europa. Las grandes compañías petrolíferas norteamericanas, encabezadas por Doheny y el senador Fall (futuros magnates del oro negro), la compañía de cobre Guggenheim, así como otras empresas mineras y de transportes férreos, contaban con inversiones muy considerables en México. Los magnates, casi sin excepción, deseaban que Huerta recuperase el poder. Las condiciones internas reclamaban un golpe de Estado. Incluso Wilson tuvo que admitir que el pueblo estaba «hambriento y sin gobierno[7]». Carranza ya no lograba controlar el país; se había visto obligado a abandonar la capital, controlada por el rufián de Pancho Villa y el iracundo Zapata —que se dedicaban a saquear la ciudad y hacer el payaso en la sala del trono del palacio nacional —, y se había refugiado en Veracruz. Innumerables cadáveres colgaban de los árboles a lo largo de las carreteras, abundaban los bandidos con sus cartucheras en bandolera que robaban el ganado y las cosechas, la viruela negra y el tifus habían invadido las ciudades, ya no se sembraban los campos, se destruían los ferrocarriles y los puentes, el número de piquetes de ejecución era superior al de distribuidores de alimentos, la vida ya no tenía ningún valor, y los peones —«el 85% de oprimidos» en cuyo nombre se había iniciado la revolución— se amontonaban en los polvorientos pueblos abandonados.

Cabía la posibilidad de que cualquiera de los grupos, fuere cual fuese su ideología, decidiese apoyar a Huerta, sin mencionar, naturalmente, a los generales, terratenientes, científicos y otras fuerzas del régimen anterior, que estaban dispuestos a prestarle ayuda tan pronto como la oportunidad se presentase. La mayoría de los miembros más destacados de los mencionados grupos se encontraban ya en Nueva York, donde intentaban organizar el retorno del exiliado, con la ayuda de grupos norteamericanos y mexicanos.

Había, por tanto, un sinfín de tareas en las que Von Rintelen podía ocuparse. Además, existían ya unos canales de influencia alemana en México a través del embajador alemán, los cónsules, numerosos agentes comerciales, unos cuatro mil alemanes residentes, periódicos que recibían ayuda económica alemana, operadores de radio a cuyo cargo estaba la estación receptora mexicana, que habían sido nombrados por Huerta antes de su caída, un oficial alemán, el general Maximilian Kloss, que dirigía la fabricación en México de armas y municiones, así como unos cincuenta alemanes nacionalizados que eran oficiales del ejército mexicano[8].

Desgraciadamente, lo que ni Von Rintelen ni Huerta encontraron en Nueva York fue un lugar privado donde pudiesen elaborar su plan. A partir del momento de su llegada, estuvieron, continuamente, rodeados de agentes secretos que seguían las pistas de diversos conspiradores. La envidia y rivalidades que la aventura de Von Rintelen despertó entre el personal de la embajada alemana, facilitaba la labor de los agentes. Uno de los que sentía particularmente envidia del agente alemán era el futuro canciller del Reich, comandante Franz von Papen —que en aquellos momentos ocupaba el cargo de agregado militar— a cuyo cargo estaba no sólo Washington, sino también México y que consideraba que Von Rintelen se entrometía en su campo. Las habilidades de Von Papen en el campo del espionaje diplomático se desarrollarían a lo largo de una carrera de treinta años, cuyo último cargo fue el de embajador de Hitler en Turquía durante la Segunda Guerra Mundial, pero en aquellos tiempos su misión era meramente la de un diplomático común que perdió su cargo durante el transcurso de aquel mismo año. Cuando Von Rintelen se puso en contacto con él por primera vez y, con muy poco tacto, le anunció que el Estado mayor le había mandado para que tomase alguna decisión positiva[9], con relación al tráfico de municiones, se creó un enemigo en su propio campo que, a partir de entonces, empezó a maniobrar para deshacerse de él. A la larga, Von Papen llevaba las de ganar, ya que superaba a Von Rintelen en astucia y sutilidad, como lo demostraría su carrera, tanto durante la monarquía, la república de Weimar, como el Tercer

Reich. Incluso actualmente, es el único superviviente entre los artífices de su época que sigue viviendo con toda comodidad en Alemania.

El capitán Boy-Ed, agregado naval y colega de Von Papen —tipo fuerte, silencioso, medio turco, con fanatismo en su mirada— se sentía también celoso de Von Rintelen[10], ya que éste parecía creer que tenía prioridad en cuanto a las órdenes que se recibían del almirantazgo. Había entonces numerosos buques alemanes atracados en varios puertos del Atlántico, cuyas tripulaciones constituían el personal ideal para llevar a cabo actos de sabotaje. Rintelen pretendía que los mencionados buques, con sus respectivas tripulaciones, estaban a sus órdenes, lo que molestaba enormemente a Von Papen y a Boy-Ed que, en su calidad de concienzudos diplomáticos en un país neutral, organizaban minuciosamente la destrucción de muelles, canales, puentes de ferrocarril y otros objetivos. Nunca se ha sabido si ellos fueron los responsables de las dificultades en las que se vio envuelto su nuevo colega, pero Von Rintelen estaba convencido de que lo fueron y se desencadenó una lucha entre ellos que duró hasta muchos años después de terminada la guerra.

Otro colega que tampoco se llevaba bien con Von Rintelen era Heinrich Albert, a quien Wilson calificó de «la mente dirigente y más peligrosa de aquellas infaustas intrigas[11]». En su calidad de tesorero de los agentes secretos alemanes en Estados Unidos, le molestaba al doctor Albert que Von Rintelen dispusiese de fondos independientes.

El jefe de Albert, conde Von Bernstorff, consideraba que aquellos asuntos eran muy lamentables. El elegante y aristocrático conde Johann Heinrich Andreas Hermann Albrecht von Bernstorff, embajador, hijo de embajador, inteligente y cosmopolita, había nacido en Inglaterra y, a lo largo de seis años de estancia en Estados Unidos, se le había colmado de honores sociales, así como de títulos honorarios de cinco universidades, entre ellas la de Princeton, donde había estudiado Wilson[12]. Con el conocimiento que poseía de Norteamérica, sabía, mejor que cualquier otro alemán, que su país, a pesar de las victorias conseguidas inicialmente, sucumbiría en el caso de que Estados Unidos se convirtiese en un enemigo activo. Todos sus esfuerzos se encaminaban a un solo fin: evitar que los norteamericanos se uniesen a los aliados. A pesar de que se creía obligado a obedecer las órdenes de Berlín, lamentaba que se utilizasen tácticas irritantes para los norteamericanos, que podían desequilibrar la delicada balanza de la neutralidad. Nunca se ha requerido mayor tacto por parte de un embajador, ni ha existido persona mejor capacitada para ejercitarlo. Gracias a su encanto, su candor, su fácil adaptabilidad, la dulzura de su comportamiento, el respeto que mostraba en el

trato y que tanto se diferenciaba de la usual arrogancia prusiana, se le abrieron innumerables puertas. Conquistaba a las mujeres con sus cálidos ojos azules cuando bailaba con ellas, a los hombres jugando al póquer y al golf, y a los periodistas al hacerse accesible a ellos en todo momento. Hablaba inglés y francés a la perfección, y a pesar de sus grandes dotes oratorias, podía permanecer muchas horas, en cenas o reuniones sociales, en silencio, mientras escuchaba a los demás con una sonrisa comprensiva en sus labios. Se decía que el secreto de su éxito consistía en su deseo de aburrirse[13].

Von Bernstorff, dado que ocupaba el cargo alemán más elevado en el hemisferio occidental, era responsable de todas las actividades alemanas en aquella zona. Todas las órdenes e informaciones pasaban por sus manos y en él recaía toda la responsabilidad cuando se descubría algún acto clandestino. El vocerío y los desaciertos de Berlín no contribuían a sus esfuerzos para mantener la neutralidad norteamericana. Su situación recordaba la de un joven refinado, a quien la vulgaridad e incongruencias de su familia le impiden mantener relaciones con una doncella puritana y de moralidad impecable.

La llegada de Von Rintelen dificultó todavía más la labor de Von Bernstorff, pero no podía ignorar sus altas recomendaciones y, después de evitarle durante varias semanas, le citó[14] en su oficina central en Nueva York[15], situada en el Ritz-Carlton; después de la reunión, se puso inmediatamente en contacto con el Estado Mayor, para discutir la misión de Von Rintelen. Además de la oficina que el embajador había instalado en el Ritz, cada miembro del personal de la embajada disponía de su propia oficina en Nueva York; Von Papen tenía la suya en Broadway, 60, Boy-Ed en el consulado alemán, en Broadway, 11 —frente al edificio de la Aduana, en Bowling Green— y el doctor Albert en el edificio Hamburg-American, situado en el número 45 de Broadway. Asimismo, todos utilizaban como lugar de reunión el club germano-americano, situado en el número 112 de Central Park South y celebraban frecuentes conferencias en el hotel Manhattan, en la esquina de la calle 42 y la avenida Madison.

Un día por la tarde, Von Rintelen entró, con apariencia casual, en el hotel Manhattan. Mientras esperaba con aire despreocupado y hurgaba las palmeras situadas en el vestíbulo con su bastón, un magnífico automóvil negro se detuvo en la puerta y de él descendió el astuto indio de labios apretados, general Huerta, con sus quevedos puestos, acompañado de un grupo de plutócratas mexicanos con abrigos de cuellos aterciopelados. Los mexicanos, junto con Von Rintelen, subieron la escalera del hotel[16]. Ninguno de ellos sabía que las habitaciones adyacentes a la suya estaban ocupadas por ciertos

individuos que vigilaban incesantemente día y noche. Para conocer la identidad de dichos individuos, debemos trasladarnos a Londres y retroceder en el tiempo a las primeras semanas de la guerra.

Cuando salía de su casa un día por la mañana, Wickham Steed, jefe de la sección de Asuntos Exteriores del *Times*, se encontró con un individuo de aspecto eslavo, de mediana estatura, sin afeitar, sucio y sumamente cansado, que le dijo, simplemente: «Soy Voska[17]; vengo de parte del profesor». Gracias al conocimiento que Steed poseía de la política de la zona de los Balcanes, sabía que el profesor era Thomas Masaryk —el que un día sería el primer presidente de Checoslovaquia—, pero no tenía ni la más ligera idea sobre la identidad de Voska, hasta que éste le contó que era el jefe de la alianza bohemia en Norteamérica y que acababa de llegar, después de atravesar Europa en cinco días, junto con su hija, llevando consigo unos documentos secretos, preparados por Masaryk, con relación al potencial bélico entre Austria y Hungría. Algunos de los documentos habían sido camuflados entre las suelas de sus zapatos, antes de salir de Praga, y otros en sustitución de las varillas del corsé de su hija. Durante los cinco días de viaje no se separaron, en ningún momento, de las prendas en cuestión, ni siquiera para dormir. Éste parece haber sido el primer acto de espionaje, llevado a cabo por un voluntario que más adelante se convertiría en el agente secreto más valioso de los aliados en Estados Unidos.

Durante su juventud, Voska fue expulsado de Bohemia, donde había nacido, por el gobierno austrohúngaro que le consideraba sospechoso de actividades socialistas, emigró a Estados Unidos, país en el que le sonrió la fortuna, adquirió una cantera de mármol en Kansas y ahora gastaba su riqueza fomentando la organización de la colonia checa en Estados Unidos, en pos de la causa nacionalista. A principios de 1914, se trasladó a Praga y después del asunto de Sarajevo, Masaryk le eligió para que organizase los enlaces entre los checos nacionalistas —cuyo deseo era derrocar el régimen austrohúngaro — y los aliados[18].

Voska, después de concluir su misión en Inglaterra, se trasladó nuevamente a Estados Unidos con una carta de Steed dirigida al representante del *Times* en Washington. Su primera tarea consistía en procurar conseguir, a través de un patriota checo que trabajaba como oficinista en el consulado austríaco, una relación de reservistas alemanes y austríacos que, con pasaportes neutrales adquiridos a marinos desempleados, pretendían

reincorporarse a sus respectivos países, utilizando falsas identidades holandesas, suizas o suecas. A través del *Times*, la lista en cuestión llegó a manos de la embajada británica. Voska, que no estaba seguro de que el individuo que le había proporcionado la información fuese realmente un patriota checo y sospechaba de que pudiese tratarse de un agente enemigo, esperaba los resultados con impaciencia. Todavía no había transcurrido una semana, cuando recibió una invitación para tomar el té con la señora Gruich, esposa de un diplomático serbio, que le dijo que «cierto individuo» quería reunirse en secreto con él. Sus instrucciones consistían en dirigirse a cierto edificio situado en la parte alta del West Side, tomar el ascensor hasta el cuarto piso, abrir la primera puerta a la derecha —que no estaría cerrada con llave—, entrar y esperar hasta que llegase alguien.

Voska hizo lo que se le había indicado y se encontró con un apartamento amueblado, deshabitado, donde esperó con cierto nerviosismo, ante la expectativa de quién podría aparecer. Transcurrieron quince minutos hasta que, de súbito, se abrió la puerta para dar paso a un joven delgado, bien vestido y simpático, que se presentó como capitán Guy Gaunt, agregado naval británico y jefe del servicio de inteligencia naval, que le felicitó efusivamente por la lista de sospechosos, todos los cuales habían sido detenidos e internados**[19]**.

Al igual que el capitán Boy-Ed, pero con mayor discreción, el capitán Gaunt también realizaba actividades secretas e informaba directamente al almirante Hall del servicio de inteligencia naval. El oficial británico propuso a Voska que se utilizase a los miembros de la alianza bohemia como agentes aliados de contraespionaje en Estados Unidos, a quienes consideraba especialmente dotados para dicha labor, ya que todos habían aprendido alemán en la escuela, lo que les había permitido ocupar muchos cargos de responsabilidad en el régimen austrohúngaro, que no había sabido darse cuenta de la fuerza generada por el deseo de libertad de los checos y los eslovacos. Según el capitán Gaunt, Inglaterra disponía sólo de dos o tres agentes en Estados Unidos, Francia y Bélgica no tenían ninguno, y no se podía confiar en los numerosos agentes rusos, debido a que muchos de ellos procedían de la zona bélica, debido a lo cual su sangre, así como sus simpatías, eran germánicas.

Ambos coordinaron sus planes y cuando llegó a Norteamérica, Voska había reclutado a un grupo de compatriotas que se habían infiltrado en casi todas las oficinas y dependencias de las potencias del eje. Uno de sus agentes era la sirvienta personal de la condesa Von Bernstorff, otro era el subjefe

administrativo de la embajada austríaca, cuatro de ellos trabajaban en el consulado austríaco, dos en las oficinas de la Hamburg-American, otro agente era el chófer de la embajada alemana, otro era operador de radio en la estación receptora de Sayville, en Long Island —que los alemanes utilizaban para sus comunicaciones internacionales—, y numerosos agentes, que alcanzaron la cifra de ochenta, realizaban infinidad de trabajos tales como empleados, camareros, botones, mujeres de limpieza, etc., en entidades comerciales alemanas, locales sociales, consulados y periódicos repartidos por todo el país. La central de la organización estaba situada en el domicilio de Voska, en East 86 Street, en el distrito de Yorkville, donde se recibía incesantemente información a través de las visitas apresuradas de los agentes, por vía oral, telefónica, o en forma de documentos para fotocopiar, que habían sido sustraídos clandestinamente. Todos los días, el empleado leal que había iniciado la organización aparecía a la hora del almuerzo, se sentaba a comer un bocadillo mientras se fotocopiaban las cartas que había traído y después de comer se las llevaba para entregarlas como si acabasen de llegar.

El material conseguido por Voska, que a través del capitán Gaunt llegaba a manos del gobierno norteamericano, constituía la primera prueba real de las intrigas alemanas y de su violación de un territorio neutral. El capitán Gaunt era partidario de que aquellos secretos pasasen al conocimiento del público norteamericano, a cuyo fin, consiguió la colaboración de John R. Rathom[20] —nacido en Austria y educado en Inglaterra— que era jefe de redacción de la publicación denominada *Providence Journal*, en cuyo periódico se comenzaron a publicar los sensacionales secretos alemanes. Asimismo, se consiguió la cooperación del *The New York Times*, cuyo comienzo «El *Providence Journal* dirá esta mañana…» pronto se hizo famoso.

Los individuos que ocupaban las habitaciones contiguas a la de los alemanes en el hotel Manhattan eran, naturalmente, agentes de Voska. Uno de ellos, que trabajaba en la embajada alemana, había organizado aquel encuentro y el día anterior había visitado la sala donde se celebraría la reunión en compañía de un técnico electricista checo, que había realizado ya muchos trabajos de carácter especial para Voska. Examinó detenidamente la sala, donde había una gran mesa circular alrededor de la cual dedujo que se celebraría la conferencia, la acercó a la ventana donde había cortinajes, cortinas y persiana, y allí escondió su dictáfono, con un cable disimulado a la habitación contigua conectado a unos auriculares. El propio Voska almorzó en el hotel un par de

veces y se sentó después ostensiblemente en el vestíbulo a leer el periódico, desde donde observó el encuentro entre el apuesto alemán y el grupo de mexicanos, antes de subir la escalera del hotel.

La llegada de Huerta a Estados Unidos había alarmado tanto a Carranza como a Villa, que reclamaban la detención inmediata de aquel «malvado monstruo inhumano», su deportación, o bien su extradición a México donde se le acusaría de la muerte de Madero[21]. Los agentes secretos de Carranza siguieron en todo momento a Huerta y a todas las personas con quien se entrevistó. Con los dos grupos de espías, más un tercer grupo que se unió a ellos más adelante, podían haber organizado una conferencia de espías en el hotel Manhattan. El tercer grupo de agentes era del departamento de justicia de Estados Unidos, que había llegado a Von Rintelen a través de los sabotajes que organizaba. Mientras que Huerta había entrado en el país abiertamente, Von Rintelen utilizó el seudónimo de Emil V. Gasche y un pasaporte suizo que era falso. El nombre lo tomó prestado de su hermana Emily y de su cuñado Gasche, que era suizo. Una vez en Nueva York, se transformó en E. V. Gibbons Co., que figuraba como empresa de importación y exportación, así como representante de los ferrocarriles mexicanos del noroeste, con oficinas en el número 55 de Liberty Street. Esta firma subvencionó, con medio millón de dólares, la fundación de un grupo denominado Labor’s National Peace Council, cuya función consistía en fomentar huelgas entre los obreros portuarios y los de las fábricas de municiones. Su agente en este negocio —sobre el que el senado llevaría a cabo una investigación— era David Lamar —alias el lobo de Wall Street—, quien le contaba historias fabulosas sobre el progreso de la organización, cuando, en realidad, se guardaba la mayor parte del dinero.

Cuando Von Rintelen no utilizaba el nombre de Gibbons, usaba el de Frederick Hansen, con cuya identidad había alquilado unas oficinas en el número 57 de William Street, en el mismo edificio donde se encontraba la compañía Transatlantic Trust, donde había depositado sus fondos. Con el nombre de Hansen llevaba a cabo sus actividades destinadas a entorpecer el tráfico de armas, desde una oficina situada en la sala de máquinas del *Friedrich der Grosse*, que era uno de los buques alemanes que estaba confinado. Aquél era el lugar donde un químico alemán, llamado doctor Scheele, fabricaba bombas de relojería que serían colocadas en las bodegas de los buques que transportaban armas para los aliados. La explosión de varias bombas en medio del océano sirvió para juzgar y condenar a Von Rintelen.

Además de su doble vida con los nombres de Gibbons y Hansen, el infatigable Von Rintelen encontraba tiempo para actuar en su propio nombre, visitando amigos en los clubs náuticos de Long Island Sound y dedicándose a su actividad primordial que consistía en provocar una guerra con México, si conseguía que el general Huerta tomase nuevamente el poder[22].

El gobierno norteamericano, que se encontraba en la difícil situación de actuar como anfitrión para un huésped que tanto desagradaba al presidente Wilson, no había perdido de vista ni por un momento al general Huerta desde su llegada, pero ignoraba que los alemanes estuviesen implicados en el asunto. En mayo, Wilson tomó ciertas medidas, a raíz de las cuales aumentó el número de agentes secretos que actuaba en Nueva York. Desde hacía ya bastante tiempo, el coronel House facilitaba información que obtenía del capitán Gaunt, con relación a las violaciones alemanas del territorio neutral que era su país. El presidente, por su parte, no quería utilizar aquella información, con el fin de mantener buenas relaciones con Alemania, ya que creía que Estados Unidos, en su calidad de intermediario, lograría poner fin a la guerra. El siete de mayo tuvo lugar el hundimiento del *Lusitania* y el país entero se horrorizó ante aquel acto criminal de los Hohenzollern. Incluso el presidente fue víctima de algunos agravios. El 14 de mayo, ordenó al secretario de la tesorería, McAdoo —a cuyas órdenes estaba el servicio secreto— que colocase bajo vigilancia a todos los miembros de las embajadas alemana y austríaca[23], con el fin de descubrir si alguno de ellos se comportaba de forma incorrecta para un diplomático.

Según testimonio posterior del jefe del servicio secreto, William J. Flynn, alquilaron un apartamento[24], y la compañía telefónica conectó cables que les permitieron controlar todos los teléfonos de ambas embajadas: cada vez que se descolgaba un teléfono en una de las embajadas, se encendía una luz en el apartamento del servicio secreto; cuando sonaba un teléfono en la embajada, también lo hacía en el apartamento y cuatro taquígrafos políglotas se turnaban a la escucha.

Todos los días, Flynn recibía un informe taquigráfico de todas las conversaciones que habían tenido lugar durante las veinticuatro horas precedentes y se remitían copias de las mismas al departamento de Estado, por un procedimiento conocido por el presidente[25]. Entre las muchas cosas interesantes que se averiguaron a través de dichas llamadas, se encontraban las del conde Von Bernstorff con damas washingtonianas. En una ocasión, cuando hablaba con una de sus admiradoras, afirmaba que no se le podía comparar con el protagonista de una obra que estaba en cartel en aquellos

momentos, cuyo título era *El gran amante*, ya que si bien el personaje de la obra no lo hacía, él había «parado». «Tal vez estás descansando, pero no parado», respondió la voz femenina y, en tono más elevado, añadió: «Necesitas un descanso».

En Nueva York, las múltiples líneas telefónicas alemanas fueron interferidas con la ayuda del jefe de policía, Arthur Woods. Dos de los agentes de Flynn se trasladaron a Nueva York para vigilar a los diplomáticos alemanes y los agentes de la brigada antibombas del departamento de justicia, cuya misión era localizar saboteadores, se unieron al ya copioso grupo de vigilantes. En el curso de sus investigaciones, ambos grupos de agentes norteamericanos encontraron la pista de Von Rintelen, pero sin haber descubierto todavía su conexión con el general Huerta. Agentes del departamento de justicia, cuando seguían la pista de unos saboteadores, localizaron a Von Rintelen con su seudónimo de Frederick Hansen e informaron que disponía de fondos ilimitados, así como que mantenía negociaciones con un mexicano, a quien tomaron erróneamente por un representante de Villa. En julio, llegó a oídos del departamento de Estado, a través de una señora que les proporcionaba información, que Hansen era un viejo amigo suyo, cuyo nombre verdadero era el de capitán Franz von Rintelen**[26]**.

Mientras tanto, Von Rintelen se había entrevistado nuevamente con Huerta en el hotel Manhattan y en otro hotel, cuyo nombre no se mencionó, situado en la Quinta Avenida, que probablemente se trataba del Holland House, uno de los lugares preferidos por los alemanes, en la esquina de la Quinta Avenida y la calle 30. En una de estas ocasiones, se dio cuenta de que dos detectives que le habían seguido frecuentemente, seguían ahora a Huerta cuando salió del hotel. «Nuestra entrevista —recuerda Von Rintelen con dramatismo en sus memorias— había sido observada.» A pesar de todo y por medio de la clave naval alemana, mandó un informe a Berlín**[27]** sobre la esencia de la entrevista, en el que decía que Huerta quería ayuda económica para la adquisición de armas en Estados Unidos, apoyo moral y submarinos para transportar armas a las costas mexicanas, que facilitarían el levantamiento de sus partidarios en el momento en que cruzase la frontera. Por su parte se comprometía, después de tomar el poder, a declarar la guerra a Estados Unidos. Es difícil suponer que Huerta, con su reconocido realismo, intentase efectivamente entrar en guerra con Estados Unidos, sin embargo, dadas las circunstancias, es lógico y normal que se hiciesen promesas generosas. También es posible que Von Rintelen, imbuido por su espíritu de

heroísmo —ya que se creía capaz de desencadenar una guerra que interrumpiría el suministro de armas desde Estados Unidos—, exagerase la naturaleza de las promesas en el informe que remitió a Berlín.

No consta que la Sala 40 interceptase el mensaje de Von Rintelen. Las comunicaciones entre Berlín y la embajada de Von Bernstorff eran transmitidas por clave diplomática número 13040, aunque también se usaban la clave denominada 5950 y la clave naval VB 718, dos de las cuales —y posiblemente las tres— podían ser descifradas, en aquella época, por el personal de la Sala 40[28]. Dos meses después, el almirante Hall utilizó una de dichas claves para tenderle una trampa a Von Rintelen.

Debido a las numerosas actividades conspiratorias que Von Rintelen tenía en sus manos, transfirió a Von Papen y Boy-Ed la responsabilidad de las negociaciones restantes con relación a la situación mexicana y dejó los asuntos prácticos, tales como la compra de armas, arreglos fronterizos y acuerdos con los grupos mexicanos, en manos de Carl Heynen —ayudante del doctor Albert y exrepresentante de la Hamburg-American en Tampico— y de Frederico Stallforth, notable banquero alemán en México que se había trasladado a Nueva York para facilitar el retorno de Huerta. Stallforth y su hermano Alberto, que eran los que controlaban los intereses mexicanos del asunto, eran sobradamente conocidos en México, donde sus numerosos contactos presentaban incalculables posibilidades de ser traicionados, y los carrancistas, naturalmente, no les perdían nunca de vista. En algún momento, durante el transcurso de aquellas semanas, 8 millones de unidades de munición fueron adquiridas en San Luis, se hizo un pedido de 3 millones en Nueva York y se depositaron inicialmente 800 000 dólares, a nombre de Huerta, en el Deutsche Bank de La Habana, así como 95 000 dólares en una cuenta en México[29]. Se organizó también un levantamiento, a cargo del general Félix Díaz —sobrino del dictador—, que tendría lugar en el sur del país y coincidiría con la entrada de Huerta por el norte. Von Papen, que se había familiarizado con el terreno durante algunos viajes que realizó en 1914, se desplazó a la frontera[30] para estudiar la situación técnica desde un punto de vista militar, y organizar una especie de tren subterráneo en el que viajarían reservistas alemanes que se encontraban en Estados Unidos para trasladarse a México y la distribución de fondos, para las fuerzas huertistas, en Brownsville, El Paso y San Antonio.

En Nueva York, continuaban las negociaciones entre Boy-Ed y Huerta[31]. En el coche conducido por uno de los agentes de Voska, el oficial alemán se trasladó al hotel Ansonia, en la esquina de Broadway y la calle 72, donde

vivía Huerta, para comunicarle que se había recibido una respuesta cautelosa de Berlín, según la cual se facilitaría una mayor cantidad de fondos, submarinos y cruceros, cuando comenzasen las actividades bélicas entre México y Estados Unidos. En sucesivas entrevistas, observadas en todo momento por los agentes de Voska, Boy-Ed le prometió a Huerta 10 000 rifles y un crédito inicial de 10 000 dólares. Huerta, cuya familia se había trasladado de España para unirse a él, se encontraba en una situación irreversible y avanzaba hacia su destino.

No podía haber escogido un momento de mayor frenesí. Los norteamericanos, cuando apenas se habían repuesto del susto que les causó la presencia del *Asama* en la bahía de Tortuga, durante el mes de abril, quedaron horrorizados ante el hundimiento del *Lusitania* que tuvo lugar en mayo. Wilson mandó notas acusatorias; Alemania rechazó sus acusaciones; el secretario Bryan dimitió cuando las mencionadas notas pasaron a ser demasiado agresivas para su sensibilidad pacifista; Estados Unidos y Alemania estuvieron a punto de declararse la guerra; y el país entero tenía los nervios de punta.

A pesar del gran furor existente, el viernes 25 de junio, el general Huerta, después de presenciar un partido de béisbol —donde comentó que todavía no se había retirado—, compró entradas para un baile organizado por la policía y cogió un tren con destino a San Francisco[32], donde, según dijo, pensaba visitar una exposición. El sábado por la tarde, el secretario Lansing —hombre de costumbres invariablemente meticulosas— anotó como de costumbre, en su agenda, las palabras «tarde libre» y se fue a su casa a la una del mediodía. A las ocho de la tarde, recibió una llamada de su oficina para informarle de que Huerta había cambiado de trenes[33] en Kansas City y se esperaba su llegada en El Paso a las seis y media de la mañana siguiente. Cobb, agente del departamento de Estado en El Paso, estaba a la espera de instrucciones. El momento del retorno había llegado.

La situación era sumamente delicada. Si Huerta cruzaba la frontera, Washington preveía la posibilidad de una repetición del asunto de Veracruz, que era algo que Wilson quería evitar a toda costa en aquellos momentos de crisis con Alemania provocada por la presencia de los submarinos. Wilson, además, había salido de Washington el día anterior para pasar unas vacaciones en New Hampshire. El tren en el que viajaba Huerta seguía, veloz e inexorablemente, su ruta hacia el sur; había que hacer algo. Lansing mandó un telegrama a Cobb en el que le decía que cooperase con los agentes del

departamento de justicia estacionados en la zona y que le mantuviese al corriente. El celo del señor Cobb le indujo a interpretar sus instrucciones en forma de autorización para utilizar su propia iniciativa, ya que sabía que los agentes del departamento de justicia no tenían órdenes concretas. También había averiguado que Huerta intentaba abandonar el tren en Newman, Nuevo México, a veinte kilómetros de la frontera, donde se reuniría con el general Orozco, con quien seguiría viaje hacia México por carretera. En compañía de un coronel del ejército, veinticinco soldados y dos alguaciles, Cobb se dirigió, sin pérdida de tiempo, hacia la estación de Newman, a donde llegó durante la madrugada del domingo, poco antes que el tren.

Al amanecer, cuando el tren entraba lentamente en la estación de Newman, apareció el coche del general Orozco, el general Huerta descendió de su coche-cama, y Cobb, con la ayuda de sus acompañantes, salió de su escondite detrás de unas cajas, detuvo a ambos generales, y los condujo a El Paso[34]. Una vez allí, Huerta depositó una fianza de quince mil dólares con la que consiguió seguir temporalmente libre, mientras que, por otra parte, la noticia de su detención había exaltado los ánimos de todos los mexicanos, fuere cual fuese su ideología. Cobb recibió un telegrama de felicitación de Washington; su respuesta, sin embargo, reflejaba una profunda preocupación por el apoyo que se le prestaba a Huerta. El alcalde de El Paso había accedido a actuar como abogado defensor del general mexicano, la gente del pueblo le aplaudía por la calle, la localidad se había llenado de oficiales y agentes huertistas y había tensión en la frontera. Huerta podía, en cualquier momento, comprar la ayuda de la guarnición de Ciudad Juárez, al otro lado de la frontera, y diez mil mercenarios reclutados por Orozco esperaban sus órdenes. En el caso de que atravesase la frontera, Villa sería derrocado inmediatamente y se le abrirían las puertas de la capital. El ejército norteamericano estaba dispuesto a detenerlo en el momento en que cruzase la frontera, pero entretanto le habían invitado a cenar en Fort Bliss[35]. Mientras Huerta permaneciese en El Paso, junto a la frontera, aumentaría la agitación. Cobb les suplicó a sus superiores en Washington que se lo llevasen cuanto antes.

La pregunta que se hacía el personal de Washington era ¿cómo lograrlo? Sin haber olvidado las consecuencias nefastas del saludo, apenas transcurrido un año, ninguno de los miembros de la administración de Wilson estaba dispuesto a tomar una decisión precipitada que pudiese dar pie al astuto azteca para que provocase otro incidente similar al anterior. Wilson, por su parte, dedicaba temporalmente su atención a una nueva amiga de sus hijas, la señora Galt, que estaba con ellos en New Hampshire. Lansing iba de

conferencia en conferencia con el ministro de la Guerra, el embajador chileno, el ministro de Justicia y otros colegas, mientras que Cobb le mandaba diariamente telegramas, en los que le solicitaba, con creciente urgencia, que organizase el traslado de Huerta. El 2 de julio, Orozco se escapó a México y el gobierno norteamericano, que no podía demorar ya más el asunto, ordenó que detuviesen nuevamente a Huerta y que le encarcelasen en la penitenciaría provincial. Dado que se trataba, naturalmente, de un preso peligroso, se intentó persuadirle para que se evadiese discretamente, se le amenazó con que sería deportado y se le ofreció la libertad si accedía a trasladarse al norte de Estados Unidos. Huerta, sin embargo, con la misma obstinación que le había impedido disparar las salvas, se negaba a huir[36], se negaba a pagar fianza, se negaba a aceptar cualquier condición a cambio de su libertad. La única libertad que le interesaba era la libertad incondicional y aseguraba que no aceptaría ningún tipo de compromiso. Prefería permanecer en su celda antes que aceptar condiciones a cambio de su libertad. Se dedicó a estudiar inglés con un libro infantil y su única queja hacía referencia a la temperatura del agua. Ante los periodistas se lamentaba de no haber tomado alcohol[37] durante casi cuatro días, pero ni con *brandy* se le podía convencer para que aceptase algunas condiciones.

Los telegramas de Cobb habían llegado a reflejar pánico. «Orozco acumula tropas en las montañas[38]», decía uno de ellos y seguía: «El movimiento progresa con fuerza y minuciosidad». En Washington se comprendían cada día con mayor claridad las ventajas que Alemania esperaba conseguir del levantamiento en México, gracias a los informes de los agentes en Nueva York. Tener a Huerta en la cárcel era como aguantar una bomba con la mecha encendida. El 9 de julio, el departamento de la guerra ordenó el traslado de Huerta a la cárcel militar de Fort Bliss, a lo que Cobb respondió, con claras muestras de desahogo: «Esto soluciona el problema[39]».

Cobb se equivocaba, ya que Huerta siguió siendo un problema hasta el día en que murió, lo que todavía no había ocurrido.

Un aspecto interesante del asunto era la actitud característica de Von Bernstorff, que consistía en lavarse las manos. Cuando Huerta estaba todavía en la cárcel civil, le había mandado un telegrama al conde[40] en el que solicitaba la protección del gobierno alemán para su familia, a quienes los agentes norteamericanos molestaban continuamente. Von Bernstorff se limitó a remitir el telegrama en cuestión a Lansing[41], con una nota en la que decía que no había tomado nota del mismo ni enviado respuesta alguna. Cuando se

lo mostraron al presidente Wilson, su único comentario fue: «Esto es realmente extraordinario».

La utilidad de Von Rintelen estaba también a punto de llegar a su fin. El 6 de julio, dos días después de la detención de Huerta, recibió un telegrama en clave naval alemana en el que se le ordenaba regresar a su país, dado que sus actividades eran demasiado conocidas y cabía el peligro de que se le detuviese. El día 3 de agosto, con el seudónimo de Emil Gasche, embarcó en el transatlántico *Noordam*, de la compañía Holland-American, pasados cuatro meses de su llegada a Nueva York[42]. Cuando el buque en cuestión llegó a Inglaterra, subieron a bordo un grupo de agentes armados que mostraron una gran curiosidad por el señor Gasche, cuya identidad les pareció sospechosa y, a pesar de la indignación de la que hizo gala, se lo llevaron a Londres con el fin de interrogarlo. El conocimiento que Von Rintelen poseía de los detalles de la vida de Gasche era tan perfecto, que sus interrogadores llegaron a dudar de la información que habían recibido cuando se entrevistaron con él por primera vez en Scotland Yard[43] y decidieron acceder a su petición de presentarse ante el embajador suizo. El diplomático helvético se convenció de la historia que Von Rintelen le contó y decidió avalarlo. Como última precaución, antes de disculparse y dejarle salir en libertad, la policía inglesa decidió interrogarle nuevamente, en presencia de la persona que les había proporcionado la información. Cuando Von Rintelen entró nuevamente en la oficina de la policía —insistiendo todavía en su identidad suiza, con indignación— percibió inmediatamente la presencia de un nuevo individuo, de pequeña estatura, mejillas sonrosadas y que vestía uniforme naval con insignias de almirante. Mientras un ayudante le interrogaba en alemán, el almirante, con un abrir y cerrar de ojos intermitente, mantenía la mirada fija en él, como lo haría un gato. El almirante, que había permanecido hasta entonces en silencio, sugirió que preguntasen a las autoridades diplomáticas inglesas en Berna, si era posible que Emil Gasche se encontrase en aquellos momentos en Londres. Von Rintelen comprendió que no lograría mantener su farsa durante mucho tiempo y, dado que prefería ser tratado como prisionero de guerra en Inglaterra, antes de que se le juzgase como delincuente en Estados Unidos, reconoció que su identidad real era la de capitán Von Rintelen, de la marina imperial alemana. El almirante Hall, que había conocido en todo momento su identidad, asintió[44].

Se ha sugerido que fue el propio almirante Hall quien mandó el telegrama en el que se le ordenaba a Von Rintelen[45] que se reincorporase a su país, pero también cabe la posibilidad de que interceptase el telegrama auténtico.

Von Rintelen pasó los siguientes veintiún meses en un campo para prisioneros de guerra en Inglaterra[*].

La historia no acabó con la partida de Von Rintelen de Norteamérica. El 4 de agosto, un día después de su salida de Nueva York, el portavoz de Gaunt, el *Providente Journal*, con información obtenida por Voska, publicó un artículo en el que exponía el plan alemán para restaurar a Huerta y provocar una guerra contra México. En el mencionado artículo no aparecía el nombre de Von Rintelen, sino que se acusaba a Von Bernstorff y a Boy-Ed, a quienes los ingleses deseaban desacreditar. Von Bernstorff, cuya política era la de pretender ignorar cualquier acto nefasto del que se acusase a cualquiera de sus subordinados, repudió la historia publicada en los periódicos, pero en aquellos momentos se preparaba ya otro artículo en el que se daría a conocer el famoso asunto de «la cartera robada[46]».

A las tres de la tarde del 24 de julio, el doctor Albert y George Sylvester Viereck (propagandista norteamericano que trabajaba para los alemanes) salieron de la oficina de Albert, situada en el número 45 de Broadway, seguidos por un agente del servicio secreto norteamericano llamado Frank Burke. El agente Burke reconoció sólo a Viereck, pero se dio cuenta de que su compañero, a quien trataba con gran deferencia, era un individuo de unos cincuenta años, metro noventa de altura y con cicatrices en la cara producidas por algún duelo, todo lo cual correspondía con la descripción de Albert, que, además, llevaba consigo una abultada cartera. Albert y Viereck subieron al El, con destino a la Sexta Avenida, en la calle Rector. Viereck se apeó en la calle 23 y Burke siguió en el tren con Albert, que se quedó dormido, pero despertó en el momento en que el El abría sus puertas en la estación de la calle 50; se levantó rápidamente y se apeó olvidando la cartera sobre el asiento. Burke se apoderó inmediatamente de la cartera y cuando se dio cuenta de que Albert regresaba apresuradamente hacia su asiento, bajó del coche por la puerta trasera. Mientras Albert buscaba frenéticamente a la persona que se había apoderado de su cartera, Burke se giró hacia la pared y fingió que encendía un cigarro. Albert descubrió a Burke en el momento en que este último se subía a un trolebús en marcha, pero Burke logró convencer al conductor de que no parase, ya que, según él, aquel individuo que corría junto al vehículo era un loco que había causado ya problemas en el El. En la calle 53, Burke cambió de trolebús y cuando llegó a la terminal, en la ciudad, telefoneó a su jefe que se llamaba Flynn y que se personó inmediatamente para examinar el

contenido de la cartera, después de lo cual, mandó un telegrama al secretario McAdoo, que estaba de vacaciones en Maine. Aquella misma noche, Flynn se desplazó a Maine para entregarle el contenido de la cartera al secretario de Estado.

Los documentos del doctor Albert, si bien no contenían suficientes pruebas de actividades ilegales para justificar un proceso, proporcionaban mucha información referente a las actividades clandestinas alemanas. El gobierno decidió que la mejor forma de utilizar aquella información consistía en darla a conocer al público en general y entregó los documentos al *New York World*, que les dedicó la mitad de la primera página el día 15 de agosto. Esta noticia fue la sensación de aquel verano y el *World* publicó a continuación una serie de documentos incriminatorios.

Von Bernstorff, fiel a su política de desentenderse de los escándalos en los que sus subordinados se veían involucrados, se fue a los Adirondacks, donde, según información recibida en el departamento de Estado, «Se había enterrado, desde hacía diez días[47], junto con su enamorada», mientras que el malaventurado Albert se convirtió en el famoso «ministro sin cartera». El nombre de Von Rintelen siguió sin aparecer. Sin embargo, el público norteamericano, gracias a las revelaciones procedentes de los documentos de Albert, había comprendido que las intrigas alemanas no respetaban la soberanía de su país y deseaba obtener más información.

Al poco tiempo, los inestimables agentes de Voska descubrieron a un ciudadano norteamericano que era uno de los enlaces que las potencias del eje se veían obligados a utilizar, debido a su carencia de cables telegráficos. Todos los barcos neutrales que cruzaban el Atlántico, llevaban a bordo a un enlace, portador a su vez de un pasaporte neutral, y el *Rotterdam*, que se hizo a la mar, desde Nueva York, durante la última semana de agosto, transportaba a John J. Archibald[48]. Gracias a la información transmitida por Voska a Gaunt y por éste a Hall, los ingleses lograron detenerle sin ninguna dificultad cuando el buque en cuestión llegó a Inglaterra. Un total de ciento diez documentos le fueron confiscados a Archibald, incluido un informe del conde Dumba, embajador austríaco en Estados Unidos, dirigido a su gobierno, en el que describía las huelgas que habían sido instigadas entre los trabajadores de la industria de municiones, así como otros proyectos igualmente indiscretos. Había también diecisiete informes de la embajada alemana dirigidos al Ministerio de Asuntos Exteriores, cheques cancelados y recibos por pagos efectuados a saboteadores y propagandistas, informes sobre el desarrollo de ciertos actos de sabotaje redactados por Von Papen y Boy-Ed, e incluso una

carta privada de Von Papen dirigida a su esposa, en la que expresaba su opinión sobre la «idiotez de los yanquis». Las negociaciones mantenidas por Boy-Ed con Huerta aparecían también en la correspondencia, así como las visitas realizadas por Von Papen a México, con el fin de organizar a los miembros de la comunidad alemana, por razones de «autodefensa», por cuya misión se le había otorgado una condecoración.

Cuando el almirante Hall, al examinar la correspondencia de Archibald, se dio cuenta del valor de la información que contenía, tuvo el placer de ofrecérsela, con los respetos de su gobierno, a Page, embajador de Estados Unidos en Inglaterra. Page, cuyos sentimientos estaban definitivamente del lado de los aliados y sumamente frustrado por la poca deferencia que Wilson le mostraba, sintió un enorme placer en remitir la información a Washington. Como medida de precaución, los ingleses, que no confiaban plenamente en que Wilson adoptase la actitud apropiada, publicaron los papeles más incriminatorios en un documento oficial del Parlamento durante el mes de septiembre.

El presidente norteamericano, un tanto reacio, ordenó la expulsión del embajador austríaco, pero no tomó acción alguna contra los diplomáticos alemanes. El efecto real ocasionado por los documentos de Archibald —que venían a unirse a los de Albert y al descubrimiento de la conspiración entre Von Rintelen y Huerta— fue más profundo, si bien obtuvo menos publicidad. El ánimo de los gobernantes norteamericanos, que no habían olvidado el asunto del *Lusitania*, llegó a tal punto de exaltación que la ruptura con Alemania parecía inevitable. El descubrimiento de las actividades clandestinas y de sabotaje llevadas a cabo por los alemanes, hizo que el departamento de Estado se diese cuenta de que eran realmente peligrosos. El coronel House, en una carta que escribió durante el mes de septiembre, decía que «la ruptura tendría probablemente lugar antes de que la carta llegase a su destino[49]». La política estadounidense con relación a México fue objeto de revisión y Wilson decidió invertir sus tácticas.

6

¡VIVA PANCHO VILLA!
(FABRICADO EN ALEMANIA)

A partir del momento en que Carranza reemplazó a Huerta, se convirtió en motivo de decepción para Wilson, que se quejaba de que «jamás había conocido a un hombre con quien fuese más difícil tratar[1]». El constitucionalismo que había sido objeto de su admiración adquirió la forma de decretos contra la propiedad extranjera; tratar con él resultó tan difícil como lo había sido con Huerta, de quien parecía diferenciarse, tan sólo, en el hecho de no haber asesinado a su predecesor (si bien lo compensó asesinando a Zapata unos años más tarde). Resentido por sus malas experiencias, Wilson creyó, al principio, que Norteamérica debía colaborar con el general Obregón, pero Bryan le convenció de que el candidato digno de ayuda[2] era Pancho Villa, el merodeador bigotudo y analfabeto de mirada inquieta, que controlaba la totalidad de la parte septentrional de México, lo que le convertía en el enemigo más poderoso de Carranza.

Bryan, que era totalmente abstemio, creía que Villa era un idealista[3] porque tampoco bebía alcohol ni fumaba cigarrillos. Bryan creía que el hecho de no contaminarse de las costumbres de la gente a quien mandaba, que consistían en emborracharse dos veces diarias con tequila y fumar marihuana en los intervalos, era síntoma de un verdadero idealismo; sin embargo, se equivocaba[4]. El nuevo candidato escogido por Wilson y por su ministro no era sino un pistolero fanfarrón, a quien le era más fácil matar a alguien de un balazo que darle la mano. En una ocasión, cuando le entrevistaba un periodista norteamericano, molesto por los alaridos de uno de sus soldados que estaba borracho, abrió la ventana, desenfundó su pistola y lo mató de un balazo, sin interrumpir su conversación.

A Villa le encantaba que el presidente norteamericano fuese su amigo y Estados Unidos, por su parte, se mantuvo fiel a su política durante bastante

tiempo. El 9 de agosto de 1915, el secretario de Estado Lansing —sucesor de Bryan— recomendaba todavía que se apoyase a Villa[5], con el fin de dar la apariencia de que se oponían al vanidoso y turbulento Carranza, que, de este modo, entraría probablemente en razón.

El cambio de política fue radical cuando aparecieron los documentos de Albert y Archibald, que daban a conocer las intrigas alemanas con relación a Huerta, al mismo tiempo que aumentaba la crisis causada por la presencia de los submarinos imperiales. Anticipando la previsible ruptura de relaciones con Alemania, la política norteamericana en México cambió totalmente de rumbo. En octubre de 1915, Estados Unidos decidió reconocer a Carranza como presidente legítimo de México. Villa estaba desesperado porque «su amigo» le hubiese abandonado, mientras que, por otra parte, todo el mundo quedó atónito. Las razones que habían motivado tales cambios, sin embargo, estaban muy claras. Lansing las definió en su agenda de la forma siguiente[6]:

> Alemania desea que continúe el caos en México hasta que Estados Unidos se vea obligado a intervenir, por tanto, no debemos intervenir.
>
> Alemania no quiere que ningún bando existente en México predomine sobre los demás, por tanto, debemos reconocer a uno de los bandos mexicanos como predominante.
>
> El asunto puede resumirse de la forma siguiente: nuestra consideración primordial se debe a las relaciones factibles que podamos mantener con Alemania, a las que debe supeditarse nuestra política en México.

La nueva política se puso en marcha inmediatamente. Los norteamericanos autorizaron[7] al comandante de las fuerzas de Carranza en la zona norte del país —que esperaba que el ejército de Pancho Villa le atacase en Agua Prieta — a utilizar el territorio y los ferrocarriles norteamericanos para conseguir refuerzos, con lo que se evitaba tener que cruzar las montañas. A principios de noviembre, las fuerzas de Villa descendieron de las montañas y se lanzaron al ataque, pero fueron víctimas de una gran derrota que les obligó a refugiarse nuevamente en las montañas. Después de pasar el invierno en las sierras cubiertas de nieve, el ejército de Villa quedó prácticamente desarticulado, debido al frío y al hambre. Su comandante estaba realmente furioso y juró vengarse de los gringos que le habían traicionado, lo que, más adelante, traería consecuencias lamentables.

El 7 de noviembre, otro barco mercante, el *Ancona*, fue torpedeado por submarinos alemanes, debido a lo cual, se incrementó la tensión entre Estados Unidos y Alemania. Wilson decidió tomar medidas más enérgicas que las anteriores, con el fin de que no cupiesen dudas con relación a la displicencia norteamericana. El coronel House sugirió la deportación de los «odiosos

agentes alemanes[8]», y después de revisar los documentos de Archibald en busca de pruebas concretas, se ordenó la expulsión inmediata de Von Papen y Boy-Ed: la noticia causó sensación. Los periódicos publicaron toda la información sobre intrigas alemanas que pudieron conseguir y el gobierno colaboró facilitando discretamente la información acumulada por los cuatro grupos de agentes durante el verano anterior. De esta forma, el público norteamericano se enteró, por primera vez, de los detalles de la conspiración alemana encaminada a colocar a Huerta nuevamente en el poder, y de que la dirección del asunto corría a cargo de Von Rintelen. El *Times* se anticipó con su artículo, publicado el 8 de diciembre, en el que decía: SE HA DESCUBIERTO UN COMPLOT ALEMÁN DESTINADO A ENEMISTAR ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO. HA LLEGADO AL CONOCIMIENTO DEL GOBIERNO QUE RINTELEN VINO A ESTE PAIS, CON MUCHOS MILLONES A SU DISPOSICIÓN, PARA LLEVAR A CABO DICHA MISIÓN. APOYO INCONDICIONAL OFRECIDO A LA CAUSA DE HUERTA. UNA NUEVA REVOLUCIÓN INTERRUMPIRÍA EL SUMINISTRO DE ARMAS A LOS ALIADOS.

Según el *Times*, Alemania se había apropiado de 30 millones de dólares para financiar la contrarrevolución de Huerta, de los cuales, 12 millones habían sido utilizados para la adquisición de armamento y otros preparativos. Los agentes del departamento de justicia habían localizado los fondos y descubierto diversos arsenales con suficientes rifles y munición para organizar una expedición formidable. Von Papen y Boy-Ed se habían desplazado a la frontera con el fin de preparar el terreno. Félix Díaz estaba a la espera de órdenes para marchar desde el sur hacia la capital. Von Rintelen apareció como cerebro organizador y los periódicos dedicaron numerosas columnas a la descripción de sus encuentros con Huerta, así como con el «lobo» de Wall Street.

En realidad, el departamento de justicia había compaginado un fichero[9] en el que figuraban todos los individuos con los que Von Rintelen había tenido contacto, todos los hoteles que había visitado, todas las llamadas telefónicas realizadas, todos los telegramas mandados o recibidos y prácticamente la totalidad de los quinientos mil dólares gastados, que el oficial alemán había depositado personalmente en la Transatlantic Trust Company. A cambio de tanto dinero dilapidado en cuatro meses, lo único palpable fueron unas cuantas bombas colocadas en barcos mercantes, que cualquier mecánico podía haber fabricado por menos de diez dólares por unidad.

La única persona que permaneció al margen del escándalo fue Von Bernstorff, que mandó un telegrama privado a su país en el que decía que

estaba convencido de que Von Rintelen era el culpable[10] de la expulsión de los diplomáticos y que era esencial que fuese repudiado. Sin embargo, cuando se entrevistó con Lansing[11], pretendió estar sumamente sorprendido y aseguró que no tenía conocimiento alguno[12] de lo sucedido. Lansing le dijo que disponía de pruebas irrefutables según las cuales Boy-Ed se había entrevistado con Huerta en varias ocasiones, en el hotel Manhattan y en el hotel Ansonia. Con mucha sangre fría, el embajador negó todo conocimiento sobre el asunto en cuestión, insistió en que el secretario de Estado se retractase de sus acusaciones y manifestó públicamente que había recibido la orden de repudiar a Von Rintelen.

Von Papen intentó seguir la misma táctica y aseguró que todas las acusaciones eran enteramente falsas. Pero tanto su protesta dirigida al secretario de guerra, como la de Boy-Ed, en la que alegaban que no habían tenido contacto alguno con el gobierno mexicano, ni con ningún individuo ni organización que se relacionase con el mismo, no recibió reconocimiento alguno y ambos diplomáticos tuvieron que abandonar Norteamérica. Von Bernstorff, por tanto, fue el único que, operando con suma cautela, logró permanecer en Estados Unidos, a pesar de que el gobierno norteamericano disponía de numerosas pruebas contra él. Lo cierto es que le interesaba a Wilson mantener abierta la posibilidad de conseguir la paz por vía de la negociación.

El personaje central del asunto sería el último en desaparecer y no tardaría mucho en hacerlo. En la frontera mexicana, el general Huerta estaba en su lecho de muerte. En Fort Bliss, había enfermado misteriosamente y si bien se había diagnosticado ictericia, se rumoreaba que había sido envenenado. Con el fin de evitar la mala impresión que causaría la muerte de Huerta en una cárcel norteamericana, en noviembre le otorgaron la libertad y lo dejaron al cuidado de su familia, que le había seguido a El Paso. Sin embargo, aquel indómito indio se negó una vez más a llevarles la corriente a los demás: en lugar de morir, se recuperó, en vista de lo cual, las autoridades norteamericanas le encerraron de nuevo en Fort Bliss. Cuando se encontró en la cárcel, retornó también su enfermedad y las autoridades, deseosas de deshacerse de un preso que estaba sumamente grave, le dejaron nuevamente en libertad, poco tiempo después de Navidad. En aquellos momentos, el presidente Wilson se encontraba de viaje de luna de miel, con su nueva esposa, en Hot Springs, Virginia, y no se ha sabido si estaba enterado de que su enemigo agonizaba, y si le importaba. Pero incluso en estos últimos momentos de la vida, Huerta no logró deshacerse de la intervención

norteamericana. Soldados estadounidenses custodiaron su lecho, día y noche, hasta que finalmente entró en coma. El 14 de enero de 1916 falleció en territorio extranjero, a poquísima distancia del país que no logró recuperar[13].

Ni la muerte de Huerta, ni la desaparición de Von Rintelen lograron que los alemanes abandonasen sus esfuerzos destinados a provocar una guerra entre Estados Unidos y México. El papel que antes jugaba Huerta, ahora le correspondía a Villa, cuya enemistad con Estados Unidos había sido originada por los propios norteamericanos. A los alemanes les parecía que las posibilidades que tenía Villa de embrollar a los norteamericanos eran las mejores que habían existido. La suposición no tardó en convertirse en realidad. El 10 de enero, en Santa Isabel, provincia de Chihuahua, un grupo de villistas asaltó un tren en el que viajaban diecisiete ingenieros de minas norteamericanos; les obligaron a bajar del tren y, uno tras otro, cayeron ante las balas de los mexicanos. Uno de ellos, Thomas H. Holmes[14], fingió que estaba muerto y logró sobrevivir. Cuando los bandidos se alejaron, se arrastró sangriento, a través de la noche, hasta que alcanzó la ciudad de Chihuahua, a las siete de la mañana siguiente y dio la noticia de la muerte de sus compañeros.

La masacre de Santa Isabel —como se la denominó inmediatamente— exaltó los ánimos de los norteamericanos, que pidieron a gritos la intervención de Estados Unidos. Numerosos grupos de ciudadanos presentaron protestas en las que exigían que se vengasen aquellos brutales asesinatos[15]. En El Paso, se vieron obligados a imponer la ley marcial, debido a que sus habitantes se habían lanzado a la calle, en busca de mexicanos armados. Un pelotón de voluntarios, formado por mineros y vaqueros, se proponía atravesar la frontera en persecución de los bandidos, con el fin de vengarse por su propia cuenta, a no ser que el ejército interviniese. Algunos congresistas, especialmente los texanos, hablaban de asesinato, robo, violación, de mujeres norteamericanas ultrajadas, de suertes peores que la muerte, de la vida norteamericana y el honor sagrado. Los senadores, por su parte, especialmente los de los estados fronterizos, estaban sumamente indignados de que el único asesinato que le había importado a Wilson fuese el de Madero. En círculos financieros se declaró que no se podía responder de la seguridad de ningún ciudadano norteamericano que entrase en México, mientras Wilson siguiese siendo presidente. Si el expresidente Roosevelt hubiese recibido quejas similares de la zona fronteriza, habría mandado inmediatamente al ejército a luchar en México.

Wilson, que hacía apenas una semana había regresado de su luna de miel, permanecía impasible. En el fondo, la incursión de Veracruz le hacía sentir un cierto complejo de culpabilidad, ya que se consideraba, en su calidad de norteamericano, el iniciador de aquella primera guerra mexicana. «Nunca —le contaba a un amigo a regañadientes[16]— permitiré que se desencadene una guerra contra México, mientras sea posible evitarla». Decidió ignorar los comentarios que el pueblo norteamericano hacía sobre él, en los que se le acusaba de cobardía y se mantuvo fiel a las recomendaciones de Lansing, es decir: «Alemania quiere que entremos en guerra con México, por tanto, no le declararemos la guerra; nuestra política en México debe estar supeditada a la forma de nuestras relaciones con Alemania». Wilson sabía perfectamente, como lo manifestó inesperadamente el gobernador de Texas[17], que entrar en guerra sería una verdadera locura, ya que Estados Unidos no estaba preparado ni para invadir México.

Villa tenía enormes deseos de entablar pelea y, con el apoyo que le prestaban los alemanes, hacía incursiones constantes a lo largo de la frontera, en busca de alguna reacción por parte de su país vecino. A partir del momento en que Estados Unidos había decidido apoyar a Venustiano Carranza, Pancho Villa sabía que su poder desaparecería[18] gradualmente, sus seguidores lo abandonarían y sus ambiciones se perderían en el olvido, a no ser que lograse provocar una invasión por parte de Norteamérica, en cuyo caso, los peones mexicanos, estimulados por su antiamericanismo, se levantarían una vez más a sus órdenes. En este caso él, y no Carranza, se convertiría en el nuevo héroe nacional. Una vez más se oirían las aclamaciones de ¡Viva Villa!, desde Sonora hasta Yucatán, en forma de grito de batalla unificado, que desplazaría al viejo vanidoso de don Venus, sin dejar de él más que sus blancos bigotes[19] que servirían para adornar el gorro del valiente Pancho. Esto encajaba a la perfección dentro de los planes alemanes, ya que si bien no creían que fuese posible derrocar a Carranza, la persecución de su sueño, por parte de Villa, podía llegar a desencadenar un conflicto entre Estados Unidos y México, que era el objeto de la estrategia alemana.

La campaña alemana dio comienzo con la llamada a las armas del expresidente Roosevelt, que, sin que él lo sospechase, había sido instigada por agentes alemanes. El descubrimiento lo realizó un diligente agente norteamericano, que averiguó que dos hombres de negocios alemanes, Edgar Held y Louis Hess[20], eran los autores de la solicitud dirigida al expresidente, en la que se denunciaba a Wilson por su carencia de iniciativa. Roosevelt se hubiese sentido sumamente incómodo si hubiese sabido que era utilizado por

los alemanes —ya que era profundamente antigermánico— pero, afortunadamente para él, su petición no logró conmover la sólida resistencia de Wilson.

Pancho Villa, sin embargo, consiguió abrir una brecha en el muro de resistencia de Washington. Durante la noche del 9 de marzo de 1916, los habitantes de la pequeña ciudad de Columbus, en Nuevo México, recibieron la desagradable visita de cuatrocientos mexicanos montados a caballo, que saquearon la ciudad, quemaron muchas de sus casas, asesinaron a muchos de sus residentes y se perdieron nuevamente en la oscuridad de la noche. En esta ocasión, a pesar de lo que dijesen los defensores de la política pacifista, Estados Unidos estaba obligado a reaccionar. A regañadientes y en contra de sus principios, Wilson, por segunda vez durante su período presidencial, se vio obligado a ordenar un ataque contra México. Con suma cautela, logró el consentimiento de Carranza para la entrada de tropas norteamericanas en territorio mexicano, con el solo objeto[21] «de capturar al bandido Pancho Villa». Después de esperar en vano que apareciese alguna alternativa, que naturalmente no se presentó, Wilson dio la orden necesaria para que la expedición, al mando del general Pershing, cruzase la frontera mexicana.

La expedición fue una calamidad. Un mes después de comenzada la incursión, el general Pershing, con sus 6600 soldados, había penetrado unos 500 kilómetros en territorio mexicano, lo que incrementaba la posibilidad de un enfrentamiento con el ejército carrancista y, sin embargo, no había encontrado rastro alguno de Pancho Villa. En Washington, el Estado Mayor se preparaba para lo peor y organizaba una invasión en gran escala. Se recibían innumerables informes, según los cuales Villa estaba muerto, decapitado, ejecutado por sus propios hombres o capturado por el ejército carrancista, hasta que los norteamericanos creían ver que su imagen les sonreía detrás de cada cacto, para después esfumarse como si se tratase de un fantasma.

La prensa alemana daba evidentes muestras de alegría y, fiel a su antigua táctica, sugería que Villa recibía el apoyo secreto de los japoneses[22]. El embajador James Gerard, mandó un telegrama en el que decía que estaba seguro de que los ataques de Villa estaban organizados por los alemanes[23]. En efecto, nadie lograba explicarse satisfactoriamente la función de la redada en la ciudad de Columbus, que parecía no tener ningún fin concreto. Incluso en México se atribuía la incursión al delirio de grandeza de Pancho. Algunos norteamericanos, sin embargo, incluido el presidente, creían que los artífices de aquella operación habían sido los magnates del petróleo y de la minería

estadounidenses, mientras que otros, tales como el corresponsal del Collier[24], abrazaban la teoría de que cierta nación europea, que estaba entonces en guerra, era la instigadora de aquellas atrocidades, con el fin de mantener ocupados a Estados Unidos.

A pesar de que las pruebas de la complicidad alemana se amontonaban paulatinamente en Washington, el gobierno norteamericano no les daba publicidad alguna, debido a que se enfrentaban a una nueva crisis, desencadenada por el reciente hundimiento del *Sussex* y querían evitar que la opinión pública se exaltase hasta el punto de que la guerra con Alemania fuese inevitable. No obstante, a lo largo de los meses de mayo y junio, aparecieron diariamente anotaciones en la agenda de Lansing, que hacían referencia a informes del servicio secreto, tales como: «Reconocido oficial alemán en Tampico», «Complot alemán en Nuevo México», «El departamento de justicia comunica la presencia de alemanes en la frontera mexicana», etc. Con el mismo celo de antaño, el agente Cobb —que en otra ocasión había hecho alarde de su avidez al perseguir y capturar a Huerta— mandó un telegrama a Lansing para pedirle permiso para reclutar a un mayor número de agentes[25], con el fin de investigar las actividades de los alemanes que interferían en los problemas mexicanos. A pesar de la perplejidad que invadió el departamento cuando resultó que algunos de los elementos que Cobb consideraba sospechosos eran agentes del departamento de guerra que seguían las mismas pistas, las pruebas que aparecieron llegaron a causar considerable ansiedad. Los agentes de Voska descubrieron que las armas que se habían adquirido para Huerta se utilizaban ahora para ayudar a Villa, a cuyas manos llegaban disimuladas en ataúdes baratos o en barriles herméticos, sumergidos en los tanques de barcos cisternas, de donde se las extraía cuidadosamente cuando llegaban a un puerto mexicano.

La implicación alemana era también evidente a otros niveles. No es ninguna coincidencia que Max Weber[26], cónsul alemán en Juárez, se sonriese en cada ocasión en que le llegaron rumores referentes a la captura de Villa, que negaba rotundamente, sin revelar su fuente de información. Ni tampoco es coincidencia que sólo las empresas alemanas, con nombres parecidos a las órdenes de un sargento prusiano —tales como Krakauer, Zork & Moye, o Ketelson & Degetau[27]— se salvasen de los saqueos de las fuerzas de Pancho Villa, cuando éstas arrasaron las ciudades de Chihuahua y Parral.

La expedición del general Pershing no satisfacía a los cincuenta millones de alemanes[28] que, según Gerard, se lamentaban a diario de que la totalidad

de la población mexicana no se hubiese levantado todavía contra Estados Unidos. Con el fin de complicar todavía más la situación, los alemanes, que por una parte apoyaban a Villa, por la otra, le ofrecieron varios millones de marcos a un general partidario de Díaz, que estaba exiliado en Cuba, para que organizase una contrarrevolución, mientras que, al mismo tiempo, intensificaban sus esfuerzos en un intento para persuadir a Carranza de que declarase la guerra a Estados Unidos. Según un informe procedente del cónsul en Veracruz, donde Carranza tenía su cuartel general, un agente alemán había ofrecido los servicios de treinta y dos oficiales del ejército imperial[29], a cambio de una autorización para el uso de la península de San Antonio Lizardo, situada a unos cincuenta kilómetros al sur de Veracruz, donde había un excelente puerto natural. Al presidente Wilson le preocupó enormemente la posibilidad de que los alemanes instalasen una base de submarinos en la citada península y ordenó que se llevase a cabo una investigación inmediatamente.

Al general Funston, comandante de las fuerzas estacionadas en la frontera mexicana, le preocupaba la información procedente de Monterrey[30], según la cual, los cónsules de Alemania y Austria se ocupaban de la financiación de grupos conspiradores que se preparaban para atacar Texas. Entre los muchos rumores siniestros que emanaban en Monterrey, uno hacía referencia al misterioso «plan de San Diego[31]», así como de la implicación en el mismo del cónsul alemán, Pablo Burchard, conocido hombre de negocios. Después de medianoche, el señor Burchard había visitado furtivamente a un oficial carrancista, el coronel Guerrero, a quien se suponía al mando de dicho plan. También se había entrevistado, en numerosas ocasiones, con otro jefe carrancista llamado coronel Maurilio Rodríguez y había regalado un anillo, con un magnífico diamante, a un tercer dirigente conspirador, llamado Luis de la Rosa, que exhibía con orgullo su alhaja por toda la ciudad. ¿Qué era lo que se tramaba? El vicecónsul norteamericano en Monterrey quedó realmente atónito cuando llegaron a sus manos los detalles completos del plan de San Diego. La meta del plan consistía en desencadenar una revolución, que empezaría en Texas, por medio de la lucha armada y de manifiestos, se extendería a Nuevo México, Arizona, California, Nevada, Colorado y Oklahoma, para establecer finalmente una república independiente, habitada por mexicanos, negros e indios. En una nueva etapa, la flamante república se afiliaría a la federación mexicana y, a continuación, facilitaría toda la ayuda necesaria a la población negra de otros seis estados meridionales de Norteamérica, para que se rebelase y fundase un Estado negro. Por

descabellado que pareciese el plan, apetecía a quienes, durante más de un siglo, habían sentido odio hacia los pálidos gringos. Es posible que algún informe preliminar sobre el plan de San Diego, remitido por *Herr* Burchard a su jefe Zimmermann, le diese al ministro alemán de Asuntos Extranjeros la idea de ofrecerles a los mexicanos la recuperación de los estados perdidos.

Este tipo de informes preocupaba enormemente a Lansing, ya que con las pasiones que la presencia de tropas norteamericanas engendraban en México, y especialmente con la ayuda de la intromisión alemana, cabía la posibilidad de que se desencadenase algún incidente que comprometiese todavía más a Estados Unidos. Realmente, México no le importaba tanto como la necesidad de mantener la vía libre para negociar con Alemania. Lansing y el nuevo ministro de la Guerra, Newton Baker, aconsejaron a Wilson que ordenase la retirada de las tropas del general Pershing, con o sin Villa, antes de que ocurriese algo que impidiese la retirada. Mientras se estudiaba la posibilidad del retorno de las tropas norteamericanas, el cónsul Canada mandó un telegrama, el 18 de junio, en el que decía que el embajador alemán, Von Eckhardt, hacía cuanto estaba en su mano para convencer a Carranza de que declarase la guerra a Estados Unidos y temía que los impetuosos generales carrancistas[32] pudiesen tomar la iniciativa. Al día siguiente se supo que los oficiales alemanes de reserva[33], que se encontraban en Estados Unidos, habían recibido la orden de presentarse en los consulados mexicanos y que, en el caso de desobedecer, se les consideraría desertores.

Todas las indicaciones habían adquirido un tono siniestro. Hacía demasiado tiempo que los generales carrancistas estaban sometidos a las incitaciones de los alemanes. Dos días más tarde, el 21 de junio, una patrulla de reconocimiento norteamericana que no había hecho caso de la advertencia de los mexicanos, según la cual el ejército mexicano abriría fuego contra las fuerzas estadounidenses que circulasen en cualquier dirección que no fuese hacia el norte, fue sorprendida en Carrizal por las fuerzas carrancistas, que abrieron fuego, causando doce bajas y veintitrés prisioneros. Los planes del gobierno para retirar las tropas de México habían llegado demasiado tarde; el país no permanecería impasible ante lo que había ocurrido. Los partidarios de la intervención exigían represalias. El presidente, cuyos esfuerzos para conservar la amistad mexicana habían sido en vano, se veía ahora obligado a ordenar que la guardia nacional protegiese la frontera y a mandar buques de guerra a ambas costas mexicanas.

Los alemanes sentían una gran satisfacción ante el embrollo en el que los norteamericanos habían finalmente sucumbido. Al fin se manifestaban los

frutos de varios años de intrigas y complots. Los alemanes rebosaban de satisfacción. Cuando *The New York Times* publicó un artículo en el que acusaba[34] a los alemanes de incitar a Carranza contra Estados Unidos, un periódico de Berlín[35] respondió que «no merecía la pena negar que Alemania instigaba a los mexicanos para que entrasen en guerra, con el fin de evitar el suministro de armas a los aliados. El hecho de que el lucrativo tráfico de armas entre Estados Unidos y Francia e Inglaterra se resienta gracias a la guerra con México, no será, sin lugar a dudas, motivo de aflicción para Alemania».

Los alemanes, que esperaban, efectivamente, que los norteamericanos extendiesen el campo de operaciones para convertir la guerra mexicana en una campaña de anexión, no comprendían la lentitud con la que éstos se desenvolvían. Esta opinión la compartían también los hombres de negocios norteamericanos, que creían que una guerra con México les reportaría beneficios muy superiores a los que podían obtener si se inmiscuían en los conflictos europeos. «El destino nos ofrece una manzana de oro en México y tan sólo fruta amarga en Flandes —decía el *Chicago Tribune*—.[36] Si ganamos la guerra en México, y tengamos en cuenta que es prácticamente imposible perderla —seguía diciendo el mismo periódico—, sabemos cuáles serán los beneficios: un continente seguro». Los alemanes estaban totalmente de acuerdo. La propaganda alemana en América Latina había inculcado la idea de que los norteamericanos intentarían anexionarse el territorio que separaba Texas del canal de Panamá y, dado que esto era lo que, según la mentalidad alemana, lógicamente se debía hacer, los alemanes se sentían sumamente frustrados de que Norteamérica no aprovechase aquella oportunidad.

«Es absurdo que los norteamericanos[37] —comentaba el comandante Herwarth von Bittenfeld, experto en actos de provocación encaminados a incitar una guerra entre Estados Unidos y México— esperen controlar el canal cuando no controlan el territorio intermedio». En otra ocasión, el mismo comandante, cuando hablaba con una señora norteamericana en Berlín, dijo: «El canal no tiene ningún valor estratégico para ustedes, sin controlar el territorio que les separa del mismo. Imagínese que nosotros intentásemos controlar el canal de Kiel sin que Schleswig-Holstein estuviese en nuestras manos».

Sin embargo, tanto el comandante Herwarth como sus colegas berlineses, que también se dedicaban a manipular asuntos latinoamericanos, podían sentirse satisfechos de la creciente influencia germana en el régimen

carrancista. Don Venus, detrás de su majestuosa apariencia, combinaba la truculencia con la vanidad[38], la ambición con la susceptibilidad, y su inteligencia no era muy privilegiada. Estaba ya casi totalmente sumergido en un mar de influencia germánica. Con ayuda del incentivo adecuado, podía fácilmente convertirse, abiertamente, en un aliado. La idea era atractiva. Inglaterra dejaría de recibir sus suministros de petróleo de Tampico, los submarinos alemanes podrían utilizar el golfo de México y Estados Unidos debería dedicar toda su atención a los problemas de su hemisferio, lo que no les permitirá entrometerse, ni mucho menos luchar, en los conflictos europeos.

El nuevo embajador mexicano, señor Zurbarán, que llegó a Berlín durante aquel verano, recibió frecuentes invitaciones, por parte de Zimmermann[39], para que asistiese a prolongadas conferencias, sin informar en ningún caso, como lo requería el protocolo diplomático, al embajador de Estados Unidos. En México, la asociación de ciudadanos alemanes se complacía en informar de que disponía, en aquellos momentos, de veintiún grupos locales de propaganda, dedicados a la divulgación de la cultura alemana con tal celo que, según ellos, «una gran cantidad de mexicanos se habían convencido de que los métodos bélicos utilizados por los alemanes eran perfectamente correctos y estaban predispuestos a aceptar sus comunicados». Con igual diligencia, la sociedad de la cruz de hierro informaba que disponía de setenta y dos sucursales, con elementos infiltrados en toda clase de organizaciones en todo el país[40], tales como empleados del Estado, diez oficiales del ejército, dos de carácter divisional y dos con el propio Villa. Los periódicos estaban subvencionados por los alemanes, que también publicaban una revista ilustrada a todo color, con información bélica, destinada al público analfabeto. Los agentes alemanes fomentaban huelgas entre los trabajadores portuarios de Tampico y antiamericanismo entre los obreros mexicanos en Arizona y California. Los bancos alemanes extendieron su campo de operaciones hasta abarcar la financiación del gobierno carrancista. Las empresas mineras alemanas sobornaban al gobierno mexicano para que inventase decretos que les permitiesen adquirir las minas que los norteamericanos se habían visto obligados a abandonar. Esta operación se llevó a cabo con tal eficacia, que pronto ocurrió lo inesperado: los haberes de la empresa alemana denominada Compañía Metalúrgica de Torreón llegaron a superar los de la Guggenheims' American Smelting & Refining Company. El agente norteamericano que facilitó la información sobre dicho acontecimiento lo hizo con verdadero horror.

Peor todavía era la confianza que florecía entre el embajador alemán, Von Eckhardt y Carranza[41], que se entrevistaban frecuentemente sin ningún intermediario. La presencia de Eckhardt en el palacio nacional, para visitar al presidente en su propia oficina, pasó a ser algo perfectamente normal. El resentimiento de Carranza para con Estados Unidos, alimentaba su sueño predilecto sobre la unión panhispánica de naciones latinoamericanas, que podrían enfrentarse sin temor a Estados Unidos. Se trataba de un campo sumamente fértil, abierto a múltiples exploraciones por parte del presidente y de Von Eckhardt, que les permitía formular esquemas de contrarrevoluciones, encaminadas a instaurar regímenes promexicanos (o proalemanes) en varios estados de América Central.

El primer problema con el que tuvo que enfrentarse Eckhardt cuando llegó a México para reemplazar a Von Hintze fue la ausencia de lineas telegráficas para comunicarse con Berlín. En México, por otra parte, no había ningún transmisor que fuese lo suficientemente potente para mandar mensajes a través del Atlántico[42], como tampoco había ninguna garantía de que los mensajes telegráficos alemanes recibidos en México llegasen a manos de Von Eckhardt, debido a la existencia de una ley mexicana que prohibía el uso de claves a los extranjeros. Sin embargo, cuando Von Eckhardt presentó una queja a Carranza, se autorizó al ministro de Telégrafos, señor Mario Méndez, a que hiciese la vista gorda, a cambio de unos pagos de 600 dólares mensuales que corrían a cargo de la asociación de ciudadanos alemanes[43]. Este arreglo alivió la situación de Von Eckhardt, en cuanto a comunicaciones interamericanas se refiere, especialmente con otras delegaciones diplomáticas alemanas y con los agentes secretos, pero no fue suficiente para resolver el problema de los telegramas transatlánticos.

Los alemanes, sin embargo, habían encontrado un sistema para suplir la carencia de cables. Los mensajes transatlánticos, la mayoría de los cuales pasaban por las manos de Von Bernstorff, eran transmitidos por algún procedimiento que hasta estos momentos no había sido descubierto por la Sala 40. La incomprensible existencia de una zona muerta en la atmósfera, entre Washington y Berlín, había frustrado los intentos de captar sus comunicaciones. Los radioescuchas no habían logrado averiguar la ruta a través de la cual se transmitían los mensajes[44].

Inicialmente, los alemanes utilizaban la denominación «línea principal», que se servía de la estación transmisora de Nauen, cercana a Berlín y la de Sayville, en Long Island. Durante el verano de 1915, Estados Unidos ordenó que la estación de Sayville quedase supeditada al control de la marina, con el

fin de evitar que los alemanes la utilizasen para comunicar a sus submarinos la posición de otros buques, lo que convertía a un territorio neutral en base de operaciones bélicas. A partir de entonces, los alemanes podían utilizar la estación en cuestión, para la transmisión o recepción de mensajes en clave, sólo en el caso de que se hubiese entregado al gobierno de Estados Unidos una copia de la clave que se utilizase. En realidad, la censura norteamericana no tuvo ningún éxito, ya que los alemanes siguieron utilizando la estación de Sayville[45], donde se recibían mensajes que aparentemente procedían de empresas comerciales, pero que en realidad estaban codificados y eran para Von Bernstorff.

No obstante, las restricciones impuestas por los norteamericanos lograron entorpecer las comunicaciones hasta tal punto que los alemanes presentaron repetidas quejas basadas en su aparente imposibilidad de comunicarse directamente con Berlín. En Washington, Von Bernstorff presentaba reclamación tras reclamación ante el departamento de Estado, mientras que en Berlín, el canciller Bethmann-Hollweg y Zimmermann visitaban periódicamente al embajador Gerard, para lamentarse de la situación existente. Todas las quejas formaban parte de una campaña deliberada, cuyo propósito era el de conseguir la autorización para utilizar líneas telegráficas neutrales. Finalmente lo consiguieron.

Al almirante Hall le había invadido la perplejidad. «Hemos localizado casi todas las rutas[46] —le decía en una carta al capitán Gaunt—, y he llegado a la siguiente conclusión: los alemanes mandan sus mensajes a Buenos Aires y, de allí, a Valparaíso». Hasta aquí, Hall tenía razón, pero a partir de Chile desaparecían todas las pistas. El almirante especulaba en su carta al capitán Gaunt, sobre la posibilidad de que las comunicaciones pasasen por las manos de alguna delegación diplomática neutral en China o Rusia, cuando, a finales de 1916, se descubrió una pista en México que aportó la solución al problema.

Uno de los miembros del cuerpo diplomático en México más abiertamente progermánico era el canciller sueco, Folke Cronholm. Últimamente, Cronholm había despertado la curiosidad de un caballero inglés, que se había dado cuenta de que el diplomático sueco visitaba la oficina de telégrafos con una frecuencia que parecía exagerada, teniendo en cuenta la relación limitada que existía entre Suecia y México. La curiosidad del inglés estaba perfectamente justificada, ya que se trataba de un agente del almirante Hall, cuya identidad se ha mantenido secreta en los ficheros de la Sala 40, donde se hace referencia a él con la letra «H».

Si Cronholm hubiese sido más discreto, es posible que sus visitas no hubiesen llamado la atención, pero sobradamente conocida su admiración por la causa alemana, la frecuencia de sus telegramas parecía ser provocativa. El señor «H» tomó nota de sus observaciones y se las comunicó al almirante Hall, con la promesa de seguir investigando.

Poco tiempo después, el almirante Hall leía un mensaje interceptado de Von Eckhardt a Berlín, en el que el embajador alemán pedía una respuesta a una solicitud anterior, para que se le otorgase una condecoración a su colega sueco, el señor Cronholm[47]. A pesar de la prolijidad con la que los alemanes otorgaban sus condecoraciones en aquella época, la solicitud de Von Eckhardt le extrañó al almirante Hall. ¿Por qué le otorgaría el gobierno alemán una condecoración a un diplomático sueco en la ciudad de México? Al almirante Hall no le gustaban las preguntas sin respuestas. Examinó de nuevo el informe del agente «H» y leyó la parte referente a las frecuentes visitas de Cronholm a la oficina de telégrafos. Al mismo tiempo, «H» había logrado averiguar que las cuentas telegráficas de Cronholm excedían considerablemente el presupuesto de su gobierno para tales fines. ¿Era posible que Suecia —a pesar de sus tendencias progermánicas— hubiese violado su neutralidad oficial, para dedicarse a mandar mensajes secretos alemanes?

En aquellos momentos no pasaba de ser una sospecha, pero pronto aparecieron pruebas circunstanciales que confirmarían el hecho. Una carta de Von Eckhardt, dirigida al canciller Bethmann-Hollweg, en la que el embajador alemán solicitaba una condecoración para Cronholm, llegó a las manos del personal de la Sala 40. En dicha carta se explicaba la razón por la cual Cronholm merecía ser condecorado. «Él es —decía Eckhardt— quien facilita las condiciones necesarias para el tráfico telegráfico con Su Excelencia, para lo cual se desplaza personalmente, frecuentemente de noche, a la oficina de telégrafos». El señor Cronholm no había recibido ninguna condecoración sueca, sino tan sólo una chilena. (Seguramente se sentía muy menospreciado junto, por ejemplo, al general Maximilian Kloss, el oficial alemán de más alto rango en el ejército mexicano, que en una carta a sus padres decía: «Poseo ahora un total de doce condecoraciones[48] para lucir sobre mi capa, más una cruz de honor para ostentar alrededor de mi cuello»). Von Eckhardt solicitaba al gobierno alemán que le concediesen a Cronholm la *Kronenorden* de segunda clase, con carácter privado y sin ninguna comunicación oficial hasta después de la guerra, con el fin de no despertar sospechas de los enemigos.

La Sala 40 acababa de descubrir la solución de un problema que les preocupaba desde hacía mucho tiempo: Suecia se ocupaba de la transmisión de los mensajes alemanes transatlánticos. La obtención de pruebas irrefutables fue cosa fácil, dado que los cables telegráficos transatlánticos pasaban por Inglaterra. Hall pidió copias de las claves telegráficas utilizadas por los suecos, y un breve estudio de los mensajes transmitidos reveló la realidad: entre los mensajes en clave sueca, aparecían otros en clave alemana. Averiguar el funcionamiento del resto de la organización fue cosa fácil. Los diplomáticos alemanes en el extranjero entregaban sus mensajes, en clave alemana, a sus colegas suecos, en la misma forma en que Von Eckhardt los entregaba a Cronholm y los suecos los transmitían, junto con los suyos, a su Ministerio de Asuntos Exteriores en Estocolmo. De allí, pasaban al embajador alemán en Suecia, quien, a su vez, los remitía a Berlín. Las comunicaciones destinadas al continente americano seguían la misma ruta a la inversa, es decir, salían de Berlín, pasaban por Estocolmo, desde donde se remitían a diplomáticos suecos en diversas capitales extranjeras y finalmente llegaban a las manos de sus colegas alemanes. La mayor parte de la correspondencia con Washington y México pasaba por Buenos Aires.

Este procedimiento pasó a ser conocido en la Sala 40 con el nombre de «tiovivo sueco[49]». A partir de entonces, Hall pudo interceptar no sólo las comunicaciones de Von Eckhardt, sino también las de Von Bernstorff, cuyo servicio de inteligencia proporcionaba un mayor grado de comprensión en relación con las intenciones de Wilson, así como de su política y maniobras pacifistas, que cualquier otro tipo de información procedente de Washington, sin descartar los turbios informes del migratorio coronel House. Von Bernstorff utilizaba la ruta Sayville-Nauen, a pesar del riesgo que esto suponía debido al control de la marina norteamericana y el tiovivo sueco, que se caracterizaba por su lentitud. A raíz de sus continuas protestas al coronel House, con relación a las enormes dificultades existentes para comunicarse con su país, se le confirió a Von Bernstorff una concesión tan extraordinaria, que para asimilarla es necesario practicar lo que en círculos poéticos se denomina suspensión voluntaria de la incredulidad. Los arreglos llevados a cabo por el coronel House aparecían a su debido tiempo.

Corría noviembre de 1916. Había un ambiente de paralización y de indiferencia en la atmósfera, denso como la niebla. Media humanidad se pudría en las trincheras. Cuando se solicitó ayuda a Norteamérica para los polacos, belgas y serbios acosados por el tifus, Bethmann-Hollweg se encogió

de hombros y dijo: «¿Qué importancia tiene esto si se compara con la hecatombe del Somme?»[50].

Con regularidad implacable, los mensajes interceptados se desplomaban en los cestos metálicos de la Sala 40, con la advertencia, para Hall, de que el temido peligro de los submarinos alemanes se acercaba inexorablemente. La labor de Von Eckhardt fructificaba hasta el punto que, en octubre, en uno de sus informes, decía: «Carranza, que se ha convertido abiertamente en un simpatizante de la causa alemana[51], está dispuesto, si es necesario, a prestar toda la ayuda que le sea posible, con el fin de permitir que los submarinos alemanes utilicen las aguas territoriales mexicanas». Después de interceptar este mensaje, Hall lo remitió inmediatamente a Estados Unidos. Lansing le comunicó a Carranza[52] que tal violación de la neutralidad mexicana, si era cierta, sólo podía acarrear consecuencias altamente desastrosas y obligar a Gran Bretaña a tomar medidas drásticas. Carranza, por su parte, vacilaba, mientras que las presiones procedentes de Berlín se incrementaban. El 12 de noviembre, Von Eckhardt recibió un grave mensaje de su cuartel general[53], en el que se le comunicaba que el gobierno imperial había decidido que sus submarinos operasen sin reservas, ya que éste sería el método más eficaz para aniquilar a su principal enemigo. Esto significaba que los submarinos actuarían en aguas territoriales norteamericanas, para lo cual sería de un valor incalculable disponer de bases en México y en Sudamérica. En un primer intento encaminado a formar una alianza con México, Von Eckhardt recibió la orden de averiguar las compensaciones que Alemania podría ofrecer a cambio de una autorización que les permitiese utilizar el territorio mexicano para sus bases submarinas.

¿Qué alternativas se le presentaban a Carranza? Cuanto más tiempo permaneciesen las tropas norteamericanas dentro de sus fronteras, con el consiguiente ultraje para el honor mexicano, mayores eran las posibilidades de que México sucumbiese a la presión alemana. Si se autorizaba a los submarinos alemanes para que operasen desde bases mexicanas, cesarían los suministros norteamericanos y, lo que era peor, el petróleo de Tampico estaba en juego. Lo más preocupante, sin embargo, era la forma en que pudiese reaccionar Wilson.

En Estados Unidos, cuatro quintas partes del ejército popular prestaban servicio en la frontera o territorio mexicano. El general Pershing, con sus doce mil soldados, todavía perseguía, en vano, a Pancho Villa por las montañas de Chihuahua. La posibilidad de que Japón aprovechase la oportunidad para intentar establecer una alianza con México preocupaba

también a las autoridades de Washington. Había aumentado considerablemente el número de informes[54] que se recibían de los agentes gubernamentales, o de exaltados ciudadanos, con relación a la aparición de colonos japoneses, flotillas de pesca y estaciones de radio con personal japonés, o pactos con Pancho Villa; cada uno de los informes debía ser investigado a fondo. La posibilidad de un pacto con Japón estaba de nuevo en el aire, en esta ocasión, con mayores probabilidades que nunca.

En noviembre, cuando parecía que la perspectiva de que Estados Unidos participase en la contienda europea era más sombría, los lazos amistosos entre Carranza y Japón fueron surgiendo a la superficie. El embajador japonés en México ofrecía frecuentes banquetes en honor de los gobernantes mexicanos y él, a su vez, recibía invitaciones, con regularidad, a cenas lujosas ofrecidas en su honor en el palacio nacional, con lo que se daban muestras mutuas de cordialidad[55]. También durante el mes de noviembre, un oficial del ejército mexicano, el comandante Carpió[56], se desplazó a Tokio, en el transatlántico *Empress of Asia,* con la misión de adquirir armamento. Sus actividades a partir del momento de su llegada, según los informes de los agentes norteamericanos que le vigilaron constantemente, consistieron, entre otras, en conferencias con altos mandos de la marina japonesa y visitas a las bases navales de Kure, Sasebo y Yokosuka. A pesar de que Japón se había comprometido a no suministrar armamento a ningún país que no formase parte del bloque aliado, el comandante Carpio logró adquirir ametralladoras, rifles y todo el material necesario para la construcción de una fábrica de municiones en México. Tampoco encontró dificultad alguna en contratar los servicios de numerosos técnicos japoneses —a cuyo cargo estaría el funcionamiento de la fábrica—, así como el de un buque japonés para transportar el material a México. Sus actividades despertaron tantísimos rumores con relación a una infiltración japonesa, que parecía realmente que el peligro amarillo había adquirido forma física.

Los alemanes deseaban ardientemente que así fuese. En aquel preciso momento, los militaristas germanos presionaban para que se llevase a cabo una campaña submarina sin reservas, a pesar del riesgo que esto suponía de estimular la beligerancia norteamericana. Los almirantes y generales alemanes[57], llenos de arrogancia y confianza en sí mismos, aseguraban a su gobierno que no tenían razón alguna para preocuparse por Norteamérica, ya que de esto se ocuparían los japoneses, que no desperdiciarían la oportunidad de ocupar la península californiana o el canal de Panamá. Los gobernantes alemanes estaban ansiosos de ser persuadidos. Pero ¿quién sabía, cuando el

sombrío año de 1916 expiraba, lo que harían los japoneses? Wilson, en aquellos momentos, utilizaba toda su energía para extraer algún indicio de buena voluntad, por parte de los países beligerantes, que permitiese alcanzar la paz por vía de la negociación, antes de que comenzase la campaña submarina sin reservas, que obligaría a Estados Unidos a entrar en guerra. Se trataba de una lúgubre carrera entre Wilson y el gobierno alemán, en la que el entusiasmo brillaba por su ausencia.

7

«NUESTRO AMIGO ZIMMERMANN»

En noviembre de 1916, cuando Europa estaba paralizada por la guerra, Norteamérica creyó percibir un indicio de esperanza en el nombramiento de «un personaje encantador[1]», (tal como lo describió el embajador Gerard) para el puesto de ministro de Asuntos Exteriores de Alemania. Los norteamericanos, hartos de la guerra y dominados por un creciente nerviosismo, ante la perspectiva de verse inmiscuidos en la lucha, estaban dispuestos a aferrarse a cualquier posibilidad que pudiese conducir a la terminación de las hostilidades. Con el nombramiento de Arthur Zimmermann, creyeron vislumbrar un síntoma del crecimiento de las fuerzas liberales que redimirían a Alemania del yugo de la autocracia militar, con lo que se abriría el camino de la paz y la salvación del mundo. Por esta razón, los norteamericanos lo acogieron como si se tratase del sol que viene a fundir las nieves. Si su entusiasmo no hubiese ofuscado su visión, habrían intuido que aquel nombramiento traería consigo todavía mayores contratiempos.

El público norteamericano se sentía atraído hacia Zimmermann porque, tal como el *Times* lo definió afectuosamente[2], se trataba de «un hombre del pueblo». Se trataba, en efecto, del primer nombramiento de un individuo de su clase social para tan alto cargo, que hasta entonces había estado siempre en manos de aristócratas. Zimmermann era alto, corpulento, alegre, dotado de un cráneo teutónico, soltero, de cincuenta años de edad, ojos azules, cabello pelirrojo y grueso bigote, todo lo cual le convertía en el prototipo del alemán de clase media. Sus orígenes sociales, sin embargo, él los había encubierto un tanto gracias a una cicatriz procedente de un duelo, que ostentaba en una mejilla. En su nombre no figuraba el «von» aristocrático y su carrera se había desenvuelto en el cuerpo consular, donde no abundaban los «von». Si no hubiese cambiado de carrera o se hubiese convertido en un empleado de la administración provincial, decía el excanciller príncipe Von Bülow[3] en sus

maliciosas memorias póstumas —que cuando aparecieron en 1930 sembraron la preocupación entre los ministerios europeos—, habría sido muy popular entre todo el mundo y se le habría visto cada mañana tomando su aperitivo en el mejor hotel de la ciudad, donde la gente del pueblo le habría ofrecido sus muestras de afecto.

Zimmermann, sin embargo, logró eludir el destino que se le pronosticaba, gracias a su tesón. En 1902 se le destinó al Ministerio de Asuntos Exteriores y en 1911 había alcanzado el rango de viceministro. El embajador holandés en Berlín durante aquella época aseguraba que Zimmermann podía haberse convertido en ministro en 1913, en lugar de Gottlieb von Jagow, pero ninguno de ellos deseaba asumir la responsabilidad del ministerio, en unos momentos en que las frecuentes intromisiones del káiser dificultaban enormemente su misión. Ambos intentaron evitar el nombramiento, ofreciéndoselo mutuamente, pero fue Zimmermann quien se salvó al alegar que sufría de cálculos biliares y Von Jagow se vio obligado a aceptar la nominación, a pesar de que su salud era mucho menos halagüeña[4].

Es posible que las vacilaciones iniciales de Zimmermann se debiesen a que se sentía incómodo en el mundo aristocrático del Ministerio de Asuntos Exteriores. Fue precisamente este atributo el que agradó al público norteamericano, que asociaba automáticamente la condición social de Zimmermann con la virtuosidad. En la Alemania imperial de aquella época, sin embargo, el efecto fue el que suele ser normal en sociedades donde las distinciones sociales son estrictas y exageradas, es decir, Zimmermann se convirtió en una persona más engreída que el propio káiser. En su afán de pasar desapercibido entre la élite dominante, procuraba ser sumamente ortodoxo. El nombramiento de Zimmermann no correspondía a ninguna necesidad de liberalizar el gobierno, como suponían los norteamericanos, sino todo lo contrario; los gobernantes alemanes sabían perfectamente que el nuevo ministro favorecía la idea del uso ilimitado de los submarinos, mientras que su predecesor, Von Jagow —al igual que Von Bernstorff de antecedentes aristocráticos—, creía en la necesidad de negociar para alcanzar la paz. En Norteamérica, por tanto, se interpretó el nuevo nombramiento como un indicio de ablandamiento de la política exterior alemana, cuando en realidad era todo lo contrario; se trataba de un endurecimiento en el mando con relación a los dos meses precedentes.

El 29 de agosto de 1916, un día después de que Rumania se uniese a los aliados, los dos ogros del frente oriental, el general Von Hindenburg y el general Ludendorff, recibieron el nombramiento de jefes de Estado Mayor.

Hindenburg, héroe de Tannenberg, contaba con setenta años cuando recibió el nombramiento de jefe de Estado Mayor, asistido por Ludendorff, cerebro de la organización y jefe efectivo de la misma. En efecto, se trataba de una dictadura, ya que sus decisiones eran finales e inapelables, lo que si bien no era aparente en aquellos momentos, ahora, al mirarlo retrospectivamente, se manifiesta con claridad meridiana. A lo largo de 1916[5], existieron graves discordias entre los generales y el gobierno, formado por personal civil. La meta de los militares era la victoria, con el fin de satisfacer el sueño panalemán de expansión y anexión, mientras que el personal civil del gobierno creía que la única forma de salvar el prestigio y la reputación alemanes consistía en firmar la paz cuanto antes. Sin embargo, a partir del 29 de agosto, el gobierno comenzó a perder terreno. El káiser todavía presidía las reuniones del alto mando, donde se le consultaba, pero se hacía caso omiso de sus recomendaciones; se había convertido en una figura simbólica. Los ministros del Estado seguían en sus puestos, la oposición en el Parlamento había aumentado y el canciller Bethmann-Hollweg todavía gobernaba, pero el prestigio de los generales había alcanzado tal magnitud, que se habían convertido en indispensables y ellos lo sabían. A pesar de que el káiser hubiese querido deshacerse del «malcarado sargento mayor[6]», (refiriéndose a Ludendorff), no se atrevía a prescindir de él. La mera amenaza de dimisión, por parte de los generales, aseguraba su continuidad.

Zimmermann escogió a los generales, pero no ejerció su elección hasta que supo que apoyarían incondicionalmente su plan. En marzo de 1916, la petición del grupo bélico para la utilización ilimitada de los submarinos fue denegada, a raíz de lo cual el barbudo contraalmirante Tirpitz dimitió desolado. Los meses siguientes fueron de una calma relativa, debido a que el nuevo jefe de la marina quería disponer de suficientes submarinos para asegurar la victoria. En otoño lo había conseguido. De nuevo apareció el dilema sobre si exponerse a la beligerancia norteamericana —lo que el uso de los submarinos posiblemente traería consigo— o procurar conseguir la paz cuando todavía era factible. Los militares estaban dispuestos a arriesgarse, pero el canciller opinaba lo contrario. Hasta entonces, Zimmermann compartía la idea del canciller, ya que, según manifestó durante el transcurso de una reunión secreta del Reichstag a principios de aquel mismo año, Alemania no se podía permitir el lujo de ser enemiga de Estados Unidos[7]. Intelectualmente sabía que esto era cierto, pero emocionalmente estaba ansioso por convertirse en uno de los héroes de la sangre y el acero. Además, al igual que todo el mundo, Zimmermann creía que el canciller tenía los días

contados y no tenía ninguna intención de permitir que su carrera se hundiese junto con la de Bethmann.

Bethmann no encajaba dentro del prototipo prusiano, cuyo lema es «Querer es poder», a pesar de que el hecho de haber expresado la famosa máxima ha servido para que se le definiese como tal. Cuando calificó la neutralidad belga de «papel mojado», más que definir con cierto cinismo la carencia absoluta de valor de todos los pactos, expresaba su desesperación por el hecho de que Inglaterra se hubiese basado en dicho convenio para declarar la guerra. Una contienda que nadie en otro tiempo deseaba y menos todavía con sus dos frentes. Sin embargo, el menos partidario de la beligerancia era el alto y melancólico canciller, quien, antes de la guerra, Gerard había encontrado que se asemejaba a Abraham Lincoln[8]. El parecido entre los estadistas no era, en realidad, muy profundo. Es cierto que Bethmann, al igual que Lincoln, era alto, andaba encorvado y su mirada era triste, pero en espíritu se parecía mucho más al primer ministro de la última guerra, Neville Chamberlain. Era serio y bien intencionado, pero le faltaba firmeza; tenía tendencia a retractarse cuando había convicciones en juego y se decía que si en alguna ocasión entraba en negociaciones directas con los ingleses, tal vez no llegase ni a conservar Berlín.

Durante dos años, Bethmann había luchado para evitar el uso ilimitado de submarinos que, según él, forzaría inevitablemente a los norteamericanos a unirse a la guerra[9], a raíz de lo cual, los aliados recibirían una enorme ayuda financiera, así como un gran apoyo moral. Estados Unidos, además, se incautaría de todo el material alemán que se encontraba en puertos norteamericanos, e inevitablemente afectaría también a otros países neutrales. Llegó un momento en que la campaña para la utilización de los submarinos sólo podía seguir adelante si se lograba que Bethmann dimitiese. Los militares alemanes sabían perfectamente —lo habían sabido desde 1915— que Alemania no podía ganar la guerra en tierra y que su única oportunidad consistía en el uso de sus temibles submarinos. Sin embargo, con el fin de que los submarinos fuesen plenamente eficaces, era preciso utilizarlos sin restricción alguna, ya que así alcanzarían su máximo y siniestro potencial. De esta forma, mientras los recursos de los aliados eran utilizados en tierra, los submarinos les aniquilarían estrangulándoles desde las profundidades marinas.

La presión aumentaba. Durante una conferencia intensiva, se asegura que Bethmann fumaba incesantemente, hasta llegar a consumir cinco o seis docenas de cigarrillos en un día. Le habían salido canas, arrugas y su rostro

había empalidecido. En palabras de un observador: parecía la personificación de la desesperación[10].

Todos los derechistas, es decir, los militares, los panalemanes y los conservadores, deseaban que Bethmann dimitiese. Lo único que le permitía conservar su puesto era el hecho de que nadie conocía a un sustituto idóneo[11] y el káiser le toleraba porque temía que, en el caso de que dimitiese, no le quedaría otra alternativa que llamar de nuevo al afable y artificioso príncipe Von Bülow, que, en el pasado, le había herido profundamente. Bethmann, entretanto, se aferraba a su puesto, con la esperanza de que el destino decidiría su suerte, fiel al consejo de Bismarck[12]: «No nos queda otro remedio que esperar hasta que oigamos los pasos de Dios en la historia, para entonces lanzarnos y seguirle pegados a Él».

El implacable Ludendorff, resuelto a dar rienda suelta a los submarinos, no estaba dispuesto a esperar la intervención de Dios, sino a procurar ganar un mayor número de partidarios entre los miembros civiles del gobierno. Si bien el momento no había llegado todavía para deshacerse de Bethmann, lograría, por lo menos, eliminar al ministro de Asuntos Exteriores, Von Jagow, que también se oponía al uso de los submarinos. La consecución de este segundo objetivo no sería ninguna proeza formidable. Von Jagow era un tipo insignificante, cuyo bigote al estilo del de Charlot unido a su aspecto, que no tenía nada de teutónico, sino más bien de conejo asustado, hacían que todo el mundo —e incluso él mismo— considerase que no merecía el puesto que ocupaba[13]. Sin embargo, había tomado buena nota de los consejos de Von Bernstorff que, desde Norteamérica, le proporcionaba los argumentos más contundentes contra el uso de los submarinos y le rogaba que le diese tiempo a Wilson, en el caso de que fuese reelegido, para que negociase las condiciones de paz con los aliados. Los militares, resueltos a arriesgarlo todo a cambio de la victoria que podían aportar los submarinos, no querían saber nada de Wilson. Von Jagow, portavoz de Von Bernstorff, debía desaparecer. Su capacitado viceministro, Zimmermann, que era honesto, laborioso y un tipo excelente, debía reemplazarlo. Bethmann, que intentaba mantener en todo momento cierto equilibrio y evitar discusiones, estaba dispuesto a sacrificar a Von Jagow, en la creencia de que Zimmermann se entendería mejor con Ludendorff. «Con Zimmermann —escribió Von Jagow con cierta amargura después de la guerra— los fanáticos defensores de los submarinos creyeron que tenían el campo libre. En el fondo de su corazón, Zimmermann siempre había sido partidario de los submarinos[14], es decir, se dejó arrastrar

en todo momento por la corriente y por los que más vociferaban; ésta es la razón por la que se le consideraba fuerte».

Amén de sus demás virtudes, se suponía que Zimmermann tenía un conocimiento profundo de Norteamérica. Hacía casi veinte años que, de regreso de un puesto consular en China, había atravesado Estados Unidos, de San Francisco a Nueva York, en ferrocarril y gracias al profundo conocimiento que adquirió durante dicho viaje del carácter norteamericano, se había convertido, en su opinión, en un experto en asuntos norteamericanos[15]. Durante la época de Von Jagow, estuvo a su cargo la sección de relaciones públicas del Ministerio de Asuntos Exteriores, lo que le permitió mantener contactos personales con el coronel House, el embajador Gerard, Von Papen y Boy-Ed. También recibía informes directos (sin pasar por las manos de Von Bernstorff) del cónsul general en Nueva York[16], en los que se ridiculizaba la creencia de Von Bernstorff en los esfuerzos de Wilson para conseguir la paz, ya que, según el cónsul, lo que pretendía Wilson era obtener las condiciones más ventajosas para los aliados. Los informes del diplomático alemán hablaban asimismo en términos altamente exagerados de los efectos de la propaganda germánica y le aseguraban a Zimmermann que el gobierno de Estados Unidos no se arriesgaría a entrar en guerra por temor a que los norteamericanos de origen alemán se insubordinasen. Estas comunicaciones se convirtieron en el pasatiempo predilecto de Zimmermann[17].

En una ocasión, Zimmermann, que discutía con Gerard con relación al suministro norteamericano de armas a los aliados, le aseguró que, en el caso de que el conflicto[18] se extendiese a Estados Unidos, Alemania disponía de medio millón de individuos adiestrados, residentes en Norteamérica, que se unirían a los irlandeses con el fin de desencadenar una revolución. El embajador, que también tenía un buen sentido del humor, creyó que Zimmermann bromeaba, pero cuando se dio cuenta de que no era así le respondió que Estados Unidos disponía de medio millón de faroles de donde se les colgaría.

Gerard apreciaba a Zimmermann, a quien encontraba simpático y admiraba sus gustos gastronómicos; sin embargo, en una carta al presidente, le decía que la conversación del estadista alemán era, en general, ridícula. No obstante, Zimmermann, con el censo de población de Estados Unidos de 1910 sobre su escritorio, en el que constaba que 1 337 000 norteamericanos eran de origen alemán y unos 10 millones de descendencia germánica, se tranquilizaba pensando que Norteamérica no cometería ninguna locura. En 1916, cuando el embajador norteamericano en Turquía, Henry

Morgenthau[19], pasó por Berlín durante su viaje de regreso a Estados Unidos, Zimmermann le dispensó su discurso predilecto, referente a los norteamericanos de origen alemán que se sublevarían en caso de guerra.

Hasta la primavera de 1916, Zimmermann compartió la opinión de su ministerio, según la cual, en el caso de que se autorizase la campaña submarina, Norteamérica se uniría a los aliados e Inglaterra; con la ayuda de Estados Unidos, sería invencible. A excepción del belicoso cónsul en Nueva York, todo el mundo que tenía algún conocimiento sobre Estados Unidos compartía la misma opinión. Von Stumm, jefe del departamento norteamericano del Ministerio de Asuntos Exteriores, el departamento de análisis de información extranjera y, naturalmente, Von Bernstorff, no se cansaban de repetirlo día y noche. Sin embargo, después de las exacerbantes discusiones que tuvieron lugar a raíz de los incidentes del *Lusitania* y del *Sussex*, la paciencia de Zimmermann para con Estados Unidos decreció gradualmente, hasta que llegó el momento en que casi deseaba que entrasen en guerra[20].

Zimmermann empezó a utilizar, cada vez con mayor frecuencia, el método de intimidación que practicaban los oficiales alemanes y que consistía, según Gerard, en bajar considerablemente el tono de su voz al mismo tiempo que miraba con ira a su interlocutor. Ésta fue la experiencia del coronel House, después de una de sus muchas visitas encaminadas a discutir las bases de negociación para la paz, a cuyo regreso confesó que, sin lugar a dudas, Zimmermann había intentado intimidarle[21].

Después del incidente del *Sussex*, durante el mes de mayo, cuando Wilson declaró rotundamente que si los alemanes no se comprometían a no atacar de nuevo ningún barco mercante sin previo aviso, Estados Unidos rompería sus relaciones diplomáticas con Alemania, Zimmermann[22] declaró —*off the record*— en una conferencia de prensa que no valía la pena desperdiciar palabras[23] para hablar del descaro e insolencia del presidente Wilson, que finalmente había sido desenmascarado. A partir de entonces, consideró que Wilson era un hipócrita, de mentalidad anglófila[24] y pasó a compartir la opinión de los probeligerantes, según los cuales Norteamérica no era una potencia bélica por la que valiese la pena preocuparse. También comenzó a prestar mayor interés a los ruegos de los frustrados oficiales de la marina y a dejarse persuadir por los argumentos militaristas, según los cuales, Norteamérica no disponía de las facilidades para adiestrar y transportar las tropas necesarias para alterar el equilibrio de la guerra antes de que los

submarinos, si se les permitía actuar sin reservas, hubiesen obligado a Inglaterra a rendirse.

Zimmermann se dejó arrastrar por el ímpetu militarista, mientras que Bethmann y Von Jagow todavía se oponían. El káiser, por su parte, se sentía molesto con su primer ministro[25], pero estaba algo atemorizado de sus generales, debido a lo cual, se acrecentaban sus dudas. El asunto era discutido en repetidas conferencias de alto nivel. Los almirantes mostraban mapas y cartas que aportaban pruebas de la cantidad de buques que sus submarinos eran capaces de hundir, hasta conseguir, según uno de ellos, que los ingleses agonizasen en el anzuelo[26]. Aumentaba la furia de la polémica. En el Parlamento, los liberales y los socialdemócratas declaraban que el pueblo no quería guerra submarina, sino paz y comida[27]. Se compadecían con pesimismo entre sí y se aseguraban el uno al otro que de ninguna manera podía permitirse que la guerra se prolongase otro invierno; debía firmarse la paz en otoño. Sin embargo, todo el mundo hacía caso omiso de las Cortes y de la gente del pueblo, ya que aunque estuviesen hambrientos, seguían siendo obedientes. «En Alemania[28] —decía un parlamentario— no se desencadenan revoluciones, hasta que las cosas llegan a tal extremo de deterioración que la propaganda revolucionaria aparece en carteles oficiales, colocados en todas las esquinas por la propia policía».

En noviembre, sólo un hilo —cual espada de Damocles— retenía a los submarinos. El poder militar había aumentado y la oposición había perdido ya casi toda su influencia. Zimmermann se había cambiado de bando. El 12 de noviembre, diez días antes de ocupar el puesto de Von Jagow, mandó aquel telegrama a Von Eckhardt, en México, en el que sugería una alianza a cambio de bases submarinas. En efecto, es posible que su promoción hubiese sido instigada por algunas promesas en que aseguraba que, al establecer un pacto con México y Japón, Estados Unidos no intervendría en Europa. El 22 de noviembre se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores.

Los norteamericanos, en su inocencia, se alegraron del nuevo nombramiento, alentados por su deseo vehemente de encontrar un amigo entre los dirigentes alemanes. *The Evening Post*[29] de Nueva York publicó un artículo con el titular: «Nuestro amigo Zimmermann», mientras que *The Literary Digest* hablaba de la «liberalización de Alemania». *The Evening Post* decía también que se trataba de «uno de los más esperanzadores auspicios para el futuro de las relaciones germanoamericanas desde que estalló la guerra».

«Es del agrado de todos los norteamericanos», decía el autor del artículo, sin que eso fuese, realmente, una exageración. «Durante una conferencia que mantuve con él, Zimmermann me pareció sumamente amable y cordial», decía el coronel House en una carta dirigida a su presidente a principios de 1915, y seguía: «Siempre ha sido de mi agrado y me alegro de que nuestras relaciones sean nuevamente amistosas». En público le calificaba de «uno de los más grandes caballeros del imperio[30]». El embajador Gerard, cuyos sentimientos eran similares, aseguraba que sus relaciones con Zimmermann eran excelentes y que el nuevo ministro alemán, que era uno de los individuos más capacitados de su país, sentía una verdadera amistad hacia él y hacia el pueblo norteamericano[31].

Los periodistas norteamericanos especializados en asuntos alemanes se lanzaron a la publicación de noticias halagadoras. Hablaban del contraste que existía entre la amabilidad de Zimmermann y lo que ellos llamaban frialdad y arrogancia aristocrática de Von Jagow (en realidad, no se trataba sino de que éste prefería no tener trato directo con el público, cosa —debido a su complejo de inferioridad— que había delegado a su extrovertido ayudante). Calificaban a Zimmermann de sincero, directo y jovial, así como de poseer una mayor comprensión sobre asuntos internacionales que cualquier otro individuo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Le consideraban sumamente popular entre los periodistas, el público y el Parlamento, características propias de un político norteamericano. Le atribuían la lucidez, viveza, sutileza y amplitud de conocimientos propios del primer político alemán que adoptó la costumbre norteamericana de hablar libremente a los periodistas, de levantarse para saludar a sus visitantes con una sonrisa de bienvenida, agradable, predispuesto a ayudar, buen entendedor del temperamento norteamericano, y de ser alguien que no utilizaba nunca la expresión predilecta de los oficiales prusianos: «Totalmente imposible». Pusieron de relieve sus antecedentes de clase media y les parecía esperanzador el hecho de que por su carrera consular debía haber tenido mucho trato con hombres de negocios. Le suponían miembro del grupo liberal que abogaba por la democratización del gobierno alemán y se regocijaban en la leyenda de que se trataba «esencialmente, de un hombre del pueblo[32]».

Tal vez sabían, aunque nadie lo dijo, que es precisamente este tipo de individuo el que se intoxica con mayor facilidad con los humos de grandeza que respira al atravesar el umbral de la realeza. El Zimmermann a quien, cuando iba y venía de Pless, oficiales uniformados le abrían las puertas al mismo tiempo que golpeaban sus tacones, que se desenvolvía entre uniformes

y altezas, que se entrevistaba con el káiser y asistía a conferencias con Ludendorff, no era la persona idónea para llevar a cabo una política que difiriese en lo más mínimo de un patriotismo militarista extremo.

A partir del momento en que Zimmermann se declaró partidario de los submarinos, comprendió que debía llevar a cabo los preparativos necesarios para enfrentarse a la beligerancia norteamericana que inevitablemente aparecería. Ahora que el uso de los submarinos se había convertido en una probabilidad inminente y que la decisión, en el campo civil, dependía de él, dejó de contar con algo tan frívolo como la sublevación de los norteamericanos de origen alemán. Se le ocurrió algo mucho más positivo, un golpe magistral, ni más ni menos que una alianza combinada entre México y Japón[33]. Durante dos años, el sofisticado Von Hintze, amigo de almirantes y reyes, había intentado, en vano, convencer a los japoneses. Zimmermann, sin conocer a nadie, lo lograría. Sería el primero en conseguir nuevos aliados para los alemanes. A lo largo de los años, la actitud crítica de los aristócratas prusianos que monopolizaban el servicio diplomático le había impedido a Alemania adquirir nuevas amistades e incluso había llegado a perder algunas ya establecidas. Las posibilidades de éxito que Zimmermann pronosticaba le estimulaban. El embajador japonés en Estocolmo hizo algunos comentarios que el ministro alemán interpretó como si indicasen «la posibilidad de que sus respectivos países llegasen a un acuerdo». Von Eckhardt, por su parte, aseguraba en sus informes que entre México y Japón existían fuertes lazos de amistad. Con cierto estímulo externo, el presidente Carranza escribió una carta, un tanto rebuscada[34], en la que manifestaba sus simpatías para con Alemania, así como su deseo de aumentar la cooperación económica y política entre sus respectivos países, reforzar la marina mexicana con ayuda alemana y adquirir más armamento. En un mensaje que acompañaba a la carta, Von Eckhardt aseguraba que Carranza, a pesar de las represalias con las que le habían amenazado los ingleses, prestaría ayuda a los submarinos[35] y, a su debido momento, facilitaría una base en la costa mexicana.

Con el aliciente que le proporcionaron estas noticias, Zimmermann comenzó a formular un plan bélico basado en una alianza con México, según el cual, en el caso de que Estados Unidos entrase en guerra con Alemania, los mexicanos se comprometerían a atacar a Norteamérica. En su búsqueda de motivos que estimulasen a los mexicanos, el ministro alemán, que no había olvidado tampoco el episodio de El Álamo, se proponía incitarles con el recuerdo de sus territorios perdidos. Zimmermann no creyó en ningún momento que los mexicanos lograsen recuperar el territorio de Texas, pero

sabía, por otra parte, que para Carranza el señuelo sería irresistible. Creía, también, que México, ante la posibilidad de recuperar sus antiguas fronteras, haría cuanto estuviese en su mano para conseguir el apoyo japonés y no le cabía ninguna duda de que, cuando los mexicanos facilitasen el uso de bases en su territorio, los japoneses no despreciarían la oportunidad que se les brindaba[36].

Una pequeña dificultad, potencialmente grave, le preocupaba: ¿cómo negociar un proyecto tan delicado y mantener el secreto requerido? Desgraciadamente para él, el embajador mexicano en Berlín se había trasladado a Suiza[37] y, por consiguiente, las negociaciones debían llevarse a cabo directamente con Von Eckhardt a través del Atlántico. Con el fin de asegurar el secreto de sus comunicaciones, Zimmermann decidió utilizar un canal que estaba a la disposición de Von Bernstorff con el único fin de transmitir las propuestas pacifistas de Wilson. La utilización de dicho canal representaba la violación inevitable de un compromiso de honor, pero consideró que, dadas las circunstancias, no era preciso reparar en escrúpulos. «Ni la duplicidad ni la discreción forman parte del léxico diplomático de Zimmermann[38]», manifestó un comentarista norteamericano, a lo que se añade la opinión del príncipe Von Bülow, según la cual, Zimmermann no conocía el arte de la diplomacia[39], de lo que se puede deducir que era demasiado honesto para engañar. Esto constituía un juicio temerario, ya que Zimmermann sabía practicar el engaño con la misma pericia que el propio Von Bülow, aunque en esta ocasión, de no haberlo intentado, tanto él como la historia habrían salido ganando.

8

LA TRAMPA

«La situación se desarrolla con mucha rapidez», decía Wilson en un mensaje dirigido al coronel House[1], a principios de noviembre. Si no lograba que se firmase la paz en un futuro muy próximo, temía que inevitablemente entraría en guerra[2] con los alemanes a causa de sus submarinos.

El embajador Von Bernstorff, tampoco estaba exento de las presiones cronológicas de su país y, desde Norteamérica, comprendía con mayor claridad cuáles serían las consecuencias de la actividad submarina sin reservas que sus superiores berlineses, que eran quienes tomaban las decisiones. Su temperamento le ayudaba también a comprender mejor la situación. Gracias a haber nacido y haberse educado en el extranjero, no había adquirido las costumbres, arrogancia e ilusiones de grandeza, características de los prusianos, debido a lo cual, no compartía la opinión alemana de que el uso draconiano de los submarinos causaría el derrumbamiento total de la resistencia aliada. El individuo, que después de la guerra se dedicaría con todo entusiasmo a la Liga de las Naciones y que cuando Hitler subió al poder abandonaría Alemania permanentemente, luchaba en aquellos momentos con su gobierno por el destino de su país. Un año antes, durante la crisis que se desencadenó a raíz del hundimiento del *Arabic*, logró apaciguar a los norteamericanos y evitar que se rompiesen las relaciones diplomáticas entre sus respectivos países[3], sin acatar las órdenes de su gobierno, lo que le valió una reprimenda. En aquellos momentos, cuando una nueva flota de submarinos estaba dispuesta para entrar en acción y los belicosos mandos de la marina alemana anhelaban dar rienda suelta a sus sumergibles, Von Bernstorff no escatimaba esfuerzos en su intento por cambiar una estrategia que, no le cabía ninguna duda, conduciría a la derrota. Había llegado al convencimiento de que la única forma de parar los pies a los militaristas, consistía en acabar con la propia guerra.

Ésta era también la ambición del presidente Wilson, cuyos motivos eran tan poderosos como los de Von Bernstorff. La guerra paralizaba las reformas, y si Estados Unidos no lograba evitar verse inmiscuido en la beligerancia, sus proyectos relacionados con la «nueva libertad» quedarían postergados a un lugar muy secundario. Al presidente norteamericano le atraía también la visión que tenía de un nuevo mundo en el que imperaría la paz, protegida por una liga de naciones. Éste era un viejo concepto que se había puesto nuevamente de moda y que Wilson adoptaba como propio. Si conseguía acabar con la guerra, lograría salvar su programa y salvaguardar a Europa de sí misma. A partir del momento en que se declaró la guerra, por medio de estímulos e insinuaciones de presiones, el presidente había intentado, en vano, que los países combatientes declarasen sus condiciones para la paz. A finales de 1916, existían dos fuerzas, prácticamente irresistibles, que empujaban a Estados Unidos hacia la guerra: por una parte, sus lazos económicos con los aliados y, por la otra, la amenaza de los submarinos alemanes. Wilson hacía gala de una capacidad incomparable al negarse a ser arrastrado por la fuerza de las circunstancias y había decidido que, en el caso de ganar nuevamente las elecciones presidenciales en noviembre, utilizaría toda su influencia en un intento final para conseguir la paz por vía de la negociación, en lugar de la beligerancia, a pesar de que presentía —como lo sabía Von Bernstorff— que quedaba poco tiempo y pocas oportunidades para maniobrar.

Von Bernstorff rogó a su gobierno[4] que aplazase la decisión sobre el uso de los sumergibles, hasta después de las elecciones, con el fin de brindarle una última oportunidad a Wilson en su afán por conseguir la paz. Los dirigentes alemanes, que sabían perfectamente que no lograrían ganar la guerra en tierra[5], estaban dispuestos a permitirle a Wilson que estableciese la paz[6], a condición de que los territorios conquistados quedasen en su poder. Alemania controlaba Europa, desde el canal de la Mancha hasta la frontera rusa y desde el mar Báltico hasta el mar Negro; también había ocupado Polonia, Bélgica, Alsacia, Lorena y las zonas industrializadas de Francia hasta Reims. Los imperios de sus aliados seguían intactos: el Imperio austrohúngaro controlaba los Balcanes, desde Italia hasta Grecia, y Turquía mantenía su soberanía desde Bagdad hasta Jerusalén. Las condiciones para la paz que los alemanes esperaban conseguir, según el borrador de un tratado[7] que circulaba en aquella época por la sede del gobierno alemán, consistían en anexionarse una parte de Rusia, tres cuartas partes de Bélgica e incorporar al Estado alemán el sector de costa francesa que se extiende desde Dunquerque hasta Boulogne. (Este modesto documento había sido elaborado por el Partido

Progresista del Pueblo). Lo que los alemanes esperaban de Wilson no era que consiguiese la paz en la forma en que el presidente norteamericano la imaginaba, sino que persuadiese a los aliados para que depusiesen las armas y aceptasen la situación existente, con algunas pequeñas alteraciones a favor de Alemania. La otra alternativa consistía en poner el destino en manos de los militaristas, que estaban dispuestos a arriesgar el todo por el todo al dar rienda suelta a sus sumergibles.

La opinión del mando alemán, sin embargo, no era homogénea. Había algunos miembros civiles del gobierno, tales como Bethmann-Hollweg, Von Jagow y otros, que deseaban a toda costa que Wilson consiguiese la paz antes de que los militaristas utilizasen sus submarinos. Creían que aquél era el momento óptimo para conseguir una paz ventajosa para Alemania. Por una parte observaban la vacilación norteamericana y, por la otra, creían que la utilización de los sumergibles era una forma de suicidio. Sin embargo, la presión aumentaba. Se acumulaba sobre el canciller el ímpetu de los dirigentes militares, de la corte, de los aristócratas prusianos, de los partidos de derechas y de la mayoría del pueblo, que había sido educado meticulosamente para que depositase su fe en la eficacia de los submarinos, gracias a los cuales se conseguiría romper el bloqueo que les impedía conseguir comida, así como vencer a los ingleses. El canciller se atemorizaba ante tal clamor. El asunto se debatía a diario en sesiones secretas del gabinete. La marina de guerra aceleraba incesantemente sus preparativos[8]. A lo largo de todo el verano, Von Bernstorff instigaba al canciller para que esperasen hasta después de las elecciones en Estados Unidos. Bethmann se sentía acorralado y no creía que pudiese esperar tanto tiempo; si Wilson no tomaba alguna decisión de forma inmediata, le dijo a Von Bernstorff en septiembre, los militares lanzarían su campaña submarina en un futuro muy breve. Una semana después, Von Jagow rogó al embajador Gerard[9] que se trasladase a su país con el fin de pedirle a Wilson que se diese prisa.

Gerard llegó a Norteamérica el 10 de octubre, acompañado de un documento[10], que se supone redactado por el propio káiser, en el que se le decía a Wilson que consiguiese la paz o se atuviese a las consecuencias.

Wilson, con el curioso desagrado que le caracterizaba ante la recepción de informes de primera mano, se negó a recibir a Gerard durante diez días. Cuando finalmente, a raíz de la insistencia de Lansing, se decidió a hablar con el embajador, no hizo referencia alguna a las propuestas de paz, sino que se limitó a ordenarle que se comportase de una forma amigable con los alemanes[11] y que procurase convencerles de que no era ético atacar barcos

mercantes sin previo aviso. Cuando Gerard respondió que lo intentaría, el presidente dio un puñetazo sobre la mesa y dijo: «No quiero que usted se limite a apoyar mi idea, sino que esté de acuerdo con ella».

Lo que ocurría, en realidad, era que Wilson no tenía muy buena opinión de Gerard[12] y normalmente trataba a sus embajadores como si fuesen empleadillos[13], de quienes esperaba que se limitasen a transmitir sus puntos de vista, sin informarles sobre la política que los motivaba. Tampoco estaba dispuesto a dejarse influir por la prisa de los demás[14]. Consideraba que no podía emprender una misión de tal envergadura cuando estaba en plena campaña electoral y que, si ganaba las elecciones, sus palabras acarrearían mucho más peso.

La iniciativa estuvo a punto de escaparse de sus manos, cuando, durante dos días, en espera de los resultados electorales de California, su reelección parecía dudosa. Finalmente, sin embargo, Wilson ganó nuevamente la presidencia, a pesar de lo cual, sus dudas no desaparecieron. No sabía que Bethmann tenía las horas contadas. El 7 de noviembre, Joseph C. Grew, a cuyo cargo se encontraba la embajada norteamericana en Berlín, mandó un telegrama[15] en el que decía que un número indeterminado de submarinos había salido de Kiel, con suficiente carburante y provisiones para pasar tres meses sin tocar tierra. Se trataba de un indicio definitivo y, sin embargo, las dudas de Wilson persistían. El 22 de noviembre, el canciller llamó a Grew y, al parecer, le rogó que Estados Unidos tomase alguna medida. El aspecto de Bethmann reflejaba cansancio y hastío: «Parecía que su espíritu se había derrumbado[16], su cara estaba sumamente arrugada y su actitud era de una tristeza indescriptible». Había motivos para ello. El 22 de noviembre fue el día en que Zimmermann reemplazó a Von Jagow, con lo que aumentó considerablemente el peligro para Estados Unidos, aunque nadie, en aquellos momentos, supo comprenderlo. Los norteamericanos interpretaron el nuevo nombramiento como un síntoma de liberalización y Wilson creyó que disponía de más tiempo. En respuesta a una solicitud por parte de Von Bernstorff, Wilson indicó que tomaría medidas encaminadas a conseguir la paz «tan pronto como fuese oportuno[17]», a lo que el embajador alemán contestó que la paz estaba sobre el suelo[18], en espera de que se la recogiese. Esto no reflejaba sino el deseo del diplomático alemán y no causó mayor efecto en Wilson que cualquier otra forma de persuasión.

La verdad era que Wilson tenía miedo de ponerse a prueba y, dispuesto a no fracasar, esperaba que alguno de los aliados ofreciese alguna muestra de su predisposición. La espera tuvo lugar en vano. Los únicos síntomas que

aparecían indicaban un mayor endurecimiento y una actitud más intransigente. Lloyd George había declarado ya en septiembre[19] que Gran Bretaña no toleraría la intervención de países neutrales y que lucharía hasta lograr destruir el despotismo militar prusiano sin posibilidad de recuperación. Incluso el propio Briand[20] había denunciado la idea de la paz por vía de la negociación, que calificaba de un «ultraje» para la memoria de los héroes caídos en Francia. Después de las elecciones, lord Northcliffe[21], desde su sede en Fleet Street, proclamaba que «cualquier sugerencia de que Gran Bretaña considerase firmar la paz debe interpretarse con hostilidad… No habrá negociaciones de paz mientras Alemania ocupe cualquier porción del territorio aliado».

En realidad, la posición de los aliados era demasiado precaria para entablar negociaciones. Su estrategia en el frente occidental había fracasado rotundamente. Miles de vidas habían sido sacrificadas en el Somme, mientras que a lo largo de tres meses de lluvias otoñales, que no habían tenido en cuenta en la elaboración de su estrategia, el general Haig daba la orden de ataque a unas tropas hundidas en el barro y dispersadas por las bombas enemigas. A finales de noviembre, la ofensiva se dio por terminada después de haber conseguido avanzar unos once kilómetros y haber perdido en total un millón de vidas. En enero de 1916, la expedición de los Dardanelos había fracasado; en diciembre, Rumania, último país en unirse a los aliados, capituló; el gobierno del zar comenzaba a desintegrarse y circulaban rumores de que Rusia estaba dispuesta a firmar la paz independientemente. El 5 de diciembre, el endeble gobierno de Asquith cedió el paso al gobierno encabezado por el militante Lloyd George, que estaba tan dispuesto a negociar como a capitular.

Los hechos le hubieran parecido obvios a cualquiera menos a Wilson, cuyo armazón unidireccional que le rodeaba era totalmente impenetrable. Sus dos objetivos eran la neutralidad norteamericana y la paz por vía de la negociación en Europa, sin permitir que ninguna realidad le separase de ellos. Incluso había dejado de leer las largas e informativas cartas que el embajador Page le escribía todas las semanas desde Londres, centro neurálgico de la guerra, porque consideraba que Page era demasiado partidario de los aliados. A pesar de que Wilson y el káiser eran totalmente diferentes, tenían una característica común que consistía en no querer escuchar ninguna opinión que no les apeteciese. A Wilhelm le atemorizaban opiniones contrarias a la suya, pero a Wilson le parecían simplemente una pérdida de tiempo. En su obsesión por salvar Europa, olvidaba los deseos de los europeos. De la misma forma en

que estaba resuelto a implantar una democracia en México, tanto si los mexicanos estaban dispuestos a ello como si no lo estaban, pretendía negociar la paz en Europa, sin preocuparse de los deseos de los europeos y sin darse cuenta de que su actitud les parecía sumamente condescendiente[22]. No era capaz de comprender que después de dos años y medio de lucha, los combatientes no querían aceptar ningún tipo de compromiso. Se negaba a reconocer que tanto un bando como el otro querían obtener resultados tangibles que justificasen los sacrificios realizados y que todos tenían objetivos concretos, tales como Alsacia y Lorena, que eran permanentemente irreconciliables.

Wilson sólo comprendía que aumentaba la violencia. Los turcos mataban a los armenios con tal crueldad que, si se narraran los hechos, según el embajador norteamericano, «hombres y mujeres llorarían de pena[23]». Polonia, asolada por el ejército de ocupación, se había convertido en un desierto poblado de esqueletos cubiertos de nieve, sin una cabeza de ganado, ni madera para encender fuego. Los belgas eran transportados a Alemania, como rebaños, para ser utilizados como esclavos. La posición de los combatientes, después de la batalla del Somme, era tan difícil como lo era antes y la posibilidad de una solución igualmente remota. Wilson veía el mundo atrapado por matanzas inauditas que continuarían a no ser que alguien imparcial (como él) interviniese. La ética de la contienda no le interesaba y, en aquellos momentos, aseguraba que no la comprendía. Reconocía que el triunfo del militarismo alemán «cambiaría el curso de la civilización y convertiría a Estados Unidos en una nación militarista[24]», pero creía que el modo de evitar tal desastre no consistía en unirse a los aliados sino en parar la guerra. Se creía obligado a permanecer, o por lo menos a actuar, de forma imparcial, con el fin de que ambos bandos estuviesen dispuestos a escucharle. Estaba convencido de que la única paz duradera sería la que se consiguiese por el camino de la negociación, ya que la paz impuesta a un perdedor «sería aceptada con humillación, en forma coaccionada, a costa de un sacrificio intolerable y se apoyaría sobre un dolor, resentimiento, así como amargura, que la convertirían en algo sumamente frágil».

«Sólo una paz igualitaria puede ser duradera, una paz sin victoria», aseguraba con la sabiduría que le había convertido en un gran hombre; si bien en este caso, su sabiduría había perdido contacto con la realidad. Los combatientes no estaban dispuestos a escucharle: muertos de frío en las trincheras cubiertas de sangre y barro y malolientes, se sentían agraviados por los consejos de un individuo que vivía en una lejana mansión blanca, que se

autocalificaba de demasiado orgulloso para combatir. Wilson creía que el camino que él imaginaba era el mejor, pero los europeos no estaban dispuestos a seguirlo. Si todo el mundo hubiese sido una escuela y Wilson su director, habría sido el mejor estadista de la historia, pero los gobiernos del mundo y sus súbditos no eran colegiales dispuestos a obedecerle. Había en el mundo hombres con voluntades propias que no querían, ni podían, comportarse de la forma en que Wilson les indicaba. Wilson era un visionario que nunca conseguía lo que se proponía. En los pocos años que le quedaban, se convertiría en el símbolo mundial de la esperanza y del fracaso. Era el tipo de persona que elabora las metas de la humanidad, pero que se encuentra en la situación imposible de intentar funcionar en calidad de visionario y ejecutivo al mismo tiempo. A pesar de ocupar un alto puesto en la política, no reconocía que su profesión no era sino el arte de lo posible. Se mantenía fiel al principio de «querer es poder», si bien, en su caso, sus objetivos estaban fuera de su alcance.

El 9 de diciembre, un mes después de las elecciones, mientras Wilson seguía sumido en sus dudas, Von Bernstorff recibió un aviso de su Ministerio de Asuntos Exteriores, en el que le comunicaban que «no podían esperar ya más tiempo[25]». El embajador alemán intentó dar a conocer la urgencia de aquel mensaje al presidente, pero no tuvo mucho éxito, ya que Wilson le consideraba impreciso, falso[26], astuto y desidioso[27]. House, por otra parte, creía que Von Bernstorff era el único diplomático en Washington con un sentido correcto de las proporciones[28]. Lansing le odiaba[29]; creía que Von Bernstorff era el autor de ciertos rumores que sobre él habían publicado los periódicos y que estaban encaminados a obligarle a que dimitiese de su cargo. Los círculos diplomáticos de Washington, en general, no se caracterizaban por la admiración mutua de sus componentes. Jusserand, erudito y refinado embajador francés, era considerado un personaje circunspecto, debido a su asociación íntima con el club de tenis de Theodore Roosevelt. A Bakmetieff, embajador ruso, se le consideraba retrógrado en primer grado[30] y altamente perturbado, mientras que a Spring-Rice, de Gran Bretaña, se le creía excesivamente sensitivo y emocional para su trabajo[31]. Wilson no prestaba atención alguna a ninguno de ellos, como tampoco lo hacía con sus propios embajadores. Prefería que su información procediese del coronel House, quien, desgraciadamente, no siempre estaba al corriente de cuanto ocurría.

Von Bernstorff no lograba apresurar a Wilson ni convencer a su gobierno para ganar más tiempo. Con la dimisión de Von Jagow y el rápido deterioro de la autoridad de Bethmann, la influencia del embajador alemán había

disminuido considerablemente. Para empeorar todavía más su reputación, salió a la luz pública, en aquellos momentos, la famosa fotografía indiscreta[32].

Mientras Von Bernstorff pasaba un fin de semana en los Adirondacks, en casa de una dama que frecuentemente le invitaba, fue fotografiado en bañador abrazando a dos damas que vestían el mismo atuendo. Uno de los invitados consiguió una copia de la fotografía y, una semana más tarde, la mostró en una fiesta, en Long Island, donde estaba presente un agente británico. Después de la cena, el agente percibió que alguien colocaba la mencionada fotografía furtivamente en su mano. El agente comprendió la insinuación y la mandó a Nueva York, donde se obtuvo una copia, antes de devolver el original durante la madrugada del día siguiente. Al poco tiempo, el conde Bakmetieff, embajador ruso, recibió una copia ampliada de la fotografía en cuestión, que le encantó y, después de enmarcarla, la colocó en su despacho, donde todos los miembros del cuerpo diplomático en Washington pudieron observarla, hasta que llegó a manos de los periódicos.

Este episodio contribuyó a disminuir todavía más la influencia de Bernstorff en su país, en un momento clave. El káiser, que encontró divertida la actuación del jefe del gabinete militar, general Von Hülsen-Haeseler[33], cuando danzó vestido de bailarina, con una falda de tul y una guirnalda rosada[*], se sintió sumamente ofendido por la falta de delicadeza y decoro de Von Bernstorff. Los partidarios de los submarinos, que ya le odiaban debido a los esfuerzos que realizaba para impedirles el uso de su arma predilecta, aprovecharon esta oportunidad para demostrar que no se puede confiar en la opinión política de un individuo que se dedique a tales galanterías.

A pesar de que los dirigentes alemanes se sentían satisfechos de haber superado la opinión de Von Bernstorff, no estaban dispuestos todavía a lanzar su campaña submarina, sin antes demostrarle al pueblo alemán —y al mundo en general— que no les quedaba otra alternativa. No les interesaba escuchar las esperadas promesas de paz del presidente Wilson, que, en su opinión, no era sino una estrategia para ayudar a los aliados[34]. Estaban plenamente convencidos de que cualquier tratado de paz que el presidente norteamericano fuese capaz de organizar no les interesaría. La única paz que los aliados estaban dispuestos a aceptar, basada en la renuncia e indemnización por parte de los alemanes, representaría la muerte de los Hohenzollern y de la clase dominante. La conquista era esencial para su supervivencia: debían lograr que fuese otro quien pagase las consecuencias de la guerra o declararse en quiebra. Una paz basada en un compromiso, una paz que no aportara ninguna

grandeza a Alemania requeriría impuestos sumamente elevados con el fin de compensar las enormes pérdidas de una guerra que habría demostrado ser infructuosa. Significaría la revolución[35]. «El pueblo alemán no quiere una paz basada en la renuncia», proclamó Ludendorff[36] cuando los austríacos reclamaban la paz, y añadió: «No quiero acabar apedreado. Nuestra dinastía no sobreviviría a este tipo de paz». Cuanto más duraba la guerra, más claro estaba para la corte, los propietarios, los aristócratas terratenientes, los industriales y los militares que sólo en el caso de que hubiese ganancias al final de la guerra, lograrían sobrevivir y mantenerse en el poder. Wilson habría comprendido este principio perfectamente si se hubiese preocupado menos de sus objetivos y hubiese mostrado mayor interés en la naturaleza del régimen con el que trataba. Zimmermann, en una de sus conversaciones con el coronel House[37], dijo muy claramente que si en algún momento se iniciaban conversaciones de paz «basadas en condiciones factibles», esto representaría el derrocamiento del gobierno y del propio káiser. A los dirigentes alemanes no les interesaba este tipo de paz, que ellos denominaban la paz americana. Lo único que esperaban de Wilson era que obligase a los aliados a interrumpir la lucha, pero no que actuase como intermediario. Con el doble fin de convencer a la opinión mundial y de deshacerse de Wilson en su calidad de intermediario[38], los alemanes prepararon su propio golpe dramático.

Se convocó una sesión plenaria del gobierno para el 12 de diciembre, sin que nadie supiese su objetivo. Berlín se llenó de especulaciones. Cuando llegó el día 12, todos los diplomáticos neutrales fueron convocados en el despacho del canciller, donde se les recibió individualmente. Mientras Grew, que seguía al cargo de la embajada norteamericana en ausencia de Gerard, esperaba en la antesala, el embajador suizo, que había sido recibido con anterioridad, susurró: «*¡Friedens Antrag!*[39]», (oferta de paz) y el embajador danés, que le seguía, añadió: «Si fracasa, vigilen nuestros barcos».

En aquellos mismos momentos, Zimmermann mantenía una conferencia de prensa extraoficial[40], donde declaraba, en un humor excelente, que Alemania se consideraba amenazada por la estrategia pacifista de Wilson y que tomaría las medidas oportunas para que «aquel individuo no metiera las manos en el pastel».

La sorprendente noticia de que las potencias del eje propusiesen la paz, perdió en gran parte su impacto por el hecho de que hubieran olvidado mencionar las condiciones. La oferta estaba ideada, naturalmente, para ser rechazada, como lo indicaba inequívocamente su terminología. En la

alocución introductoria hablaba del «poder invencible» de Alemania y en su conclusión se especificaba la amenaza de que en el caso de rechazar la propuesta, Alemania lucharía hasta conseguir la victoria, «declinando solemnemente toda responsabilidad ante la humanidad y la historia». Cuando el káiser explicó la oferta a sus tropas, añadió con delicadeza que estaba dispuesto a negociar con el enemigo «con el convencimiento de que somos los vencedores absolutos[41]». No pudo impedir que la arrogancia alemana se filtrase a través de su manto pacifista.

Como era de esperar, los aliados ridiculizaron la oferta. Wilson, sumamente indignado, no sabía cómo interpretar la iniciativa alemana, pero comprendió que la espera había llegado a su fin; si todavía intentaba hacer alguna propuesta de paz, debía hacerlo en aquel momento u olvidarlo para siempre.

El 18 de diciembre, una semana antes de Navidad, autodenominándose «amigo de todas las naciones involucradas en la lucha social», solicitó de todas ellas una declaración de sus objetivos bélicos que pudiese ser utilizada para establecer algún acuerdo que condujese finalmente a la paz, garantizada por «una organización inteligente de los intereses comunes de la humanidad». Aquel documento era realmente una personificación del propio Wilson: sinceridad elocuente, lógica incontrovertible y mal recibido por todos a quienes estaba dirigido. Una frase del documento, en la que decía que los objetivos de ambos bandos eran «prácticamente idénticos», logró hacer llorar al rey Jorge de Inglaterra[42] y Clemenceau comentó que el objetivo francés era la victoria.

De todos modos, la propuesta se había materializado finalmente. La primera respuesta llegó de Alemania en forma de rechazo, a pesar de lo cual, Wilson quiso esperar hasta conocer las respuestas de los aliados. Admitía la posibilidad de que ellos también la rechazasen, pero era posible que ofreciesen un mínimo de esperanzas, que podrían, tal vez, ser utilizadas como base de negociación. Ningún miembro de cualquier otro gobierno albergaba la más mínima esperanza de que los países combatientes llegasen a cualquier tipo de acuerdo. Von Bernstorff era el único que todavía lo intentaba. Su optimismo había desaparecido, pero todavía creía en la posibilidad de evitar el suicidio de su país. El diplomático alemán compartía la opinión de Wilson de que lo importante era que las conversaciones con Berlín continuasen, ya que entretanto se evitaba la campaña submarina. Con este fin, el embajador y el presidente utilizaron un canal que se convirtió en una trampa bélica. Su ingeniero fue el coronel House.

Durante la mañana del 27 de diciembre de 1916, Von Bernstorff visitó al coronel House[43] para discutir una nueva oferta del presidente: si Alemania estaba dispuesta a presentarle confidencialmente sus condiciones básicas, el presidente se limitaría a reunir a los combatientes, sin su participación personal, que sólo tendría lugar en la última etapa de las negociaciones, para organizar la Liga de las Naciones. House había discutido la idea aquella misma mañana con el presidente por teléfono. A Von Bernstorff le entusiasmó la idea, pero le dijo al coronel House que su gobierno seguramente no estaría dispuesto a poner un documento confidencial en manos del departamento de Estado, debido a que el riesgo de divulgación era demasiado elevado. Ésta era la forma en que Von Bernstorff manifestaba que no quería que Lansing interviniese, ya que no simpatizaba con el plan presidencial. Si fuese posible organizar algún canal que permitiese a su gobierno comunicarse directamente con Wilson, a través de House, aumentarían considerablemente las posibilidades de una discusión sincera. House estaba de acuerdo. En realidad, al igual que Lansing, no confiaba en el plan que menospreciaba a los aliados, pero por otra parte, tal como dijo a Wilson, «cuanto más hablasen con los alemanes, menor era el riesgo de que desencadenasen su campaña submarina[44]».

El método que House pensaba poner a disposición de Von Bernstorff había sido utilizado ya anteriormente con la autorización del presidente. Según lo que decidiese el presidente, dijo House al embajador, le comunicaría si el plan podría seguir adelante. Al día siguiente, 28 de diciembre, cuando el presidente cumplía sesenta años, House recibió un mensaje de Wilson, en clave, y le comunicó a Von Bernstorff que la respuesta era afirmativa[45].

Lo que House había organizado y el presidente autorizado, era un permiso para que el gobierno alemán transmitiese mensajes, en su propia clave, entre Von Bernstorff y Berlín, utilizando el cable del departamento de Estado[46]. Se trataba de una versión norteamericana del «tiovivo sueco» que tenía la ventaja de ser más rápido, ya que el sistema sueco tardaba una semana entre el momento en que se transmitía un mensaje y el momento en que se recibía una respuesta. Según las costumbres de los países neutrales, cualquier mensaje de un país combatiente debía ser presentado sin cifras, para ser transmitido en la clave norteamericana. Lo que hizo House, con el consentimiento de su presidente, fue comprometer a Estados Unidos a algo sumamente irregular (por no llamarlo «estúpido»), que consistía en transmitir mensajes de un país beligerante en una clave que ellos no eran capaces de descifrar.

Lansing, que tuvo que enterarse ya que su departamento actuaba como oficina de correos, se indignó profundamente[47] hasta el extremo de rebelarse, y en cada ocasión en que se utilizó el método en cuestión, tuvo que intervenir personalmente el presidente, guiado por la rectitud de sus fines y la negligencia de sus métodos, para obligarle a obedecer. A Wilson parecían preocuparle menos las obligaciones de los neutrales que sus derechos. Creía que su violación de las obligaciones neutrales estaba perfectamente justificada por su deseo de acabar con la guerra y dada la nobleza de sus objetivos, no imaginó que los alemanes pudiesen hacer un uso innoble del canal de comunicación que les había facilitado. Las objeciones de Lansing, que se basaban en que el procedimiento era antineutral, le parecían triviales y legalísticas, ya que confiaba en la palabra de Von Bernstorff, que le aseguraba que los mensajes transmitidos hacían referencia exclusivamente a condiciones de paz. Wilson, que compartía la opinión general con relación a Zimmermann, nuevo jefe de Von Bernstorff —sumamente liberal, honesto y amigo de Norteamérica—, confiaba en que el nuevo ministro, en sus respuestas, se ajustaría al compromiso contraído por el embajador. El coronel House consolidaba dicha opinión cuando le aseguraba que el gobierno alemán estaba, en aquellos momentos, completamente en manos de los liberales[48]. Equivocarse es, indudablemente, un privilegio humano, pero cometer errores tan graves fue sumamente peligroso.

House había concebido aquel método en septiembre de 1914. Con la intención de allanar el terreno para unas posibles negociaciones, House había invitado a los embajadores de Alemania y de Inglaterra —Von Bernstorff y Spring-Rice— a una cena íntima, en su casa, durante el transcurso de la cual y sin permiso de su gobierno —como consta en su agenda— le aseguró a Von Bernstorff que si las conversaciones fructificaban, «sería factible obtener el permiso de su gobierno[49] para que el embajador pudiese comunicarse directamente con Berlín». Las conversaciones en cuestión no condujeron a nada, ya que Spring-Rice se negó a entrevistarse con Von Bernstorff; sin embargo, la oferta mostraba una característica típica del coronel que creía en su capacidad de manipular la historia con su mera intervención personal, House era adepto a las conversaciones secretas con personalidades del mundo diplomático. En dos ocasiones antes de la guerra, había viajado por las capitales europeas con propuestas de desarme e intentando calmar la tensión existente entre las diversas potencias. Los siglos de rivalidades, la saturación de incidentes, las antiguas querellas que habían constituido las bases de las guerras de los Balcanes, las crisis marroquíes, el paneslavismo, la expansión

naval, los pactos de amistad, el equilibrio del poder, las dobles alianzas, así como las triples *ententes*, la mano negra de Serbia, o el confuso estado legal de Alsacia y Lorena, simbolizado en la plaza de la Concorde, eran hechos que House creía que podían olvidarse fácilmente charlando ante un buen vaso de vino. A pesar de que se le suponía una gran astucia y mundología, que compensaban el idealismo de Wilson, era, si cabe, todavía menos realista que su presidente en lo que se refería a Europa. El 3 de julio de 1914, una semana después del asesinato de Sarajevo, House escribió una carta a Wilson, desde Europa, en la que le relataba sus esperanzadoras charlas con los soberanos europeos y que concluía con las siguientes palabras: «Como puede usted observar, todo avanza con la corrección y rapidez que esperábamos[50]».

Tales errores de juicio parecían no perturbarle. Su vida parecía desenvolverse en una nube etérea, que le permitía sentirse tan a gusto compartiendo un almuerzo con el káiser —en la sala que Gerard denominaba «el local más feo del mundo»—,[51] como cenando con el rey Jorge de Inglaterra, o compartiendo una velada íntima con *sir* Edward Grey, pero siempre sin dejar de ponerse en contacto, a diario, personalmente con el hombre más importante del mundo, a quien él denominaba «querido gobernador», en un tono afectivo que mostraba su familiaridad, propia de alguien que le conocía con anterioridad a los días de Baltimore. Tanto su aspecto, su forma de actuar, como sus deseos, encajaban en el prototipo de la eminencia gris que él, en cierto modo, personificaba. Confundía la confraternización con los dirigentes con la influencia que pudiese ejercer sobre los mismos, influencia que, en general, solía sobrevalorar. Suponía que *sir* Edward Grey, por el hecho de pasar horas con él en privado, se hacía automáticamente portavoz de sus opiniones ante su ministro, sin llegar a comprender nunca que aquello no era más que un juego para ganar tiempo. La razón que indujo al presidente a prestarle tanta atención y a confiar en sus ingenuos planes maquiavélicos durante tanto tiempo no deja de ser un enigma. Sin embargo, la soledad del poder crea la necesidad de un amigo confidencial y House era la persona idónea, que le aseguraba a Wilson que era capaz de llevar a cabo «las tareas de mayor importancia que pudiesen preverse en el mundo[52]», ya que «Dios le había dotado (a Wilson) del poder que le permitía ver las cosas tal como son[53]». También le decía que de todos sus discursos se desprendían verdades esenciales y consejos para la humanidad que él, en su calidad de emisario confidencial, transmitiría a los círculos extraoficiales con los que el presidente no podía o no deseaba establecer contacto.

A nivel superficial, parecía que Wilson, que se ocupaba de cuestiones de principios pero le molestaban los detalles, estaba perfectamente complementado por un individuo como House, a quien le encantaba la minuciosidad. Sin embargo, esto no era enteramente cierto. Mientras que Wilson sentía desprecio por los hombres, House no respetaba los principios. Se sumergió tan profundamente en su juego de marionetas, en el que utilizaba a un personaje contra otro y procuraba mantener un equilibrio global, que el medio se convirtió en un fin. La meta de la negociación se perdió en el proceso[*][54].

El hecho de que House facilitase a los alemanes el uso del cable del departamento de Estado fue motivado por su tendencia a la diplomacia personal. Cuando se encontraba en Europa en 1915, organizó un sistema que le permitía recibir mensajes en clave dirigidos personalmente a él, a través de las embajadas, sin que pasasen por las manos del departamento de Estado[55]. Este tipo de organización, que había comenzado por cuenta propia, sólo tuvo que ser ampliado cuando llegó el momento de ponerlo en manos de Von Bernstorff. El embajador alemán comenzó a disfrutar de dicho privilegio en el verano de 1915, durante la crisis del *Lusitania*, cuando existía un peligro inminente de que estallase la guerra entre Alemania y Estados Unidos. Según la versión que aparece en las memorias de Von Bernstorff, a partir de aquel momento, el gobierno norteamericano le permitió transmitir mensajes en su propia clave a su gobierno de Berlín, a través del departamento de Estado y de la embajada norteamericana, aunque cabe la posibilidad de que esto sea una exageración y que lo que ocurrió en realidad fue que existía un convenio que le permitía transmitir mensajes de forma intermitente.

El proceso inverso se realizaba también por canales norteamericanos. Los telegramas dirigidos a Von Bernstorff eran entregados por el Ministerio de Asuntos Exteriores a la embajada norteamericana, que, sin conocer su contenido, los transmitía al departamento de Estado que, de mala gana, los entregaba a Von Bernstorff. Grew mencionó un largo telegrama transmitido por ellos[56], en clave, dos meses antes de la oferta de paz, y Bethmann-Hollweg, en una declaración hecha después de la guerra[57], confirmó que el gobierno norteamericano les permitió utilizar su embajada para transmitir mensajes en clave. Zimmermann añadió, en la misma ocasión[58], que utilizaron aquel canal privilegiado en contadas ocasiones, con el fin de no despertar las sospechas de los ingleses. Esta precaución era superflua, ya que los ingleses, cuando descubrieron mensajes en clave alemana transmitidos por el cable norteamericano, fijaron, naturalmente, su atención en dicho

fenómeno con suma fascinación. A pesar de que los ingleses hubiesen podido denunciar aquella violación de la neutralidad, prefirieron no hacerlo y aprovechar aquella oportunidad para obtener información enemiga.

Con anterioridad a diciembre de 1916, la agenda del coronel House no hace mención alguna al procedimiento en cuestión. Todas las noches, pensando en la posteridad, dictaba a su secretaria los acontecimientos de la jornada; corregía su copia y se la entregaba de nuevo para pasarla a máquina. La omisión del privilegio otorgado a los alemanes no podía ser accidental. Pero no contaba con la existencia de otro escritor que se preocupaba igualmente por la posteridad. Todos los días, en Washington, Lansing tomaba notas minuciosas en su agenda[59] que siempre guardaba sobre su escritorio, para lo que aprovechaba todos los momentos en que se encontraba solo. En dos ocasiones durante 1916, la primera en enero y la segunda en mayo, aparece la anotación: «W. W. S. (iniciales del empleado encargado de las claves) con mensaje en clave para el embajador alemán» y en la segunda ocasión, añadió su toque de rebeldía: «Le ordené que se negase a entregarlo». Estas anotaciones traicionan el cuidadoso silencio de House.

Con afán de mostrar su desaprobación, House dejó constancia, en una ocasión, de una anécdota que circulaba por Washington:

—¿Sabe usted cómo se deletrea la palabra Lansing?

—No. ¿Cómo?

—H-O-U-S-E.

Con sus metódicas anotaciones de las iniciales W. W. S., Lansing se vengó inconscientemente.

En aquellos momentos, sin embargo, House mantuvo el poder y la anécdota reflejaba, en efecto, un cierto grado de realidad. Durante aquellos últimos momentos de los esfuerzos encaminados a conseguir la paz, cuando el año más sangriento de la historia tocaba a su fin, cuando nadie podía prever lo que ocurriría al día siguiente, House insistió en que los alemanes utilizasen, sin censura alguna, el cable telegráfico norteamericano. Cada vez que se recibía un mensaje; la frustración de Lansing era tal que el coronel llegó a estar sumamente exacerbado. El 30 de diciembre, Von Bernstorff le comunicó a House que Lansing se había negado a transmitir su mensaje codificado. Unos días más tarde, Lansing se negó de nuevo, y Von Bernstorff comentó que era imposible llevar a cabo los planes pacifistas del presidente si no se contaba con la cooperación del departamento de Estado[60]. El embajador alemán afirmaba que Lansing se negaba a aceptar sus mensajes a no ser que fuesen acompañados de instrucciones del propio presidente. Lansing no tenía

ni la más ligera idea del contenido de aquellos mensajes, pero se negaba a cooperar porque creía que el deber de Norteamérica era unirse a los aliados y luchar por la democracia contra la autocracia, en lugar de conseguir una paz que permitiría la continuidad del imperio alemán.

El 12 de enero Wilson recibió la respuesta de los aliados, en la que rechazaban rotundamente cualquier posibilidad de entablar algún compromiso con el enemigo. Especificaban sus objetivos y reafirmaban su posición con relación a los mismos, así como su intención de luchar hasta conseguir una victoria incondicional. No había ni una sola frase, ni una sola palabra, con la suficiente ambivalencia para entablar negociaciones. A Wilson, el hecho de que rechazasen su intervención le afectó tanto como un suspiro humano habría afectado al Olimpo. Se limitó a ignorarlo. Cómo lo consiguió es algo que nunca sabremos. Tal vez creyó que no le quedaba otra alternativa que probarlo de nuevo. Continuó las conversaciones con Von Bernstorff, pero en esta ocasión, Lansing, cuando recibió un mensaje que le pareció excesivamente voluminoso, se negó nuevamente a transmitirlo y requirió que se le explicase si seguía habiendo alguna razón para permitir que las transmisiones continuasen. William Phillips, cuya desagradable misión consistía en actuar como intermediario, telefoneó a House[61] para preguntarle lo que debía hacer y el coronel le contestó que el gobierno alemán mantenía comunicaciones con el presidente, extraoficialmente a través de él[62], con la autorización del propio presidente. No cabía la menor duda de que el mensaje debía ser transmitido, dijo House, a lo que podía haber añadido «aunque caigan los cielos», ya que estaban a punto de hacerlo.

Durante algunos días más, el presidente con su obstinación y Von Bernstorff ya bastante desesperanzado, continuaron hablando de la posibilidad de conseguir la paz. Continuaban los mensajes, así como la frustración de Lansing y las llamadas telefónicas de Phillips a House. Para House, había pasado a tener un mayor interés lograr que la línea de comunicación que había establecido permaneciese abierta, que alcanzar el fin para el cual se había establecido. En el fondo no simpatizaba realmente con los planes pacifistas del presidente, pero estaba tan acostumbrado a decirle a Wilson lo que deseaba oír, que todavía repetía: «Si logramos atraer a Alemania a la mesa de conferencias y demorar su campaña submarina, habremos avanzado bastante[63]». Cuando House escribía estas palabras, era ya demasiado tarde, pero él ignoraba lo que ocurría en Alemania. Estaba tan ensimismado en su juego con los alemanes, que no consideró en ningún

momento que los alemanes pudiesen estar utilizándolo a él para motivos bélicos.

No fue House, sino Lansing, quien finalmente logró introducir algunas dudas en la mente del presidente. Enojado después de haber recibido otra llamada de Phillips en la que le decía que Lansing se había negado una vez más a transmitir un telegrama de Von Bernstorff, House sugirió que Lansing hablase personalmente con el presidente[64], con el fin de aclarar la situación de una vez por todas. Lansing fue inmediatamente a la Casa Blanca y su profunda desconfianza debió acarrear cierta persuasión, ya que al día siguiente, 24 de enero, House recibió una comunicación escrita del presidente en la que le decía que, si era necesario que el departamento de Estado transmitiese los mensajes de Bernstorff, «debemos tener la seguridad de que forman parte de esta causa (paz) y en cada ocasión debemos recibir una confirmación oficial de que no hay nada en sus mensajes, cuya transmisión represente una violación de nuestra neutralidad[65]».

En el momento en que el presidente comenzó a tener dudas, sus sospechas se fijaron en la persona que no correspondía. Ni él, ni nadie, exigió en ningún momento seguridad alguna con relación a los telegramas dirigidos a Von Bernstorff. Wilson suponía que las intenciones del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán eran honestas, lo que, dada la probabilidad inminente de que estallase una guerra entre Alemania y Estados Unidos, era una gran imprudencia. En enero, Wilson aseguró a House que no habría guerra[66]; que Estados Unidos no participaría en ninguna acción bélica, ya que esto constituiría un crimen contra la civilización. Por otra parte, no quedaría ningún país, en su opinión, con suficiente influencia para organizar la paz.

9

SE EXPIDE EL TELEGRAMA

El 9 de enero de 1917, en el castillo de Pless, junto a la frontera polaca, donde el cuartel general alemán ocupaba trescientas salas atendidas por criados uniformados, se convocó una reunión sumamente trascendental; no con el fin de tomar una decisión, sino de ratificar una que ya estaba tomada. Con un mes de anterioridad, el alto mando militar había decidido lanzar su campaña submarina, aunque esto representase que los norteamericanos les declarasen la guerra. Según sus cálculos, preveían que con la ayuda de los sumergibles, conseguirían la victoria en un plazo de seis meses[1] y que dicho período sería insuficiente para que los norteamericanos reclutasen, organizasen, entrenasen y transportasen un ejército. El ministro de la Marina, almirante Von Chapelle, lo expresó de la siguiente forma: «Desde el punto de vista militar, la contribución que Estados Unidos pueda aportar a la guerra es intrascendental[2]». El hecho de que el estímulo moral que la entrada de Norteamérica en la guerra podía exhortar a los aliados a resistir el tiempo suficiente como para perturbar los planes alemanes era algo que todos sabían pero nadie mencionaba.

El general de división Von Hindenburg, a pesar de que no estaba muy seguro de que la decisión fuese correcta, se dejó persuadir por su maquiavélico colega, general Ludendorff. Ambos lograron convencer al káiser que, a pesar de sus dudas, no se atrevió a oponerse a la voluntad férrea de sus oficiales. El único a quien no habían convencido todavía era al canciller imperial que, en aquellos momentos, se dirigía a Pless. El general de división, el general de brigada y el jefe de Estado Mayor, almirante Von Holtzendorff, discutían lúgubremente sus planes durante la espera, mientras un coronel de Estado Mayor tomaba notas sentado en un rincón de la sala:

HOLTZENDORFF: El canciller estará aquí mañana.
HINDENBURG: ¿Qué le preocupa en estos momentos?

HOLTZENDORFF: Quiere controlar la presentación diplomática de la noticia con el fin de evitar la intervención de Estados Unidos… Al Ministerio de Asuntos Exteriores le preocupa la reacción de Sudamérica y sus relaciones con nuestro país después de la guerra.

HINDENBURG: Primero, debemos conquistar…

HOLTZENDORFF: Hoy, más adelante, le leeré mi informe a Su Majestad, que esta mañana todavía no comprendía realmente la situación.

HINDENBURG: Eso es cierto.

HOLTZENDORFF: ¿Qué haremos en el caso de que el canciller no se una a nosotros?

HINDENBURG: Eso es precisamente lo que me preocupa.

HOLTZENDORFF: En este caso, usted debe reemplazarle.

HINDENBURG: No, de ninguna manera. Eso no puedo hacerlo. No lo haré. No soy capaz de hablar en el Parlamento. Me niego.

LUDENDORFF: Creo que no debemos persuadir al general.

HINDENBURG: Bueno, en todo caso, nos mantendremos unidos. Debemos hacerlo. Contamos con la probabilidad de una guerra con Estados Unidos y estamos preparados para ello. La situación no puede empeorar. Debemos concluir la guerra cuanto antes y por los medios que sean necesarios.

HOLTZENDORFF: Su Majestad no comprende la situación.

LUDENDORFF: En absoluto.

HOLTZENDORFF: El pueblo y el ejército exigen que se dé rienda suelta a los submarinos.

LUDENDORFF: Naturalmente.

HOLTZENDORFF: El secretario de Estado Helfferich me dijo que nuestro plan nos conduciría a la ruina y yo le dije que era él quien nos conducía al fracaso.

HINDENBURG: Eso es cierto[3].

Con este jovial estado de ánimo, se reunieron nuevamente al día siguiente en presencia de Su Majestad y con la asistencia del triunvirato[4] conocido con el nombre de «cabeza de la hidra», constituido por Von Valentini, el barón Von Lynckner y el almirante Von Müller, jefes de los gabinetes civil, militar y naval respectivamente. La función del trío consistía en mantener el buen humor del jefe supremo de la guerra. En esta ocasión, no tuvieron mucho éxito, ya que Su Majestad estaba pálido[5], irritable y excitado. El propio almirante Von Müller estaba «melancólico como un búho», y Van Valentini, que debía ser el portavoz, sumamente triste.

Mientras el coche del canciller se desplazaba hacia el castillo de Pless, por una avenida adornada con árboles deshojados, Bethmann-Hollweg, acurrucado en su interior, fumaba incesantemente. Los famosos parterres del castillo, que pretendían igualar a los mejores de Inglaterra, estaban cubiertos por la nieve, bajo un cielo borrascoso. El canciller entró en la gigantesca antesala, cuyas paredes estaban cubiertas de cabezas de jabalí sobre cuadros adamascados y, de mala gana, subió por la escalera de mármol que le condujo a la sala de conferencias, donde, en otra ocasión, cuando se utilizaba todavía como sala de banquetes, el káiser, al expresar sus preocupaciones ante la princesa Daisy, había derramado una lágrima.

El almirante Von Holtzendorff tomó la palabra y demostró sin lugar a dudas que, con una campaña bélica sin reservas, «durante la cual todo buque enemigo o neutral que se encontrase en la zona bélica sería hundido sin previo aviso[6]», sus submarinos lograrían destruir un total de seiscientas mil toneladas mensuales, con lo que obligarían a Inglaterra a capitular antes de la siguiente cosecha. Toda la información estaba sobre su mesa, recopilada en un documento de doscientas páginas, elaborado por el almirantazgo, con sus correspondientes planos que mostraban el volumen métrico de la carga que manejaban los puertos ingleses, diagramas que indicaban las tarifas de carga, espacio disponible, sistemas de racionamiento, cifras comparativas con la cosecha del año anterior, así como estadísticas sobre todo lo imaginable, desde el precio del queso y su contenido calórico utilizado por los ingleses para desayunar, hasta la cantidad de lana que se importaba para fabricar faldas. Con precisión matemática, el almirantazgo alemán había calculado el mes y casi el día, en que los ingleses se verían obligados a rendirse. El 1 de febrero era la fecha en que comenzaría la campaña submarina.

«Si no aprovechamos esta oportunidad, que en mi opinión es la última —concluía el almirante—, no preveo ninguna forma de concluir la guerra que nos ofrezca garantías de que en el futuro seremos la primera potencia mundial. Por otra parte, tengo la seguridad de que los submarinos nos conducirán a la victoria». El almirante miró a su alrededor y añadió: «Necesito tres semanas de preparación», con lo que dio por concluido su discurso. Faltaban exactamente tres semanas hasta el primero de febrero.

Bethmann, con el aspecto de un hombre acabado que es consciente de su derrota, se levantó y habló durante una hora. Se limitó a repetir lo que había dicho en numerosas ocasiones durante el año anterior: la entrada de Estados Unidos en la guerra aportaría un enorme apoyo moral a los enemigos de Alemania, además de ayuda económica ilimitada, que les permitiría recuperar su fe en la victoria y reforzar su espíritu de sufrimiento. Citó las opiniones de todos los diplomáticos alemanes que tenían un conocimiento directo de Estados Unidos, tales como Von Bernstorff, el doctor Albert, el consejero Haniel y el comandante Von Papen, que declaraban con enfática unanimidad que el poder bélico norteamericano lograría derrotar a los alemanes y que ninguno de los argumentos que se utilizaban en Alemania para menospreciarlo tenía validez alguna. Los norteamericanos de origen alemán no se levantarían, buques y tropas atravesarían el Atlántico, Estados Unidos apoyaría plenamente la guerra. Reiteró también su convicción, que ya nadie compartía, de que la oferta del presidente Wilson era sincera y debía ser

adoptada hasta sus últimas consecuencias, antes de tomar una decisión que imposibilitara toda oportunidad de negociar la paz y que, si no conducía a la victoria, aportaría una derrota inevitable.

El canciller hizo una pausa. Sabía que la decisión había sido tomada. El káiser, a quien le molestaba que alguien hablase durante más de diez minutos consecutivos, mostraba su impaciencia[7] y su reprobación con gestos y muecas. Había llegado el momento de la última alternativa para Bethmann: podía ceder ante una política que él creía totalmente descabellada, o mantenerse fiel a sus principios y presentar su dimisión. La decisión llegó con pasmosa lentitud. Reconoció que la cosecha no había sido muy buena para los aliados y también aceptó que la cantidad de submarinos de que disponían les ofrecía una probabilidad de éxito superior a la del verano anterior, cuando él se opuso a la idea. En forma global, consideraba que las perspectivas eran, tal vez, favorables, si bien, naturalmente, incomprobables. La situación había mejorado desde septiembre… Sin embargo, nadie podía tener una seguridad absoluta… Los submarinos eran «la última carta»… Una decisión sumamente grave. «Sin embargo, si las autoridades militares consideran esencial el uso de los submarinos ¿quién soy yo para contradecirles?». Por otra parte, Norteamérica…

El almirante Von Holtzendorff se puso de pie: «¡Le doy mi palabra de oficial de la marina que ningún norteamericano pondrá pie en Europa!». El general de división también se levantó y dijo: «Podemos ocuparnos de Norteamérica. Las condiciones para los submarinos no volverán a ser nunca tan favorables». Los tres oficiales, los tres ministros y el káiser miraban fijamente al canciller. Bethmann contempló, a través de la ventana, el lago cubierto por el hielo. Acarició su cabello canoso en la forma en que lo solía hacer cuando estaba nervioso y forzó las siguientes palabras: «Naturalmente, si se vislumbra el éxito, debemos seguir adelante».

La reunión se dio por concluida. El káiser firmó el documento que ya estaba preparado y que decía así: «Ordeno que la guerra submarina sin reservas se lleve adelante con el máximo dinamismo a partir del primero de febrero…»[8]. A continuación, seguido de la alta oficialidad, se dirigió a comer. Unos momentos más tarde, Von Reischach[9], funcionario de la corte desde la época del abuelo del káiser, entró en la sala y encontró a Bethmann desplomado sobre un sillón dorado, con el aspecto de un hombre totalmente destrozado. Le preguntó, con consternación, qué había ocurrido: «¿Hemos perdido una batalla?».

«No —respondió Bethmann—, pero *finis Germaniae*. Ésta ha sido la decisión[10]»,, y le contó lo que había ocurrido. Von Reischach le aconsejó que dimitiese, pero Bethmann hizo un ademán negativo y explicó que no era capaz de dimitir cuando Alemania atravesaba unos momentos tan difíciles, ya que esto sembraría el disentimiento en su país y daría a conocer al mundo que, en su opinión, los alemanes fracasarían. Envolvió la desnudez de su dignidad perdida con el manto del deber. Un oficial debe obedecer siempre las órdenes de sus superiores, aun cuando se opongan a su juicio personal y, como canciller, cumplió con su deber. A partir de aquel momento, Von Reischach dejó de creer en la victoria. Von Valentini, que estaba presente, subió al piso superior y escribió en su agenda la frase de Bethmann: *finis Germaniae*. El canciller regresó a Berlín para enfrentarse con su última humillación: conseguir que el Parlamento, ante cuyos miembros Bethmann era responsable de la conducta de la guerra, aprobase la decisión. Cuando el vicecanciller Helfferich se enteró de que en Pless se había jugado la última carta, comentó que si no ganaban[11], Alemania quedaría destrozada durante siglos. Helfferich también tenía problemas de conciencia y finalmente decidió depositar sus lealtades en el mismo campo que Bethmann. Ningún miembro civil del gobierno dimitió, lo que fue una demostración admirable de disciplina teutónica ante una dictadura militar.

Zimmermann estuvo muy ocupado durante las tres semanas de preparación. La noticia sobre la campaña submarina no sería hecha pública entre los países neutrales hasta el 31 de enero por la noche, es decir, el último momento antes de comenzar a lanzar torpedos. Entretanto, con el fin de evitar que los norteamericanos sospechasen lo que se avecinaba, debía mantenerles ocupados con las conversaciones de paz, mientras que, por otra parte, tomaba las medidas necesarias para estar preparado cuando entrasen en guerra. Diez días antes, había estado en Pless, donde se entrevistó con Hindenburg y Ludendorff —con quienes estableció muy buenas relaciones— para discutir las medidas preparatorias. En su calidad de experto en asuntos norteamericanos, les proporcionó razonamientos reconfortantes, según los cuales no tenían razón alguna para preocuparse por Estados Unidos. Ya no hablaba de la rebelión de los norteamericanos de origen alemán, sino de su nuevo argumento predilecto, que ofrecía magníficas posibilidades de discordia: México y Japón. Llegó a convertir lo que al principio no era sino un pasatiempo en un sistema de lógica desentrañable. Aseguraba que, a excepción de la costa oriental, la posición de Estados Unidos era contraria a la guerra. Wilson se oponía también a la guerra, había sido reelegido a raíz de

una campaña pacifista y contaba principalmente con el apoyo de los estados del oeste. No podía declarar la guerra sin el consentimiento del Congreso donde, según Zimmermann[12], los estados occidentales contaban con una mayoría de diputados. «Los estados del oeste —aseguraba el ministro alemán —, no nos declararán la guerra a causa de Japón». Zimmermann había hablado tanto del peligro amarillo, que había llegado a convencerse a sí mismo[13]. Había realizado esfuerzos muy considerables para inculcarle a Gerard el peligro de aquella amenaza y la necesidad de solidaridad de la raza blanca. También creía, según lo manifestó ante el Parlamento, que sabía exactamente el tono que era preciso adoptar para lograr que el embajador norteamericano reaccionase.

Desde entonces, Zimmermann había pasado mucho tiempo pensando en la posibilidad de incitar a los mexicanos y los japoneses para que atacasen Estados Unidos[14]. Estaba convencido de que la presencia norteamericana en Europa no adquiriría nunca ninguna importancia, si sus problemas con México se convertían en una guerra propiamente dicha y se actualizaba la posibilidad de un ataque japonés por la costa Oeste. Éstos eran sus objetivos y trataría de conseguirlos. Zimmermann propuso su plan para formar una alianza a sus colegas del gobierno y al mando supremo en Pless. Les dijo que tenía la seguridad de que México, ante la perspectiva de recuperar sus territorios perdidos, haría cuanto estuviese en su mano para conseguir ayuda y lograría persuadir a los japoneses para que se uniesen a ellos. En cuanto a Japón, creía que después de haberse apoderado de todo cuanto pudiese en Extremo Oriente, iría en pos de nuevos botines. Su poder de persuasión era formidable y se le otorgó la necesaria autorización para que prosiguiese sus planes.

Mientras calculaba las condiciones que se le podían ofrecer a México, procuraba que tanto sus aliados del Imperio austrohúngaro como los norteamericanos no se enterasen de que la decisión sobre el uso de los submarinos había sido ya tomada. Austria, que deseaba a toda costa conseguir la paz y con mayor preocupación que Bethmann ante la perspectiva de la campaña submarina, mandó un emisario a Berlín con la misión de solicitar que no se llevase a cabo. Zimmermann le dijo al mensajero austríaco[15] que la decisión no había sido tomada todavía (cuando hacía ya seis días que lo había sido), pero que en todo caso no se preocupase, porque Norteamérica se limitaría probablemente a romper relaciones diplomáticas. Estados Unidos no estaba preparado para una guerra, tenía demasiados problemas en México y estaba excesivamente preocupado por Japón. Los japoneses atacarían sin duda

a Norteamérica en el caso de que los norteamericanos declarasen la guerra. Estados Unidos, de todas formas, no estaría en condiciones de luchar hasta después de unos seis u ocho meses, antes de cuyo plazo, Inglaterra habría sido derrotada. Más adelante aseguró a los austríacos que, según la información que recibía periódicamente, Norteamérica probablemente no permitiría que se llegase a interrumpir el contacto con los países del eje.

Además de su malabarismo con los austríacos y los mexicanos, debía ocuparse de que los norteamericanos siguiesen ocupados con las conversaciones de paz, evitando, naturalmente, que el progreso fuese demasiado rápido. «Estoy convencido de que podemos ganar», le decía en un telegrama a Von Bernstorff, y añadía: «Es conveniente, por tanto, que no se apresure en presentar nuestras condiciones[16]». Estos últimos momentos requerían un tratamiento sumamente delicado, pero no le cabía duda de que era perfectamente capaz de manejar a los ingenuos norteamericanos. Para celebrar el regreso de Gerard, la asociación comercial germanoamericana organizó un banquete en el hotel Adlon[17], al que asistieron Zimmermann, el vicecanciller Helfferich, así como una colección muy impresionante de hombres de negocios, políticos y altos mandos militares. Durante el banquete, hubo brindis, discursos, múltiples expresiones de amistad y confianza mutua, así como largas conversaciones entre Zimmermann y Gerard con un sinfín de alabanzas recíprocas.

«Con la amistad que nos une[18], estoy convencido de que la sinceridad y la honestidad mutua seguirán siendo las pautas de nuestro trabajo, que nos permitirán superar juntos cualquier dificultad», decía el ministro alemán.

El embajador norteamericano manifestaba, por su parte, que mientras sus amigos Bethmann, Helfferich y especialmente Zimmermann fuesen jefes de sus respectivos departamentos, las relaciones entre sus respectivos países no corrían ningún riesgo[19]. Después de la cena, le comentó a Grew que se había limitado a cumplir órdenes, si bien había aprovechado para darles un tono un tanto exuberante[20].

Concluido el banquete, Zimmermann fue directamente a dar instrucciones a Von Eckhardt para proponer una alianza entre México y Japón, con el único fin de atacar Estados Unidos.

Su intención era la de mandar el documento en cuestión, en forma de carta, en primer lugar a Washington y de allí a México, a bordo del submarino *Deutschland* que durante el mes de julio había realizado un viaje a Estados Unidos que causó gran admiración y que debía zarpar de nuevo el 15 de enero. En el último momento, sin embargo, se anuló el viaje[21] y no quedaba

otra alternativa que mandar la información por vía telegráfica. Zimmermann decidió que la mejor ruta sería la más directa, que era, naturalmente, el cable norteamericano. Los idiotas de los yanquis, como Von Papen los llamaba, les habían ofrecido el uso del cable para fines pacíficos, pero esto no era más que otra farsa típica de Wilson. Alemania no se dejaría engañar por un camelo semejante. Si a Wilson le había parecido oportuno entregarles la llave de la bodega yanqui, a Zimmermann le parecía perfectamente justo utilizarla para saquear sus vinos.

Cuando Zimmermann tomó esta decisión, Estados Unidos no era enemigo. Existía el riesgo de que la campaña submarina les enemistase, pero Zimmermann compartía la opinión de otros miembros del alto mando, según la cual Wilson probablemente no aceptaría el desafío y se limitaría a mandar un par de notas airadas, como lo había hecho en ocasiones anteriores. En aquellos momentos, era sumamente importante que Alemania no tomase acción alguna que Estados Unidos pudiese interpretar como provocativa. La ruta elegida por Zimmermann para mandar el telegrama, dadas las circunstancias, era totalmente inapropiada y, sin embargo, probablemente predestinada por el carácter alemán. La trágica suposición alemana con relación a su superioridad, derecho e inteligencia, le condujo directamente al fracaso. Es permisible que una persona de orden superior engañe a los tontos; no es elegante, pero es de esperar, es natural, es ley de vida. El comandante de un submarino alemán dijo en una ocasión, cuando se dirigía al capitán de un barco mercante inglés, que no llevaba armas a bordo y que acababa de ser torpedeado: «Ustedes, los ingleses, siempre serán bobos, y nosotros, los alemanes, nunca seremos caballeros[22]».

Zimmermann no sabía que en la Sala 40 habían logrado descifrar la clave alemana, pero si no hubiese menospreciado a los enemigos en la forma en que lo hacía, se lo hubiese pensado dos veces antes de utilizar el cable norteamericano para proponer una alianza militar contra Estados Unidos, con el fin de evitar el riesgo de que alguien captase el mensaje. Los mensajes de la embajada norteamericana en Berlín eran transmitidos por tierra a Copenhague y de allí, por el cable transatlántico que pasaba por Inglaterra. Zimmermann, sin embargo, no vaciló en utilizarlo.

El 16 de enero mandó el telegrama dirigido a Von Bernstorff, para su información y para que lo remitiese a Von Eckhardt en México. Junto con el telegrama en cuestión, había otro, firmado por Bethmann-Hollweg, dirigido también a Von Bernstorff, en el que se le anunciaba la decisión final en relación al uso de los submarinos. El telegrama de Bethmann era el número

157 y el de Zimmermann, que le seguía, el 158. Decía así: «Sumamente secreto. Para la información personal de Su Excelencia y para ser entregado al embajador imperial en México por ruta segura». A continuación figuraba el texto del mensaje dirigido a Von Eckhardt, encabezado con el número uno y decía lo siguiente[23]:

PROPONEMOS COMENZAR LA GUERRA SUBMARINA SIN RESERVAS A PARTIR DEL PRIMERO DE FEBRERO. A PESAR DE LO CUAL PROCURAREMOS MANTENER LA NEUTRALIDAD DE ESTADOS UNIDOS. EN EL CASO DE QUE ASÍ NO FUESE. LE OFRECEMOS UNA ALIANZA A MÉXICO SOBRE LAS SIGUIENTES BASES: ESTAR UNIDOS EN LA GUERRA, GENEROSA AYUDA ECONÓMICA Y LA COGNICIÓN POR NUESTRA PARTE DE QUE MÉXICO DEBE RECUPERAR SUS TERRITORIOS PERDIDOS EN TEXAS, NUEVO MÉXICO Y ARIZONA. LOS DETALLES CONCRETOS QUEDAN EN SUS MANOS.

COMUNIQUE ESTA INFORMACIÓN AL PRESIDENTE (DE MÉXICO) EN EL MÁXIMO SECRETO EN EL MOMENTO EN QUE EXISTA UNA CERTEZA CON RELACIÓN A LA ENTRADA DE ESTADOS UNIDOS EN GUERRA Y AÑADA LA SUGERENCIA DE QUE, POR SU PROPIA INICIATIVA, INVITE INMEDIATAMENTE A JAPÓN A UNIRSE A ELLOS Y AL MISMO TIEMPO ACTÚE COMO INTERMEDIARIO ENTRE JAPÓN Y ALEMANIA.

LE RUEGO LLAME LA ATENCIÓN DEL PRESIDENTE SOBRE EL HECHO DE QUE EL USO SIN RESERVAS DE LOS SUBMARINOS OFRECE LA PERSPECTIVA DE OBLIGAR A INGLATERRA A FIRMAR LA PAZ EN POCOS MESES. ACUSE RECIBO.

ZIMMERMANN

Con el fin de asegurarse de que el telegrama llegaría a su destino, Zimmermann decidió mandarlo por tres rutas diferentes: por la ruta principal de Nauen a Sayville, donde cabía la posibilidad de que fuese interceptado por la censura norteamericana; por la ruta del «tiovivo sueco»; y, finalmente, escrito cuidadosamente a máquina por un empleado de la embajada norteamericana, por el cable del departamento de Estado, gracias a la generosidad del coronel House. El departamento de Estado lo recibió el 17 de enero y el día 18, después de las protestas habituales de Lansing, le fue entregado a Von Bernstorff. Diez días más tarde, Lansing, que esperaba que los alemanes hiciesen algo que permitiese a los norteamericanos darse cuenta del peligro de una victoria por parte de Alemania, escribió en su agenda: «Espero que estos desatinados alemanes[24] cometan algún error en un futuro próximo». En aquellos momentos no sabía que el error había pasado por sus manos unos días antes.

En Inglaterra, al personal de la Sala 40 le parecía divertido[25] que el telegrama de Zimmermann hubiese pasado desapercibido por el cable norteamericano. La Sala 40 había logrado interceptar el telegrama en sus tres rutas. En primer lugar interceptaron el mensaje radiado desde Nauen y subsecuentemente descubrieron el mismo mensaje transmitido por el cable norteamericano y por el «tiovivo sueco».

En Washington, el embajador Von Bernstorff, cuando recibió la copia del departamento de Estado, transmitió las instrucciones, todavía en la misma clave, a Von Eckhardt el 19 de enero, por mediación de Western Union. Eliminó todo cuanto le concernía a él personalmente y sustituyó su propio número de telegrama, 130, así como la línea adicional que decía: «Oficina de telégrafos del Ministerio de Asuntos Exteriores, 16 de enero, número 1, descífrelo usted mismo». Al final añadió: «Fin del telegrama, Bernstorff». Estas diferencias en el telegrama resultaron ser enormemente importantes. Se supone que allí acababa la responsabilidad de Von Bernstorff. El telegrama de Zimmermann fue olvidado, como una brasa encendida en el monte, para que esparciese lentamente el fuego, mientras otros asuntos de mayor importancia pública adquirían prioridad.

Von Bernstorff, a pesar de que ahora sabía lo peor, todavía intentaba convencer a sus superiores en Berlín de que Wilson era una persona honesta[26] y de que procurasen encontrar algún medio para aceptar su oferta de paz. Si Alemania aceptaba, decía Von Bernstorff, tenía la seguridad de que mantendría su posición predominante en el mundo, pero, en su país, nadie le hacía caso. Zimmermann creía que Wilson utilizaría toda su influencia contra Alemania, porque «piensa y se siente como un inglés[27]». Helfferich creía que la oferta de Wilson encerraba algún truco y al káiser no le merecía la menor confianza[28]. Bethmann, sin embargo, acosado todavía por los remordimientos, buscaba cualquier camino[29] que disminuyese el peligro de la ruptura. Después de haberse comido el pastel, pretendía evitar la indigestión.

Fue en aquellos precisos momentos cuando Wilson lanzó su más conmovedora solicitud. El 22 de enero, pronunció su famoso discurso «paz sin victoria» ante el senado, pero dirigido a todos los pueblos del mundo, sobrepasando a sus gobernantes. La frase «paz sin victoria» enfureció a los aliados, pero Von Bernstorff recuperó su optimismo y utilizando todavía el cable del departamento de Estado, se puso en contacto con Berlín para rogarles que concediesen un período[30] durante el cual los barcos neutrales pudiesen navegar impunemente, ya que creía que Wilson intensificaría sus esfuerzos por conseguir la paz. A Bethmann le pareció una buena idea, pero cuando se lo comunicó al almirantazgo, le dijeron que era demasiado tarde: la mayoría de los submarinos se habían hecho ya a la mar[31] y no había forma de ponerse en contacto con ellos, aun en el caso de que se les quisiera dar nuevas órdenes.

Sólo le quedaba una semana a Von Bernstorff para realizar su último esfuerzo[32]. Durante este período mandó una nueva súplica a Berlín para que respondiesen a la oferta más reciente de Wilson, ya que si Alemania respondía y los aliados rechazaban la oferta, cabía la posibilidad de que Norteamérica no tomase represalias cuando los alemanes usasen sus submarinos. También les avisaba de que el potencial bélico norteamericano, al contrario de lo que se suponía, era enorme.

Cuando se recibió este último mensaje de Von Bernstorff, el 28 de enero, Zimmermann se encontraba en Pless donde se entrevistaba con el alto mando. Sólo quedaban algunas horas. En el Ministerio de Asuntos Exteriores, decidieron llamar a un amigo de confianza de Zimmermann, Jacob Noeggerath[33], norteamericano de origen alemán, que desde hacía mucho tiempo era el consejero de Zimmermann para asuntos relacionados con Norteamérica. Noeggerath intentó ponerse en contacto con Zimmermann, por teléfono, durante todo el día y cuando finalmente lo logró, le rogó que le pidiese al alto mando que postergase la acción submarina. Por otra parte, Bethmann, con el telegrama de Von Bernstorff en sus manos, tomó el tren aquella misma noche para dirigirse a Pless, donde al día siguiente, 29 de enero, se celebraría otra reunión[34]. La conferencia fue breve y ceremoniosa, con la asistencia de Hindenburg, Ludendorff, Bethmann, Zimmermann y el káiser. La posibilidad de postergar la acción submarina, ni tan sólo se discutió, ya que el alto mando de la marina aseguró que no había forma alguna de ponerse en contacto con los submarinos que estaban en alta mar. Lo único que Bethmann logró fue una decisión que le permitiría anunciar ciertas condiciones de paz por parte de Alemania, al mismo tiempo que diese a conocer la noticia de la campaña submarina, junto con la esperanza de que el gobierno norteamericano continuaría sus esfuerzos encaminados a conseguir la paz, así como una promesa, por parte de Alemania, de interrumpir la actividad submarina en el momento en que fuese evidente que los planes pacifistas norteamericanos iban encaminados a conseguir una paz que fuese aceptable para Alemania.

El 31 de enero, en el último momento posible, cuando faltaban menos de ocho horas y la jornada laboral había concluido, los alemanes dieron a conocer su campaña submarina al gobierno de Estados Unidos. Bernstorff informó a Lansing a las cuatro de la tarde y Zimmermann comunicó la noticia a Gerard a las seis.

La sorpresa imperaba en Washington[35]. A pesar de las múltiples advertencias, el gobierno norteamericano creía que, debido a las condiciones

poco favorables para los submarinos en el Atlántico norte y en el mar del Norte durante el invierno, los alemanes no lanzarían su campaña hasta la primavera. Para Von Bernstorff, esto representaba el fracaso de sus ocho años de trabajo en la embajada de Washington, dedicados a procurar evitar que Estados Unidos entrase en guerra. El embajador alemán, sin su sonrisa habitual, presentó el documento a Lansing[36], que estaba entre sorprendido e iracundo y le dijo: «Sé que es sumamente grave. Lamento que sea necesario». Forzó una sonrisa y se despidió con una reverencia. Más tarde, acosado por los periodistas, hizo el único comentario impulsivo que se le conocía desde su llegada a Norteamérica: «¡No quiero saber nada más de política durante el resto de mi vida!»[37].

En Berlín, todo el mundo se preguntaba cuál sería la reacción de Estados Unidos. Zimmermann, armado de un valor inexistente, procuraba convencer y convencerse de que Norteamérica no intervendría en la contienda. Un periodista danés[38] que le visitó le encontró muy nervioso y pendiente de noticias. «Si Estados Unidos no se entrometiese —murmuraba Zimmermann— con dos o tres meses sería suficiente». El primero de febrero, pronunció un discurso en el Parlamento[39] en defensa de la campaña submarina, durante el transcurso del cual alegó sus habituales razonamientos —los estados del oeste, la oposición a la guerra, la amenaza japonesa, etc.— para probar que Estados Unidos no declararía la guerra. Se comportaba como un niño que, después de haber abierto la compuerta de un pantano, intenta convencerse de que no saldrá el agua.

En Londres predominaba la tensión, si bien Washington le superaba. El desafío que habían logrado evitar durante tanto tiempo, ponía finalmente a prueba a los norteamericanos. A partir de entonces, comentaba un periódico, los únicos que podrían circular libremente por los mares, serían los peces y los icebergs[40]. Durante la mañana del primero de febrero, ochenta periodistas invadieron la oficina de Lansing[41] y cuando éste regresó de la Casa Blanca, a las cinco de la tarde, todavía ocupaban los pasillos a la espera de noticias. Aguardaron tres días, mientras el presidente Wilson luchaba consigo mismo. Wilson le dijo al coronel House[42], que acababa de llegar de Nueva York, que el mundo había cambiado de dirección y que ahora se desplazaba del oeste hacia el este, en lugar de hacerlo del este hacia el oeste, a raíz de lo cual no lograba establecer su equilibrio. Todavía insistía en que no toleraría la provocación alemana y que evitaría la guerra mientras fuese posible. Sería un crimen que este gobierno declarase la guerra y negase toda posibilidad de organización de la paz.

El peligro japonés del que hablaba Zimmermann no tardó en manifestarse. Aprovechando aquellos momentos tan delicados, el embajador japonés se presentó en el departamento de Estado para protestar sobre dos proyectos de ley que discriminarían a los extranjeros en los estados de Idaho y Oregón[43]. Los senadores de los estados en cuestión, a pesar de que eran republicanos, quedaron suficientemente impresionados por los argumentos del subsecretario Polk, como para telegrafiar a sus respectivos estados y rogarles que, dado lo crítico de la situación, se abstuviesen de tales proyectos. Ambos estados accedieron.

El 2 de febrero tuvo lugar la reunión habitual del gabinete a las dos y media de la tarde. Wilson preguntó en tono de súplica, qué debía proponer[44], si era preciso dirigirse al Congreso y qué había que decir. Los miembros del gabinete, la mayoría de los cuales creían que Norteamérica debía unirse a los aliados, expresaron respectivamente sus opiniones. Uno de ellos le preguntó al presidente qué bando quería que ganase, a lo que Wilson respondió que ninguno; en su opinión, la mejor solución era todavía la paz sin victoria para ninguno de los contendientes. A continuación, el presidente manifestó sus razones para no unirse a la guerra, que según datos tomados por el ministro de Agricultura Houston, eran las siguientes: «Con el fin de mantener la supremacía de la raza blanca[45] con relación a la amarilla —por ejemplo, ante la posibilidad de que Japón con la ayuda de Rusia domine China—, lo más sensato sería no hacer nada». Aun cuando por ello se les acusara de debilidad y de cobardía. Los miembros del gabinete quedaron pasmados. A continuación, el presidente sugirió otra alternativa que consistía en que todos los países neutrales unidos exigiesen la paz, que era una posibilidad que hasta entonces no había sido considerada. Después de esto, suspendió la reunión, con el fin de aclarar sus propias ideas en privado, como lo hacía habitualmente.

Al día siguiente, 3 de febrero, tomó una decisión: se ordenaría la salida de Von Bernstorff y se romperían las relaciones diplomáticas con Alemania, sin malignidad. Aquella misma tarde, cuando hablaba ante el Congreso, dijo que se negaba a creer[46] que las autoridades alemanas llevasen realmente a cabo su amenaza y que sólo los hechos le convencerían de la realidad.

Mientras Wilson hablaba, en Europa era la hora de la cena. En Londres, el embajador Page, el primer secretario Laughlin y el secretario del embajador, Shoecraft, acompañados de sus respectivas esposas, habían pasado el día entero en una sala, casi sin dirigirse la palabra, a la espera de noticias con relación a la decisión de Wilson. De repente, sonó el timbre de la puerta

principal y el secretario privado se apresuró a atender al recién llegado. Se trataba del almirante Hall, que era la primera persona en Europa en haberse enterado de las noticias. «Gracias a Dios» dijo el almirante mientras entraba en el despacho del embajador y mostró el telegrama de Gaunt que llevaba en el bolsillo, que decía así: «Bernstorff regresa a su país. Esta noche me emborracho[47]».

Aquella misma noche, en Berlín, el embajador Gerard, en compañía de su esposa y de una amiga, compartía la cena con Zimmermann[48], durante el transcurso de la cual, el ministro alemán les dijo que no ocurriría nada, todo seguiría igual. Norteamérica no intervendría porque a Wilson le interesaba únicamente la paz. Nada cambiaría.

Cuando a la mañana siguiente recibió la noticia, Zimmermann se exaltó muchísimo y su lenguaje, al dirigirse a los periodistas, fue muy violento[49]. Desde el punto de vista alemán, aseguró que aquello era un paso positivo, ya que habían logrado deshacerse de un intermediario molesto. Cuando llegó el momento de despedirse de Gerard y de Grew, se había recuperado lo suficiente como para ofrecerles sus mejores muestras de afecto[50] y asegurarles que la ruptura le había cogido completamente por sorpresa. También añadió que lamentaba profundamente lo ocurrido.

No se había declarado todavía la guerra, pero Zimmermann, que presentía su urgencia, decidió no esperar. A pesar de que inicialmente le había ordenado a Von Eckhardt que no se pusiese en contacto con el presidente mexicano hasta que estallase la guerra, el día 5 de febrero decidió que había llegado el momento de actuar. Debido a que el canal de comunicación a través de Von Bernstorff había dejado de existir, mandó este segundo telegrama, en la misma clave que el primero, directamente a Von Eckhardt, probablemente por vía del «tiovivo sueco». Zimmermann sabía perfectamente que jugaba con fuego, como lo ponía de manifiesto el texto de su telegrama, que decía así[51]: «A condición que se mantenga el secreto con relación a Estados Unidos, se requiere que Su Excelencia entable negociaciones encaminadas a una alianza con el presidente de México sin demora alguna». Más adelante, Zimmermann añadía que Carranza «posiblemente tomase la iniciativa con relación a Japón» y concluía diciendo que «si el presidente rechaza la oferta por temor a las represalias, queda autorizado para ofrecerle una alianza definitiva en tiempo de paz, a condición de que México logre que Japón forme parte de la alianza». Al igual que el telegrama precedente, comenzaba con las palabras «sumamente secreto, descífrelo personalmente» y lo firmaba Zimmermann.

Si Von Eckhardt hubiese visitado a Carranza unos días antes, le hubiese encontrado mucho mejor predispuesto, pero poco tiempo antes de que el embajador alemán recibiese su orden, Carranza se vio privado de la razón principal que le predisponía en contra de Estados Unidos, cuando Norteamérica tomó la decisión inesperada de retirar las tropas del general Pershing. Poco antes de la retirada y con el espíritu de rebeldía que le caracterizaba, Carranza había rechazado un plan para el repliegue de las tropas en cuestión, elaborado después de muchos meses de negociaciones entre la alta comisión conjunta de mexicanos y norteamericanos. Ante el fracaso, la comisión se había suspendido el 15 de enero de 1917, con lo que le quedaban dos alternativas a Wilson: adentrarse todavía más en territorio mexicano u ordenar la retirada incondicional de las tropas. En todas las contiendas que los norteamericanos habían tenido con los mexicanos, en las que intervenía una cuestión de dignidad por parte de México, la situación de Estados Unidos había sido sumamente difícil y, en este caso, la reputación de los norteamericanos empeoraba día a día. Por otra parte, la preocupación aumentaba en Washington con relación a los alemanes y Wilson decidió, el 25 de enero, ordenar la retirada de las tropas. La operación concluyó el 5 de febrero, el mismo día en que Von Eckhardt recibió la orden de ofrecer la alianza a Carranza en aquel preciso momento.

Don Venus se sentía muy satisfecho, ya que consideraba que la retirada de las tropas norteamericanas había sido un triunfo personal, razón por la cual, estaba mucho menos predispuesto para aceptar la alianza que Alemania le ofrecía que si la oferta hubiese tenido lugar dos semanas antes. Entretanto, la estrategia alemana con relación a México, seguía adelante, según la información que llegaba a manos de los agentes norteamericanos. El 5 de febrero se recibió la siguiente información de Laredo[52]: «Un capitán alemán ha llegado hoy a Nuevo Laredo con el fin de organizar a los mexicanos para invadir territorio norteamericano». El 12 de febrero, de El Paso: «El cónsul alemán en Chihuahua ha trasladado a su esposa al otro lado de la frontera, donde ella ha permanecido, mientras que él se desplaza a menudo a Juárez, donde adquiere mercancías poco comunes». El 13 de febrero, de San Salvador: «Grandes cantidades de alemanes se están desplegando por México. Los hoteles de Torreón, Ciudad de México y Monterrey están llenos de alemanes que se relacionan principalmente con oficiales carrancistas. Hacen propaganda contra Wilson basada en su anticatolicismo». Según otros informes, muchos alemanes se habían desplazado desde Estados Unidos a diversos lugares de México, otros compraban combustible para buques en la

costa occidental y uno de los informes hablaba de un hombre de negocios alemán que aseguraba que los mexicanos le abrazaban por las calles y decían «ya era hora de que los alemanes le dieran una lección a ese maestro de escuela[53]».

Wilson, que se negaba a tomar cualquier medida a excepción de romper relaciones diplomáticas, se había encerrado en la Casa Blanca, donde según los indignados comentarios que el embajador Page escribió en su agenda[54] «se dedicaba a la meditación sin permitir que las realidades del mundo afectasen a su mente». Éste era el comentario de un individuo que se sentía molesto y frustrado, pero no injusto. Wilson no acababa de comprender el simple hecho de que los combatientes no aceptaban su intromisión, sino que estaban dispuestos a luchar hasta conseguir la victoria. En su discurso ante el Congreso, en el que anunció la ruptura de relaciones con Alemania, dijo que existía una amistad sincera entre los pueblos norteamericano y alemán y que se negaba a creer en la hostilidad de los alemanes hasta que los hechos demostrasen lo contrario. Creía todavía en la posibilidad de que Estados Unidos no participase en la contienda, con el fin de mantener abiertas las posibilidades pacifistas, y estaba dispuesto a soportar cualquier provocación a excepción de un ataque directo, que no creía que ocurriese en México.

10

«EL MOMENTO MÁS EMOCIONANTE DE MI VIDA»

Las instrucciones de Zimmermann seguían guardadas, como una bomba sin explotar, en la caja fuerte del almirante Hall. Sin embargo, cuando el DIN leyó el discurso de Wilson en que anunció la ruptura de relaciones con Alemania, comprendió que aquel primer exabrupto de alegría que le había invadido cuando se enteró de la noticia había sido prematuro. Los norteamericanos no estaban todavía dispuestos a unirse a los aliados. Su presidente seguía obsesionado con la idea de la neutralidad e ignoraba la hostilidad explícita de los alemanes «hasta el momento en que se viesen obligados a reconocerla». Hall no comprendía que Wilson tuviese todavía dudas y pensaba que, tal vez, le correspondería a él disipárselas. Lo único que tenía que hacer era detonar la bomba que guardaba en su caja fuerte y entregársela a los norteamericanos; sin embargo, no lo hizo. No estaba dispuesto a actuar hasta que hubiese terminado algunos preparativos destinados a ocultar que la Sala 40 se hallaba en posesión de la clave.

Entretanto, la situación en Inglaterra empeoraba día tras día. Los submarinos convertían los mares que rodean la isla en un cementerio. Gran Bretaña había llegado al límite de sus recursos económicos[1]. Después de haber utilizado todos sus bonos negociables, sólo podía ofrecer créditos gubernamentales para financiar los 10 millones de dólares diarios en suministros bélicos que adquiría de Estados Unidos. ¿Aceptaría el gobierno norteamericano deudas sobre tales bases? La economía norteamericana estaba íntimamente ligada a las compras inglesas, pero la actitud de Wilson era inquietante; mostraba algunos síntomas de estar dispuesto a aprovecharse de la situación inglesa para obligarles a entrar en negociaciones. Sólo en el caso de que Estados Unidos se uniese a la guerra, desaparecería el peligro y tanto el crédito como los suministros bélicos serían ilimitados.

Después del desalentador discurso de Wilson, el almirante Hall pensó que ya no había razón alguna para ocultarle a su gobierno el telegrama de Zimmermann. El 5 de febrero, abrió su caja fuerte, cogió el telegrama, atravesó la plaza que le separaba del Ministerio de Asuntos Exteriores y entregó el nefasto documento al subsecretario permanente, lord Hardinge[2]. A pesar de que quedaban algunos fragmentos que Montgomery y De Grey no habían logrado descifrar, el telegrama contenía suficiente información para mostrar que la Sala 40 había realizado el mayor descubrimiento de la guerra.

A lord Hardinge no le gustó en absoluto aquel asunto. En su calidad de funcionario de la corona, acostumbrado a actuar en todo momento de acuerdo con el protocolo correspondiente, le parecía que un mensaje en clave era algo sospechoso y la idea de que el gobierno de Su Majestad utilizase tales medios para influir en un país neutral consideraba que era de mal gusto. El almirante Hall le explicó que todavía no había llegado el momento de utilizarlo, ya que quedaban algunos fragmentos por descifrar, pero deseaba que el señor Balfour conociese la existencia del telegrama, con el fin de que pensase en la mejor forma de usarlo.

Un requisito que el almirante Hall se había propuesto antes de que se utilizase el telegrama consistía en obtener una copia del documento en la forma en que Von Bernstorff lo había remitido a México, ya que calculaba que existirían algunas pequeñas diferencias, tales como la fecha, dirección y la firma, que podían ser significativas. Si aquélla era la copia que se publicaba, en lugar de la que estaba en su posesión, los alemanes, que percibirían las diferencias, creerían que el telegrama había sido interceptado en algún lugar del continente americano. Dado que los alemanes tenían la seguridad absoluta de que su clave era indescifrable, se convencerían fácilmente a sí mismos de que la copia del telegrama que obraba en manos de los aliados había sido obtenida por traición o robo, cuando el documento había sido ya descifrado, y lo achacarían a algún descuido, deslealtad o espionaje dentro de sus propias embajadas en Washington o México. Nadie sospecharía de la Sala 40. Los alemanes siguieron al pie de la letra el comportamiento que Hall les había pronosticado[3].

En su afán por conseguir la copia transatlántica del telegrama, el almirante se acordó del indispensable señor «H[4]» en México, que era el agente que había logrado localizar a Cronholm. Tres semanas más tarde, el señor «H», gracias a una serie de circunstancias sumamente fortuitas, pudo proporcionarle a Hall lo que necesitaba.

Lo que había ocurrido era lo siguiente: había un inglés que tenía una pequeña imprenta en la ciudad de México y un sábado por la tarde, cuando sus empleados disfrutaban de medio día libre, fue a su taller, donde encontró unas placas de impresión que no le eran familiares. Cuando las examinó detenidamente, descubrió, con horror, que se trataba de placas para imprimir moneda falsa. Junto a las placas había un montón de cartones también falsos, que se utilizaban en aquella época en México, en sustitución del papel moneda, debido a que cada vez que cambiaba el gobierno, durante aquel período de frecuentes revoluciones, los nuevos gobernantes declaraban ilegal la moneda del régimen anterior y emitían la suya propia. Las falsificaciones eran tan corrientes en aquella época, que el presidente Carranza había decretado la pena de muerte para los falsificadores.

Como era de suponer, el impresor inglés estaba asustadísimo. Si había algo que los mexicanos llevaban a cabo con suma eficacia, era ordenar y cumplir ejecuciones. El impresor recogió todas las pruebas, las encerró en su caja fuerte, salió sin llamar la atención y se dirigió a casa de un amigo para pedirle consejo. Cuando se hubo marchado, regresó el empleado falsificador y al encontrarse con que las placas y los cartones habían desaparecido, también se asustó muchísimo. Se veía ya a sí mismo ante el piquete de ejecución. Sin embargo, se le ocurrió acusar a su patrón. Las autoridades detuvieron al inglés, le juzgaron y le condenaron a la pena de muerte. La detención había tenido lugar el sábado y la sentencia debía cumplirse el lunes.

El señor «H», que conocía al amigo a quien el impresor había visitado antes de su detención, acudió en su ayuda. Cuando se enteró de los detalles, se dirigió al embajador británico, que, a pesar de que era domingo, logró que le aboliesen la pena de muerte al pobre impresor y, más adelante, cuando descubrieron al verdadero falsificador, le dejasen en libertad. El impresor quedó muy agradecido de seguir con vida, su amigo de que no se sospechase de él y el señor «H» de haber adquirido un aliado en la oficina de telégrafos mexicana, que era el lugar donde trabajaba el amigo del impresor. A partir de aquel momento, para mostrar su agradecimiento, estuvo perfectamente dispuesto a facilitar copias de cualquier telegrama que pudiese interesarle al señor «H».

La copia del telegrama en cuestión apareció sin gran dificultad y, el 10 de febrero, el almirante Hall la recibió en la misma forma en que Von Eckhardt la había recibido de Von Bernstorff, con las pequeñas diferencias que eran de esperar.

Mientras tanto, la Sala 40 había interceptado y descifrado el segundo telegrama de Zimmermann en el que le ordenaba a Von Eckhardt formar la alianza, inclusive con Japón, «en aquel preciso momento». La posible infidelidad de Japón había preocupado a los aliados, como lo hace un molesto dolor de muelas, durante algún tiempo. Por otra parte, Inglaterra tenía sus propias razones para preocuparse por México, ya que sin el petróleo de Tampico, la marina de guerra británica quedaría paralizada. La protección de los intereses petrolíferos extranjeros estaba en manos de un indio llamado Peláez[5] que cobraba por sus servicios, pero cabía la posibilidad de que no pudiese evitar algún asalto organizado por los alemanes. También cabía la posibilidad de que Carranza, influido por los alemanes, decidiese tomar posesión de los derechos petrolíferos[6] en nombre de su país. Hasta entonces, México se había beneficiado de las divisas que aportaba el petróleo, pero era imposible prever lo que haría el caprichoso Carranza ahora que contaba con el apoyo de los alemanes.

El 13 de febrero, Carranza mostró su afinidad para con los alemanes cuando hizo una llamada general a todos los países neutrales en la que les incitaba a que dejasen de proveer a los países combatientes. Esto, en efecto, hubiese significado la interrupción de suministros a los aliados, debido a que existía ya un bloqueo contra los alemanes. Aparecieron dibujos en los periódicos en los que Carranza figuraba en forma de marioneta, manipulada por un prusiano uniformado, de la que brotaban las palabras: «¡Embárguenlo todo!»[7]. Al día siguiente, tuvo lugar en Cuba una revolución organizada por los alemanes, mientras el flujo de reservistas germanos en México, procedentes del norte y del sur de América, era alarmante. Los agentes comunicaban que había una gran actividad alemana en la zona de Tampico y que en las últimas semanas habían llegado a México más de trescientos oficiales. Cuando fue clausurada la embajada alemana en Washington, dos de sus funcionarios[8], en lugar de regresar a su país, se dirigieron a México. Uno de ellos era el experto en asuntos japoneses, el barón Von Schoen, que tiempo atrás había logrado enojar a Wilson cuando pronosticó que Estados Unidos se vería obligado a luchar contra Japón. Su función en México consistía precisamente en procurar que su pronóstico se cumpliese. Al mismo tiempo, el embajador mexicano en Berlín, Rafael Zurbarán[9], regresó a su país, al parecer con una copia de las condiciones de embargo que Carranza proponía, documento que, se supone, había sido elaborado en Alemania. La convergencia global de alemanes e influencias germánicas en la ciudad de México indicaban que algo importante se estaba preparando.

En Londres, el telegrama de Zimmermann había despertado la avidez de Balfour[10], que, despreocupándose de los problemas de conciencia de lord Hardinge, esperaba con impaciencia el momento oportuno para entregarlo discretamente a los norteamericanos. Todos los días, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, se discutían las formas posibles para entregar el telegrama de manera que los norteamericanos no dudasen de su autenticidad y, por otra parte, sin revelar su procedencia.

Desde el primer momento se suponía —y las suposiciones resultaron ser ciertas— que los norteamericanos considerarían que el telegrama era falso si no se les proporcionaba una información completa, con relación a cómo se había conseguido. También se planteaba la cuestión que hacía referencia al indescifrable aliado de Extremo Oriente. En el caso de que los japoneses se uniesen al enemigo, los rusos, indudablemente, abandonarían la alianza y firmarían la paz por separado; esto era algo que los aliados deseaban evitar a toda costa. Con esta preocupación en la mente, Balfour solicitó una entrevista con el embajador japonés[11] y, con mucha delicadeza, le hizo discretas preguntas relacionadas con México. El embajador le contestó con igual elegancia que Japón no tenía relaciones que fuesen de ningún interés con los mexicanos y añadió que los japoneses estaban ansiosos por disuadir las sospechas norteamericanas. El señor Balfour se despidió sin haber aprendido gran cosa.

Tres días más tarde, 19 de febrero, el personal de la Sala 40, después de cinco semanas de trabajo dedicadas a descifrar la clave de algunos fragmentos todavía no interpretados, completaron su labor[12] y transcribieron el texto completo del telegrama de Zimmermann. Entonces, el almirante Hall le comunicó a Balfour que había llegado el momento de actuar y, después de comentarlo entre ellos, se decidió que sería el propio almirante quien lo entregaría a la embajada norteamericana.

El espíritu estaba muy decaído en la embajada en aquellos momentos. El embajador Page escribió en su agenda, el 19 de febrero: «Ahora estoy dispuesto a dejar constancia de mi convicción de que no entraremos en guerra», y seguía diciendo que el presidente no comprendía que los aliados no podían aceptar una paz sin victoria sin convertirse en vasallos de los alemanes. «Es constitucionalmente incapaz de actuar. Esto me parece indudable.»

Para Page, la decepción que sufrió a raíz de la ruptura de relaciones entre Alemania y su país era casi más agonizante que los años de frustración que le habían precedido. Creyó que había llegado el momento de arrancarse la

máscara oficial de la neutralidad, que había usado de tan mala gana, pero aquel momento maravilloso que imaginaba, cuando podría enorgullecerse ante sus amigos ingleses, no había llegado. Wilson había retrocedido una vez más y Page no era capaz de comprenderlo.

El embajador conocía a Wilson desde que ambos tenían unos veinte años. Cuando Page era jefe de redacción del *Atlantic Monthly* y más adelante del *World's Work*, había publicado los artículos de Wilson, le había alentado en su carrera política, había pronosticado entre sus amistades que sería «un gran hombre», creía en su destino como dirigente en una nueva era de la vida política. Sin embargo, a partir del momento en que estalló la guerra, siempre creyó que su política de neutralidad era perniciosa. No comprendía que Wilson, cuyos antecedentes culturales arrancaban de la literatura inglesa y de las tradiciones constitucionales, como lo hacían los suyos, no se diese cuenta de que los principios en los que ambos creían dependían de la victoria aliada y que insistiese en lo que él llamaba una «paz entre iguales».

A Page le parecía odiosa una política que equiparase a los aliados y los alemanes. Le causaba profundo sufrimiento verse obligado a protestar contra las listas negras inglesas, así como humillación y dolor el representar a un país que se negaba a participar en la lucha**[13]**. *Sir* Edward Grey consideraba que Page era el creyente en la democracia más fervoroso que había conocido en su vida**[14]**. El embajador norteamericano, por su parte, creía que el concepto de democracia era el asunto central de la guerra, hasta tal punto que pensaba que la neutralidad era casi una traición. Sus cálidos e impresionables sentimientos, que no ocultaba de nadie, estaban incondicionalmente con los aliados. Su mente se manifestaba con vividez y claridad en las numerosas cartas que Wilson había calificado de «las mejores que he leído**[15]**» hasta que empezaron a contradecirle.

Wilson, sin embargo, era el patrón, mientras que Page no era más que el marinero, y el presidente comenzó a enojarse con él, a raíz de sus constantes críticas con relación a su política, así como su tendencia a suavizar sus órdenes cuando las transfería a los ingleses. El presidente dejó de leer sus cartas y le borró de su mente. Al mismo tiempo, el coronel House recibió la autorización de organizar trucos inteligentes para que los asuntos no pasasen por manos de Page. Durante el verano de 1916, se decidió que Page pasase unas vacaciones en su país**[16]**, con el fin de que «se imbuyese del ambiente norteamericano» y cuando llegó, Wilson se negó a hablarle de la guerra. Sólo cuando Page se negó rotundamente a salir del despacho del presidente, Wilson accedió a hablar con él de asuntos trascendentales. Charlaron durante

toda la mañana, para darse cuenta de que vivían en mundos totalmente diferentes; la conversación había sido vacía y triste. Cuando se marchó, Page puso la mano sobre el hombro del presidente y observó que sus ojos se llenaban de lágrimas[17]. Se despidieron y jamás se volvieron a ver nuevamente.

Page regresó a Londres y después de que el presidente fuese reelegido, en noviembre, presentó su dimisión. Después de algunos meses sin haber recibido respuesta a su solicitud y a raíz de su insistencia, se le ordenó que permaneciese en su puesto. Entretanto, el presidente había ofrecido el cargo a Cleveland H. Dodge[18], pero éste no lo aceptó. Esta oferta, que tuvo lugar el 6 de febrero, tres días después de la ruptura de relaciones con Alemania, muestra el interés que Wilson todavía tenía en conservar la neutralidad.

Page, por su parte, que no sospechaba que el presidente intentase reemplazarle, se sentía feliz en su puesto, a pesar de no simpatizar con las ideas que teóricamente representaba, ya que creía que, tarde o temprano, los sucesos obligarían a Wilson a abandonar su política de neutralidad. Su actitud oscilaba entre el gran optimismo que mostraba cuando narraba las proezas heroicas de los aliados y sus crisis depresivas.

En febrero de 1917, en Estados Unidos, a pesar de que el país seguía, en general, dominado por la apatía, aumentaba constantemente el número de individuos que compartían la opinión de Page y que lo daban a conocer públicamente; entre estos últimos, figuraba el expresidente Theodore Roosevelt que, enormemente frustrado por el pacifismo norteamericano, se indignaba contra Wilson por su falta de «dirección» y «acción».

En una carta dirigida al senador Lodge, el 12 de febrero, Roosevelt decía: «No creo que Wilson declare la guerra, a no ser que Alemania le obligue literalmente a hacerlo». Unos días más tarde decidió que a Wilson no se le podía obligar ni con una patada, ya que si esto ocurría se limitaría a cepillarse el traje y pronunciar alguna frase sublime. Más adelante, el expresidente afirmó que Wilson «ponía evidentemente en práctica sus antiguas tácticas para escabullirse de la guerra por cualquier medio posible», y manifestaba repetidamente que era «un verdadero cobarde». Ésta era la única explicación que Roosevelt le encontraba al hecho de que Wilson se negase a luchar contra la amenaza del triunfo alemán. El expresidente estaba convencido de que si Alemania ganaba la guerra, su próxima etapa consistiría en ocupar el mar Caribe, invadir Cuba, amenazar el canal de Panamá y, probablemente, formar una alianza con Japón, lo que les permitiría organizar ataques simultáneos contra ambas costas de Estados Unidos[19]. Elihu Root[20], que había sido

ministro durante la época de Roosevelt, creía que Alemania, en el caso de salir victoriosa de la contienda, se apoderaría de las colonias y dominios británicos, incluido Canadá, con lo que las tropas del káiser amenazarían a Estados Unidos a lo largo de su frontera septentrional.

Entre los miembros de su propio gobierno, Lansing, por ejemplo, estaba «ansioso y deprimido[21]» ante la pasividad de su presidente, ya que estaba convencido de que Estados Unidos «no podía negarse a participar en la contienda… en defensa de la democracia y contra el absolutismo». El embajador de Gran Bretaña en Norteamérica, en una carta dirigida a su país, escrita durante la última semana de febrero, decía que la situación en Washington hacía pensar en una botella de champán[22], después de haber cortado el alambre y cuando todavía no había saltado el tapón.

En aquellos momentos, en Inglaterra, el almirante Hall, a través de su conversación con Edward Bell, aportaba su contribución para acelerar los acontecimientos. Bell, cuya misión en la embajada norteamericana consistía en servir de enlace entre las numerosas organizaciones secretas del gobierno británico, era muy conocido del DIN. En 1915, cuando Hall se había apoderado de los documentos de Archibald, prefirió entregárselos a Bell que a su propio Ministerio de Asuntos Exteriores, cuya pasmosa lentitud era sobradamente conocida, con el fin de asegurarse que se publicasen en Estados Unidos. Cuando Bell examinó por primera vez el telegrama de Zimmermann en la Sala 40 (con el texto alterado, tal como lo había transmitido Von Bernstorff), fue el primero de entre los muchos norteamericanos cuya reacción inmediata consistió en dudar de su autenticidad, por el simple hecho de que no podía creer que cualquier persona, con sus cinco sentidos, tuviese la audacia de ofrecer una parte de Estados Unidos. Sin embargo, cuando Hall le garantizó la veracidad del documento, sus dudas se transformaron en ira y, más adelante, cuando vislumbró sus enormes posibilidades, en profunda satisfacción. La publicación de aquel telegrama, dijo Bell, induciría, indudablemente, a Norteamérica a unirse a la guerra.

Con la experiencia de la incredulidad de Bell, Hall deseaba encontrar algún método para dar a conocer el telegrama que ofreciese, por una parte, garantías de su autenticidad y por la otra, que comprometiese lo mínimo a la Sala 40. Sin haber decidido todavía el procedimiento que se utilizaría, Hall y Bell se trasladaron a la embajada norteamericana, en Grosvenor Square, con el fin de informar al embajador. No ha quedado constancia —tal vez debido a lo muy aficionado que Hall era a guardar secretos— de cómo recibió la noticia el embajador. Lo que sí sabemos es que Page pasó el resto del día con

Hall, Bell e Irwin Laughlin, su primer secretario, intentando elaborar un método para utilizar aquel explosivo documento. Finalmente decidieron que el primer paso debía consistir en que el señor Balfour le entregase el telegrama oficialmente al embajador Page, ya que de esta forma, según palabras del propio embajador, «el gobierno británico le haría entrega oficial del documento a su gobierno». A continuación, Page lo transmitiría por vía telegráfica a Washington, pero ¿qué ocurriría si Wilson exigía pruebas de su autenticidad? Después de discutir a fondo el problema, elaboraron un plan que, con cierta incertidumbre, creyeron que ofrecería las garantías necesarias: se les diría a los norteamericanos dónde podían encontrar la copia del telegrama transmitido por Von Bernstorff a Von Eckhardt, en su propia compañía telegráfica, Western Union. El documento que ellos encontrarían, estaría, naturalmente, en clave alemana, pero lo podrían transmitir a la embajada norteamericana en Londres, donde Bell, técnicamente en territorio norteamericano, lo podría descifrar personalmente con la ayuda de Grey, a quien se le permitiría, en esta única ocasión, trasladar el libro de la clave de la Sala 40 a la embajada. De esta manera, el gobierno norteamericano, si se veía obligado a dar explicaciones, podría asegurar que el telegrama había sido descifrado por norteamericanos en territorio estadounidense. Agotados, si bien satisfechos, los cuatro caballeros se felicitaron mutuamente y se despidieron[*][23].

Al día siguiente, viernes 23 de febrero, el ministro inglés de Asuntos Exteriores entregó el telegrama de Zimmermann oficialmente al embajador norteamericano. Balfour, en esta ocasión que se salía de lo normal, mostraba, en la opinión de alguien que le conocía, una alegría poco usual. La gente le calificaba a menudo de «sublime», al igual que a Wilson, ya que ambos compartían una cierta despreocupación por los asuntos mundanos; en el caso del presidente norteamericano debido a que se sentía superior; en el caso de Balfour porque no le importaban y se sentía desligado de ellos. Ambos eran profundos pensadores, Balfour en el terreno filosófico y Wilson en el del reformismo. Wilson era un Gladstone norteamericano que basaba su política en principios éticos. Balfour era un Jefferson inglés que practicaba la política como un pasatiempo aristocrático, mientas se dedicaba con igual entusiasmo a la ciencia, la metafísica, la estética, el tenis, los coches deportivos y la vida social. Los filósofos le conocían a través de sus teorías sobre la lógica y la duda, los deportistas a través del golf, las damas lo consideraban «un hombre encantador», Churchill opinaba que era «un tipo perfecto[24]» y, en general, todo el mundo que le conocía quedaba impresionado por su encanto, su

comprensión, su conversación, así como su comportamiento relajado, caracterizado en algunas ocasiones por lo que un francés denominó «ecuanimidad seráfica[25]».

Desde el principio de la guerra, en primer lugar en el almirantazgo y más adelante en calidad de ministro de Asuntos Exteriores, Balfour había sentido, con la misma profundidad que Page, que existía un vínculo fundamental entre Estados Unidos e Inglaterra; también creía que el motivo esencial de la guerra era un asunto de tal índole que «no le cabía la menor duda que le concernía tanto a Norteamérica como al Imperio británico[26]». Sin embargo, los ingleses estaban sumamente preocupados por que Norteamérica no lo hubiese reconocido todavía. Balfour, desde su puesto ministerial, sabía perfectamente que Inglaterra no podía permitirse el lujo de combatir, como lo hubiese preferido la mayoría de los ingleses, sin contar con la colaboración de Estados Unidos. A partir del momento en que se enteró de la existencia del telegrama de Zimmermann, había esperado con nerviosismo —es decir, todo el nerviosismo que su carácter le permitía— la oportunidad de darlo a conocer. El ministro sentía una curiosidad muy particular por conocer la reacción de Estados Unidos, ya que dos meses antes, cuando fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores, su primera misión consistió en elaborar la respuesta británica a la oferta de paz de Wilson, en la que afirmó que estaba plenamente convencido de que era un error y una futilidad la propuesta de Wilson de negociar con el enemigo.

Mientras Alemania conservara sus objetivos agresivos y sus métodos bárbaros, decía Balfour, mientras sus objetivos y métodos no hubieran sido desdeñados por su propio pueblo, ningún estado podría sentirse seguro. Ningún pacto con una Alemania semejante garantizaría que no se levantase nuevamente con afán de dominar el mundo. «Aquellos que creen —escribió pensando en la Casa Blanca— que la curación de esta enfermedad radica en tratados y leyes internacionales… no han sabido aprender las lecciones que la historia moderna nos ha brindado con gran claridad», y con referencia específica a la tesis de Wilson, según la cual sólo la paz entre iguales puede ser duradera, Balfour escribió que «el pueblo inglés no cree que la paz pueda ser duradera si no está basada en la victoria de los aliados».

En aquella ocasión, Wilson, totalmente imperturbable, no había prestado atención alguna al documento. Ahora, sin embargo, Balfour disponía de otro documento, el telegrama de Zimmermann, que el presidente norteamericano no podría ignorar. Balfour no hubiese sido humano si no le hubiese deleitado aquella oportunidad. El momento en que le entregó a Page la hoja de papel

que contenía el mensaje descifrado, fue, según confesó más adelante, «el más emocionante de su vida[27]».

Page se llevó el documento a la embajada y comenzó a escribir una nota para Wilson, en la que le explicaba la forma en que se había conseguido el telegrama. Debido a la dificultad que le planteaba explicar lo suficiente sin revelar demasiada información, la tarea le ocupó toda la noche. Tal era su impaciencia que a las dos de la madrugada, antes de haber terminado de escribir su nota, mandó un telegrama al departamento de Estado, en el que decía que aproximadamente tres horas más tarde[28], mandaría un telegrama de suma importancia, dirigido al presidente y al secretario de Estado.

Cuando estuvo satisfecho de la nota que había elaborado, telegrafió su texto, junto con el telegrama de Zimmermann, a la una de la tarde del 24 de febrero[29]. La explicación que le dio al presidente era un tanto ingenua y no concordaba plenamente con los hechos, ya fuese porque Hall no se los había revelado o porque le hubiese rogado que los disimulase. La versión que le ofreció a Wilson fue la siguiente: el gobierno británico estaba sumamente preocupado ante la protesta contenida en el telegrama de Zimmermann que «no han perdido ni un momento en comunicármelo con el fin de que yo pueda transmitirle la información… ante la amenaza de invasión del territorio estadounidense». Después de notificarle a Wilson que lo que seguía era estrictamente confidencial, Page le informaba de que el gobierno británico tenía en su posesión la clave alemana utilizada para el mensaje en cuestión y se había preocupado de interceptar los telegramas que Von Bernstorff mandaba a México, para mandarlos después a Londres, donde eran descifrados. «Así se justifica —decía—, el lapso de tiempo que ha transcurrido desde el 19 de enero, fecha en que Von Eckhardt recibió el telegrama. El gobierno británico le suplica con todo fervor que mantenga esta fuente de información en el secreto más absoluto, sin embargo —añadía Page con suma gravedad—, no tienen objeción alguna en que se publique el propio telegrama de Zimmermann». También le sugirió a Wilson que «probablemente podía conseguir una copia del texto transmitido por Von Bernstorff desde la oficina telegráfica de Washington». «La copia que obra en posesión de los ingleses —añadía—, no ha sido obtenida en Washington, sino “adquirida en México”».

Agotado por el esfuerzo y la emoción, Page se sentía menos elevado que deprimido cuando finalizó su tarea y el documento hubo sido transmitido a Washington. A pesar de que creía que nunca se había presentado nada tan explosivo como aquel telegrama, no estaba seguro de que lograse conmover a

Wilson. «Esto desencadenaría una guerra en cualquier país[30] —escribió aquella noche en su agenda—, los cielos saben qué efecto causará en Washington».

11

EL TELEGRAMA EN WASHINGTON

A las nueve de la mañana del sábado, 24 de febrero, se recibió en el departamento de Estado el primer telegrama de Page, en el que decía que un mensaje de «gran importancia» le seguiría unas tres horas más tarde, pero ¿qué significaba aquello? ¿Era posible que los ingleses estuviesen dispuestos a negociar después de todo? Transcurridas tres horas, no había llegado nada. La tensión aumentaba. Durante la ausencia de Lansing, que estaba disfrutando de unas pequeñas vacaciones, Polk, que ocupaba su lugar, estaba entusiasmado. Finalmente, a las ocho y media de la noche, la sala de claves comunicó que se acababa de recibir un extenso telegrama de Page. Mientras lo descifraban, un asistente esperaba con impaciencia en la puerta y, en el momento que terminaron, lo llevó inmediatamente a Polk. El ministro provisional leyó el contenido lleno de sorpresa y se encolerizó gradualmente cuando se enteró de que el complot alemán para invadir el territorio norteamericano se había tramado cinco semanas antes, cuando sus autores hablaban de la paz con Wilson[1]. Polk decidió que aquel asunto no podía demorarse hasta la llegada de Lansing, ni siquiera hasta la mañana siguiente, y decidió informar al presidente inmediatamente. Después de llamarlo por teléfono, por la línea privada, para pedirle audiencia, cogió el telegrama y se dirigió a la Casa Blanca.

Lo único que sabemos de la reacción del presidente cuando vio por primera vez el telegrama de Zimmermann es lo que Polk escribió en su informe y dice que mostró «una gran indignación». Fuere cual fuese la opinión que Wilson tenía de Page, por el momento no puso en cuestión la autenticidad del telegrama. Estaba tan indignado que quería que se hiciese público inmediatamente, sin pensarlo dos veces. Polk sugirió que esperasen el regreso de Lansing; el presidente, después de pensarlo mejor y considerar las posibilidades del telegrama, accedió. El momento de su llegada era

sumamente delicado, debido a que el presidente, durante aquel fin de semana, se veía obligado a tomar una urgente decisión.

A partir del momento en que los alemanes declararon el lanzamiento de su campaña submarina sin reservas, muchos buques norteamericanos, que se negaban a hacerse a la mar, abarrotaban todos los puertos. Numerosos cargamentos de trigo, algodón y muchas otras mercancías atiborraban los muelles; si no se autorizaba la colocación y utilización de cañones en los barcos mercantes, con el fin de proteger sus legítimos derechos en los mares, las consecuencias económicas serían sumamente graves. Tanto el gobierno como la población de los estados costeros estaban enfurecidos por la cuestión de las armas. Un congreso pacifista nacional, formado por quinientas personas, se reunía en aquellos momentos en Biltmore, Nueva York. La asociación de pastores américo-germanos había convocado una reunión para rogar a Dios que intercediera en la destrucción de «todos los malos consejos[2] y estratagemas que empujan a nuestra nación a la guerra». Los propietarios de buques exigían armas. Numerosos grupos se organizaban. Los partidarios de Roosevelt se manifestaban contra «la parálisis general del wilsonismo[3]». Estos últimos grupos compartían un objetivo común, pero los pacifistas estaban divididos: la mayoría se oponía a que se armasen los buques mercantes, sin embargo otros opinaban que de esta forma disminuirían las probabilidades de entrar en guerra.

Sólo Dios sabía lo que Wilson pensaba. Durante la reunión de gabinete[4] que tuvo lugar el viernes, el día anterior a la llegada del telegrama, el debate fue muy acalorado; algunos ministros que denunciaron los métodos alemanes fueron acusados por el presidente de «intentar forzar la guerra». Aquella misma tarde el comité supremo de senadores republicanos celebró una reunión[5], en la que el senador Lodge —de la facción belicista— y el senador La Follette —de la facción pacifista— se pusieron por primera vez de acuerdo. El Congreso debía suspenderse automáticamente a las doce del mediodía del 4 de marzo, lo que permitiría que el presidente tomase sus propias decisiones, sin la colaboración de los congresistas, durante los nueve meses siguientes. Ninguno de los senadores sabía lo que el presidente intentaba hacer, pero todos estaban de acuerdo en que no permitirían que lo hiciese solo. El grupo encabezado por el senador Lodge temía que Wilson encontrase algún medio para evitar la guerra, mientras que al grupo de La Follette le preocupaba la posibilidad bélica; por tal razón decidieron prolongar los debates en función de una ley de hacienda que estaba pendiente, lo que les obligaría a celebrar otra sesión.

Cuando los senadores entraron nuevamente en la cámara, los periodistas pudieron observar, con gran sorpresa, que los republicanos que no habían hablado con La Follette en muchos años le hacían consultas, sugerían modificaciones para su propuesta y solicitaban prórrogas. El calificativo de «¡filibusterismo!» resonó por las salas del Senado y llegó a oídos de la Casa Blanca aquella misma noche. Hasta aquellos momentos, no se trataba sino de tácticas dilatorias, pero a la mañana siguiente, en Washington, todo el mundo sabía que si se presentaba un proyecto ante el Congreso para armar los buques, la facción pacifista estaba dispuesta a que fuese rechazado por medio del filibusterismo.

Sin embargo, Wilson había ya decidido apoyar el proyecto ante el Congreso, no como medida para entrar en guerra, sino con el fin de disuadir a los alemanes. La decisión de Wilson representaba el último bastión de defensa de la neutralidad norteamericana, que se derrumbaba. El presidente gozaba del derecho constitucional de ordenar, sin consulta previa, que se armasen los buques, pero debido a la gravedad de tal decisión, prefería contar con la aprobación del Congreso. No había nada que le molestase tanto como una sesión adicional, ya que hubiese preferido —como comentó en privado a un miembro del gabinete— estar «solo y sin que nadie le molestase[6]». Wilson sabía que las fuerzas filibusteras aumentaban, pero cuando percibió la potencia de la oposición su voluntad adquirió un carácter férreo y, con el telegrama de Zimmermann en las manos, creía que disponía de los medios para disolver a un frente filibustero. Entre las muchas ironías que plagan esta historia, cabe destacar el hecho de que Wilson, que quiso que el Congreso aprobase el proyecto relativo al armamento de barcos mercantes como último recurso para evitar la guerra, logró crear el mayor estímulo bélico conocido en la historia norteamericana con anterioridad a Pearl Harbor.

Wilson leyó el telegrama el sábado por la noche y dedicó el domingo entero a elaborar su discurso sobre el proyecto de ley para armar los buques mercantes, que intentaría pronunciar ante el Congreso el lunes. Durante el domingo, Polk intentó localizar la copia del telegrama de Zimmermann transmitido por Von Bernstorff a Von Eckhardt, en los ficheros de Western Union[7]. Todo fue en vano. La compañía telegráfica, amparándose en una ley federal que protegía la reserva de la información telegráfica, le impidió el acceso a sus ficheros. Ante los obstáculos planteados por los empleados de Western Union, Polk apeló al gobierno para que aplicase alguna presión sobre su presidente, Newcomb Carlton. Había transcurrido el fin de semana y el presidente debía aparecer ante el Congreso a la una de la tarde. Durante la

mañana, Wilson mandó una copia del telegrama de Zimmermann, que calificaba crípticamente de «pasmoso[8]», al coronel House, sin manifestar cuál era su opinión sobre el mismo, ni pedirle la suya al coronel (lo que hubiese sido superfluo, dado que House siempre ofrecía su opinión, con el fin de apuntarla inmediatamente en su agenda, de forma que en alguna anotación ulterior pudiese dejar constancia para la posteridad de que el presidente había actuado según «su sugerencia»). Durante el lunes Wilson decidió no hacer público el telegrama, probablemente no para esperar el regreso de Lansing —que no tendría lugar hasta el día siguiente—, sino con el fin de poner a prueba la opinión del Congreso antes de la publicación del documento.

No existe prueba alguna de que Wilson hubiese considerado no hacer público el telegrama. De hecho, cuando Polk se puso en contacto, aquel mismo día, con el embajador Fletcher en México para comunicarle el contenido del telegrama de Zimmermann[9], le dijo que el gobierno norteamericano no creía que fuese ético ocultar aquel documento al público. Ante la expectativa de que la publicación del telegrama causaría «gran consternación» y «profunda preocupación», Polk le ordenó a Fletcher que consiguiese una declaración del presidente Carranza de «desinterés» por parte de México. En Washington se sospechaba que a Carranza posiblemente le interesaba una alianza con Alemania, pero procuraban brindarle una oportunidad de que la rechazase. Carranza no la aceptó, como lo indica el telegrama que Von Eckhardt mandó aquel mismo día, 26 de febrero, a Zimmermann: «Sumamente secreto. Comenzarnos negociaciones… (indescifrable)… ¿Podemos suministrar municiones? Solicito respuesta[10]».

A la una de la tarde, con un traje impecable y aspecto muy elegante[11], el presidente ocupó la tribuna para pronunciar su discurso ante los congresistas en el que solicitaba que se autorizase el uso de armas en los buques mercantes norteamericanos, con el fin de que lograsen llevar a cabo «sus legítimas y pacíficas tareas en los mares». Mientras Wilson hablaba, comenzaron a sonar los teletipos con la noticia del hundimiento del pequeño transatlántico *Laconia*, de la línea Cunard, que había sido torpedeado dos veces sin previo aviso, en el que perecieron dos norteamericanos. La noticia se esparció por la cámara de boca en boca. Ambos grupos se reafirmaron en sus respectivas posiciones: los pacifistas querían evitar que buques norteamericanos se hiciesen a la mar para enfrentarse a la misma suerte, en tanto que los partidarios de los aliados proponían que se armasen los buques con el fin de no permitir que la belicosidad alemana les negase el derecho de cruzar el océano.

El martes por la mañana, en el momento en que Lansing entró en su oficina, el subsecretario Phillips le mostró el «extraordinario mensaje» de Zimmermann. Ante él se encontraba el error que desde hacía mucho tiempo deseaba que los alemanes cometiesen. Polk le comunicó que todavía no habían conseguido la copia del telegrama transmitido por Von Bernstorff, pero que con cierta cooperación por parte de Western Union esperaban conseguirla en breve. A las once Lansing se dirigió a la Casa Blanca para entrevistarse con el presidente; llevaba consigo un documento que Polk había obtenido en los archivos del propio departamento de Estado, que consistía en «un mensaje de excepcional extensión de unos mil grupos» recibido por Von Bernstorff a través del departamento de Estado, el 17 de enero. Ésta era la prueba del humor sardónico de Zimmermann, que abusó de los medios que los norteamericanos habían puesto a su disposición para tramar un complot contra ellos. Al presidente no le hizo ninguna gracia.

«¡Dios mío!»[12], exclamó Wilson, indignado hasta el punto de utilizar palabras soeces cuando leyó el texto íntegro de la afrenta de los alemanes. El asunto afectaba profundamente a su sensibilidad, dado que era consciente de su participación por el hecho de haber actuado de forma antineutral al permitir a los alemanes el uso del cable telegráfico en cuestión, tanto más embarazoso cuanto los ingleses estaban al corriente de ello. Cuando algún asunto le afectaba personalmente —como había ocurrido con el asesinato de Madero por parte de Huerta—, Wilson se encolerizaba enormemente.

Lansing —a quien Daniels llamaba «ratón» y Page, en uno de sus momentos de mayor desprecio, había calificado de «abogado de biblioteca»—,[13] era un tipo correcto y cuidadoso cuya contribución a los múltiples sucesos de la posguerra reveló muy poco con relación a sus sentimientos en momentos dramáticos. Sin embargo, probablemente le invadió cierta autosatisfacción —basada en haber pronosticado los hechos— cuando le comunicó a Wilson el canal a través del cual Zimmermann había mandado el telegrama. Por primera vez, Lansing se vio obligado a frenar al presidente. Le aconsejó que no divulgase oficialmente el telegrama, ya que produciría la impresión de que intentaba influir en el Congreso, y le sugirió que esperase, por lo menos, hasta que Polk consiguiese la copia de Western Union. A pesar de su ira, Wilson supo aceptar la sensatez de la explicación de Lansing y accedió. El comportamiento insultante de los alemanes le había afectado tan profundamente que rogó a Page que le agradeciese a Balfour la información facilitada[14] —que calificó de «un valor inestimable»— y que le

transmitiese su más profundo agradecimiento por «un acto de amistad tan notable por parte del gobierno británico». La neutralidad tambaleaba.

Lansing se sentía más feliz que nunca cuando regresó al departamento de Estado, donde Polk le mostró con orgullo el telegrama de Von Bernstorff que había conseguido de los archivos de Western Union. Se recibió una respuesta del embajador Fletcher[15], en México, en la que decía que Carranza estaba ausente de la capital pero el ministro de Asuntos Exteriores, Aguilar[16], había negado tener conocimiento alguno de las propuestas de Zimmermann. En realidad, Aguilar estaba perfectamente al corriente de todo, ya que él era quien negociaba con Von Eckhardt en ausencia de Carranza y, por otra parte, había establecido ya contactos con los japoneses, según constaba en el telegrama enviado por Von Eckhardt a Zimmermann el 2 de marzo. En dicho mensaje Von Eckhardt manifestaba que considerando inoportuno visitar a Carranza en Querétaro, había decidido ponerse en contacto con el ministro de Asuntos Exteriores, el 20 de febrero. El siguiente fragmento corresponde al texto del telegrama: «El ministro se ocupó gustoso del asunto y entabló inmediatamente una conversación con el embajador japonés que duró una hora y media, cuyo contenido me es desconocido. A continuación se desplazó para visitar al presidente en el lugar donde se encontraba en aquellos momentos». Esta información era, naturalmente, desconocida en Washington.

El martes por la noche se supo que La Follette había organizado un grupo de diez senadores para obstaculizar el proyecto de ley destinado a armar los barcos mercantes. Wilson había incitado una pelea y ahora tenía que atenerse a las consecuencias. A la mañana siguiente, miércoles, el presidente decidió divulgar el telegrama de Zimmermann y llamó a Lansing para comunicárselo, además de decirle que quería celebrar una conferencia con otros dos miembros del gabinete, McAdoo y Burleson, con el objetivo de discutir la forma de difundirlo. Más tarde, Lansing llamó al presidente para comunicarle que no había logrado ponerse en contacto con los ministros en cuestión, lo que sólo era una forma de informarle que prefería actuar por su propia cuenta, ya que es absurdo suponer que sea imposible hacer llegar un mensaje presidencial a dos ministros que se encuentran en el Senado.

Mientras el presidente deliberaba, el departamento de Estado transmitió el texto que había obtenido de Western Union a la embajada norteamericana en Londres para su confirmación. En aquellos momentos se supo que el senador Stone[17] de Misisipi —presidente demócrata del comité de relaciones extranjeras y, por consiguiente, jefe administrativo a cargo del proyecto de ley para armar los buques mercantes— había decidido oponerse al proyecto y se

negó a presentarlo en el Congreso. Le seguía en importancia el senador Hitchcock de Nebraska, que era tan sumamente pacifista que se le podía calificar de germanófilo[18] y ya había votado contra el proyecto en el comité.

A las cuatro de la tarde Wilson telefoneó a Lansing para decirle que estaba dispuesto a entregar el telegrama a la prensa, para su publicación a la mañana siguiente y sugirió que antes lo examinase el senador Hitchcock. Veinte minutos más tarde Hitchcock llegó al departamento de Estado, donde Lansing le leyó el mensaje alemán interceptado. Fue en ese preciso momento, aproximadamente las cuatro y media de la tarde del 28 de febrero, cuando el telegrama de Zimmermann empezó a hacer su efecto sobre el público norteamericano en la persona del senador de Nebraska. Impresionó al senador Hitchcock, como impresionaría a todos los neutrales, pacifistas y germanófilos, que de esta forma comprendieron la hostilidad alemana para con Norteamérica. El senador reconoció que se trataba de un «siniestro complot» y que sin duda provocaría un gran escándalo[19]. Cuando Hitchcock puso en duda la autenticidad del telegrama, Lansing le respondió que podía garantizársela y rogó al senador que comunicase su contenido a su colega Stone. Dadas las circunstancias, el senador por Nebraska aceptó hacerse cargo del proyecto de ley para armar buques mercantes que, al igual que el presidente, esperaba contribuyese a evitar que su país entrase en guerra.

La próxima etapa consistiría en facilitar el telegrama a la prensa, tal como lo había indicado el presidente, pero era necesario decidir a quién correspondería asumir la responsabilidad[20]. A Lansing todavía le preocupaba que pudiese parecer un acto deliberado, destinado a influir en el Congreso, por lo cual resolvió darlo a conocer oficiosamente a través de la agencia Associated Press. A las seis de aquella misma tarde, Lansing invitó a E. M. Hood, de la mencionada agencia, a su casa, donde le leyó el texto del telegrama y le rogó que guardase el más absoluto secreto con relación al origen de la información más sensacionalista de la historia de la guerra.

La noticia apareció en ocho columnas en los matutinos del jueves 1 de marzo. El *Times* decía:

ALEMANIA BUSCA ALIANZA CONTRA EE. UU.
PIDE A JAPÓN Y MÉXICO SE UNAN A ELLA;
TEXTO ÍNTEGRO DE LA PROPUESTA HECHO PÚBLICO

El *World* ofreció una sinfonía de subtítulos que ocupaban media página:

ALEMANIA PIDE A MÉXICO Y JAPÓN
QUE ATAQUEN EE. UU. SI ENTRA EN GUERRA;
BERNSTORFF CABECILLA DEL COMPLOT

Obra en poder del presidente una nota del ministro de Asuntos Exteriores Zimmermann en la que éste manifiesta su proyectada agresión y el deseo de formar una alianza con México; proyectan reconquistar Texas, Arizona y Nuevo México. Carranza debe transmitir propuestas a Japón —se supone que Bernstorff, como jefe de los diplomáticos involucrados, dirigió la conspiración— aunque tenía que procurar mantener la neutralidad de EE. UU. Este complot representa la culminación de las actividades secretas alemanas y su descubrimiento parece explicar la peculiar política del gobierno mexicano en cuanto al fomento de embargos. El público quedará atónito si el gobierno decide divulgar todas las pruebas referentes a complots.

La noticia causó sensación en el país entero, anotó Lansing en su agenda. Ni el almirante Hall podía haber deseado un éxito más resonante. Probablemente la ira del público habría sido todavía mayor si se hubiese divulgado el canal utilizado por Zimmermann para transmitir su mensaje, pero nunca se dio a conocer este embarazoso hecho. Un periodista se acercó mucho a la realidad cuando escribió que el telegrama había sido transmitido por un canal secreto, que el gobierno conocía «pero se negaba a revelar»; negación más que comprensible.

La información facilitada por la agencia de prensa no daba indicación alguna de la forma en que se había obtenido el telegrama. Decía simplemente: «Associated Press no está autorizada a revelar…»; a continuación describía la alianza propuesta por Zimmermann, agregaba que el gobierno poseía una copia de dicho documento y seguidamente narraba la historia de las intrigas alemanas en México. Contenía un solo error, que causaría enormes problemas. En su entrevista con el corresponsal de Associated Press, Lansing estaba sujeto a las mismas limitaciones que Page y Hall lo habían estado antes que él, es decir, debía revelar suficiente información para ser convincente sin dar a conocer ningún secreto comprometedor. Tal vez debido a un error de comprensión, o posiblemente a causa de las prisas cuando se compaginó la información, Hood escribió que el telegrama de Zimmermann había estado en manos del presidente desde la ruptura de relaciones con Alemania, que tuvo lugar el 3 de febrero, cuando en realidad Wilson no lo recibió hasta el 24 del mismo mes.

Cuando los congresistas entraron en el Capitolio el jueves por la mañana, habían llegado a los más recónditos lugares del país los periódicos que publicaban, a grandes titulares, la noticia del complot alemán. «Profunda conmoción en el Congreso», decía *The New York Sun*. El patriotismo invadió la cámara baja y el proyecto para armar los buques mercantes fue aprobado por 403 votos a favor y 13 en contra. La suerte fue otra en el Senado donde, después de aplazar el proyecto, los senadores se entregaron a un prolongado debate retórico sobre la autenticidad del telegrama de Zimmermann. El instigador fue el senador de Massachusetts Henry Cabot Lodge, amigo y

aliado de Theodore Roosevelt, cuya minuciosa mente percibió de inmediato, cuando leyó el periódico matutino, que los destinos de Wilson y de la guerra estaban en sus manos. Lodge era decididamente partidario de los aliados y detestaba a Wilson, a quien había atacado sistemáticamente durante los dos últimos años.

«En el momento en que lo vi —confesó Lodge cuando habló con Roosevelt—, presentí que causaría una gran conmoción en todo el país[21]». Si se lograba forzar al presidente a que dijese que era auténtico, éste habría caído en su propia «trampa». De este modo brindaría al pueblo norteamericano una razón nacional para estar enfurecido contra Alemania y no podría desentenderse de las consecuencias. Wilson le había facilitado a Henry Cabot Lodge, para su enorme satisfacción, un instrumento «de utilidad casi ilimitada para forzar la situación».

En el momento en que Lodge llegó al Senado presentó una solicitud para que el presidente hiciese una declaración con relación al telegrama de Zimmermann. Entonces se sentó y observó cómo se desarrollaba la acción en la forma en que él lo había previsto. Todos los senadores pacifistas mostraron inmediatamente sus más siniestras sospechas con relación al origen del telegrama y cuanto más se discutía, naturalmente, mayor era la necesidad, por parte de Wilson, de establecer la autenticidad del telegrama. ¿Cómo había sido obtenido? ¿De quién? ¿Cuándo? Éstas eran las preguntas a las que el senador Stone buscaba una respuesta. El senador había descubierto un error en la información facilitada por Associated Press y atribuía a Wilson los motivos más reprobables en la retención del telegrama durante cuatro semanas, en una época tan delicada. Stone llegó a sugerir que aquel asunto había sido instigado por el gobierno de algún país beligerante y propuso que se manifestase si éste era realmente el caso.

El senador Stone preguntaba concretamente si la información en cuestión procedía de Londres y si había sido facilitada por el gobierno de aquel país. Tanto su voz como su forma de plantear la cuestión indicaban claramente que si la respuesta era afirmativa, el asunto del telegrama de Zimmermann debía ser considerado como una estratagema por parte del gobierno británico.

Otros senadores, sin embargo, estaban más impresionados por la amenaza alemana. «La publicación del telegrama ha encolerizado al pueblo norteamericano —declaró el senador Thomas, de Colorado, sin preocuparse demasiado por su lenguaje—, y nosotros compartimos su exaltación». «No nos importa la forma en que se obtuvo —dijo el senador Williams de Misisipi —, lo único que debemos preguntarnos es si el telegrama realmente existe y si

es auténtico». Entonces intervino el senador irlandés O'Gorman de Nueva York, para renovar la acusación contra la pérfida Inglaterra, con el apoyo de otro senador demócrata, Tillman de Arkansas, que dijo que el telegrama era falso. El senador Smith de Michigan, aseguró que había sido fraguado por la mente de un truhán. Diversos expertos políticos que contribuyeron a este debate se arrepentirían pronto de haberlo hecho[22].

Mientras se desarrollaban las acaloradas discusiones, en el departamento de Estado los sofisticados caballeros de la prensa, que no estaban dispuestos a dejarse embaucar, interrogaban a Lansing, quien les aseguró rotundamente, en nombre del gobierno norteamericano, que el telegrama era perfectamente auténtico y les insinuó que su persistencia para obtener mayor información podía poner en peligro la vida de los responsables. Les dejó con la impresión de que algún audaz espía se había apoderado del telegrama en México, Washington o, posiblemente, en Alemania. Los periodistas se deleitaron en la publicación de un sinfín de historias de capa y espada que ocuparon las páginas de los periódicos durante varias semanas, hasta que cada periódico encontró una teoría predilecta con relación al origen del telegrama. Los lectores seguían con interés las aventuras relatadas por los corresponsales que buscaban pistas a diestro y siniestro.

Sin embargo, el día en que el telegrama salió a la luz pública por primera vez fue objeto de algunos comentarios adversos. Cuando Lansing se enteró, después de haber despedido a los periodistas, de la resolución de Lodge, comprendió que era preciso hacer otra declaración oficial. Sin perder ni un minuto, Lansing envió una nota —redactada apresuradamente por Polk— a Page[23], en Londres, en la que le pedía con carácter urgente que, dadas las dudas que habían aparecido con relación a la autenticidad del telegrama, él o alguno de sus subalternos de la embajada descifrase personalmente el texto de la Western Union, con el fin de «reforzar nuestra posición y de este modo poder afirmar que el telegrama de Zimmermann ha sido obtenido por personal norteamericano». Después de esto comenzó a elaborar el informe que debía firmar el presidente en respuesta a la resolución de Lodge.

Por la tarde el Senado seguía invadido por aires de sospecha. Era lamentable que el mejor defensor del presidente en la cámara alta fuese el senador Fall de Nuevo México —el magnate del petróleo de futura fama internacional—, que pronunció un apasionado discurso, en el que declaró que jamás había oído insinuaciones de tal índole contra un presidente, desde el proceso de *impeachment* de Andrew Johnson. En realidad, el senador Fall odiaba a Wilson —debido a su política con respecto a México— pero su

función senatorial consistía en procurar que Estados Unidos interviniese en México, y el telegrama de Zimmermann podía contribuir a este fin. A continuación intervino el senador Oscar Underwood de Alabama, que pronunció un discurso en defensa de Zimmermann. Según dicho senador el ministro alemán se había limitado a transmitir las instrucciones pertinentes al representante de su país en México, para el caso de que Estados Unidos declarase la guerra a Alemania. Éste era, aseguraba el senador, un procedimiento correcto, carente de «intenciones hostiles» para con Estados Unidos.

Éste sería un aspecto del asunto en el que se apoyarían tanto los pacifistas en Norteamérica como el propio Zimmermann y otros grupos interesados en Alemania. El debate podía haber sido esclarecido con la publicación del siguiente telegrama de Zimmermann, del 5 de febrero, en el que ordenaba a Von Eckhardt que no esperase hasta que Norteamérica entrase en guerra, sino que estableciese la alianza «en aquel preciso momento», lo que demostraba que los planes de Zimmermann no estaban supeditados a la entrada de Estados Unidos en la guerra, ya que ordenó que se llevasen a cabo cuando los norteamericanos todavía eran neutrales. Sin embargo, este segundo telegrama, debido a alguna razón que aún no se ha esclarecido, no se publicó hasta después de la guerra. Posiblemente Hall fue quien se opuso a su difusión dado que había sido mandado directamente a Von Eckhardt y su aparición habría proporcionado pistas muy útiles a los alemanes para descubrir dónde se había obtenido la información. También cabe la posibilidad de que el gobierno norteamericano —en el supuesto de que conociese la existencia de este segundo telegrama— prefiriese no utilizarlo con el fin de permitir un mayor campo de acción a Carranza para rechazar la idea de unirse a Alemania contra Estados Unidos. Si éste era el caso, todo fue en vano, ya que Carranza no se ajustó a sus planes. Fuere cual fuese la razón para ocultar el segundo telegrama de Zimmermann, el hecho es que no se dio a conocer hasta que se publicó el informe del comité investigador de la república alemana en 1920.

A las seis de aquella tarde se aprobó por unanimidad la resolución de Lodge que, en su forma enmendada, solicitaba que el presidente facilitase toda la información que poseía sin poner en riesgo la seguridad nacional, en lugar de limitarse, como lo hacía originalmente, a pedirle su opinión sobre la autenticidad del telegrama. A Lodge no le importaba la modificación, ya que se daba por satisfecho con cualquier vínculo público que el presidente estableciese con el telegrama. Las sesiones del Senado se prolongaban más

que de costumbre debido a que sólo faltaban tres días para su clausura y aquella misma noche el presidente expondría su respuesta.

Nunca ha podido dilucidarse si Wilson no comprendió las implicaciones de la resolución de Lodge o si estaba tan enojado por la perfidia de Zimmermann y por la oposición a su proyecto de ley para armar los buques mercantes, que nada le importó. Si, por otra parte, Lansing comprendió las posibles consecuencias, es otro asunto. Es probable que las comprendiese. Los alemanes habían cometido finalmente el error que durante tanto tiempo había esperado y no estaba dispuesto a permitir que ni el presidente ni el país eludiesen sus conclusiones. Lansing no quiso esperar la confirmación de Page y no cabe duda de que forzó la marcha al presidente. En sus memorias relata que se vio obligado a salir de su despacho antes de terminar la respuesta a Lodge, que ordenó a un empleado que la llevara a la embajada italiana —donde cenaba aquella noche—, que abandonó la mesa para firmarla, y que llamó por teléfono a la Casa Blanca para que permitiesen la entrada del empleado en cuestión, con el fin de que llegase a manos de Wilson sin pérdida de tiempo. Excepcionalmente, Wilson no se retiró a meditar. El presidente leyó el informe que afirmaba que el gobierno disponía de pruebas referentes a la autenticidad del telegrama, que hacía menos de una semana que el documento había llegado a sus manos y que no era posible facilitar más información. A continuación lo mandó al Senado, donde se recibió a las ocho de la noche. Lodge había puesto un punto final definitivo a la historia.

«Hemos logrado vincular a Wilson con la nota[24] —informó Lodge a Roosevelt con tono victorioso—. Esto, en mi opinión, ha sido un gran triunfo. Es de suponer que dicho mensaje logrará que el país entero exija la guerra… Hemos obligado a Wilson a hacerse responsable».

La declaración más justa que se ha hecho sobre el terrible dilema de Wilson la pronunció Lodge, su mayor enemigo: «No quiere entrar en la guerra, pero creo que está a merced de los acontecimientos».

Al día siguiente, viernes, 2 de marzo, se reunía el gabinete. Los ministros, que no habían sido consultados hasta ese momento, discutían ahora con gran ansiedad las medidas que sería preciso tomar en el caso de que Zimmermann repudiase el telegrama. Atónito e incrédulo ante la publicación del mensaje, el gobierno alemán se había sumido en el silencio más absoluto, tras el cual se llevaban a cabo incesantes investigaciones.

En Norteamérica, la declaración de Wilson había tranquilizado muchas mentes, pero, por descontado, no todas. No había surtido efecto alguno en los senadores Stone y O'Gorman, como tampoco en el grupo de los once

senadores que, dirigidos por La Follette y Norris, de Nebraska, mantenían su oposición ante el proyecto de ley para armar los buques mercantes, cuando sólo faltaban cuarenta y cinco horas para que se suspendieran las sesiones del Senado. Finalmente los senadores se salieron con la suya, con lo que lograron provocar el comentario más memorable jamás pronunciado por Wilson. En los círculos del poder había otras personalidades que tampoco se sintieron impresionadas. Después de que el presidente garantizase la autenticidad del telegrama, Hearst ordenó a sus redactores[25] que calificasen el documento de «probablemente falso y fraguado». George Sylvester Viereck, redactor jefe de *The Fatherland*, conocido germanófilo y agente secreto alemán, sin ninguna vacilación declaró que el documento era «una descarada falsificación de los agentes británicos… un documento absurdo, obviamente falsificado[26]».

No solamente los germanófilos y los pacifistas dudaban de la autenticidad del documento. El 2 de marzo los distinguidos socios del Round Table Dining Club[27] —que reunía a los elementos más selectos de la intelectualidad, la sociedad y la élite profesional neoyorquina— discutían las implicaciones del telegrama de Zimmermann mientras tomaban ostras y oporto en el Knickerbocker Club. Entre otros, estaban presentes Elihu Root, Joseph H. Choate —exembajador en Inglaterra—, Wickersham —exfiscal general del Estado—, Nicholas Murray Butler, así como numerosos obispos, banqueros, directores de publicaciones y abogados. Los socios podían ir acompañados de invitados, siempre que éstos fuesen del agrado de los demás socios. Uno de los invitados aquella noche era el capitán Guy Gaunt y a pesar de que aquello no era, naturalmente, una reunión de germanófilos ni de neutrales, Gaunt le informó más adelante al almirante Hall de que «todos los presentes se predispusieron en contra de él». Choate —tan anglófilo como el que más entre los norteamericanos— manifestó abiertamente que la nota de Zimmermann era falsificada, opinión que compartieron la mayoría de los presentes. Cuando los socios del Round Table Club exigieron pruebas, el capitán Gaunt les preguntó, con expresión severa, si realmente deseaban conocer los detalles «si se tenía en cuenta que ello pondría en peligro algunas vidas». Cuando le preguntaron, sin rodeos, si sabía algo de aquel asunto, les respondió sorprendido que no comprendía por qué le interrogaban en lugar de aceptar la palabra de su presidente. Todos enmudecieron.

Cuando un grupo tal como el del Round Table mostraba incredulidad, no es sorprendente que los miembros del gabinete estuviesen preocupados[28] por la forma de verificar la autenticidad del telegrama. Entretanto, Lansing recibió un telegrama de Page en el que le decía que se ocupaban de descifrar

el texto de la Western Union, cuyos resultados se darían a conocer en breve. En efecto, Edward Bell[29] trabajaba incesantemente con la ayuda de Grey y del libro de claves de la Sala 40. El mensaje descifrado que confirmaba el texto original fue recibido al atardecer. En realidad, este nuevo documento no aportaría demasiado, ya que si bien contribuiría a disipar algunas dudas que pudiesen todavía existir entre los miembros del gobierno, no podía ser divulgado públicamente sin comprometer a la Sala 40. No obstante, una confirmación totalmente inesperada fue remitida por el infatigable agente Cobb desde El Paso, en la que decía que el general Villa acababa de marcharse del Parral[30] con tres mil soldados, con la intención de «ayudar a los alemanes a derrotar a Estados Unidos y recuperar Texas, Arizona y California». Las palabras de Pancho Villa eran demasiado parecidas a las del telegrama de Zimmermann para tratarse de una mera coincidencia, lo que significaba que probablemente también había sido objeto de alguna propuesta por parte de los alemanes o que se había enterado de la misma por algún otro canal.

Esto, sin embargo, no sería de mucha utilidad para el gobierno norteamericano cuando tuviesen que enfrentarse a la repudiación alemana del telegrama, que se esperaba de un momento a otro. La autenticidad del telegrama había sido negada ya por los mexicanos, los japoneses y el propio Von Eckhardt. El ministro de Asuntos Exteriores Aguilar manifestó impunemente: «Hasta el día de hoy (2 de marzo) el gobierno mexicano no ha recibido ninguna propuesta del gobierno imperial alemán para formar una alianza». El embajador japonés, que había discutido durante una hora y media el asunto con Aguilar, manifestó su ignorancia total al respecto. La negativa de Von Eckhardt, sin embargo, no estaba dotada de la misma firmeza que las demás, posiblemente porque le preocupaba ignorar a través de qué canal se había obtenido la información. «Si desean decir algo, digan que el embajador alemán no sabe nada sobre este asunto», declaró a los periodistas[31]. Después pensó que sería una buena idea implicar a Von Bernstorff y añadió: «Vayan a Washington a buscar la información que desean».

«Para gran sorpresa y alivio de todos», en palabras de Lansing, Zimmermann, por alguna razón totalmente inexplicable admitió ser el autor del telegrama. He aquí el segundo error, escribió Lansing con la satisfacción propia de un adolescente. El ministro norteamericano opinaba que Zimmermann había mostrado escasa astucia y pocos recursos al reconocer la verdad, ya que de esta forma no sólo solventaba el dilema de los

norteamericanos, sino que además desperdiciaba la oportunidad de averiguar cómo se había obtenido el mensaje.

No se conoce la razón que impulsó a Zimmermann —que, a pesar de la opinión de Lansing, era astuto e ingenioso— a cometer tal acto. Es poco probable que estuviese demasiado aturdido para pensar con claridad, ya que dispuso de dos días para considerar su respuesta y los alemanes no habían hecho nunca declaraciones oficiales sin previa deliberación. Probablemente creía que si los norteamericanos habían sido capaces de conseguir una versión auténtica de aquel documento, era muy posible que también dispusiesen de pruebas irrefutables con relación a su autoría y, por tanto, una negativa por su parte sólo podía conducir al ridículo. Esto era totalmente lógico, pero erróneo.

En el transcurso de una conferencia de prensa convocada por Zimmermann poco antes de que se diese a conocer su declaración, William Bayard Hale —que se encontraba en Berlín en calidad de corresponsal de Hearst— intentó evitar que el ministro alemán se comprometiese. Hale era, desde hacía dos años, agente secreto alemán y recibía un salario anual de 15 000 dólares del gobierno alemán para que actuase como consejero de propaganda en la embajada de Alemania en Norteamérica[32]. Esta actividad secreta de Hale no era conocida en aquellos momentos, ni lo fue durante mucho tiempo.

«Naturalmente Su Excelencia negará la autenticidad de esta información[33]», dijo Hale a Zimmermann con frenético apremio, en un intento por hacer pasar nuevamente el asunto a manos de Estados Unidos. El ministro de Asuntos Exteriores no comprendió la insinuación: «No puedo negarlo[34] —dijo—, es cierto».

12

OBLIGADOS A CREERLO

La admisión de Zimmermann destruyó la indiferencia[1] con la que tres cuartas partes de la población norteamericana contemplaba la guerra hasta aquellos momentos. «¡Se refieren a nosotros!», jadeó unánimemente la población. Nada de lo que había ocurrido desde el comienzo de la guerra había hecho sentir tanta hostilidad a los norteamericanos ni conmovido tan profundamente la opinión del país entero. En 1915, el hundimiento del *Lusitania* había afectado enormemente a la nación, pero se trataba de una preocupación humanista, no personal. En este caso era diferente. Alemania se proponía atacar directamente Estados Unidos, para lo cual conspiraba con sus propios vecinos, que intentaban apoderarse de parte del territorio norteamericano; peor aún, conspiraban con el propósito de enfrentar a Norteamérica con un terrible enemigo oriental. Esto representaba una amenaza directa contra la integridad de Estados Unidos, que sorprendió intensamente a los norteamericanos ya que nunca habían creído que ésta fuese la intención de los alemanes.

La preocupación afectó a los lugares más recónditos del país, tales como los estados de Omaha y Nebraska, que se encuentran a casi dos mil kilómetros de la costa y más de mil de México. «La contienda cambia de cariz —declaraba el *World Herald* de Omaha—.[2] Alemania contra Gran Bretaña se convierte en Alemania contra Estados Unidos».

Wilson había afirmado que el pueblo norteamericano no creería en las intenciones hostiles de Alemania para con Estados Unidos «a no ser y hasta el momento en que nos veamos obligados a creerlo». Sin embargo, cuando el presidente decidió que la campaña submarina no era prueba suficiente de la agresividad germana, el pueblo norteamericano, en general, estuvo de acuerdo con él; el hundimiento de barcos mercantes por torpedos alemanes, con la consecuente pérdida de algunas vidas —inclusive norteamericanas—, les

convenció de que los alemanes eran terribles pero no de que fuesen directamente hostiles contra Estados Unidos. A pesar de la campaña que se llevaba a cabo en Washington con relación a los derechos de los neutrales y la libertad en los mares, la mayoría de los norteamericanos, que nunca habían visto el mar, no consideraban que la violación de leyes internacionales ni los peligros a los que se exponían aquellos que escogían cruzar los mares en tiempos de guerra fuesen causas suficientes para despertar su beligerancia. Por otra parte, se habían acostumbrado a las atrocidades de la guerra y también a las crisis oficiales a raíz del hundimiento de buques: el *Lusitania*, el *Sussex* y el *Arabic*, sucesivamente. En cada ocasión Wilson redactó una nota, Bryan dimitió, se escribieron innumerables cartas en incomprensible lenguaje diplomático —sin olvidar algunas amenazas específicas y ultimátums—, todo ello combinado con erupciones de la misma índole relacionadas con el contrabando y las listas negras de los ingleses. Estos confusos problemas eran ajenos a la mayoría de la población.

Sin embargo, el complot prusiano de invasión —tal como la prensa denominó al telegrama de Zimmermann— era tan evidente como una puñalada por la espalda y tan próximo como el vecino de enfrente. Todo el mundo lo comprendió instantáneamente. Desde el momento en que los alemanes se proponían atacar el territorio de Estados Unidos, el concepto de neutralidad era redundante. La prensa de los estados centrooccidentales partidarios del aislamiento lo reconoció de un día para otro. *The Daily Tribune* de Chicago advirtió a sus lectores que era perentorio comprender «que Alemania nos considera enemigos» y que Estados Unidos ya no puede permitirse el lujo de eludir «una participación activa en el presente conflicto». *The Plain Dealer* de Cleveland dijo que no era «ni virtuoso ni digno» negarse a luchar en aquellos momentos. *The Northwestern* de Oshkosh declaró que el telegrama había convertido a pacifistas, oponentes y criticones en patriotas de la noche a la mañana. *The Times* de Detroit manifestaba que «parece ser que este país entrará en guerra». Todos estos periódicos se habían mantenido ardientemente neutrales hasta el momento en que Zimmermann, con su disparo al aire, provocó la caída de la neutralidad como si de un pato muerto se tratase.

La confesión del ministro alemán disolvió la incredulidad de pacifistas y germanófilos. Según George Sylvester Viereck[3], esto acabó con el progermanismo en Estados Unidos. Dijera lo que dijese el gobierno norteamericano, no habría logrado convencer a los que dudaban, sin embargo cuando Zimmermann afirmó «es cierto», acalló automáticamente todos los

rumores concernientes a la posible falsedad del documento o a cualquier estratagema por parte de los ingleses. A raíz de este hecho, los estadounidenses de origen alemán —cuyo apoyo Zimmermann esperaba— optaron por solidarizarse con su patria norteamericana. En Minneapolis, donde existía una gran concentración de germano-norteamericanos, *The Journal* manifestó que a los norteamericanos de origen alemán ya no les era posible seguir siendo leales a su país de origen y a su país de adopción. *The Tribune*, por su parte, afirmaba que el proyecto alemán consistente en oponer antagónicamente Japón y Estados Unidos constituía «un acto bélico». En Milwaukee, sede de la industria cervecera alemana, *The Journal* admitía que la confesión de Zimmermann contribuiría probablemente a que los numerosos germanófilos que residían en aquella zona cambiasen de opinión. La predicción resultó correcta, como lo demostró el sometido silencio o la repentina proclamación de lealtad a Estados Unidos que manifestaron el *Staats-Zeitung* de Chicago[4], el *Abend-Post* de Detroit, el *Volksblatt* y el *Freie Presse* de Cincinnati, y el *Amerika* de St. Louis.

La indignación era desbordante en los estados de la costa pacífica y, en Texas, *The Light* de San Antonio afirmaba con «modestia y sinceridad» que si los ejércitos alemán-mexicano-japonés invadían Texas, no quería ningún texano vivo, a no ser que estuviese luchando del otro lado de la frontera. *The Times* de El Paso montó en cólera ante «la intriga y la soterrada animosidad» del militarismo prusiano. Y desde California, *The Bee* de Sacramento evidenció su desafuero ante «la enemistad traicionera, actitud socavada y repugnantes intrigas» de los alemanes.

Todos los periódicos, desde Vermont hasta Florida y Oregón, mostraban que la declaración de Zimmermann había contribuido a la cristalización de sentimientos. *The Republican* de Springfield, Massachusetts, decía que nada podía haber contribuido tanto a la consolidación del pueblo norteamericano como la amenaza hostil contra su territorio. Al mismo tiempo *The Tribune* de Los Ángeles aseguraba que se habían extinguido todas las diferencias de opinión en el país. Estos comentarios no reflejaban enteramente la realidad, ya que la opinión de los periódicos nunca corresponde exactamente a la de los ciudadanos. El pacifismo no había desaparecido; sin embargo, había quedado relegado a un segundo plano e imperaba el sentimiento de que Norteamérica —lo quisiese o no— formaba ahora parte de la contienda y se vería obligada a luchar.

En la costa Este —reconocidamente anglófila—, para la prensa, la confesión de Zimmermann fue como una bendición del cielo que serviría para

que el resto del país comprendiese el peligro que Alemania representaba. *The Express* de Buffalo dio rienda suelta a su imaginación y habló de «hordas de mexicanos al mando de oficiales alemanes que arrasaban Texas, Nuevo México y Arizona». *The American* de Nueva York[5] incluyó, por su propia cuenta, a Rusia en la propuesta alianza entre Alemania, México y Japón, cuyos ejércitos ocuparían y dividirían a Norteamérica: México reconquistaría el sudoeste donde restauraría el barbarismo, Japón se apoderaría del extremo oeste del país y lo «orientalizaría», Alemania y Rusia obligarían al resto de los norteamericanos, durante varias generaciones, a pagar enormes impuestos e indemnizaciones. «¡Ciudadanos, prepárense! —ordenaba finalmente el artículo en cuestión—, las horas son breves, los días están contados…».

A mediados de marzo, dos semanas después de la publicación del telegrama de Zimmermann, los ciudadanos norteamericanos, en general, comprendieron que tenían que aceptar la inminencia de la guerra. La prensa se había anticipado al propio presidente. Quedaban todavía algunos pacifistas que expresaban sus opiniones, pero la mayoría de la gente estaba ideológicamente preparada e incluso en algunos casos lo estaba en el plano militar. No exigían la guerra, se limitaban a esperarla: estaban pendientes de la decisión de Wilson. Theodore Roosevelt, por su parte, se mostraba ansioso por entrar en acción. Si el complot alemán destinado a que México y Japón unidos desarticulasen la nación norteamericana no era un acto bélico manifiesto, declaró en una reunión pública, tampoco lo fueron Lexington y Bunker Hill. «Si Wilson sigue sin declarar la guerra —escribió a Lodge—, lo despellejaré vivo[6]».

Entretanto, el descubrimiento no había modificado los planes de Zimmermann para forzar a México a entrar en la guerra. Con el fin de que los norteamericanos se viesen obligados a concentrar la atención en su propio continente, los alemanes aumentaron, si cabe, su esfuerzo para provocar un estallido en América Latina. Se recibían informes en relación a actividades germanas[7] en Guatemala, en la frontera meridional mexicana y en El Salvador. Se suponía que Von Eckhardt y el embajador alemán en Guatemala, señor Lehmann, con la colaboración de Carranza, proyectaban desencadenar revoluciones a lo largo de las pequeñas repúblicas centroamericanas. Intentaban derrocar a los gobiernos cuyos países eran partidarios de Estados Unidos con el fin de crear un estado federal de Centroamérica, desde México hasta Panamá, cuyo presidente sería, naturalmente, germanófilo.

En México, la propaganda alemana antiyanqui provocaba incidentes —como por ejemplo los que perpetraba Pancho Villa— destinados a precipitar

la intervención norteamericana que conduciría a la tan esperada guerra. *El Demócrata*, portavoz de la comunidad alemana, publicó una serie de artículos en los que relataba numerosos actos de agresión cometidos por Estados Unidos contra México en el pasado, en el futuro y en la imaginación. Monterrey, lugar donde se cruzaban las líneas férreas de Tampico, Ciudad de México y la costa del Pacífico, estaba lleno de alemanes procedentes de la zona meridional del país. Los agentes alemanes estudiaban las facilidades que ofrecía la costa occidental mexicana para la instalación de bases aéreas y submarinas. El centro de operaciones del general Pershing comunicó la existencia de una congregación de alemanes en Córdoba, cerca de Veracruz. El agente Cobb mandó un telegrama en el que decía: «Mis colaboradores siguen pista cooperación entre Villa y alemanes». El cónsul Canada comunicó que los alemanes y los funcionarios mexicanos en Veracruz mantenían relaciones íntimas: «Celebran reuniones secretas todas las noches».

La presión norteamericana sobre Carranza para que repudiase a los alemanes no surtió mayor efecto que la que Wilson aplicó en otra ocasión sobre el general Huerta para obligarle a saludar la bandera. Incluso cuando el embajador Fletcher se desplazó personalmente a Guadalajara para visitar al presidente**[8]**, Carranza se negó rotundamente a cooperar. Se limitó a negar que los alemanes le hubiesen hecho propuesta alguna y no quiso aclarar cuál sería su actitud en el caso de que se la hicieran. El único tema que le interesaba, según el embajador, era el del embargo.

Todo esto era, naturalmente, insatisfactorio, aunque, Zimmermann tampoco conseguía mayores éxitos. El ministro alemán concentraba sus esfuerzos en averiguar cómo se había dado a conocer el telegrama, al mismo tiempo que procuraba obtener el consentimiento de Carranza para formar una alianza con Alemania. Seguía mandando numerosos telegramas a Von Eckhardt, incomprensiblemente en la misma clave que el telegrama interceptado**[9]**. El almirante Hall había evaluado correctamente el temperamento alemán, que no les permitía considerar siquiera la posibilidad de que una clave elaborada por alemanes pudiese ser descifrada por las mentes menos privilegiadas de otros individuos. Tal como Hall había previsto, los alemanes llegaron a la conclusión de que la copia del telegrama que había llegado a manos de los enemigos debía estar ya descifrada, seguramente a causa de un error por parte de Von Bernstorff o de Von Eckhardt. El hecho de que Von Bernstorff se encontrase a bordo de un transatlántico —en el que permanecería doce días hasta llegar a su país— cuando se publicó el telegrama, brindó a Von Eckhardt la oportunidad, que no

desperdició, de achacar toda la responsabilidad a su excolega. Antes de que se formulase contra él acusación alguna, el embajador en México envió el siguiente telegrama a Zimmermann el primero de marzo: «Traición o indiscreción aquí inconcebible: debió tener lugar en Estados Unidos o bien clave 13040 está comprometida». Von Eckhardt supo darse cuenta de la importancia del segundo telegrama de Zimmermann en el que ordenaba «incluso en este momento» y le aseguró que no había sido publicado, a lo que añadió: «He negado todo conocimiento».

La respuesta de Zimmermann comenzaba así: «Le ruego destruya instrucciones comprometedoras», obviamente el comentario más fútil que se conoce en la historia. También fue innecesario que admitiera la existencia del telegrama original cuando dijo «en relación con esta cuestión, puntualizo que las instrucciones debían llevarse a cabo sólo en el caso de que Norteamérica declarase la guerra. Mensaje número 11 (segundo telegrama) se mantiene también en el secreto más estricto por nuestra parte». No es frecuente que la ingenuidad derive de la arrogancia, sólo la arrogante confianza de los alemanes en la superioridad de su clave puede explicar su ingenuidad al creer que el mensaje número 11 podía seguir siendo secreto cuando el número 1 era conocido.

Nunca se habían divertido tanto los criptógrafos de la Sala 40[10] como cuando interpretaron los mensajes crecientemente agonizantes que se intercambiaban entre Berlín y Von Eckhardt. Utilizando todavía la misma clave —al mismo tiempo que intentaba averiguar cómo había sido traicionada —, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán envió un telegrama a Von Eckhardt el 21 de marzo, en el que decía «sumamente secreto. Descifre personalmente. Ruégole informe en la misma clave quién descifró los mensajes I y II, cómo fueron archivados los originales y las copias descifradas, y en especial si ambos comunicados fueron guardados en el mismo lugar». Von Eckhardt, que reconoció que se trataba de una maniobra para encontrar una víctima propiciatoria, respondió que ambos mensajes habían sido descifrados por Magnus, su secretario, sin que ningún otro miembro del personal de la embajada tuviese acceso a la información. «Magnus quemó los originales y desparramó las cenizas», y con anterioridad a su destrucción permanecieron «en la caja fuerte —que ofrece absoluta seguridad— instalada a tal efecto en el dormitorio de Magnus».

Los mandos berlineses no se contentaron con la explicación de la caja fuerte y las cenizas y le dijeron a Von Eckhardt que «varios indicios sugerían

que la traición había tenido lugar en México… Se recomienda la mayor precaución… queme todo el material comprometedor».

Von Eckhardt respondió, con cierto enojo, que mayores precauciones «de las que tomamos serían imposibles. Magnus me lee todos los telegramas por la noche, en voz baja» (en la Sala 40 se morían de risa). El embajador alemán en México añadía que su criado no comprendía alemán ni dormía en la embajada; que nadie conocía la combinación de la caja fuerte más que él y Magnus, y finalmente hacía algunas insinuaciones con relación a Von Bernstorff: Kinkel, uno de los exfuncionarios de la embajada en Washington que había sido trasladado a México después de la partida de Von Bernstorff, le había dicho que en la embajada de Washington «incluso los telegramas secretos eran conocidos por todo el personal» y que siempre se hacían dos copias de los mismos, con lo cual existía la posibilidad, sugería el embajador, del papel carbón y el papel de desecho… Finalmente, recalcaba que en el caso de no ser declarado oficialmente libre de toda culpa y cargo, él y Magnus exigirían una «investigación judicial».

La responsabilidad parecía ahora recaer plenamente sobre Von Bernstorff y el famoso misterio del arcón sueco[11]. En todo caso Von Bernstorff había sido ya condenado ideológicamente por los norteamericanos, que no sabían casi nada de Zimmermann y cuyo desconocimiento de Von Eckhardt era absoluto. El elegante conde, cuya complicidad en las actividades secretas de Von Papen, Boy-Ed y Rintelen era sobradamente conocida, era un personaje familiar para los norteamericanos. En realidad, la opinión popular consideraba que el conde Von Bernstorff era el Moriarty de la trama. Los titulares de los periódicos le habían calificado de «agente principal» y habían descrito el telegrama como la culminación de las «intrigas de su embajada en este hemisferio». En los días transcurridos entre la ruptura de relaciones y la publicación del telegrama, los periódicos estaban plagados de información referente a las disposiciones para su partida, así como la de su personal, cónsules, esposas, familiares y sirvientes. Se describieron con todo detalle las negociaciones realizadas con Gran Bretaña para garantizar su seguridad durante el viaje, la fiesta de despedida que tuvo lugar en la sala roja de la embajada, sus últimas palabras a la prensa, su partida, su abrigo de piel y sus botines, su salida de Union Station en Washington, el momento en que se embarcó en el transatlántico danés *Frederik VIII*, anclado en el puerto de Nueva York, así como las doscientas personas que le acompañaban y el retraso de dos días antes de que el barco se hiciese finalmente a la mar.

Los ingleses accedieron a garantizar la seguridad del grupo alemán a condición de que el buque hiciese escala en Halifax con el fin de ser registrado. A su llegada a dicho puerto, el 16 de febrero, una gran cantidad de oficiales canadienses de la brigada anticontrabando subieron a bordo del *Frederik VIII* y registraron minuciosamente todo el equipaje, camarotes, efectos personales y pasajeros que se hallaban a bordo. Después de una semana, durante el transcurso de la cual no se permitió que ninguno de los alemanes saliese del barco, comenzaron las especulaciones y las protestas. Los ingleses se limitaron a declarar que les preocupaba el exceso de pijamas de algodón y zapatos con suela de goma que los alemanes llevaban consigo, debido a la gran cantidad de contrabando que se hacía de aquellos materiales. La posibilidad de que en los numerosísimos discos fonográficos que los alemanes poseían existiese algún mensaje codificado hizo que la búsqueda se prolongase. En total, el *Frederik VIII* se vio obligado a permanecer en Halifax durante doce días.

La realidad era que el almirante Hall, que había seguido de cerca los esfuerzos de Von Bernstorff para evitar que su país forzase a Norteamérica a entrar en guerra, no estaba dispuesto a dejarse engañar por los poderes de persuasión del embajador. Cuando llegase a su país y estuviese en contacto directo con los dirigentes alemanes, cabía todavía la posibilidad de que lograse convencerlos de que aceptasen las proposiciones de Wilson. Hall quería que el telegrama de Zimmermann surtiese su efecto antes de que esto ocurriese y como medida preventiva organizó el mencionado retraso[12]. Sólo se autorizó la salida del *Frederik VIII* del puerto de Halifax tres días después de que el telegrama hubiese sido recibido en Washington, es decir el 27 de febrero.

Durante el escándalo del telegrama Von Bernstorff se encontraba, por lo tanto, en medio del Atlántico. Cuando llegó a Christiania, donde el barco se vio obligado a hacer escala debido a una tormenta, le sorprendió enterarse de la sensación que había causado el telegrama y con la indiferencia que le caracterizaba siempre que se enfrentaba a algún caso de intrigas o sabotajes alemanes en Norteamérica, declaró: «No sabía nada de este asunto». Gracias a la información que el embajador alemán en Noruega le facilitó durante la escala, cuando llegó a Berlín dos días más tarde, logró ajustarse perfectamente a la defensa que Zimmermann había preparado: la propuesta no era más que un documento preliminar perfectamente correcto, que no había sido comunicado jamás al gobierno mexicano. Durante el mismo día Von Bernstorff celebró una reunión con Bethmann y Zimmermann, según se

supone, con el fin de preparar un informe referente a la forma en que se logró acceder al telegrama.

La prensa alemana expresó en forma obediente y unánime la versión según la cual México no se habría enterado de la propuesta alianza si Estados Unidos no hubiese obtenido —«por medios deshonestos»— y divulgado el telegrama haciendo gala de lo que los medios de difusión denominaron típica hipocresía wilsoniana destinada a influir en el Congreso. De hecho, según la versión de los periódicos, no se trataba de un complot alemán sino norteamericano. Indudablemente Zimmermann comunicó a muy poca gente —si es que lo comunicó a alguien— la existencia de su segundo telegrama, en el que mencionaba «incluso en estos momentos», ni la de las respuestas de Von Eckhardt. Von Bernstorff, tanto si lo sabía como si no, se atuvo a la versión oficial y negó en todo momento que el gobierno alemán hubiese intentado influir en algún país latinoamericano «que fuese en modo alguno hostil a Estados Unidos». Todas esas historias de intrigas alemanas en Haití, Cuba y Colombia, decía Von Bernstorff —sin mencionar México— no eran sino «cuentos de hadas».

Según los periodistas, entre los numerosos amigos que recibieron a Von Bernstorff a su llegada a la estación, se encontraban varias damas que ante su sola presencia chillaron de alegría. Es evidente que su círculo de admiradoras era tan amplio en su país como en Norteamérica. Sin embargo, la prensa alemana lo recibió con frialdad a causa de la historia del arcón sueco. La historia procedía de Londres, donde, según se decía, el Ministerio de Asuntos Exteriores estaba interesado en el contenido de un arcón lleno de documentos diplomáticos suecos, que habían obtenido en el *Frederik VIII*, donde había sido colocado por el embajador sueco en Washington, entre el equipaje del conde Von Bernstorff. Parece ser que en dicho cofre se encontraban los documentos más secretos de Von Bernstorff, camuflados entre documentos suecos debidamente sellados. Dado que esto constituía una posible violación de la neutralidad, los ingleses habían confiscado el cofre con el fin de examinarlo. Las autoridades británicas declararon que antes de que ellos se hiciesen cargo del arcón, los sellos habían sido rotos en algún lugar entre Nueva York y Halifax, es decir entre el 9 y el 16 de febrero. Las fechas encajaban y la prensa mordió el anzuelo: ahí estaba la respuesta a la forma en que se consiguió el telegrama. Seguramente algún astuto agente norteamericano logró ganar acceso al arcón en el puerto de Nueva York y extraer el original del telegrama que se encontraba, casi con seguridad, entre

los documentos personales de Von Bernstorff. La atmósfera de espionaje e intriga que ya rodeaba al *Frederik VIII* aportaba verosimilitud a la historia.

Es cierto que a bordo del buque danés había un arcón sueco y que los ingleses, dada la cooperación prestada por Suecia con su «tiovivo telegráfico», decidieron confiscarlo. Sin embargo, todas las sugerencias que hacían referencia a sellos no eran sino una estratagema del almirante Hall para procurar convencer al mundo de que el telegrama había sido descubierto en Norteamérica.

En este caso, Von Bernstorff fue la víctima. Además de las insinuaciones de Von Eckhardt con referencia al papel carbón, la historia del arcón sueco convenció al káiser, entre otros, de la culpabilidad del exembajador en Washington. A pesar de que Von Bernstorff solicitó una audiencia inmediata, y aun teniendo en cuenta que acababa de regresar de Norteamérica —con ocho años de experiencia en aquel país—, cuando se esperaba que Estados Unidos entrase en guerra de un momento a otro, el káiser no le recibió hasta siete semanas más tarde[13]. Más adelante, cuando el canciller Bethmann-Hollweg cesó en su cargo, parece ser que la única razón que impidió a Von Bernstorff sucederle fue la oposición del káiser.

Para Zimmermann, que no había logrado todavía redimirse enteramente de su posible culpabilidad, la aparición de una víctima potencial fue enormemente providencial. El 5 de marzo el ministro había sido objeto de un interrogatorio por parte de un comité especial del Parlamento en sesión secreta[14]. Después de un debate que duró seis horas y a pesar de las protestas de los socialistas, los miembros del comité secundaron unánimemente la propuesta de Zimmermann a México y Japón, si bien «lamentaron» que hubiese trascendido. La prensa reprendió al público por haberle criticado[15]: ¿no se habían quejado siempre de que los diplomáticos alemanes no lograban ganarse amigos y aliados? El pecado de Zimmermann consistía precisamente en encontrar aliados: indudablemente no merece ser condenado. El ministro no es culpable de la lamentable divulgación prematura causada por una malévola estratagema norteamericana.

A pesar de esto, la posición de Zimmermann no era muy satisfactoria. Todavía tenía que enfrentarse a un debate público del Parlamento, que tendría lugar el 29 de marzo. El ministro no siguió el consejo que él mismo había dado a Von Eckhardt —«queme todas las instrucciones comprometedoras»—, y la copia de su segundo telegrama, que estaba guardada en los archivos de su despacho, fue descubierta después de la guerra. Sin embargo, seguía estando perfectamente seguro de que el descubrimiento del primero había sido debido

a una casualidad y de que el segundo era todavía desconocido. Carranza, dijo Zimmermann ante el Parlamento[16], no hubiese oído hablar de ninguna alianza a no ser por la divulgación del telegrama por parte de Estados Unidos y añadió que no sabía cómo los norteamericanos habían obtenido aquel documento «que fue transmitido a Norteamérica en clave especial». Era lamentable que esto hubiese ocurrido, pero procurar conseguir aliados era natural y los norteamericanos «no tenían razón para enojarse tanto ante nuestra actitud». Tampoco podía considerarse irrealista su respuesta, ya que se basaba en antiguas querellas entre Estados Unidos y México, y en un conocido antagonismo entre Norteamérica y Japón. (¿Quién puede asegurar que se equivocaba? En su condición de artífice del eje, Zimmermann simplemente se había adelantado a su tiempo). ¿Quién mejor que los mexicanos, con quiénes les unían lazos de amistad y eran de «una raza parecida», para persuadir a los japoneses con el fin de que cambiasen de bando? El Parlamento le brindó un voto de confianza.

No obstante, Zimmermann sabía perfectamente que el éxito sería su mejor defensa y siguió exhortando a México para que se convirtiese en un aliado activo. El 13 de abril mandó un telegrama a Von Eckhardt en el que decía: «Le ruego indique las sumas necesarias para llevar a cabo nuestra política… preparativos en marcha por nuestra parte para transferir cantidades considerables. Si es posible incluya cantidad necesaria para armas, etc.».

Carranza no se dejó convencer ni por la promesa de grandes cantidades de dinero. La excesiva publicidad le había atemorizado. El 14 de abril Von Eckhardt cumplió la lamentable obligación de comunicarle a Zimmermann que el presidente de México había decidido permanecer neutral: «Dice que la alianza ha sido destruida por la publicidad prematura, pero que puede ser necesaria más adelante y promete que en el caso de verse forzado a entrar en guerra a pesar de su deseo de permanecer neutral, estará dispuesto a discutir nuevamente el asunto».

Zimmermann, que creía haber descubierto la forma de evitar que Norteamérica interviniese en la guerra, esperaba que se le recibiera como a un héroe cuando consiguiese la alianza con México. Con la negativa de Carranza, se desmoronaron sus esperanzas y se le cerraron las puertas de la gloria. A partir de este momento su carrera se extinguió rápidamente. Cuatro meses más tarde cesó en sus funciones, al mismo tiempo que el canciller, y nunca volvió a participar del gobierno. Falleció en 1940, a la edad de 81 años.

Mientras Zimmermann todavía intentaba convencer a los mexicanos para formar una alianza, la crisis norteamericana crecía por momentos. El día 4 de

marzo se suspendieron las sesiones del Senado sin haber aprobado la ley para armar los buques mercantes, lo que enfurecía a Wilson —que acusaba a los responsables de no ser sino un grupo de individuos obstinados que no representaban otra opinión que la propia—, ya que de esta manera condenaban a Norteamérica a la impotencia. Una sesión extraordinaria del Senado había sido convocada para el 16 de abril, con el fin de aprobar algunas leyes y evitar que el país quedase exclusivamente en manos de Wilson durante nueve meses[17]. El 9 de marzo, el presidente, en el ejercicio de su autoridad ejecutiva, ordenó que se armasen los buques mercantes. Sin embargo, se negó a acceder a la solicitud de Page[18], según la cual si el gobierno de Estados Unidos no ofrecía un préstamo a Gran Bretaña, Inglaterra no podría adquirir más armamentos ni suministros.

El 18 de marzo, tres buques norteamericanos fueron hundidos sin previo aviso por submarinos alemanes. El 19 de marzo tuvo lugar el suceso internacional más importante con anterioridad a la entrada de Norteamérica en la guerra: la revolución preliminar rusa que derrotó al zar instauró el gobierno parlamentario de Kerensky. Con la caída del zar, desapareció la oveja negra del grupo aliado, lo que ya no dejaba dudas de que la guerra era una lucha en defensa de la democracia. El 20 de marzo, el presidente Wilson convocó una reunión del gabinete, cuyos miembros se declararon unánimemente[19] —el pacifista Daniels, con lágrimas en los ojos, inclusive— en favor de la guerra. Wilson, según su costumbre, dejó la sala sin hacer declaración alguna. Aquella misma noche tomó una decisión. Al día siguiente, 21 de marzo, convocó una reunión del Congreso para el 2 de abril —dos semanas antes de lo previsto— con el fin de plantear a los diputados «algunos asuntos graves de la política nacional».

La noche antes de pronunciar el discurso que cambiaría el curso de la historia, Wilson mantuvo una conversación con su amigo Frank Cobb, conocido liberal y redactor en jefe de *The World* de Nueva York, que le visitó en la Casa Blanca[20]. Se ha dado a estas últimas palabras pronunciadas por Wilson antes de la declaración de la guerra un valor semejante al del poema de *sir* Walter Raleigh que precedió a su ejecución. Wilson se lamentó de no haber encontrado ninguna alternativa para evitar la guerra, a pesar de haberlo intentado con todas sus fuerzas. «Cuando el pueblo norteamericano entre en guerra —decía el presidente—, la libertad, la tolerancia y el sentido común caerán en el olvido». Además, la declaración de guerra significaría que «la derrota que sufriría Alemania sería tan total y absoluta que la paz resultaría forzada, victoriosa… Al final de la guerra no quedaría nadie imparcial y con

suficiente poder para influir sobre las condiciones de la paz. Ya no quedarán principios pacifistas sobre los que podamos apoyarnos». E incluso en aquellos momentos, Wilson exclamó: «¡Si existe una alternativa, Dios mío, tomémosla!».

Sin embargo, no la había. A las ocho y media de la noche del día siguiente se trasladó en coche al Capitolio, a través de la lluvia, para asistir a la reunión del Congreso. A su llegada, Wilson dijo a los congresistas: «Con un profundo sentido del carácter solemne e incluso trágico del paso que estoy dando, ruego a los señores diputados que declaren que el comportamiento del gobierno imperial alemán hacia el gobierno y el pueblo de Estados Unidos constituye, ni más ni menos, un acto de guerra, que nos obliga a aceptar formalmente nuestra condición de combatientes». A continuación añadió que la neutralidad ya no era posible ni deseable ante la amenaza de un gobierno autocrático que se apoyaba en la fuerza organizada con el fin de imponer su voluntad y no la de las leyes internacionales por parte de los submarinos alemanes y del proyecto del gobierno de dicho país contra la seguridad de Estados Unidos, con referencia específica al telegrama de Zimmermann, que era prueba elocuente de que se instigaba a los mexicanos a que se convirtiesen en sus enemigos. «Aceptamos el desafío hostil…».

La sala estaba abarrotada por los miembros de ambas cámaras, del tribunal supremo, del gabinete, del cuerpo diplomático, de la prensa, etc., que escuchaban atentamente el discurso. Resonaron frases sobradamente conocidas, tales como: «El gobierno alemán es enemigo de la libertad… Es preciso salvaguardar la democracia en el mundo… El derecho es más importante que la paz… Norteamérica debe luchar por los principios que le dieron vida… Con la ayuda de Dios, no queda otra alternativa».

Según la prensa, el público reaccionó con entusiasmo ante el discurso del presidente. Los aliados de ultramar lo leyeron cuando su situación ya era decididamente crítica: Inglaterra, plataforma de los aliados, estaba sumamente debilitada y Francia totalmente agotada. Cuando habían quedado paralizados en las trincheras, sus buques eran hundidos por los torpedos; cuando sus fondos estaban totalmente exhaustos, recibieron la noticia de la llegada de un nuevo aliado que aportaría barcos, dinero, suministros y hombres. Se vislumbraba la victoria. Según el historiador inglés R. B. Mowat[21], aquél fue «uno de los momentos más emocionantes de la historia».

Para los norteamericanos aquello representaba el principio de unos entrañables vínculos que establecerían con el resto del mundo. Sigue siendo un misterio la razón que les impulsó a ello. Se ignora cuál fue el motivo que

impulsó a Wilson, que tres meses antes había declarado que sería «un crimen contra la civilización», a conducir a Estados Unidos a la guerra, teniendo en cuenta que incluso el día anterior todavía buscaba una alternativa y, sin embargo, decidió que «el derecho es más importante que la paz». Las declaraciones hechas por el presidente el 2 de abril, cuando calificó a los alemanes de «enemigos de la libertad», hubieran sido igualmente aplicables durante los dos años precedentes. Parece incomprensible que el individuo que pronunció el discurso del 2 de abril fuese el mismo que en enero abogaba por una paz sin victoria y que en febrero se negó a aceptar que las intenciones de los alemanes fuesen hostiles para con Estados Unidos. El embajador Page dejó constancia en su agenda de las preguntas inevitables[22]: «¿Qué le hizo cambiar de opinión? ¿En qué momento se dio cuenta el presidente de la auténtica naturaleza de los alemanes? ¿Fue el lanzamiento de la campaña submarina sin reservas del primero de febrero o el telegrama de Zimmermann?».

Decididamente, Wilson no tomó su decisión a raíz del lanzamiento de la campaña submarina, ya que declaró que no creería realmente en la agresión alemana hasta que los hechos se lo demostraran. La demostración práctica tuvo lugar el 18 de marzo, cuando tres buques mercantes norteamericanos fueron hundidos, con la consecuente pérdida de numerosas vidas. Durante el transcurso de los tres días siguientes, convocó la reunión del gabinete y la del Congreso, que indican el momento a partir del cual cambió de opinión. Nadie sabe si, en caso de no haber existido el telegrama, los actos de hostilidad por parte de Alemania con relación a Norteamérica le hubieran inducido a proceder de la misma forma. Sólo Wilson podía habernos dado la respuesta, pero no lo hizo. Sin embargo, un íntimo amigo del presidente nos ha ofrecido su versión de los hechos. En la última carta que Wilson redactó una semana antes de morir le pedía a Ray Stannard Baker que escribiese su biografía oficial ya que prefería su interpretación de los hechos a la de cualquier otra persona que conocía[23]. La opinión de Baker con relación al telegrama de Zimmermann es que «procuró el golpe más fuerte contra la oposición de Wilson a entrar en guerra[24]».

Esto no significa que Wilson estuviese totalmente a favor de la neutralidad hasta el día anterior al telegrama ni que se hubiese convertido en beligerante a partir del día siguiente. El telegrama no fue el único factor decisivo, sino más bien la última gota que rebasó la copa de su neutralidad.

Existían también otros factores. Uno de los más importantes había sido el «esperanzador y magnífico» cambio de gobierno en Rusia que, según

manifestó ante el Congreso, convertía a aquella gran nación «en un digno miembro de la liga de honor». La explicación más probable es que la acumulación de hechos y sucesos colocó finalmente a Wilson en una posición que no ofrecía ninguna alternativa. Como decía Lodge, el presidente estaba perfectamente al corriente de los acontecimientos. Lord Birkenhead[25] —presidente de la cámara alta de Inglaterra— manifestó que «Estados Unidos se había visto obligado a entrar en la guerra a pesar de los intensos y casi frenéticos esfuerzos del presidente Wilson».

Fuese o no cierto, el público creyó que la causa había sido el telegrama de Zimmermann, ya que dicho documento contribuyó a que el sector indeciso del país tomase posiciones definidas. Según Lansing[26], el telegrama transformó la apatía de los estados del oeste en «intensa hostilidad hacia Alemania» y el cambio radical que ejerció en la opinión pública en un solo día fue mayor que el que se hubiese podido conseguir en varios meses. No se trataba de una teoría, sino de un acto inequívoco que todo el mundo era capaz de comprender. Era la bota alemana que pretendía hollar la frontera de Estados Unidos. Para la mayoría de los norteamericanos, que no se preocupaban en absoluto de Europa, aquello significaba que lucharían para defender su propio país, en lugar de ir a solucionar los problemas europeos, que no les concernían. Condicionó sus mentes para que aceptasen las declaraciones que hizo Wilson en abril relacionadas con la necesidad de entrar en la guerra.

No sabemos si el pueblo norteamericano habría estado dispuesto a participar en la contienda en caso de no haber existido el telegrama. La respuesta habría sido probablemente negativa. Con anterioridad a la publicación del documento, la opinión general —con excepción, naturalmente, de los partidarios de los aliados en Nueva Inglaterra— parecía ser la que contribuyó a la elección de Wilson: «Nos ha mantenido al margen de la guerra». Sin embargo, a partir del momento de la difusión del telegrama, parece ser que la opinión pública reconoció que no era posible evitar la guerra y Wilson lo sabía cuando, el z de abril, preparó su discurso para el Congreso. Sabía que sus palabras serían bien recibidas y que ya no le quedaba excusa alguna para no pronunciarlas. Hasta aquellos momentos, el presidente sabía que podía ignorar las demandas de los partidarios de Lodge y Roosevelt, ya que no contaban con el apoyo de la mayoría de la población del país. Después de la publicación del mensaje de Zimmermann, aquella razón desapareció. El 17 de marzo, *The Literary Digest* publicó un resumen de las reacciones de los periódicos de todo el país ante la divulgación del telegrama, que llevaba a la

conclusión de que «Zimmermann había unido a los norteamericanos». Esta deducción era razonable a pesar de que ignoraba las opiniones de individuos tales como La Follette, Norris y Villard, así como la de la mayoría silenciosa, siempre difícil de evaluar. Wilson ya no contaba con el apoyo de la opinión pública para continuar su campaña destinada a proteger la neutralidad de Estados Unidos. A partir de la segunda quincena de marzo ya nada podía retenerle.

Si el telegrama no hubiese sido interceptado ni divulgado, inevitablemente los alemanes habrían dado pie, tarde o temprano, a que los norteamericanos entrasen en guerra. La contienda, sin embargo, estaba ya muy avanzada y si el retraso hubiese sido mayor cabe la posibilidad de que los aliados se hubiesen visto obligados a negociar. En este sentido se puede decir que el telegrama de Zimmermann cambió el curso de la historia, si bien como puntualizó *sir* Winston Churchill, todo altera en todo momento el curso de la historia, ya sea una herradura de caballo o un telegrama interceptado[27]. El valor intrínseco del telegrama de Zimmermann no era sino el de una piedrecita en el largo camino de la historia. Fue una pequeña piedra la que causó la muerte de Goliat y, en este caso, la que destruyó la ilusión norteamericana de que Estados Unidos podía desentenderse totalmente del destino de las otras naciones del mundo. En la política internacional se trataba de un complot por parte de un ministro alemán. Para el pueblo norteamericano representó el fin de su inocencia.

TEXTO EN CLAVE DEL TELEGRAMA

Copia del mensaje descifrado por Edward Bell en la embajada norteamericana (archivos nacionales, departamento de asuntos extranjeros, ficha decimal del departamento de Estado 862.20212/81 1/2).

Éste es el texto que contiene algunas ligeras alteraciones realizadas por Von Bernstorff, en la forma en que éste lo remitió a Von Eckhardt, tal como lo obtuvo el almirante Hall en la ciudad de México y lo entregó al embajador Page.

130	(número del telegrama)	—
13042	(número de identificación de la clave)	—
13401	*Auswartiges Amt*	Ministerio Asuntos Exteriores
8501	*telegraphiert*	telegrafía
115	*Januar 16*	16 de enero
3528	*colon (:)*	colon (:)
416	*number 1*	número 1
17214	*ganz geheim*	sumamente secreto
6491	*selbst*	usted mismo
11310	*zu*	(signo de infinitivo)
18147	*entziffern*	descifre
18222	*stop (.)*	punto (.)
21560	*Wir*	nosotros
10247	*beabsichtigen*	estamos dispuestos
11518	*am*	a partir de
23677	*ersten*	primero
13605	*Februar*	febrero
3494	*un-*	sin
14963	*eingeschrankt*	reservas
98092	*U—boot*	submarino
5905	*Krieg*	guerra
11311	*zu*	a
4458	*Gemeinsam*	juntas
5905	*Krieg*	guerra
17166	*führen*	hacer
13851	*stop (.)*	punto (.)
4458	*Gemeinsam*	juntos
17149	*Friedenschluss*	paz
14471	*stop (.)*	punto (.)
6706	*Reichlich*	generosa
13850	*finanzielle*	financiera (económica)
12224	*unterstützung*	ayuda
6929	*und*	y
14991	*einverständnis*	acuerdo
7382	*unserer seits*	nuestra parte
15857	*dass*	que
67893	*Mexico*	México
14218	*in*	en
36477	*Texas*	Texas
5870	*comma (,)*	coma (,)
17553	*New*	Nuevo
67893	*Mexico*	México
5870	*comma (,)*	coma
5454	*AR*	AR
16102	*IZ*	IZ
15217	ON	ON
22801	*A*	A
17138	*früher*	anterior
21001	*verloren*	perdido
17388	*Gebiet*	territorio
7446	*zurück*	nuevamente
23638	*erobern*	conquistar
18222	*stop (.)*	punto (.)
6719	*Regelung*	finalización
14331	*im*	de los
15021	*Einzelnen*	detalles
23845	*Euer Hochwohlgeboren*	a Su Excelencia
3156	*überlassen*	quedan
23552	*stop (.)*	punto (.)
22096	*Sie*	usted
21604	*wollen*	sírvase
4797	*vorstehendes*	de la que precede
9497	*dem*	al
22464	*Präsident*	presidente
20855	*streng*	en el más absoluto
4377	*geheim*	secreto
23610	*eröffen*	informar
18140	*comma (,)*	coma (,)
22260	*sobald*	tan pronto como
5905	*Kriegs*	la guerra
13347	*Ausbruch*	estalle
20420	*mit*	con
39689	*Vereinigten Staaten*	Estados Unidos
1373	*Z test*	cierto
20667	*steht*	sea
6929	*und*	y
10392	*beginnen*	comenzar
10371	*stop (.)*	punto (.)
0302	*Es wird*	será
21290	*versucht*	intentado
5161	*werden*	sean
39695	*Vereiningten Staaten*	Estados Unidos
23571	*trotzdem*	no obstante
17504	*neutral*	neutrales
11269	*zu*	a
18276	*rhalten*	mantener
18101	*stop (.)*	punto (.)
0211	*Für den Fall*	en tal caso
0228	*dass dies*	es decir
17694	*nicht*	de no
4473	*gelingen*	conseguirlo
22284	*sollte*	tendría que
22200	*comma (,)*	coma (,)
19452	*schlagen*	ofrecer
21589	*wir*	(nosotros)
67893	*Mexico*	a México
5569	*auf*	(sobre)
13918	*folgender*	siguientes
8958	*Grundlage*	condiciones
12137	*Bündnis*	alianza
1333	*vor*	(prefijo del verbo vorschlagen que significa ofrecer)
4725	*stop (.)*	punto (.)
5275	*Anregung*	sugerencia
18507	*hinzufügen*	añada
52262	*Japan*	Japón
1340	*von*	por
22049	*sich*	sí mismo
13339	*aus*	de
11265	*zu*	a
22295	*sofortig*	inmediatamente
10439	*beitretung*	unión
14814	*einladen*	invite
4178	*(setze infinitiv mit zu — i.e., einzuladen)*	(para formar el infinitivo, es decir, invitar)
6992	*und*	y
8784	*gleichzeitig*	al mismo tiempo
7632	*zwischen*	entre
7357	*uns*	nosotros
6926	*und*	y
52262	*Japon*	Japón
11267	*zu*	a
21100	*vermitteln*	intermediar
21272	*stop (.)*	punto (.)
9346	*Bitte*	por favor
9559	*den*	el
22464	*Präsident*	presidente
15874	*darauf*	de esto
18502	*hinweisen*	se encamine hacia
18500	*comma (,)*	coma (,)
15857	*dass*	que
2188	*rücksichtslos*	despiadado
5376	*Anwendung*	uso
7381	*unserer*	nuestros
98092	*U-boote*	submarinos
16127	*jetzt*	ahora
13486	*Aussicht*	perspectiva
9350	*bietet*	ofrece
9220	*comma*	coma (,)
76036	*England*	Inglaterra
14219	*in*	en
5144	*wenigen*	pocos
2831	*Monat-*	mes
17920	*en*	(pluraliza la palabra anterior)
11347	*zum*	hacia
17142	*Frieden*	paz
11264	*zu*	verse
7667	*zwingen*	obligada
7762	*stop (.)*	punto (.)
15099	*Empfang*	recibo
9110	*bestahigen*	acuse
10482	*stop (.)*	punto (.)
97556	*Zimmermann*	Zimmermann
3569	*stop (.)*	punto (.)
3670	*Schluss der Depesche*	fin del mensaje
	BERNSTORFF	

FUENTES

FUENTES OFICIALES IMPRESAS

Los títulos marcados con un asterisco fueron particularmente útiles; los marcados con dos fueron indispensables.

FUENTES MANUSCRITAS

Archivos nacionales; división de Asuntos Exteriores, Archivo del Departamento de Estado, 1910-1929:

- Archivo número 701.6293 - representación diplomática de Alemania en China
- 712.94 - Relaciones entre México y Japón.
- 763.72 - Guerra europea.
- 812.00 - Relaciones políticas; México.
- 812.001 - Presidente de México.
- 812.113 - Armas de fuego, munición, explosivos, etc.; México.
- 812.74 - Telegramas en México.
- 862.20212 - Actividades militares de Alemania en México.
- 894.20212 - Actividades militares de Japón en México.

Biblioteca del Congreso: Diario de Chandler P. Anderson; agenda diaria y Papeles de Robert Lansing; Papeles de Woodrow Wilson.

Biblioteca Houghton, Universidad de Harvard: Papeles de Joseph C. Grew; diario y Papeles de Walter Hines Page; Papeles de William Phillips.

Biblioteca de la Universidad de Yale: diario y Papeles de Edgard M. House; Papeles de Frank L. Polk.

FUENTES OFICIALES IMPRESAS

**Alemania: *Oficial German Documents Relating to the World War. The Reports of the First and Second Subcommittees of the Comittee Appointed by the National Constituent Assembly to Inquire into the Responsibility for the War*. [Documentos oficiales alemanes sobre la guerra mundial. Los informes del primer y el segundo subcomité del comité nombrado por la Asamblea Constituyente Nacional para investigar la responsabilidad de la guerra], 2 vols. Nueva York, Oxford: Carnegie Endowment for Internacional Peace, 1923. (Consta de 1300 páginas de testimonios facilitados por Bethmann-Hollweg, Helfferich, Zimmermann, Bernstorff, Papen, Hindenburg, Ludendorff, Capelle, Holtzendorff y otros en 1919, así como correspondencia, grabaciones de conferencias del Alto Mando, el memorando del almirantazgo sobre la guerra submarina, el texto de los telegramas de Zimmermann del 16 de enero y el 5 de febrero y otros documentos).

Gran Bretaña: Ministerio de Asuntos Exteriores. *Austrian and German Papers Found in Possession of Mr. James F. J. Archibald, Falmouth, August* 30, 1915. [Papeles austríacos y alemanes hallados en posesión de James F. J. Archibald, Falmouth, 30 de agosto de 1915]. Command 8012: Londres, Harrison, 1915.

Estados Unidos:

Departamento de Estado. *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1911*, 1913, 1914 [Papeles sobre las relaciones exteriores de Estados Unidos, 1911, 1913, 1914], y *Supplements, World War*, 1914-18 [Suplementos, Guerra Mundial, 1914-18]. Washington: GPO [Goverment Printing Office / Departamento de Ediciones del Estado], 1928-34. (Referenciado en Notas como «Relaciones exteriores de Estados Unidos»).

—, *Papers Relating to the Foreign Relations of The United Status; The Lansing Papers*, 1914-1920 [Papeles sobre las relaciones exteriores de Estados Unidos; Los Papeles de Lansing, 1914-20]. 2 vols. Washington: GPO, 1939. (Referenciado en Notas como «Los Papeles de Lansing de Estados Unidos»).

*Documentos del Senado. Comité de relaciones exteriores. *Investigation of Mexican Affairs, Reports and Hearings* [Investigación de asuntos mexicanos, informe y audiencias]. 2 vols. 66.º Congreso, 2.ª sesión, documento del

Senado 2.85, Washington, 192.0. (Referenciado en Notas como «Asuntos mexicanos, Senado»).
—, Comité de Poder Judicial. *Hearings ort Brewing and Liquor Interests and German and Bolshevik Propaganda* [Audiencias sobre elaboración de cerveza e intereses sobre bebidas alcohólicas y propaganda alemana y bolchevique]. 2. vols. 66.º Congreso, 1.ª sesión, documento del Senado 62, Washington, 1919. (Referenciado en Notas como «Propaganda, Senado»).
Grabación del Congreso. *Senate Debate March*, 1, 1917 [Debate del Senado, 1 de marzo de 1917]. 64.º Congreso, 2.ª sesión, vol. 54, 5.ª parte, pp. 4569-4605.
Mixed Claims Commission [Comisión de Peticiones Mixtas]. *U. S. A. on behalf of Lehigh Valle y Rr*. et. al. *against Germany* [Estados Unidos en nombre de Lehigh Valley Railroad *et. al*. contra Alemania]. Expediente 8103, vol. 1, pruebas instrumentales 53, 192, 320. (Contiene una declaración jurada sobre el Código 13040 y otro material demostrado por el almirante Hall).

OBRAS CONTEMPORÁNEAS

ACKERMAN, CARL. *Germany, the Next Republic?* Nueva York, G. H. Doran, 1917.
—, *Mexico's Dilemma*. Nueva York, G. H. Doran, 1918.
ASTON, *SIR* GEORGE. *Secret Service*. Nueva York, Cosmopolitan, 1930. (El autor sirvió en el Servicio secreto británico).
BAKER, NEWTON D. *Why We Went to War*. Nueva York, Harper, 1936.
**BAKER, RAY STANDARD. *Woodrow Wilson, Life and Letters*. 8 vols. Nueva York, Doubleday Doran, 1927-1939.
BALFOUR, ARTHUR JAMES, CONDE DE. *Essays, Speculative and Political* Londres, Hodder and Stoughton, 1920.
—, *Chapters of Autobiography*. Londres, Cassell, 1930.
BERNHARD, GEORG. «Le Comte Bernstorff et le Kaiser». *Europe Nouvelle*, 4 de noviembre, 1939.
*BERNSTORFF, JOHANN HEINRICH, CONDE DE. *My Three Years in America*. Nueva York, Scribner's, 1920.
*—, *Memoirs of Count Bernstorff*. Nueva York, Random, 1936.
BETHMANN-HOLLWEG, THEOBALD DE. *Reflections on the World War*. 2 vols. Londres, Butterworth, 1920.

BRIGHT, CHARLES, «Telegraphs in War Time». *Nineteenth Century and After*, abril, 1915.

BULLITT, ERNESTA DRINKER. *An Uncensored Diary of the Central Empires*. Nueva York, Doubleday Page, 1917.

BÜLOW, BERNHARD, PRÍNCIPE DE. *Memoirs*. 4 vols. Boston, Little, Brown, 1931-32.

CHURCHILL, WINSTON SPENCER. *The World Crisis*, 1911-1918. Nueva York, Scribner's, 1923-27.

—, *Great Contemporaries*. Nueva York, Putnam, 1937 (trad, cast.: *Grandes Contemporáneos*, Barcelona, Orbis, 1983).

CORBETT, *SIR* JULIAN Y NEWBOLT, HENRY. *History of the Great War, Naval Operations*. Nueva York y Londres, Longmans, 1920-1931.

*CZERNIN, OTTOKAR, CONDE DE. *In the World War*. Nueva York, Harper, 1920.

DANIELS, JOSEPHUS. *The Life of Woodrow Wilson*. Chicago, Winston, 1924.

*—, *The Wilson Era*. vol. 1. *The Years of Peace*, 1910-1917. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1944-46.

DEARLE, N. B. *An Economic Chronicle of the Great War for Great Britain and Ireland*. (Economic and Social History of the World War, British Series). Londres, Oxford y Yale, 1929.

DIEZ, HERMANN «Einige Worte über Admiral von Hintze». *Deutsche Revue*, julio-septiembre, 1918.

DUGDALE, BLANCHE E. C. *Arthur James Balfour*. 2 vols. Nueva York, Putnam, 1937.

*EWING, ALFRED WASHINGTON. *The Man of the Room 40, the Life of Sir Alfred Ewing*. Londres, Hutchinson, 1939. (Obra de su hijo).

*FLYNN, WILLIAM J. «Tapped Wires». *Liberty*. 2 de junio, 1928.

GERARD, JAMES W. *My Four Years in Germany*. Nueva York, G. H. Doran, 1917.

*—, *Face to Face with Kaiserism* Nueva York, G. H. Doran, 1918.

GOLTZ, HORST VON DER. *My Adventures as a German Secret Agent*. Nueva York, McBride, 1917. (Sería de valor incalculable si el lector lograra convencerse para creerlo).

GREZ, JOSEPH C. *Turbulent Era*. 2 vols. Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1952.

GREY, EDWARD, VIZCONDE. *Twenty-five Years*. 2 vols. Nueva York, Stokes, 1925.

*GUZMÁN, MARTÍN LUIS. *The Eagle and the Serpent*. Nueva York, Knopf, 1920. (Un testimonio de primera mano de los días de la revolución y de las personalidades a las órdenes de Carranza y Villa).

GWYNN, STEPHEN, ed. *The Letters and Friendship of Sir Cecil Arthur Spring-Rice*. 2 vols. Boston, Houghton Mifflin, 1929.

HAGEDORN, HERMANN. *The Bugle That Woke America*. (Selección de cartas y discursos de Theodore Roosevelt). Nueva York, John Day, 1940.

HALL, ALMIRANTE *SIR* WILLIAM REGINALD. Entrevista de *Daily Mail*, reproducida en *World's Work*, abril, 1926.

**HANSSEN, HANS METER. *Diary of a Dying Empire*. Bloomington, Indiana University Press, 1955. (Obra del líder de la minoría danesa en el Reichstag y publicado en primer lugar en danés en 1924, esta obra se cuenta entre las publicaciones más valiosas de las fuentes alemanas contemporáneas).

HARRIS, FRANK. *Latest Contemporary Portraits*. Nueva York, Macaulay, 1927. (Incluye un capítulo sobre Bernstorff).

HAZEN, DAVID W. *Giants and Ghosts of Central Europe*. Portland, Oregon, Metropolitan Press, 1933. (Incluye informes de entrevistas con Zimmermann y Eckhardt en 1933).

**HENDRICK, BURTON, J., ed. *Life and Letters of Walter Hines Page* 3 vols. Nueva York, Doubleday Page, 1923-1926. (Primer, mejor y más pormenorizado relato de las circunstancias en las que se interceptó el telegrama).

*HIRSCH, GILBERT. «Our Friend Zimmermann». Nueva York, *Evening Post*, 25 de noviembre de 1926.

*HOUSTON, DAVID F. *Eight Years with Wilson's Cabinet*, 1913-1920, 2 vols. Nueva York, Doubleday Page, 1926.

**JAMES, ALMIRANTE *SIR* WILLIAM. *The eyes of the Navy; a Biographical Study of Admiral Sir Reginald Hall*. Londres, Methuen, 1956.

JONES, H. P., Y HOLLISTER, P. M. *The German Secret Service in America*, 1914-18. Boston, Small Maynard, 1918.

KEYNES, JOHN MAYNARD. *Economic Consecuentes of Peace*. Nueva York, Harcourt, Brace, 1920. (Retrato de primera mano de Wilson, cuyo valor es incalculable, y análisis de sus limitaciones en el ámbito diplomático).

LA FOLLETE, BELLE CASE Y FOLA. *Robert M. La Follete* [ídem.]. 2 vols. Nueva York, Macmillan, 1953.

LANDAU, CAPITÁN HENRY. *The Enemy Within*. Nueva York, Putnam, 1937.

LANE, FRANKLIN K. *The Letters of Franklin K. Lane*, ed. A. W. Lane y L. H. Wall. Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1924.

**LANSING, ROBERT. *War Memoirs*. Indianapolis y Nueva York, Bobbs-Merrill, 1935.

**Literary Digest*, 17 de marzo de 1917, «How Zimmermann United the United States». (Un estudio de la prensa nacional sobre la opinión respecto al telegrama).

LLOYD GEORGE, DAVID. *War Memoirs*. 6 vols. Boston, Little, Brown, 1933-37.

LUDENDORFF, ERICH. *Ludendorff's Own Story, August 1914-November 1918*. 2 vols. Nueva York, Harper, 1920.

MACADAM, GEORGE. «German intrigues in Mexico». *World's Work*, septiembre, 1918.

MAXIMILIAN, CONDE DE BADEN. *Memoirs*. 2 vols. Nueva York, Scribner's, 1928.

*MACADOO, WILLIAM GIBAS. *Crowded Years*. Boston y Nueva York, Houghton Miffin, 1931.

MOATS, LEONE B. *Thunder in Their Veins*. Nueva York y Londres, Century, 1932. (México durante la década revolucionaria de la mano de un observador).

*O'SHAUGHNESSY, EDITH (esposa de Nelson O'Shaughnessy, primer secretario y posteriormente encargado de negocios de la embajada norteamericana en la Ciudad de México, 1911-1914). *A Diplomat's Wife in Mexico; Letters from the American Embassy at Mexico City*. Nueva York y Londres, Harper, 1916.

—, *Diplomatic Days*. Nueva York, Harper, 1917.

*—, *Intimate Pages of Mexican History*. Nueva York, G. H. Doran, 1920.

PAPEN, FRANZ VON. *Memoirs*, tr. Brian Connell. Londres: A. Deutsch, 1932.

PHILLIPS, WILLIAMS. *Ventures in Diplomacy*. Boston, Beacon, 1953.

PLESS, MARY THERESA OLIVIA, CONDESA DE. *Daisy, Princess of Pless, by Herself*. Nueva York, Dutton, 1929.

POOLEY, A. M. *Japan's Foreign Policies*. Londres, Allen and Unwin, 1920.

Providence Journal, *pub*. A Few Lines of Recent American History. *Pamfleto, 23 pp. 1917*.

RATHOM, JOHN R. «Germany's Plot Exposed». *World's Work*, febrero, 1918.

REDFIELD, WILLIAM C. *With Congress and Cabinet*. Nueva York, Doubleday Page, 192.4.

*REINSCH, PAUL S. *An American Diplomat in China*. Nueva York, Doubleday Page, 1922.

REISCHACH, FREIHERR VON. *Unter Drei Kairsem*. Berlín, Verlag für Kulturpolitik, 1925.

*RINTELEN VON KLEIST, FRANZ. *The Dark Invader*, introducción de A. E. W. Mason. Londres, Lovat Dickson, 1933.

—, *Return of the Dark Invader*. Londres, Dickson and Thompson, 1935.

*—, Prólogo de *Errant Diplomat, The Life of Franz von Papen,* de Oswald Dutch (seudo.). Londres, E. Arnold, 1940.

ROOSEVELT, THEODORE. *Fear God and Take Your Own Part*. Nueva York, G. H. Doran, 1916.

—, *Letters,* ed. por Elting E. Morison. 8 vols. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1954.

*—, y Lodge, Henry Cabot. *Selections from the Correspondence of…* 2 vols. Nueva York, Scribner's, 1925.

ROUND TABLE. *The Roster of The Round Table Dining Club*. Nueva York, impresión privada, 1926.

Saturday Evening Post. «War Propaganda» de Uno de los Propagandistas Bélicos, Anónimo. Colección de cinco artículos, desde el 22 de junio de 1929. (Hay pruebas internas que apuntan a que el autor era George Silvester Viereck).

SCOUT, HUGH L. *Some Memories of a Soldier*. Nueva York, Century, 1928.

SCOUT, JAMES BROWN. *A Survey of International Relations between the United States and Germany, August 1, 1914-April 6, 1917. Based on Official Documents* Nueva York, Oxford, 1917. (En particular capítulo IV, «Censorship Communications»).

*SEYMOUR, CHARLES. *The Intimate Papers of Colonel House*. 4 vols. Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1926-28. (Referenciado en las Notas como Seymour, IP).

SIMS, JOSEPH P., ed. *Three Wars with Germany*. Nueva York, Putnam, 1944. (Correspondencia entre el almirante Hall y Amos J. Peaslee).

SOMERVILLE, BOYD. «The *Frederik VIII* at Halifax; story of an epic search». *Living Age*, serie 8, vol. 16, 1919.

STEED, HENRY WICKHAM. *Through Thirty Years*. 2 vols. Nueva York, Doubleday Page, 1924.

STROTHER, FRENCH. *Fighting Germany's Spies*. Nueva York, Doubleday Page, 1924.

—, «The *Providence Journal* Will Say This Morning». *World’s Work*, diciembre, 1917.
SWOPE, HERBERT BAYARD. *Inside the German Empire in the Third Year of the War* Nueva York, Century, 1917.
THWAITES, TENIENTE CORONEL NORMAN. *Velvet and Vinegar*. Londres, Grayson and Grayson, 1932. (Del agente que consiguió la fotografía indiscreta).
Times, The (Londres). *History of the War*. 22 vols. Londres, 1921.
TOMPKINS, CORONEL FRANK. *Chasing Villa*. Military Service Publishing Co., 1934.
TREAT, PAYSON JACKSON. «Japan, America, and the Great War». *A League of Nations*, n.º 8, diciembre, 1918.
TUMULTY, JOSEPH P. *Woodrow Wilson as I Know Him*. Nueva York, Doubleday Page, 1921.
VIERECK, GEORGE SYLVESTER. *Spreading Germs of Hate*. Nueva York, Liveright, 1930.
—, *The Strangest Friendship in History; Woodrow Wilson and Colonel House*, Nueva York, Liveright, 1932.
*VOSKA, EMANUEL VIKTOR, E IRWIN, WILL. *Spy and Counterspy*. Nueva York, Doubleday, 1940.
WEALE, PUTNAM (SEUDO. DE BERTRAM LENOX SIMPSON). *An Indiscreet Chronicle from the Pacific*. Nueva York, Dodd, Mead, 1922.
*WILHEM II. *Letters from the Kaiser to the Czar*, ed. Isaac Don Levine. Nueva York, Stokes, 1920. (Referenciado en las Notas como las Cartas Willy-Nicky).
WILSON, HENRY LANE. Diplomatic Episodes in Mexico, Belgium and Chile. *Nueva York, Doubleday Page, 1927*.
YARDLEY, HERBERT O. *The American Black Chamber*. Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1931.
YOUNG, GEORGE, Y KENTWORTHY, JOSPEH M. *Freedom of the Seas*. Nueva York, Liveright, 1929. (*Sir* George Young se convirtió, después de que Erwing se marchara, en el criptoanalista jefe de la división política de la Sala 40).
*ZEDLITZ-TRÜTZSCHLER, ROBERT, CONDE DE. *Twelve Years at the Imperial German Court*. Nueva York, Doran, 1924. (Un estudio del káiser especialmente revelador de su infeliz chambelán de la Corte).

OBRAS SECUNDARIAS

BAILEY, THOMAS A. *A Diplomatic History of the American People*. Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1950.

**BECKER, OTTO. *Der Ferne Ostend und das Schicksal Europas*, 1907-1918. Leipzig, Koehler und Amslang, 1940. (Importante por los intentos de acercamiento de Alemania a Japon).

BENSON, EDWARD FREDERIC. *The Kaiser and English Relations*. Nueva York, Longmans, 1936.

BRENNER, ANITA Y LEIGHTON, GEORGE. *The Wind that Swept Mexico; a History of the Mexican Revolution, 1910-1942, with 184 historical photographs*. Nueva York y Londres, Harper, 1943.

CLINE, HOWARD F. The United States and Mexico. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1953.

DENNIS, ALFRED L. P. *Adventures in American Diplomacy*, 1896-1906. Nueva York, Dutton, 1928.

*GOOCH, G. P. *Recent Revelations of European Diplomacy*. Londres, Longmans, 1927.

GRATTAN, C. HARTLEY. *Why We Fought*. Nueva York, Vanguard, 1929.

JESSUP, PHILIP C. *Elihu Root*. 2 vols. Nueva York, Dodd, Mead, 1938.

KURENBERG, JOACHIM VON. *The Kaiser; a Life of Wilhelm II*. Nueva York, Simon and Schuster, 1955.

*LINK, ARTHUR STANLEY. *Woodrow Wilson and the Progressive Era*, 1910-1917. Nueva York, Harper, 1954.

LUDWIG, EMIL. *Wilhelm Hohenzollern, The Last of the Kaisers*. Nueva York y Londres, Putnam, 1927.

MARTIN, PERRY ALVIN. *Latin America and the War*. Baltimore, Johns Hopkins Press, 1925.

MOWAT, ROBERT BALMAIN. *A History of European Diplomacy*, 1914-1925. Nueva York y Londres, Longmans, 1927.

NOTTER, HARLEY. *The Origins of the Foreign Policy of Woodrow Wilson*. Baltimore, Johns Hopkins Press, 1937.

PETERSON, HORACE CORNELIUS. *Propaganda for War*. Norman, Okla., University of Oklahoma Press, 1939.

PINCHON, EDGCUMB. *Viva Villa!* Nueva York, Harcourt, Brace, 1933.

PRATT, FLETCHER. *Secret and Urgent; the Story of Codes and Ciphers*. Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1939.

PRINGLE, HENRY F. *Theodore Roosevelt*. Nueva York, Harcourt, Brace, 1931.

REINERS, LUDWIG. *The Lamps Went Out in Europe*. Nueva York, Pantheon, 1955.

SCHIEBER, CLARA EVE. *Transformation of American Sentiment toward Germany*, 1870-1914. Boston, Cornhill, 1923.

SPENCER, SAMUEL R. *Decision for War*, 1917. Rindge, N. H., Smith, 1953.

STRODE, HUDSON. *Timeless Mexico*. Nueva York, Harcourt, Brace, 1944.

*SYKES, CHRISTOPHER. *Wassmus: «The German Lawrence»*. Nueva York, Longmans, 1936.

TANSILL, CHARLES C. *America Goes to War*. Boston, Little, Brown, 1938.

VAGTS, ALFRED. *Mexico, Europa und Amerika*. Berlin, Rothschild, 1928.

WILLSON, BECKLES. *American Ambassadors to England*, 1785-1929. Nueva York, Stokes, 1929.

YBARRA, THOMAS R. *Hinderburg: The Man with Three Lives*. Nueva York, Duffield and Green, 1932.



BARBARA WERTHEIM TUCHMAN. (Nueva York, 30 de enero de 1912 – 6 de febrero de 1989) fue una historiadora estadounidense, periodista y escritora. Hija del banquero Maurice Wertheim, era nieta Henry Morgenthau, también banquero y Embajador de Woodrow Wilson en el Imperio Otomano.

Barbara Wertheim recibió su Licenciatura en Artes de la Radcliffe College en 1933. En 1939, contrajo matrimonio con Lester R. Tuchman, un médico internista, investigador y profesor de medicina clínica en el Monte Sinai School of Medicine. Tuvieron tres hijas (una de ellas fue Jessica Mathews). Entre 1934 y 1935 trabajó como asistente de investigación en el Instituto de Relaciones del Pacífico en Nueva York y Tokio, y luego comenzó una carrera como periodista antes de dedicarse a los libros.

Se desempeñó como ayudante de redacción de *The Nation* y corresponsal estadounidense para el *New Statesman* de Londres, el Centro de Noticias del Lejano Oriente y la Oficina de Información de Guerra (1944-45). Algunas de sus obras son: *La política británica perdida: Gran Bretaña y España desde 1700* (1938). *La Biblia y la espada: Inglaterra y Palestina de la Edad del Bronce a Balfour* (1956). *El telegrama Zimmermann* (1958). *Un espejo lejano* (1978). *Los cañones de agosto* (1962).

NOTAS

[1] James, 136, cita a estos dos hombres como los descifradores del telegrama. Los datos sobre el origen de Montgomery fueron facilitados por R. D. Whitehorn, rector, Westminster College, Cambridge. De Grey aparece en *Who's Who*. Montgomery falleció en 1930, De Grey en 1951. <<

[2] Existe una discrepancia que nunca ha sido explicada. En el telegrama figura la cifra 13042 y el embajador Page se refiere en dos ocasiones, en telegramas al departamento de Estado, al «trece mil cuarenta y dos» como «la indicación del código empleado» (Hendrick, iii, 333 y 345). Pero Eckhardt, que recibió el telegrama en México, se refirió en dos ocasiones, en telegramas dirigidos a Zimmermann, a 13040. En concreto, afirma que el telegrama «fue recibido aquí en la clave 13040» y cuando intenta informar sobre la traición sugiere que «la clave 13040 está comprometida» (Hendrick, iii, 357 y James, 152). El embajador Page también le dijo al departamento de Estado que la clave «nunca había sido utilizada correctamente, sino con un gran número de variaciones, que sólo conocen uno o dos de los expertos de aquí» (Hendrick, iii, 344) y es posible que la clave 13042 fuera la clave para una de esas variaciones.

Muchos autores han sugerido que el telegrama estaba en una clave cifrada, pero esa afirmación queda refutada por la presencia de repeticiones de grupos de códigos. Hay ocho casos de repeticiones, y un grupo, el 67893, código para «México», se repite en tres ocasiones. También hay muchos casos de grupos que sólo difieren en un dígito. Tales repeticiones, o casi repeticiones, no tendrían lugar en una clave cifrada. <<

[3] Documentos alemanes, ii, 1337. <<

[4] Hendrick, iii, 336-37, y James, 136. <<

[*] De México. <<

[5] Ciertas características personales del almirante Hall me las contaron el almirante James y la señora Hotblack; otras han sido recogidas de informes de aquellos que le conocieron, a saber, Swing, James, Sims y otros. El parecido con el señor Punch es una observación que apareció en un artículo de *Times* de Londres reproducido en Sims. <<

[6] Churchill, *Crisis*, 1916-18, i, 222. Véase también, *Crisis*, 1915, cap. XIV y *Crisis*, 1916-18, ii, cap. XV. Bernstorff declaró ante el Comité de Investigación alemán posterior a la guerra que sus argumentos en contra del uso indiscriminado de submarinos habían prevalecido en la primavera y el verano de 1916 sólo porque «había un número evidentemente insuficiente de submarinos. El 1 de marzo sólo contábamos con 35 submarinos grandes preparados para entrar en acción». Documentos alemanes, i, 341. <<

[7] Información aportada por el archivero del almirantazgo, comandante P. K. Kemp. Véase también Landau, 151-82. <<

[8] Bright. <<

[9] Información aportada por el archivero del almirantazgo. <<

[10] Extraído de *A Great Seaman; the Life of Admiral Sir Henry Oliver* del almirante *sir* William James (Londres: Methuen, 1956). <<



[11] Este y otros hechos subsiguientes sobre Ewing y el nacimiento de la Sala 40 proceden de la biografía de Ewing escrita por su hijo, A. W. Ewing. <<

[12] Carta a *The Times* (Londres), octubre de 1930, enviada por el doctor F. C. Burkitt, profesor de teología, Cambridge. <<

[13] Young. <<

[14] *Ibíd*. <<

[15] Corbett, i, 170; James, 29; Landau, Pratt. <<

[16] Sobre sus innovaciones, James, 16-17. Sobre su carácter y costumbres, James, Ewing, Hendrick, Sims. <<

[17] James, 56-57. <<

[18] «The Mysterious Disappearance of Alexander Szek», [La misteriosa desaparición de Alexander Szek]. Manuscrito inédito de Wilson Lloyd. Véanse también Landau, 155-158, y Pratt. <<

[19] Sykes, 62-78; Landau, 158-159. <<

[20] Información facilitada por British Petroleum Co., Ltd., anteriormente denominada Anglo-Iranian Oil Co., Ltd., que afirma en una carta dirigida a la autora que a pesar de que los miembros de las tribus que cortaban el canal estaban instigados por los agentes enemigos «entre los cuales había muchos, no se puede afirmar con seguridad que Wassmuss, ni su posterior captura y subsiguiente escapada, estuvieran relacionados con el hecho». **<<**

[21] Sykes, 77. <<

[22] James, 69. <<

[23] Declaración jurada de Hall, Mixed Claims Commission, Ex. 320. <<

[24] Dearle. <<

[25] André Tardieu escribió en *Frattce and America* que si se hubiera mantenido la decisión de la Reserva Federal, «la derrota de los aliados hubiera sido cuestión de meses» (citado en Grattan, 175). J. M. Keynes (273, n.º 1) escribió que la tarea de Inglaterra pronto se hubiera tornado «completamente imposible» sin la ayuda del Tesoro de Estados Unidos. <<

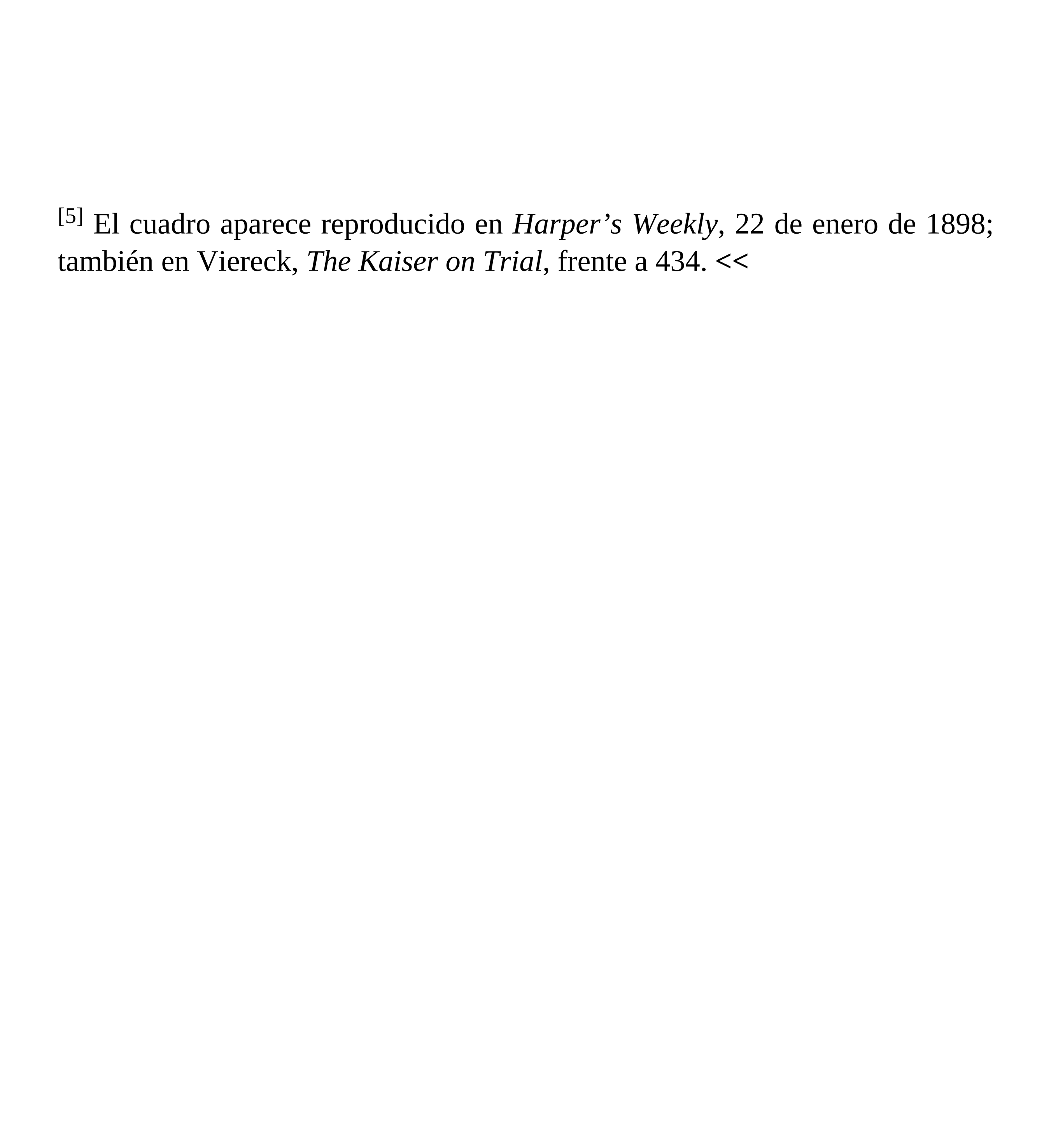
[26] «La acción de Estados Unidos y su repercusión en la historia del mundo únicamente dependió, durante el terrible período del Armagedón, de las maquinaciones de la mente y el alma de este hombre sin tener en cuenta prácticamente el resto de factores;… jugó un papel en el destino de las naciones incomparablemente más directo y personal que cualquier otro hombre». Churchill, *Crisis*, 1916-18, i, 234. <<

[1] De acuerdo con el diario *Spectator* del 11 de diciembre de 1897, el káiser fue el primer estadista en mencionar el peligro amarillo en un discurso público. <<

[2] En una carta dirigida al zar el 26 de septiembre de 1895, el káiser dice que el peligro de Extremo Oriente para Europa ha ocupado notablemente su mente «y mis últimas reflexiones se han desarrollado de una forma determinada y esto es lo que he esbozado en papel. Lo resolví con un artista y lo he mandado grabar para uso público». Cartas Willy-Nicky, 16-17. <<

[3] Ludwig, 252. Ludwig no facilita la fecha de esta carta, y parece haber discrepancias, puesto que el káiser ya había descrito cómo llevó a cabo el cuadro en su carta al zar del 26 de septiembre, tres meses antes de Navidad. <<

[4] Cartas Willy-Nicky, 20, n.º 3. <<



[5] El cuadro aparece reproducido en *Harper’s Weekly*, 22 de enero de 1898; también en Viereck, *The Kaiser on Trial*, frente a 434. <<

[6] Zedlitz, xv. <<

[7] Daisy, princesa de Pless, 562. <<

[8] Káiser al zar, 25 de octubre de 1895; cartas Willy-Nicky, 21-26. <<

[9] Cartas Willy-Nicky, p. ix. <<

[10] *Ibíd.*, xi. <<

[11] Thayer, W. R., *Life and Letters of John Hay* (Houghton Mifflin, 1915), ii, 284. <<

[12] Embajador Choate al secretario Hay, sin fechar [1902]. Papeles de Hay, Biblioteca del Congreso. <<

[13] «Y por eso el Creador siempre ha vigilado esta nación; la nación escogida por Él para, al fin, otorgar el don de la paz sobre el mundo… Que Dios escogiera a un prusiano, eso debe significar algo grandioso». El káiser citado por Ludwig, 309. En general, el káiser se refería a Dios como su «Gran Aliado», Ludwig, 317. Véase también cap. xviii, «Ich und Gott», [Yo y Dios], en Viereck, *The Kaiser on Trial*. <<

[14] Zedlitz. <<

[15] Roosevelt a Hay, 30 de marzo de 1905, Schieber, 236. <<

[16] Roosevelt a Trevelyan, 1 de octubre de 1911; cartas, Morison, vii, 396. <<

[17] Las citas son de la misiva del 16 de abril de 1895, Cartas Willy-Nicky, 10. Véase también las cartas del 10 de julio de 1895, *ibíd*., 13; 2 de septiembre de 1902, *ibíd*., 86; y memorando a los diplomáticos alemanes, agosto de 1904. «Ésta será la batalla decisiva entre… la civilización occidental y la semicivilización oriental… la batalla que yo profeticé en mi cuadro…», Ludwig, 254. <<

[18] 28 de diciembre de 1907, cartas Willy-Nicky, 218-220. <<

[19] Dugdale, i, 214. El comentario tuvo lugar en 1899, durante la guerra Boer, cuando el káiser visitó a la reina en Windsor. <<

[20] Pringle, 379. <<

[21] Dennis, 390. <<

[22] Tower a Roosevelt, 28 de enero de 1908; Pringle, 403-404. <<

[23] Roosevelt a Elihu Root, 8 de agosto de 2008, cartas, Morison, vi, 1163-65; Roosevelt a Arthur H. Lee, 17 de octubre de 1908, *ibíd*., 1292-94; Roosevelt a Whitelaw Reid, 6 de enero de 1909, *ibíd*., 1465-67. <<

[24] Carta a Root, citada más arriba. <<

[25] Roosevelt a Whitelaw Reid, 4 de diciembre de 1908, Cartas, Morison, vi, 1411. <<

[26] Daisy, princesa de Pless, 256. <<

[27] Archivos, 712.94/27A. <<

[28] Pooley. <<



[29] Reproducido en *La Campana* de la ciudad de Guatemala, 29 de abril de 1911, archivos 712.94/1. <<

[30] El relato de esta hazaña es del propio Goltz, tal y como aparece en las memorias que escribió en 1917 mientras esperaba el juicio por saboteador en tiempos de guerra en Estados Unidos. <<

[31] H. L. Wilson al secretario de Estado, Philander C. Knox, 13 de junio de 1911, Archivos 712.94/2. En relación a la publicación del libro de Von der Goltz en 1917, Wilson escribió nuevamente al exsecretario Knox: «La parte de esta historia que relaciona la embajada en la ciudad de México y mi acción es pura invención. Ese pacto nunca fue depositado en mis manos, y hasta donde yo sé, tampoco en las manos del departamento de Estado durante su mandato». Wilson a Knox, 19 de febrero de 1918, archivos, 712.94/26. <<

[32] H. L. Wilson, 207. <<

[33] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1911. <<

[34] Edición de Nueva York de *Sun*, 11 de marzo de 1911. <<

[35] *Ibíd.*, 23 de marzo de 1911. Informes procedentes de Fort Sam Houston. <<

[36] *Ibíd.*, 13 de marzo de 1911. Informes de París y resúmenes de prensa extranjera. <<

[37] *Ibíd*., 18 de marzo de 1911. Informe de Berlín. <<

[38] Henry Lane Wilson al secretario Knox, 13 de junio de 1911, archivos, 712.94/2. <<

[39] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1911, 422; véase también Wilson, H. L., 208-121. <<

[1] O’Shaughnessy, *Intimate Pages*, 173. <<

[2] *Ibíd*., 149-60. <<

[3] La contrarrevolución, llamada «Decena trágica», es descrita de primera mano por Wilson, H. L., 252-288, y por O’Shaughnessy, *Intimate Pages*, 172-191. <<

[4] O'Shaughnessy, *Intimate Pages*, 191-93. Hay una buena descripción en Motas, 112. <<

[5] Wilson a la señora Hulbert, 1 de febrero de 1914, Baker, iv, 305. <<

[5a] Wilson a la señora Hulbert, 24 de agosto de 1913, *ibíd*., 273. **<<**

[6] Wilson, H. L., 295. <<

[7] Memorando a los gobiernos extranjeros, 1 de noviembre de 1913. Relaciones externas de Estados Unidos, 1913, 856. <<

[8] Wilson a E. G. Conklin, Baker, iv, 55. <<

[9] Wilson a Edith G. Reid, 15 de agosto de 1913, Baker, iv, 266. <<

[10] Archivos, 894.20212 pássim. Véase también Vagts, *Mexico, Europa und Amerika*, 191. <<

[11] Pooley. <<

[12] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1913, 776. <<

[13] Le trataba con un «profundo sentimiento de desconfianza»: Baker, iv, 238. <<

[14] H. L. Wilson al secretario Bryan, 8 de junio de 1913. Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1913, 807. El embajador Wilson escribió en sus memorias que él nunca logró obtener una respuesta ni instrucción alguna de Bryan ni de Wilson, de modo que carecía de guías en cuanto a la política norteamericana, «más allá de la conjetura». <<

[15] Bryce a Wilson, 7 de noviembre de 1913, Baker, iv, 281. <<

[16] Gerard a Bryan, 20 de diciembre de 1913, Baker, iv, 300. <<

[17] Baker, iv, 324. <<

[18] Link, 116, n.º 22. <<

[19] Esto está completamente documentado en el intercambio de cartas sobre el problema mexicano entre el embajador Walter Hines Page y el coronel House, Hendrick, i, 201-31. Véase en particular House a Page, 12 de diciembre de 1913: «El presidente estaba encantado con lo que dijo sobre lord Cowdray. No le tenemos estima alguna porque creemos que entre Cowdray y Carden han creado una gran parte de los problemas de México», 218. <<

[20] Baker, iv, 243, n.º 2. <<

[21] Daniels, Wilson Era, i, 163. <<

[22] *Ibíd*., 163. <<

[23] *Ibíd.*, 168. <<

[24] *Ibíd*. <<

[25] Baker, iv, 248-49. <<

[26] Wilson a la señora Hulbert, 2 de noviembre de 1913, *ibíd*., 288. <<

[27] *Ibíd*., 255. <<

[28] Se trataba del gobernador John Lind de Minnesota, que desconocía los problemas mexicanos y no sabía castellano, al igual que Hale, pero era amigo del secretario Bryan: Houston, i, 72; Cline, 145. <<

[29] Baker, iv, 266. <<

[30] *Ibíd.*, 277. <<

[31] Page a Wilson, 25 de octubre de 1913, Hendrick, i, 184. <<

[32] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1913, 856. <<

[33] Hendrick, i, 202-204; Seymour, IP, i, 194-206. <<

[34] Hendrick, i, 204. <<

[35] Page a House, 26 de noviembre de 1913, *ibíd*., 217. <<

[36] *Ibíd*., cap. viii; Seymour, IP, i, 205. <<



[37] «No creo que moralmente hubiera mucho donde elegir entre Huerta y sus oponentes». Grey, ii, 100. <<

[38] Gerard a Bryan, 5 de mayo de 1914, informa que el *Cecilie* ha zarpado de Hamburgo el 14 de abril y el *Bavaria* el 17 de abril. Archivos, 812.113/3167. <<

[39] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1914, 448-449. <<

[40] Baker, iv, 324. <<

[41] El secretario de Agricultura David F. Houston, véase, i, 116. <<

[42] Houston, *ibíd*. <<

[43] *Ibíd*. <<

[44] El senador Lodge, que era uno de los cuatro, redactó un memorando de la reunión que aparece reproducido en Baker, iv, 326. El estado anímico del Congreso está mejor retratado en los informes diarios de la edición de Nueva York de *The Times* (en adelante *NYT*) y otros periódicos. **<<**

[45] Baker, iv, 329; Daniels, Woodrow Wilson, 182-83; Tumulty, 151-53. <<

[46] Daniels, *Wilson Era*, i, 193. **<<**

[47] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1914, 443-636, contiene todas las comunicaciones oficiales vinculadas con el incidente de Veracruz. <<

[48] Baker, iv, 330. <<

[49] *Economist* (Londres), 18 de abril de 1914. <<

[50] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1914, *loc. cit*. <<

[51] *Ibíd*. <<

[52] H. F. Forman citado en Baker, iv, 330. <<

[53] Daniels, *Wilson Era*, i, 200. **<<**

[54] *NYT*, informe de Washington, 23 de abril de 1914. *Memorando del Departamento de Estado*: Daniels, *ibíd*., 201. <<

[55] *NYT*, informes de Washington, 9, 13 y 27 de mayo de 1914. <<

[56] Bernstorff, Memorias, 122. <<

[57] Gerard a House, 3 de agosto de 1915: «Von Jagow me confesó que habían intentado lograr que Inglaterra interfiriese en México», Seymour, IP, ii, 28. Cuando en 1917 se publicó el libro de Gerard repitiendo esta historia, un editor de Chicago, el señor James Keeley, confirmó el incidente en una declaración que apareció en el *NYT*, el 21 de agosto de 1917. El señor Keeley afirmaba que durante una reciente visita a Londres un oficial británico le había contado que el emisario alemán, presentado por el embajador alemán como un amigo personal a la par que representante del káiser, le había ido a visitar justo antes de que estallara la guerra para proponerle una acción conjunta en México. Las palabras atribuidas al emisario alemán son las que cita el señor Keeley según se lo contó el oficial británico. Todas las probabilidades apuntan a que el emisario fuera Albert Ballin, presidente de Hamburg-Amerika Line y amigo del káiser, que en efecto fue enviado por el káiser a Londres a finales de julio, donde mantuvo conversaciones con Grey, Haldane y Churchill en un esfuerzo de última hora para persuadir a Inglaterra de no participar en la guerra que se acercaba. Hulderman, B. *Albert Ballin* (Londres, Cassell, 1922), 215. <<

[58] Discurso pronunciado en el astillero de la Marina en Brooklyn, 11 de mayo de 1914, Baker, iv, 341. <<

[59] Wilson al doctor Jacobus, 29 de abril de 1914, *ibíd*., 335. <<

[60] *NYT*, 18 de julio de 1914, informe de Puerto México. <<

[1] O’Shaughnessy, *Intimate Pages*, 252. **<<**

[2] Gerard, *Face to Face*; también Becker. Una vez que Norteamérica entró en la guerra, el vizconde Ishii le contó al secretario Lansing que «a través de diferentes canales, el gobierno alemán había intentado en tres ocasiones convencer a Japón de que abandonara a los aliados…». Papeles de Lansing, ii, 435. <<

[3] Descripción en O’Shaughnessy, *Diplomatic Days*, 74. Carácter y aspecto, O’Shaughnessy, *Intimate Pages*, 249-253. La sugerencia de Von Hintze sobre Edith Cavell, Reinsch. Datos sobre su carrera, *NYT*, 20 de julio de 1917 (cuando se le valoró como posible sucesor de Zimmermann) y *NYT*, 12 de julio de 1918 (cuando fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores). Véase también Diez, III. <<

[4] *NYT*, 12 de julio de 1918. <<

[5] *NYT*, 30 de abril de 1914. <<

[6] *China Press*, Shanghái, citado en *NYT*, 27 de febrero de 1915. Véase también O'Shaughnessy y Reinsch. <<

[7] *China Press*, artículo citado. <<

[8] Bernstorff a Bryan, 7 y 31 de octubre de 1914. Archivos 701.6293/3 y /4. Lansing a Chinda y a Spring-Rice, 3 de noviembre de 1914, *ibíd*. **<<**

[9] Chinda a Lansing, 9 de noviembre de 1914, y Bryan a Bernstorff, 16 de noviembre de 1914, *ibíd*., 701.6293/5. <<

[10] R. P. Schwerin de Pacific Mail Steamship Co. a Bryan, 13 de noviembre de 1914, y Bryan a Schwerin, 14 de noviembre de 1914, *ibíd*., 701.6293/6 y /5.ª. <<

[11] Gerard, *My Four Years*. <<

[12] Papeles de Lansing, i, 76. <<

[13] *Ibíd*. <<

[14] Senado, Propaganda; prueba del capitán Lester. <<

[15] Jones y Hollister, 52. <<

[16] Edición de Nueva York de *American*, 25 de abril de 1915. <<

[17] Scott, Hugo L., 512, Senado, Mexican Affairs, testimonio de George Carothers, a quien Villa se lo contó. **<<**

[18] *Times* (Londres), 2 de marzo de 1917. <<

[19] Brigadier general Henry J. Reilly, citado en Tompkins, cap. xxxv. <<

[20] El cónsul Sammons en Shanghái al embajador Reinsch en Pekín, 18 y 20 de enero, con artículos adjuntos de *North China Daily News* del 18 de enero y de *China Press* del 20 de enero. Archivos, 701.6293/7 y /8. <<

[21] King-Hall, Stephen, *Western Civilization and the Far East*. (Londres, Methuen, 1924), 160. <<

[22] Los aliados comprendían perfectamente las motivaciones de Japón. Según declaraciones confidenciales de *sir* Edward Grey, Gran Bretaña esperaba «situar» Japón tan lejos como fuera posible para «controlar la factura que podían pasar al acabar la guerra». Diario de Chandler P. Anderson, 9 de enero de 1915. <<

[23] Becker. <<

[24] Becker. <<

[25] Becker. <<

[26] Becker. <<

[27] Archivos, 894.20212, passim durante abril de 1915. *NYT*, 14-22 de abril de 1915. <<

[28] Edición de Berlín de *Post*, 21 de abril, citado en *NYT*, 22 de abril de 1915.
<<

[29] Diario de Chandler P. Anderson, 18 de junio de 1915. Sobre su calidad de neurasténico, etc.: a pesar de que *sir* Cecil fue un apreciado acompañante para Theodore Roosevelt durante sus primeros años en Washington, la mala predisposición y la preocupación por la política de Wilson respecto a los aliados afectó a sus relaciones con la administración Wilson. En el índice de *Intimate Papers* de House el nombre «Spring-Rice» cuenta con nueve referencias diferentes en el apartado de «su nerviosismo». Wilson le llamó ese «alterado inválido», Link, 99, n.º 8. <<

[30] Diario, 24 de junio de 1915, Papeles de House, Yate. <<

[31] Memorando del 11 de julio de 1915, Papeles de Lansing, Biblioteca del Congreso. Ese temor prosiguió hasta la caída del zar. Unas cuantas semanas antes de este suceso, otro miembro del gabinete de Wilson, el secretario de Interior, Lane, escribió el 9 de febrero de 1917, sobre «la posibilidad de una alianza germano-rusa-japonesa como un hecho natural al final de la guerra». Lane, 234. <<

[32] Daniels, *Wilson Era*, i, 441. <<

[33] Becker ofrece un análisis pormenorizado de las estrategias y las políticas que implicaron los intentos alemanes de lograr este fin. En un momento dado, se llegó a temer que tal alianza se hubiera llevado a cabo. Polk a House, 19 de octubre de 1916, Papeles de Polk, Yale. <<

[34] Esta entrevista fue concedida al corresponsal de *Kokumin Shimbun* en Yokohama en abril de 1917, cuando Von Hintze estaba de camino a casa después de que China se uniera a los aliados, citada en *NYT*, el 28 de abril de 1917. El hecho de que los japoneses averiguasen y publicasen las opiniones del embajador del enemigo es una prueba de su deseo de mantener vivo el temor de los aliados a que Japón cambiara de bando. <<

[35] Gerard a Lansing, 7 de diciembre de 1915. Papeles de Lansing. <<

[36] Gerard a Lansing, 14 de diciembre de 1915, *ibíd*. <<

[37] Becker, 83 ff. <<

[38] Senado, Propaganda. <<

[1] Archivos, 812.000 H 27/6. <<

[2] *Current History*, abril de 1917. Véase también Jones y Hollister. <<

[3] Ministro de la Guerra alemán a capitán Boy-Ed, 4 de abril de 1915. Mixed Claims Commission, Prueba 320. En una entrevista concedida al *NYT*, 3 de enero de 1940, Von Rintelen dijo que fue enviado por órdenes directas del general Von Falkenhayn y el general Michaelis. <<

[4] La carrera de Von Rintelen está completamente documentada por artículos de periódicos de la época de su primer juicio en abril de 1917 y también por material de la época de su liberación, en noviembre de 1920; véase en particular la edición de Nueva York de *World*, 2 de mayo de 1917, y 13 y 14 de diciembre de 1920. Véase también Jones y Hollister, Papen y Rintelen. <<

[5] Edición de Nueva York de *World*, 2 de mayo de 1917. **<<**

[6] Citado por Strode, 263. <<

[7] Wilson, 2 de junio de 1915, Baker, iii, 333. <<

[8] Informe del Comité de la Casa de Representantes de Asuntos Exteriores, grabación del Congreso, 55, n.º 4, 192-193; también Senado, Mexican Affairs, pássim; véase también Acherman y Martin, P. A. <<

[9] Papen al general Von Falkenhayn, 9 de abril de 1915, Mixed Claims Commission prueba 192. <<

[10] Papen, Memorias. <<

[11] Wilson a Lansing, 5 de diciembre de 1915, Papeles de Lansing, i, 90. <<

[12] Bernstorff, Bernhard, Harris; *Current Opinion*, julio de 1915; también referencias en House, Lansing y otras memorias de la época. <<

[13] *Current Literature,* febrero de 1909. <<

[14] Documentos alemanes, i, 255. <<

[15] Jones y Hollister. <<

[16] *Current History*, mayo de 1917. El propio Von Rintelen ofrece un relato pormenorizado de esta reunión, en el cual se describe a sí mismo dirigiéndose a Huerta «como un completo extraño» y al momento siguiente «llegamos a un acuerdo» y cerramos los detalles para la financiación de la contrarrevuelta de Huerta en México. Por la manera precipitada en la que logra proezas increíbles y la facilidad con la que salva obstáculos, la descripción que Von Rintelen ofrece de sí mismo es una réplica del barón Munchausen. <<

[17] Steed, ii, 43. <<

[18] Voska. <<

[19] Voska. <<

[20] Para el papel de Rathom, véase Peterson; también Paxson; así como los artículos de Rathom en *World's Work*, diciembre de 1917 y febrero de 1918. <<

[21] *NYT*, 9,11 y 13 de abril de 1915. <<

[22] *NYT*, 23 de octubre de 1915, 1 de octubre de 1916, 3 de enero de 1940; véase también Jones y Hollister. <<

[23] McAdoo, Flynn, Senado, Propaganda. <<

[24] Flynn. <<

[25] Senado, Propaganda, prueba del agente Bielaski y Gaston B. Jeans. Cuando se dio este testimonio, el senador Overman interrumpió: «Sea lo que sea lo que el gobierno ha hecho con escuchas, no queremos saber nada al respecto». <<

[26] Diario de Chandler P. Anderson, 10 de julio de 1915. Escribe que el embajador Spring-Rice le ha contado que toda la información señala a «un hombre llamado Hansen» como jefe de «la asociación secreta alemana», dato que Anderson encuentra muy interesante, puesto que la señorita Seward le ha dicho recientemente que Hansen era su viejo conocido Von Rintelen. Dos días más tarde, 12 de julio, Anderson anota que esta información ha sido confirmada por un informe de un agente del departamento de Justicia. <<

[27] Rintelen. <<

[28] Bernstorff al Ministerio de la Guerra, 10 de diciembre de 1915, Mixed Claims Commission, prueba 320. <<

[29] *NYT*, 14 de agosto, 23 y 24 de noviembre y 5 y 8 de diciembre de 1915. <<

[30] *Providence Journal*, 4 de agosto de 1915. <<

[31] *Ibíd*. <<

[32] *NYT*, 26 de junio de 1915. <<

[33] Archivos, 812.001 H87. Se trata de un archivo especial sobre Huerta que contiene todos los documentos relacionados con Huerta desde el momento de su llegada a Nueva York hasta su muerte. Para los sucesos de su arresto y encarcelamiento, véase también la agenda de Lansing desde el 28 de junio hasta finales de julio de 1915. <<

[34] Archivos, 812.001 H87. <<

[35] Fiscal de Estados Unidos en El Paso al ministro de Justicia Gregory, 29 de junio de 1915, Papeles de Wilson, serie 2, Biblioteca del Congreso. <<

[36] *NYT, 6* de julio de 1915. <<

[37] *Ibíd*. <<

[38] Archivos, 812.000 H87. <<

[39] *Ibíd*. <<

[40] *Ibíd*. <<

[41] *Ibíd*. <<

[42] James, 101. <<

[43] James, 101; véase también Von Rintelen. <<

[44] *NYT*, 4 de octubre de 1939; un artículo retrospectivo sobre la carrera de Von Rintelen afirma que su retirada en 1915 fue «el resultado de un mensaje falso enviado por el almirantazgo británico». Von Rintelen lo confirmó en una entrevista concedida a *NYT*, 3 de enero de 1940. <<

[45] *NYT*, 15, 27 y 28 de noviembre de 1920; 14 de octubre de 1939; 3 de enero y 24 de mayo de 1940; 6 de noviembre de 1945; 30 de mayo de 1949. Véase también *Forum*, febrero de 1919; James, 102. <<

[*] Cuando Estados Unidos entró en guerra, Von Rintelen fue trasladado a Norteamérica, donde se le juzgó por su participación en la agitación laboral fomentada por el National Peace Council. Se le declaró culpable y se le condenó a pagar una multa de dos mil dólares y a un año de cárcel. La oferta hecha por los alemanes para canjearle por veintiún oficiales aliados de la misma graduación fue rechazada. En 1918 se le juzgó nuevamente, acusado en una ocasión de utilizar un pasaporte falso y en la otra de conspirar para colocar bombas en buques ingleses. Por ambos delitos se le condenó a cuatro años y dos meses de cárcel. No se le acusó en ningún momento de la conspiración mexicana. El 19 de noviembre de 1920, se le otorgó la libertad provisional, lo que provocó la indignación general del público, a juzgar por los artículos aparecidos en la prensa. El resto de la historia está dominado por tensiones personales. Al terminar la guerra, enojado porque el nuevo gobierno republicano alemán había repudiado su misión, decidió publicar una versión sumamente fantástica de lo que él llamaba la realidad. Después de hacerse amigo del almirante Hall, trasladó su residencia a Inglaterra, donde, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial —basado en la convicción de que Hitler no duraría mucho tiempo y sería reemplazado por Pastor Niemöller—, ofreció sus servicios a la marina inglesa, que ésta rechazó. Cuando fue puesto nuevamente en libertad, después de pasar la guerra en un campo de detención de extranjeros, ofreció sus servicios al tribunal de Núremberg para actuar en calidad de defensor de diez importantes nazis a quienes se acusaba de crímenes de guerra, para cuya misión se autocalificó «especialista en derecho internacional». Esta nueva faceta de Von Rintelen sorprendió, naturalmente, a los que recordaban su pasado. Finalmente, murió en Londres en 1949, a los setenta y dos años. <<

[46] McAdoo; también *Saturday Evening Post*, 22 de junio y 17 de agosto de 1929. <<

[47] Diario de Chandler P. Anderson, 21 de agosto de 1915. <<

[48] Gran Bretaña, Ministerio de Asuntos Exteriores, Command 8012; véase también James 97-98; Grattan, Voska. <<

[49] House a Grey, 13 de septiembre de 1915, Seymour, IP, ii, 45. <<

[1] Wilson a Lansing, 2 de julio de 1915, Link, 133, n.º 54. <<

[2] O'Shaughnessy, *Intimate Pages*, 331. **<<**

[3] *Ibíd*. <<

[4] En una ocasión lord Bryce comentó que Bryan era «casi incapaz de pensar». Tansill, 165. <<

[5] 9 de agosto de 1915, Papeles de Lansing, ii, 541 ff. <<

[6] Diario de Lansing, 10 de octubre de 1915. <<

[7] Pinchon, 330. <<

[8] House a Wilson, 21 de noviembre de 1915, Seymour, ii, 47. <<

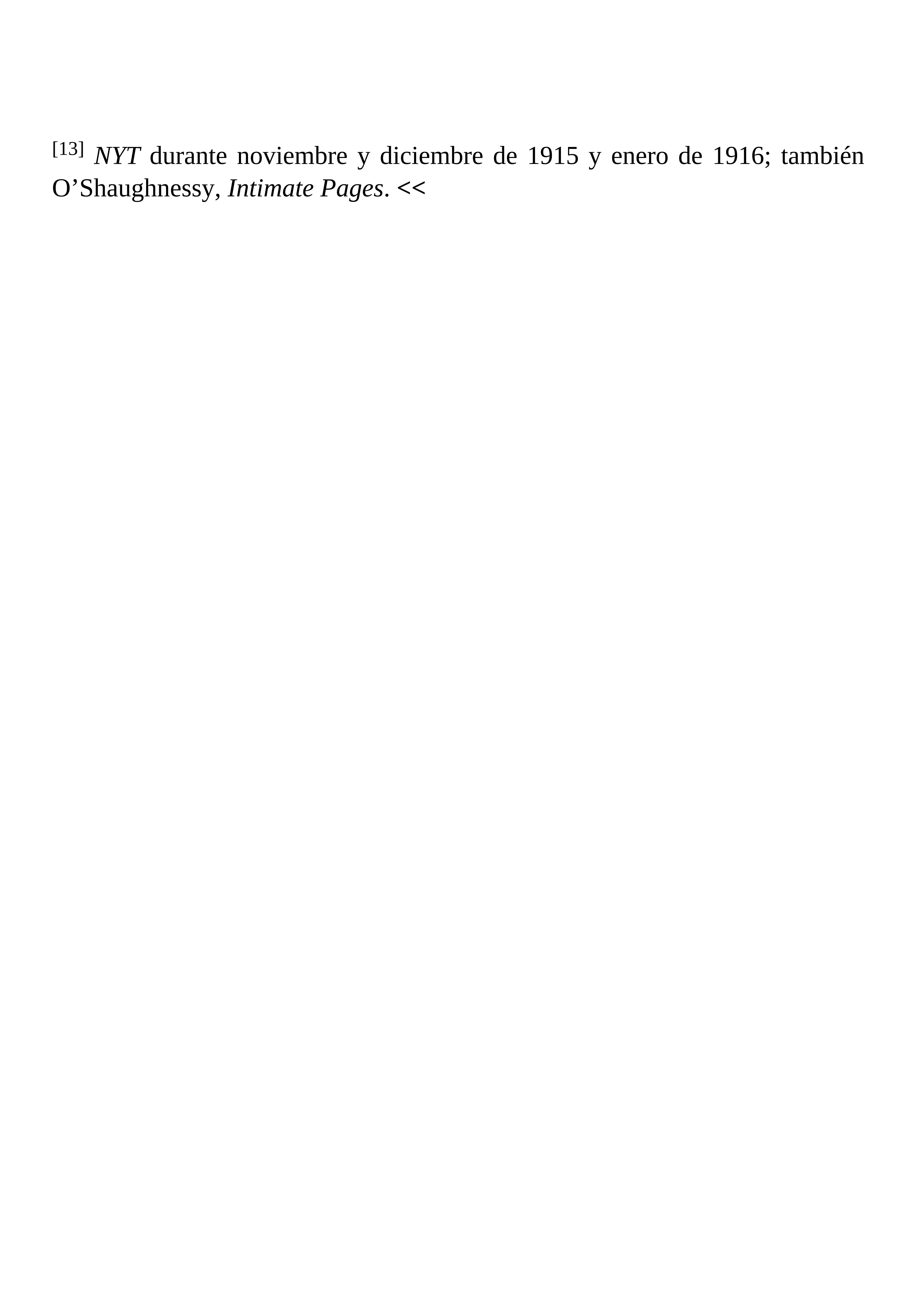
[9] Strother. <<



[10] Bernstorff al Ministerio de la Guerra, 10 de diciembre de 1915, Mixed Claims Commission, ex. 320. <<

[11] Papeles de Lansing, i, 86. <<

[12] *Ibíd.*, i, 90. <<



[13] *NYT* durante noviembre y diciembre de 1915 y enero de 1916; también O’Shaughnessy, *Intimate Pages*. <<

[14] *NYT*, 12 de enero de 1916. <<

[15] *Ibíd*. <<

[16] Baker, iv, 74-75. <<

[17] *NYT*, 13 de enero de 1916. <<

[18] Cline. <<

[19] Stevens. <<

[20] Informe del agente Carothers, 7 de febrero de 1916, archivos, 812.000/17259. <<

[21] Baker, iv, 68. <<

[22] Gerard al departamento de Estado, 16 de marzo de 1916, archivos, 763.72/2508. <<

[23] Gerard a Lansing, 20 de marzo de 1916, Papeles de Lansing. <<

[24] James Hopper, *Collier's Weekly*, 15 de abril de 1916. <<

[25] Archivos, 862.20212/11. <<

[26] Informe del general Funston, 3 de enero de 1917, archivos, 862.20212. <<

[27] *Ibíd*. <<

[28] Gerard, *Face to Face*. <<

[29] Archivos, 812.20212/8 y *I9*. <<

[30] Funston al departamento de la Guerra, 5 de mayo de 1916, archivos 812.00/18068. <<

[31] Senado, Mexican Affairs, 1232 ff; véase también el informe del vicecónsul en Monterrey, 9 de junio de 1916, archivos, 812.00/18068 y /20165. <<

[32] Telegrama del 18 de junio de 1916, archivos, 862.20212. <<

[33] Cónsul Canada, telegrama del 19 de junio de 1916 e informe del agente especial Rodgers, 23 de junio de 1916, archivos, 862.20212/30. <<

[34] *NYT*, editorial, 23 de junio de 1916. <<

[35] *Tägliche Rundschau*, citado en *NYT*, 12 de julio de 1916. <<

[36] *Chicago Tribune*, 21 de abril de 1916. <<

[37] Bullitt, 32. <<

[38] Lansing le tildó de «obstinado y vanidoso», diario, 10 de octubre de 1915; véase también, Guzmán, Strode, Martin. <<

[39] Ackerman; *Sin informar al embajador de Estados Unidos*: Gerard a Lansing, 18 de julio de 1916, Papeles de Lansing, i, 690. <<

[40] Informe del cónsul Canada, 13 de junio de 1916, archivos, 862.20212/38; también Senado, Mexican Affairs; *World's Work*, «German Efforts in Mexico», diciembre de 1917; *NYT*, 15 de marzo de 1917; edición de Nueva York de *World*, 2 de marzo de 1917; Ackerman; Martin. <<

[41] Senado, Mexican Affairs, testimonios de Charles E. Jones y Lathor Witzke. <<

[42] Un punto muy discutido. Existen numerosos informes que acreditan la existencia de un transmisor alemán secreto en México que se tomaron por ciertos en la época, pero que son refutados por el informe del agregado militar norteamericano de la ciudad de México, que afirmaba: «No hay ninguna planta en el país que pueda ser utilizada por los alemanes y no se puede implantar ninguna sin que lo sepamos». Archivos, 812.74/60. <<

[43] Senado, Mexican Affairs, prueba de Lathor Witzke y el mayor Barnes. <<

[44] Scott, James Brown, cap. iv, «Censorship of Communications»; Hendrick, iii, 337. <<

[45] Senado, Propaganda, testimonio del capitán Lester de la División de Inteligencia Militar del Estado Mayor, 1769. Véase también documentos alemanes, i, 328, 477 ff; ii, 728. Véase también Rathom, «Germany’s Plots Exponed». <<

[46] James, 132-133. <<

[47] James, 132-35. <<

[48] *NYT*, 24 de abril de 1917, citando la edición de Providence de *Journal*. <<

[49] Hendrick, iii, 338; James, 132. <<

[50] Grew a Lansing, 22 de noviembre de 1916, Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1916, 868. <<

[51] James, 135. <<

[52] Lansing a Carranza, 27 de octubre de 1916, Papeles de Lansing, i, 224. <<

[53] James, 135. <<

[54] Archivos, 894.20212/102, /104, /105, /119, /126. <<

[55] Parker, embajada norteamericana, al departamento de Estado, archivos, 712.94/7. <<

[56] Archivos, 712.94/7-25. <<

[57] Holtzendorff a Hindenburg, 22 de diciembre de 1916, documentos alemanes, ii, 1262. <<

[1] Gerard a House, 4 de noviembre de 1913, Seymour, IP, i, 186. <<

[2] *NYT*, 22 de noviembre de 1916. <<

[3] Bülow, iii, 178. <<

[4] Hanssen, 70. <<

[5] Las discusiones militares y civiles están totalmente documentadas en Hanssen y en los documentos alemanes. <<

[6] Ludwig, 469. <<

[7] Discurso en el comité del Reichstag, 10 de enero de 1916, Hanssen, 121. <<

[8] Gerard a House, 4 de noviembre de 1913, Seymour, IP, i, 186. <<

[9] Discurso en el Reichstag, 28 de marzo de 1916, Hanssen. Véase también memorando de Bethmann, 29 de febrero de 1916, documentos alemanes, ii, 1140. <<

[10] Hanssen, 141. <<

[11] Hanssen, 126. <<

[12] Reiners. <<

[13] Bülow, iii, 176-77. En esta obra hay una buena descripción de Jagow. <<

[14] Jagow a Bernstorff, 2 de septiembre de 1919, Bernstorff, memorias, 165. <<

[15] Gerard, *My Four Years*. <<

[16] Documentos alemanes, i, 442. <<

[17] Ackerman; la esperanza de que se produjera una revuelta germano-norteamericana «era uno de los pasatiempos de Zimmermann». <<

[18] Gerard a Wilson, 24 de enero de 1915, Seymour, IP, i, 335. <<

[19] *Ambassador Morgenthau's Story*. (Nueva York: Doubleday Page, 1918), 404-405. <<

[20] Hanssen, Ackerman. <<

[21] Gerard a House, 30 de agosto de 1916, Seymour, IP, iii, 331. <<

[22] Gerard a Lansing, 8 de febrero de 1916. <<

[23] Documentos alemanes, i, 442. <<

[24] Zimmermann en el comité del Reichstag, 22 de febrero de 1917, Hanssen, 173. <<

[25] Gerard a House, 6 de marzo de 1915, Seymour, IP, i, 392. <<

[26] Helfferich en el Reichstag, 31 de enero de 1917, Hanssen, 173. <<

[27] Hanssen, 152. <<

[28] Hanssen, 289. <<

[29] 25 de noviembre de 1916. <<

[30] House a Wilson, 20 y 21 de marzo de 1915; también Swope citando a House en la edición de Nueva York de *World*, 8 de noviembre de 1916. <<

[31] Gerard a House, 20 de enero de 1915, Seymour, IP, i, 347. <<

[32] H. B. Swope en la edición de Nueva York de *World*, 8 y 22 de noviembre de 1916; Karl von Wiegand en la edición de Nueva York de *World*, 24 de noviembre de 1916; *NYT*, 22 y 14 de noviembre de 1916. <<

[33] Zimmermann en el Reichstag, 5 de marzo de 1917, Hanssen, 178. <<

[34] *Ibíd*. <<

[35] Telegrama del 8 de noviembre de 1916, *ibíd*. <<



[36] *Ibíd.*; también Hazen, a quien Zimmermann le explicó su planteamiento en una entrevista en 1933. <<

[37] Zimmermann en el Reichstag, 5 de marzo de 1917, Hanssen, 177. <<

[38] Hirsch. <<

[39] Bülow, iii, 300. <<

[1] Wilson a House, 3 de diciembre de 1916, Baker, vi, 391. <<

[2] Wilson a House, 13 de noviembre de 1916, Seymour, IP, ii, 390. <<

[3] «De no ser por su paciencia, sensatez e incansables esfuerzos, ahora estaríamos en guerra con Alemania», House a Gerard, 10 de octubre de 1915, Seymour, IP, ii, 45. <<

[4] Documentos alemanes, ii, 984. <<

[5] Documentos alemanes, i, 265-66. <<

[6] Falkenhayn a Bethmann-Hollweg, 2 de enero de 1916, documentos alemanes, ii, 1116. Se dice que el general Falkenhayn era consciente de que las posibilidades de una victoria absoluta habían terminado en Marne; Gooch, 54. <<

[7] Hanssen, 107. <<

[8] Grew a Phillips, 3 de octubre de 1916, Papeles de Grew. <<

[9] Documentos alemanes, ii, 987. La recepción de Wilson a Gerard, Baker, iv, 355-63. <<

[10] Documentos alemanes, ii, 986-87. <<

[11] Grew Summary. Tras abandonar Alemania después de la ruptura de relaciones, Grew, partiendo de sus notas y de su diario, recapituló por escrito sus experiencias en la embajada de Berlín (en la actualidad, documento depositado en Harvard con sus papeles), que aquí y más adelante se menciona como «Resumen de Grew». <<

[12] Wilson «considera a Gerard un reaccionario de la peor calaña y, en mi opinión, tiene poca, poquísima, confianza en sus capacidades». Diario de House, 18 de septiembre de 1914. <<

[13] Resumen de Grew. <<

[14] Baker, iv, 353, 365. <<

[15] Grew a Lansing, 7 de noviembre de 1916, Papeles de Grew. <<

[16] Resumen de Grew. <<

[17] House a Wilson, 20 de noviembre de 1916. Papeles de House. <<

[18] *Ibíd*. <<

[19] Entrevista concedida a Roy Howard para UP, 28 de septiembre de 1916.
<<

[20] *Current History*, noviembre de 1916, 285. <<

[21] *NYT*, 24 de noviembre de 1916. <<

[22] «Había una condescendencia en su actitud que era ofensiva», diario de Page, 1 de abril de 1917; Hendrick, ii, 223. <<

[23] Baker, iv, 337. <<

[24] Conversación de Wilson con House, 30 de agosto de 1914, Seymour, IP, i, 293. El reconocimiento de Wilson sobre los daños de una victoria alemana también están atestiguados por el embajador Spring-Rice que informó a *sir* Edward Grey el 8 de septiembre de 1914 de que el presidente había dicho «en los términos más solemnes, que de triunfar la causa [alemana] en la batalla actual, Estados Unidos tendría que abandonar sus ideales presentes y dedicar todas sus energías a la defensa, lo que significaría el fin del sistema actual de gobierno». Spring-Rice, ii, 223. <<

[25] Stumm a Bernstorff, 9 de diciembre de 1916, documentos alemanes, ii, 987. <<

[26] Wilson a House, 31 de agosto de 1915, Papeles de House. <<

[27] Wilson a Lansing, Baker, iv, 353. <<

[28] Seymour, IP, 327. <<

[29] Diario de House, 11 de enero de 1917. <<

[30] Seymour, IP, ii, 397. <<

[31] Diario de House, 20 de septiembre de 1916, y House a Wilson, 3 de diciembre de 1916, Seymour, IP, ii, 397. Lansing también opinaba que Spring-Rice debía ser sustituido, Seymour, IP, ii, 397. <<

[32] Thwaites y Flynn. <<

[33] Zedlitz. El suceso aparece en todas las biografías del káiser. <<

[*] El incidente tuvo lugar en 1909. «Todo el mundo lo encontró divertido, ya que el conde bailó muy bien», según información procedente del chambelán de la corte. Concluida su actuación, el conde se desplomó muerto de cansancio. <<

[34] Documentos alemanes, i, 442. <<

[35] Rosenberg, Arthur, *Birth of the German Republic* (Nueva York: Oxford, 1931). <<

[36] Czernin, 143. <<

[37] Diario de House, 24 de marzo de 1915. <<

[38] Documentos alemanes, i, 133, 156, 244, 265-66. Los argumentos que apoyaban la propuesta de paz de Alemania están analizados a fondo en la investigación parlamentaria alemana de posguerra. <<

[39] Resumen de Grew. <<

[40] Documentos alemanes, i, 407. <<

[41] Documentos alemanes, i, 420-21, ii, 1072; *NYT*, 16 de diciembre de 1916. <<

[42] Page a House, Seymour, IP, ii, 407. <<

[43] House a Wilson, 28 de diciembre de 1916. Papeles de House. <<

[44] House a Wilson, 27 de diciembre de 1916. Papeles de House. <<

[45] *Ibíd*. <<

[46] Hendrick, iii, 338-42. Lansing, 227. «Además, el gobierno norteamericano me dio permiso… para enviar telegramas cifrados sin darles a conocer el contenido», testimonio de Bernstorff, documentos alemanes, i, 478. <<

[47] Bernstorff a House, 30 de diciembre de 1916, 10 y 11 de enero de 1917. Papeles de House. <<

[48] House a Wilson, 18 de enero de 1917. Papeles de House. <<

[49] Diario de House, 18 de septiembre de 1914, Seymour IP, i, 325. <<

[50] Seymour, IP, i, 271. <<

[51] Seymour, IP, 253. <<

[52] House a Wilson, febrero de 1915. <<

[53] House a Wilson, 18 de septiembre de 1914. <<

[*] Wilson lo comprendió, finalmente, cuando, en París, a su regreso después de un período de ausencia, descubrió que House, con sus habilidades conciliatorias, había logrado apartarse de los principios en los que él creía. Ésta fue una de las causas de su ruptura final. <<

[54] Véase Edith Bolling Wilson, *My Memoir*, 246, dice que tras la primera charla de su marido con House al volver de París, el presidente tenía aspecto de haber envejecido diez años, y le dijo: «House ha perdido todo lo que yo había logrado antes de partiéramos a París. Ha comprometido cada punto…». <<

[55] House a Phillips, 18 de junio de 1915, Papeles de House. <<

[56] Grew a Phillips, 10 de octubre dei9i6. Papeles de Grew. También documentos alemanes, ii, 989. <<

[57] Documentos alemanes, i, 329. <<

[58] Documentos alemanes, i, 479. <<

[59] 21 de enero y 5 de mayo de 1916. <<

[60] Bernstorff a House, 30 de diciembre de 1916, y 10 de enero de 1917, Papeles de House. <<

[61] House a Wilson, 17 de enero de 1917. Papeles de House. <<

[62] *Ibíd*. <<

[63] House a Wilson, 20 de enero de 1917. Papeles de House. <<

[64] Diario de House, 23 de enero de 1917. <<

[65] Spencer, 61. <<

[66] Wilson hablando con House, 4 de enero de 1917, Seymour, IP, ii, 412. <<

[1] Las opiniones de los líderes militares alemanes están completamente documentadas en los testimonios y correspondencia de los generales Hindenburg, Ludendorff, Falkenhayn y los almirantes Capelle, Holtzendorff y Tirpitz en los documentos alemanes. El testimonio de Bernstorff, que comienza en i, 340, presenta la visión opuesta. <<

[2] Documentos alemanes, i, 525. <<

[3] Documentos alemanes, ii, 1317-19. <<

[4] Kurenberg, 313. <<

[5] De las notas tomadas por Valentini en la ocasión, Ybarra, 144. <<

[6] Todos los comentarios citados proceden de los documentos alemanes: Holtzendorff, ii, 1219-20; memorando de la Marina, 1219-77; las opiniones de Albert, Haniel, Papen *et. al*., i, 148, ii, 1183-99, 1307; comentarios finales de Bethmann, Holtzendorff y Hindenburg, ii, 1320-21. Véase también el resumen de Ludendorff en sus memorias, i, 380. <<

[7] De las notas de Valentini, Ybarra, 145. <<

[8] Documentos alemanes, ii, 1210. <<

[9] Reischach, 283. <<

[10] Gooch, 17; Ybarra, 145. <<

[11] Documentos alemanes, i, 150. <<

[12] Hanssen, 173. <<

[13] Hanssen, 168. <<

[14] Hanssen, 178; también Hazen. <<

[15] Czarnin, 133-38. <<

[16] Documentos alemanes, ii, 1013. <<

[17] Gerard, *My Four Years*, 361-63. <<

[18] *Ibíd.*, y Resumen de Grew. <<

[19] Resumen de Grew. <<

[20] *Ibíd*. <<

[21] Documentos alemanes, ii, 1337, n.º 1. <<

[22] Nicholas Everett, *British Secret Service During the War* (Londres: Hutchinson, 1920). <<

[23] Documentos alemanes, ii, 1337; el texto también se puede hallar en Hendrick, James, Lansing, Sims; texto en alemán en Hendrick, III, 345. <<

[24] Memorando del 28 de enero de 1917, Lansing, 208. <<

[25] Ewing. <<

[26] Documentos alemanes, i, 283. <<

[27] *Ibíd*. <<

[28] Documentos alemanes, i, 269. <<

[29] *Ibíd*., ii, 1019. <<

[30] Documentos alemanes, ii, 1108, 1112. <<

[31] *Ibíd*., 876, 1113. <<

[32] *Ibíd.*, 1047. <<

[33] Maximilian de Baden. <<

[34] Documentos alemanes, ii, 876; Ludendorff, I, 379-81. <<

[35] Lansing, 213. <<

[36] Lansing, 209-12. <<

[37] *NYT*, 4 de febrero de 1917. <<

[38] *NYT*, 3 de mayo de 1917, desde Copenhague, recordando una entrevista con Zimmermann en el mes de febrero. <<

[39] Hanssen, 168. <<

[40] *Brooklyn Eagle*, citado por Bailey, 641. <<

[41] Lansing, 215. <<

[42] Diario de House, 1 de febrero de 1917. <<

[43] *NYT*, 2 de febrero de 1917. <<

[44] Houston, i, 230. <<

[45] Houston, i, 229. <<

[46] Baker, iv, 458. <<

[47] Hendrick, ii, 215. <<

[48] Gerard, *My Four Years*, 375-76. <<

[49] Documentos alemanes, I, 409; «se exaltó muchísimo y su lenguaje, al dirigirse a los periodistas, fue muy violento»: Gerard, *My Four Years*, 337. <<

[50] Resumen de Grew. <<

[51] Texto en alemán en documentos alemanes, ii, 1338; también en Hendrick, James, Sims. <<

[52] Archivos, 262.20212/56; informe de El Paso, *ibíd*., /58 y /59; informe de San Salvador, *ibíd*., /79. <<

[53] *Ibíd.*, /61. <<

[54] 1 de abril de 1917, Hendrick, ii, 223. <<

[1] Lloyd George escribió en noviembre de 1916: «Estamos agotando rápidamente los valores negociables en América… El problema financiero es el problema de la victoria». Lloyd George, ii, 340. <<

[2] Este y los datos subsiguientes relativos al tratamiento del telegrama presentes en este capítulo están basados en Hendrick, iii, cap. XII y James, cap. IX. <<

[3] La conexión de Hall con el telegrama Zimmermann no se dio a conocer hasta la publicación en *World's Work*, noviembre de 1925, del capítulo de Hendrick, «El telegrama Zimmermann», de su obra *Life and Letters of Walter Hiñes Page*, publicada ese mismo año. De inmediato, Hall sufrió el asedio de los periodistas y finalmente accedió a una breve entrevista de *Daily Mail* (reproducida en *World's Work*, abril de 1926) en la que declaró: «Si hubiera desvelado el contenido real del telegrama, los alemanes habrían sospechado algo de inmediato». Afirmó que el mayor error de los alemanes fue «no creer que tuviéramos ningún tipo de servicio de espionaje». Naturalmente, añadió: «Nuestro objetivo era evitar que los alemanes temieran que teníamos un servicio de inteligencia… Estoy seguro de que si la situación hubiera sido la opuesta, los británicos no hubieran sido tan estúpidos como para no sospechar que sus mensajes estaban siendo descifrados». Véase también James, 138. <<

[4] El episodio sobre el impresor inglés se ha extraído de James, 134-135. <<

[5] MacAdam. <<

[6] Martin. <<



[7] El dibujo apareció en la edición de Chicago de *Tribune*; reproducido en *Literary Digest*, 3 de marzo de 1917. <<

[8] El 23 de febrero de 1917, Lansing informó a la embajada norteamericana en México de que Richard Kunkel, vicecanciller de la embajada de Alemania en Washington, había partido súbitamente a México el 31 de enero, y de que él creía que Kunkel era responsable de la presente propuesta de embargo de Carranza. Archivos, 862.20212/763. Véase también *Current Opinion*, abril de 1917. <<

[9] Spring-Rice a Balfour, 16 de febrero de 1917. Gwynn. <<

[10] Dugdale, ii, 137. <<

[11] Spring-Rice informó al departamento de Estado de esta entrevista, archivos, 894.20212/120. <<

[12] James, 141. <<

[13] Los siguientes párrafos se basan en un estudio de las cartas y el diario del propio Page que se hallan en la colección Page, en Harvard, y que han sido publicadas en Hendrick. <<

[14] Gooch, 198. <<

[15] B. Willson, 456. <<

[16] Wilson a House, 23 de julio de 1916, Papeles de House, y 21 de agosto de 1916, Baker, v, 371. <<

[17] Hendrick, ii, 188. <<

[18] Diario de House, 3 y 4 de enero, 22 de febrero y 5 de marzo de 1917, también Wilson a Dodge, 6 de febrero de 1917, Papeles de Wilson, Biblioteca del Congreso. <<

[19] «No creo que Wilson», correspondencia Roosevelt-Lodge, ii, 495; «no se le podía obligar ni con una patada…», al senador Johnson, 17 de febrero de 1917, Morison, viii, 1154; «sus antiguas tácticas», a Lodge, 20 de febrero de 1917, Morison, viii, 1156; «un verdadero cobarde», *ibíd*.; «Si Alemania ganaba…», a George E. Millar; sin fecha, Hagedorn, 65. <<

[20] Jessup. <<

[21] Lansing, 236. <<

[22] Spring-Rice a Balfour, 23 de febrero de 1917, Gwynn. <<

[*] En una carta al presidente Wilson, un año más tarde, Page decía que había decidido seguir viviendo otros veinte años, con el fin de estar presente cuando se revelasen públicamente los documentos del almirante Hall, ya que «este hombre es un genio, un verdadero genio y escribir su historia sería el camino más rápido para alcanzar la inmortalidad, tanto para él como para mí, que jamás se me ha presentado». Su deseo no se cumplió. Page se vio obligado a regresar a su país un mes antes del armisticio, debido a una enfermedad y murió un mes después del fin de la guerra. «Le he querido mucho», dijo Balfour cuando, junto con mucha gente, se despidió de él en la estación de Waterloo. Más adelante añadió: «Casi lloré cuando se marchó de Inglaterra». El almirante Hall vivió hasta la Segunda Guerra Mundial y falleció, a los setenta y tres años, en 1943. <<

[23] Hendrick, ii, 403. <<

[24] *Lady* Constante Battersea, *Reminiscences* [Recuerdos], Londres, 1922; «Un tipo perfecto»: Churchill, *Great Contemporaries*, 206. <<

[25] Citado por Malcolm, Ian, *Lord Balfour* (Londres: Macmillan, 1930). **<<**

[26] Declaración sobre la libertad de las aguas para la prensa norteamericana, mayo de 1916, reproducido en *Essays, Speculative and Political*. «Aquellos que creen»: nota del 13 de enero de 1917, reproducido *ibíd*. <<

[27] Dugdale, ii, 138. <<

[28] Hendrick, iii, 352. <<

[29] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1917, suplemento i, 140; también Hendrick, iii, 333. <<

[30] 24 de febrero de 1917. <<

[1] Todos los datos que aparecen en este capítulo sobre la utilización y publicación del telegrama por parte de Wilson, Lansing y Polk proceden, excepto cuando se indica lo contrario, del memorando de Lansing del 4 de marzo de 1917, reproducidos en su obra *War Memoirs*, 226-32. La hora de llegada del telegrama de Page, esto es las 20:30 horas, consta en la copia del departamento de Estado, Hendrick, iii, 332. <<

[2] *NYT*, 25 de febrero de 1917. <<

[3] Elihu Root; Jessup. <<

[4] Daniels, *Wilson Era*, 594. <<

[5] Este y el siguiente párrafo de La Follette, i, 608, e informes periodísticos. <<

[6] Franklin K. Lane a George Lane, 25 de febrero, 1917, Lane, 240. <<

[7] Lansing. Dijo que la empresa fue «muy reticente a ceder», pero que finalmente se logró tras «utilizar una presión considerable». <<

[8] Wilson a House, 26 de febrero de 1917, Papeles de House. <<

[9] Papeles de Polk. <<

[10] Hendrick, iii, 350. <<

[11] *NYT*, 27 de febrero de 1917. <<

[12] Lansing. <<

[13] Page a House, octubre de 1914, Seymour, IP, i, 305. <<

[14] Lansing a Page, 27 de febrero de 1917. Archivos, 862.20212/69. <<

[15] Archivos, 862.20212/70. <<

[16] Hendrick, iii, 351. <<

[17] *NYT*, 5 de marzo de 1917. <<

[18] *NYT,* 28 de febrero de 1917. El memorando de Lansing del 4 de marzo lo describe como una persona con «tendencias progermánicas». <<

[19] Lansing. <<

[20] *NYT*, 2 de marzo de 1917. <<

[21] Lodge a Roosevelt, 2 de marzo de 1917. <<

[22] Grabación del Congreso, 54, 4569-4605. <<

[23] Archivos, 862.20212/82A. El borrador a lápiz de Polk está en Papeles de Polk, cajón 73, archivado en Gran Bretaña, Embajada, enero-junio, 1917. <<

[24] Lodge a Roosevelt, 2 de marzo de 1917. <<

[25] Senado, Propaganda. <<

[26] Lansing, 231. <<

[27] *The Round Table Roster*. *Informe de Gaunt*: James, 148-49. <<

[28] Lansing. <<

[29] Archivos, 862.20212/81 y/81 1/2. <<

[30] Archivos, 862.20212/77. <<

[31] *NYT*, 2 de marzo de 1917; *Ignorancia de Japón*: edición de Nueva York de *Sun*, misma fecha. *Negación de Eckhardt: ibíd*. **<<**

[32] *Dictionary of American Biography*; también *Saturday Evening Post, 22* de junio de 1929; véase también Senado, Propaganda, prueba Bielaski, que cita una copia de un telegrama de Bernstorff al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, facilitado por el departamento de Estado, en el que Bernstorff dijo: «Como Su Excelencia sabe, Hale ha sido desde el comienzo de la guerra un agente secreto de la embajada y como tal ha sido contratado hasta el 23 de junio de 1918». Era un añadido a su puesto asalariado con Dernburg, el jefe de propaganda alemán en Estados Unidos. **<<**

[33] Viereck, *Strangest Friendship*, 190. <<

[34] *Ibíd*, también edición de Nueva York de *Evening Post*, 3 de marzo de 1917. <<

[1] El corresponsal en Washington de *The Times* de Londres escribió que las revelaciones mexicanas habían calado entre el público «más que ningún otro hecho desde que estalló la guerra». Afirmó que «merecía una docena de escándalos *Laconia*», que Occidente nunca se había movilizado por el conflicto de los submarinos, pero el complot de México y la complicidad del conde von Bernstorff «sí le había afectado, así como a todo el mundo, y rápido». <<

[2] Este y todos los comentarios periodísticos que siguen se han extraído, a menos que se indique lo contrario, del resumen de prensa de *Literary Digest* sobre el telegrama, 10 y 17 de marzo de 1917. <<

[3] *Strangest Friendship*, 190. <<

[4] Otros periódicos alemanes, resumidos por la edición de Nueva York de *Sun*, 2 de marzo de 1917. <<

[5] 2 de marzo de 1917. <<

[6] *Comparación Lexington y Bunker Hill*, discurso en Union League Club, 18 de marzo de 1917. «Le despellejaré vivo»: carta a Lodge, 13 de marzo de 1917, correspondencia Roosevelt-Lodge, ii, 503. <<

[7] Spring-Rice a Balfour, 1 de marzo de 1917, Gwynn. Tras la publicación del telegrama, los periódicos concedieron mucho espacio a la información relativa a las recientes intrigas alemanas en Latinoamérica. «Guatemala»: *NYT*, 2 de abril; «*Herr* Lehman y Centroamérica»: *NYT*, 24 de abril; «El Demócrata»: *NYT*, 27 de abril; «Monterrey»: *NYT*, 18 de abril; «bases submarinas»: *NYT*, 17 de mayo, todas en 1917. «Junta en Córdoba»: archivos, 862.20212/114; «mis colaboradores siguen la pista»: *ibíd*., hoy, «reuniones secretas»: cónsul Canada desde Veracruz, 7 de marzo, archivos, 812.00/2066. <<

[8] Archivos, 862.20212/89. <<

[9] Todos los que aparecen citados en este capítulo son de Hendrick, iii, 349-60. <<

[10] Hendrick, iii, 356. A Page, quien tenía acceso a los telegramas a medida que llegaban, los encontraba «un placer infinito», *ibíd*. **<<**

[11] Los detalles de la partida de Bernstorff, la búsqueda del *Frederick VIII*, la llegada de Bernstorff a Noruega y los tres días posteriores en Berlín proceden de las noticias diarias de *NYT*, desde el 9 de febrero hasta el 15 de marzo de 1917. Véase también *My Three Years in America* de Bernstorff. <<

[12] James, 151. <<

[13] Documentos alemanes, i, 311. <<

[14] *Times* (Londres), 12 de marzo de 1917. *Current History*, abril de 1917. <<

[15] *Times*, artículo citado. <<

[16] *NYT*, 31 de marzo de 1917. *Current History*, abril y mayo de 1917. **<<**

[17] «Aunque no tengo demasiada fe en el Congreso estaremos más seguros aquí que con Wilson exclusivamente durante nueve meses», Lodge a Roosevelt, 27 de febrero de 1917. <<

[18] Relaciones exteriores de Estados Unidos, 1917, suplemento 2, i, 516-18. <<

[19] Lansing, 236; Seymour, IP, ii, 461. <<

[20] *Cobb of «The World»*, ed. John Heaton (Nueva York: Dutton), 296. <<

[21] Mowat, 86. <<

[22] Page se hizo a sí mismo esta pregunta en abril, después de que Estados Unidos entrara en la guerra, pero escribió la nota en una entrada anterior, la del 16 de enero, el día que recibió el avance del discurso del presidente «paz sin victoria». <<

[23] Citado en *Current Biography*, 1940, artículo «Baker». <<

[24] *Opinión de Baker*: Baker, vi, 474. <<

[25] F. E. Smith, conde de Birkenhead, *Last Essays*, (Londres, 1930). <<

[26] Lansing, 232. <<

[27] *Great Contemporaries*, 151. <<